JUEGOS del EQUINOCCIO de SEPTIEMBRE

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

JUEGOS DEL EQUINOCCIO DE SEPTIEMBRE

Finalista del premio Villa de Bilbao

ÍNDICE

I. Juegos del equinoccio de septiembre
II. Octubre
III. Noviembre
IV. Diciembre
V. Enero
VI. Febrero
VII. Marzo
VIII. Abril
IX. Mayo
X. Junio
Epílogo

Conserva tu espléndido sol callado,
guarda tus bosques, oh Naturaleza,
y los lugares apacibles cercanos a los bosques,
guarda los campos de alforfón en flor,
donde zumban las abejas de septiembre.

WALT WHITMAN

Los personajes de esta historia son ficticios; viven una vida ficticia en un lugar que existió y que ya no existe.

I

¡Socorro! Necesito a alguien.

¡Socorro! Pero no a cualquiera.
¡Socorro! Sabéis que necesito a alguien,
¡Socorro!
THE BEATLES (Help!)

Dolores cortos, espaciados, más largos, más intensos, cada diez minutos, cada ocho, cada cinco. «Vamos, vamos.» Lavarse los pies, cada tres minutos, «vamos ya». Las sacudidas en el camino aceleran las contracciones: en el zaguán una, a mitad de las escaleras otra, otra junto a la cama. Ha llegado la gran humanidad maquillada que ordena, coloca, estira, dispone: «Venga, el camisón». La enfermera acude con el irrigador en ristre: «Echate». Las rodillas sobre la cama y el vientre colgando roza las sábanas. El agua cloquea al entrar, los pobres intestinos martirizados, y la piel del vientre no da más de sí. « Basta, por favor.» Un sudor frío en la frente, un escalofrío recorre la espina dorsal. Las contracciones se han duplicado, se entremezclan, se suman. «Entra aquí.» «¿Has terminado? Ahora, a la cama.» La gran humanidad en funciones, sus manos enguantadas de color caramelo, voltea las mantas: «A ver». Hinca los dedos hábiles, tantea, introduce, explora (duele, resulta insoportable) mete, saca, retuerce. «Nada, no hay nada todavía.» Estira las sábanas frescas y abandona: «Descansa, relájate, anda». Se ha abierto la puerta y ha entrado el doctor.

«¿Qué?» «Va para rato, primeriza. No ha dilatado, el feto está alto, está largo el cuello de la matriz.» Nuevos guantes envueltos en polvos de talco; las manos del doctor son finas, diestras, ahora también embutidas en goma transparente color caramelo. De nuevo voltean las mantas. «A ver, abra.». Nuevas manipulaciones: introduce, palpa suavemente, sin dañar. «Cierre.» Sobre el vientre tenso la trompetilla fría. «Está bien, se le oye. Pasaré más adelante. Tranquila, ¿eh?, tranquila.» Colgados en el armario los vestidos, la bata, algo de ropa interior, los zapatos abajo. Y la bolsa de cremallera con la colonia, el peine, la esponja sin estrenar. Un tirón doloroso aún más intenso que los anteriores partiendo de los riñones, abrazando las caderas y el vientre, internándose entre los músculos y las entrañas, retorciendo las vísceras, largo, interminable, endureciendo las fibras del abdomen, haciendo manar chorros de sudor de la frente, de las manos asidas a los barrotes de la cama articulada. «Jadea, ff-ffú, ff-fIú, jadea», la mole maquillada dominando con los ojos pintados, con la boca pintada, la enorme masa inclinada sobre la cama resoplando, las carnes fláccidas, los labios prietos: «Jadea, ff-ffú», estirando las anchas aletas de la nariz. «Así, cierra la boca, por la nariz, rápido, superficial, ff-ffú, ff-ffú.»

La camilla rueda por los pasillos: rráás, rráás; el ascensor, puertas que se abren y se cierran, techos alargados, techos blancos, globos blancos pendiendo de los techos, y el quirófano: brazos fuertes bajo los hombros, sosteniendo las piernas, transportando. Sujetan las piernas a ambos lados, las atan. Paños blancos, bandejas con extraños utensilios, jeringas; bombonas cromadas rebosantes de compresas, grifos, batas blancas, chasquidos metálicos. Y agarrotando el abdomen una contracción dolorosa, los músculos tensos oprimiendo el diafragma, los pulmones, asfixiando. En la garganta un rugido infrahumano, un grito sordo, «jadea, jadea», murmullos contenidos, una luz deslumbrante, un olor picante, un, dos, tres, cuatro, cinco, la luz se acerca, se acerca, se estira, se va.

***

El camarero dejó sobre la mesa un plato con «pancake», puso al lado un vaso con hielo y limón y volcó en él el contenido oscuro y burbujeante de un botellín.

-¿Desea algo más? -preguntó.

Paula negó con un gesto y empezó a volcar el caramelo de una pequeña jarra en el plato. Miraba el hilo que caía, cada vez más fino hasta cortarse en gotas redondas. Unos muchachos con aspecto de extranjeros se sentaron cerca y ella notó una mirada resbalando por su espalda.

Una chica se detuvo a la entrada de la cafetería; era delgada y tenía el pelo corto y dorado, en pequeños rizos. Permaneció indecisa como buscando a alguien, y cuando vio a Paula se dirigió hacia ella.

-Qué alegría haberte encontrado -dijo. Paula alzó la cabeza.

-Ah, Victoria -dijo, sonriendo-. ¿Cómo tú por aquí?

Le mostró un asiento a su lado; la otra tenía los ojos de un color avellana y la tez muy pálida.

-¿No vas a sentarte?

Ella vaciló un momento y acabó por hacerlo.

-Creí que estarías fuera -dijo.

-Acabo de venir de la finca. ¿Vas a tomar algo?

Sin aguardar respuesta llamó al camarero, que se acercó enseguida.

-Traiga un refresco, por favor.

-¿Lo quiere de limón?

-Bueno, de limón. -Victoria se volvió hacia su amiga -. ¿Qué tal en la finca?

- Me aburro de muerte - dijo ella -. Estoy sola con mi hermano Ramón.

Victoria se ruborizó vivamente y trató de ocultar su nerviosismo.

-¿No está Mónica? -preguntó, por decir algo.

-Mónica está en Italia, con mi madre.

Sacó un billete y se lo tendió al camarero.

-Cobre todo, por favor -le dijo. Victoria inició una protesta, pero ella no hizo el menor caso. Había cruzado las manos sobre la mesa y sus uñas aparecían perfectamente arregladas y pulidas. Luego se enderezó en el asiento, con una expresión extraña.

-¿Sabes lo que te digo? Se me ha ocurrido una idea.

Sus ojos de color violeta parecían haberse animado de súbito; Victoria la miró y no dijo nada.

-Deberías venirte conmigo -indicó ella, triunfante.

-¿Irme contigo?

La chica se puso más colorada todavía y sus manos buscaron un sitio donde asirse. Paula aguardaba su respuesta.

-Bueno, ¿qué me dices?

-No sé qué pensará mi hermano Carlos. Tendría que hablar con él.

El aire del refrigerador le barrió los hombros y despeinó el cabello de Paula.

-Que venga tu hermano también. Puede montar a caballo, si le gusta; o nadar, o jugar al tenis, o lo que quiera -miró a su amiga y movió la cabeza-. No te vendrá mal tomar el sol -dijo-. Estás demasiado pálida.

-Me encantaría -dijo ella.

Paula sacó un espejo pequeño y se arregló el pelo con la mano.

-Allí tenemos siempre algún amigo -dijo, arrastrando las eses de un modo sofisticado-. Dentro de unos días tendremos una fiesta para despedir el verano. ¿Tienes mi teléfono?

Victoria asintió; ella guardó el espejo y se puso de pie.

-Decídete pronto - agregó como despedida -. Y llámame antes, por favor.

Su amiga la vio salir; sostuvo el vaso entre las manos y permaneció quieta, mirando hacia el escaparate, donde uno de los camareros frotaba algo en el cristal. Luego cerró los ojos y suspiró.

***

¿Por qué mujer? ¿Por qué él siembra la vida en forma irresponsable y ligera, como quien lleva a cabo cualquier otra necesidad fisiológica? Tengo que morir, tengo que morir. ¡Quiero vivir! Darse la muerte a fuerza de desear la muerte, dejarse morir sin violencia, traspasar el umbral. El aire traía aroma a miel; me rodeó, me oprimió contra el árbol, mi pelo se enredaba, se prendía de la corteza áspera, las luces me deslumbraban y su rostro me ocultaba un sol en el ocaso. Entre las pestañas, entre los párpados semicerrados veía sus facciones cercanas, notaba el calor de su aliento, la suavidad de sus labios sobre los míos. Su cuerpo oprimía mi cuerpo, lo aplastaba contra el tronco duro, sus dedos buscaban mi piel. Hallaron mi carne, se hundieron en mi cintura. Me besaba una y otra vez, besaba mis ojos, buscaba mis labios que yo intentaba sin fuerza retirar. Algo en mi interior se alzó como un aviso: ¡Cuidado! Quería hacerme dueña de mis sensaciones y de mis actos, romper aquella maldita maravillosa sensación. Sus manos acariciaron mis hombros, buscaron mis senos. La voz seguía avisándome cada vez más débil: cuidado.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, al pie del árbol, inconsciente o dormida, hasta que un zumbido

en la tierra me despertó. Entre las briznas de hierba vi un resplandor rojizo hacia poniente; pensé haber dormido durante horas, noté todo el cuerpo lastimado y un dolor agudo ahogando todo otro dolor. Mi ropa estaba en desorden y no tenía fuerza ni voluntad para ordenarla. Me toqué el cabello y noté que se habían enredado en él algunas hojas secas. Estuve en la misma postura algún tiempo, las sienes me zumbaban y la vegetación se me incrustaba en los muslos, en las piernas, en la cintura desnuda. Sentí un escalofrío, pude incorporarme con un esfuerzo y ordenar mi vestido, sacudí de la falda las ramas que se habían prendido y me apoyé en el tronco. Entonces algo como un rayo me alcanzó, y el miedo se apoderó de mí: yo estaba sola. Traté de incorporarme apoyándome en el árbol y las piernas no me sostenían. El sol se había ido hacía tiempo, y un halo anaranjado lo sustituía; arriba, una nube alargada y horizontal tenía el borde superior muy brillante. Sentí miedo, sentí frío, una gran incertidumbre, me sentía muy sola, él se había marchado dejándome allí. Quise correr, gritar, pedir auxilio, y mi voz se quebró. Volví luego despacio por el camino de tierra, deseando encontrarme con él y temiendo hallarlo frente a mí. Tras un recodo, una mujer y un niño se acercaban por el camino. Llevé las manos a la ropa y al saludo de la mujer que me miró sonriendo con unos dientes blanquísimos en la cara atezada, contesté con un gesto al pasar. El niño, de su mano, mordisqueaba una manzana y me miraba con ojos curiosos. ¿Podrás comprenderlo siquiera tú, el hijo que llevo dentro y a quien odio?

***

Entraron en el vestíbulo, el chófer dejó en el suelo el equipaje y salió a la plazoleta sembrada de césped. Un airecillo fresco corría bajo los árboles; había un intenso aroma a tierra húmeda y a hierba recién cortada, y algunas hojas desprendidas revoloteaban.

-Qué bonito es todo esto -dijo Victoria. Ramón la invitó a pasar.

-Es una antigua granja y apenas se ha modificado -dijo-. Me alegro de que te guste.

Carlos los seguía y pareció sorprendido.

-Vaya casa que tenéis -silbó. Ramón les mostró unos asientos.

-Voy a llamar a Paula -dijo, saliendo. Carlos silbó de nuevo, entre dientes.

-Vaya choza.

Estaban en un salón con ventanas al jardín, desde donde veían la explanada de césped. Un magnolio crecía junto a la ventana.

-Deben tener una fortuna en cuadros -dijo el muchacho-. ¿Serán todos auténticos?

Ella contestó sin moverse.

-Naturalmente -dijo.

Todo daba la sensación de una elegancia sobria, desde las vigas oscuras del techo hasta la chimenea de piedra, ahora apagada y recogida. Había estantes con libros, aprovechando el espesor de los muros; los más bajos contenían volúmenes encuadernados en pergamino. Había también muebles antiguos, cerámicas y viejos grabados. Carlos levantó la tapa del piano de cola y pulsó una tecla; la chica se estremeció.

-Por favor, ¿quieres sentarte?

Se oyeron pasos en la escalera y Paula entró en el salón.

-Perdonadme -dijo, sonriente.

Besó a Victoria y saludó a su hermano, y se quedó mirando la bolsa de viaje y una pequeña maleta.

-Diré que os lleven esto -dijo. Carlos rechazó la idea.

-No hace falta. No pesa gran cosa.

-La casa está recién pintada - dijo Paula -. Creo que en el pabellón estaréis más cómodos.

Salieron de nuevo y caminaron sobre una acera de piedra; al extremo de la fachada principal se detuvieron ante un edificio de una sola planta.

-¿Queréis ver vuestras habitaciones?

Había un vestíbulo con sillones de cuero: siguieron por un corredor y Paula abrió una puerta.

-Este es tu cuarto -dijo a Victoria-. ¿Te gusta?

Era una habitación alegre, tapizada en tonos de amarillo, con una cama antigua de hierro y un pequeño escritorio de caoba; encima había un quinqué de pantalla blanca y esférica. La chica vio en la pared un cuadro

representando a una campesina con un brazado de espigas; al pie de la cama había una bonita alfombra.

-Es precioso todo -comentó.

Se acercó a la ventana y miró fuera, más allá de la explanada donde un macizo de lirios y heliantos formaba un vivo mosaico de azules y amarillos. Un camino estrecho se perdía en un recodo, próximo a la alameda que bordeaba el río.

***

Me he perfumado las axilas y me gusta aspirar este aroma que parte de mí misma y que me envuelve, como si ya no estuviera sola. Aspiro el perfume de mis axilas que me recuerda a él. ¡Cuánto lo he querido! La tarde, los ruidos del campo, el hombre cerca, su aliento, un estremecimiento total, desde el fondo, imposible de expresar con palabras, imposible de volver a ser vivido. ¿Sabes? Estar loca por un hombre es quedarse sin fuerzas, perder el aliento cuando se le ve, cuando se adivina su proximidad; hacerse la encontradiza, mirarlo desde lejos, pasar disimulando. La foto que se lleva escondida y pegada al cuerpo hasta que se le doblan las puntas, la carta que se lleva encima doblada y doblada hasta que se rompe el papel por los bordes y se borran las letras... Tú, el hijo que tendré y que nunca poseeré: iba observando la turgencia de los pezones, los cambios físicos que se hacían en mí. Tu suave pelo, tu suave calor contra mí, y hundiré mi cara en tu pelo suave y oloroso, tomaré tu pelo entre mis dientes y tiraré con mis dientes de tu pelo hasta hacerte gritar. ¿Un trozo mío, de mi carne, mezclado con miles de excrementos? ¿Sabes? He oído que es más fácil sacar a una criatura del útero de su madre que arrancarla de su mente. Subí las escaleras lóbregas como quien entra en casa ajena con intención de robar. Me resultaba extraña aquella casa, un poco siniestra, y en el primer piso no encontré ninguna placa sobre la puerta. Sentía una gran inquietud y tenía unas ganas invencibles de dar la vuelta y bajar corriendo las escaleras. Amparada en la oscuridad, deseando que nadie apareciera pulsé el timbre que sonó lejos, en el interior. Siguieron unos pasos y la puerta se abrió con un chirrido. Apareció una mujer de edad indefinida, con gafas y el pelo muy rizado. Pregunté por el doctor y ella me hizo entrar por un pasillo; en un recodo al fondo había una habitación donde aguardaban varias personas. Pude ver que el balcón daba a la plaza, y sin mirar a nadie me senté en un asiento vacío. Me ardía la cara, no me atrevía a mirar a los lados y me puse a observar los visillos deslucidos, las maderas oscuras y cuarteadas. Los visillos eran de malla que había sido blanca, y el polvo y la humedad habían trazado en ellos unos corros oscuros. La masilla de los cristales estaba desprendida, y una pequeña mesa con cubierta de mármol sostenía en un ángulo de la sala un florero de cristal, con unas flores de tela deslucida de color azul. Todos parecían abstraídos en sus asientos y de vez en cuanto alguien cuchicheaba en voz baja. Detrás de la puerta se oía murmullo de voces y supuse que se trataba del médico, ocupado con alguna paciente. Pasaron los minutos con lentitud, se oyó un chasquido dentro y la mujer de gafas y pelo rizado entró en la sala, invitando al siguiente a pasar. Miré de nuevo los cristales y vi que el cielo estaba encapotado y una luz extraña se reflejaba en las fachadas. Sobre una mesa baja y anticuada vi unas revistas; cogí una de ellas y la hojeé. Vi que la fecha era antigua, la dejé junto a las otras y me puse a mirar al otro lado de los visillos. Volvió la mujer, y los últimos pacientes, una señora de edad y una muchacha desgarbada, salieron tras de ella. Permanecí sentada, la mirada fija en los asientos y en las telas ajadas, en los muelles hundidos y en las rayas oscuras, mientras pasaba el tiempo. Por fin se abrió la puerta y la mujer de gafas, con voz inexpresiva, me indicó: «Por favor, pase».

***

Sobre la mesa había un ramo de claveles de un rojo sangrante; más allá, al otro lado de la terraza, la cordillera se destacaba apenas sobre el cielo. La mujer de cabellos negros jugueteó con los flecos de su vestido de noche.

-Es maravilloso este sitio -suspiró-. Viviría aquí siempre.

Su amiga, una rubia teñida de brazos huesudos, la miró al tiempo que levantaba la copa de champagne.

-No dices tú nada -rió-. Por nosotros. Por que no sea la última vez.

La morena se llevó la copa a los labios; era una mujer muy hermosa.

-Que no sea la última vez.

El hombre la miró; tenía los hombros recios y el mentón vigoroso y su pelo comenzaba a ser gris.

-Hay demasiada gente aquí -dijo, y unas pequeñas arrugas se marcaron junto a sus ojos de color violeta. Luego agregó: - ¿Qué os parece si pedimos otra botella?

Otro bajo y grueso hizo girar unas llaves entre los dedos.

-¿De lo mismo? -interrogó con expresión estúpida.

-Sí, hombre. ¿De qué, si no?

Él abrió los brazos en un gesto de consternación; su doble papada se estremeció cuando se levantó del asiento.

-Hemos bebido mucho -dijo la mujer morena.

El gordo giró en redondo y salió; la rubia hizo por contener la risa. Alargó la mano, cogió un dulce y lo rnordisqueó.

-Digo que sois muy diferentes -pronunció con la boca llena-. Ni siquiera sé cómo sois amigos.

Él rió sordamente.

-No somos amigos -dijo-. No es más que un condenado gorrón.

La rubia batió palmas como una chiquilla y la morena lo observó con sus grandes ojos cargados de sueño.

-Eres tan bella como una Sherezada -le dijo él con auténtico fervor.

Un tipo alto y enjuto se había acercado al grupo y pareció extrañado; luego su cara se animó.

-Hombre, Ricardo - dijo -. ¿Cómo tú por aquí? - el del pelo gris le tendió la mano con desgana.

-Es Óscar -presentó.

Las dos sonrieron, y él miró a la mujer morena con verdadera admiración.

-Este Casanova sabe elegir sus amistades -dijo. La rubia se ahuecó el cabello con un gesto que pretendía ser seductor.

-Qué hombre tan simpático -dijo-. ¿No vas a sentarte?

-Qué más quisiera yo -dijo él, mirando hacia la puerta-. Pero no puedo.

Saludó doblándose por la cintura, y se volvió a su amigo.

-Daniela espléndida, como siempre, supongo -dijo con una sonrisa.

Salió, y escucharon su voz fuera. La rubia echó hacia atrás su melena pajiza,

-¿Quién es Daniela? -interrogó. Él pareció contrariado.

-Daniela es mi mujer -resopló-. ¿Te importa mucho?

La rubia alcanzó otro dulce de la bandeja; miró a su amiga que permanecía impasible.

-Es precioso tu vestido -le dijo.

-Estás harta de verme este vestido-. La rubia se agitó, impaciente.

-Y ese pelmazo, ¿por qué no viene? -dijo.

Como si la hubiera oído el otro se acercó con una botella en la mano; su calva brillaba como la cera.

-He visto a Óscar -dijo-. Estaba fuera.

-Ya lo sabemos -contestó la rubia-. Nos ha saludado.

-Se ha interesado por Daniela - masculló su amigo.

-¿Ah, sí?

La rubia se mordía atentamente una uña.

-¿Cómo es Daniela? -dijo-. ¿Cómo es?

-Es una mujer refinada, muy elegante -dijo el hombre con voz sorda-. Viste muy bien, y disfruta jugándose montañas de dinero.

Ella lo escuchaba embelesada.

-Es fabuloso -dijo-, es de veras fabuloso -murmuró algo al oído de su amiga y sacudió la cabeza.

-¿Sabes? -añadió-. Eres de lo más raro.

Él llenaba de nuevo las copas.

-Gasto mi dinero como me parece -dijo con una sonrisa amarga-. ¿Es eso ser raro?

-Y tu familia, ¿Cómo es? -insistió la rubia-. Anda, dinos cómo es.

Él parecía cada vez más cargado.

-Mi hija mayor ha heredado el color de mis ojos. Y mí hijo... gasta tan alegremente como yo. ¿Ha

terminado el interrogatorio?

Se puso en pie y empujó violentamente la mesa; las copas bascularon y el champagne se derramó. La chica lo miraba sin pestañear.

-Creo que es mejor que nos despidamos -dijo él.

La morena se había levantado también; la cogió del brazo y la empujó hacia la salida. Su amiga parecía a punto de atragantarse.

-¿Qué te parece? -dijo, enfrentándose al hombre gordo-. Cualquiera los entiende. -Él estaba perplejo.

-Nunca se sabe cómo va a reaccionar -dijo, y su papada tembló-. Es un tipo violento.

Fuera, la pareja se había detenido junto a la pista de baile.

-No aguanto más aquí -dijo él.

-Vamos donde quieras.

Atravesaron las salas de juego y salieron a la terraza.

-Perdona - dijo el hombre -. No podía aguantarla ni un minuto más.

-Déjalo -indicó la chica en voz baja-. Quisiera que esta noche no se acabara nunca.

-¿No estás enfadada conmigo?

La garganta de la mujer latía fuertemente; se reclinó en la barandilla y miró hacia la montaña. A sus pies se extendía un oscuro valle, la luz del amanecer daba un aspecto irreal al jardín.

***

Miré a lo largo de la calle oscura, crucé la plaza dejando a un lado los macizos ralos y unos bancos desvencijados mientras el aire húmedo me calaba hasta los huesos; estaba sin fuerzas y cerraba los ojos al andar, dejando en ellos sólo una rendija para no tropezar. La luna alumbró por un momento los tejados, llenándolos de sombras. Recordaba vivamente la farmacia con sus vahos de eucalipto y su vieja caja registradora Universal. Te he dicho que llevaba el frío metido en los huesos, andaba encogida, respirando entre la bufanda de donde salía mi aliento en vaharadas. Un autobús pasó sin detenerse, vi rodar otro vehículo, allá en el cielo brilló una estrella y yo sentí mi vida sin esperanza y vacía. Luego me encaminé hacia el río. Había un gran silencio, tras las ventanas iluminadas se adivinaba el bullir de la vida, y dejé a un lado las antiguas rejas de un edificio muy viejo. Seguí avanzando como en sueños hasta que distinguí la mancha oscura de los árboles, vi el puente y oí el murmullo del agua. Sobre el adoquinado andaba con dificultad; alcancé el puente por fin, cuando una luna pálida rompía el velo de niebla haciendo brillar las aguas profundas y trazando manchas blanquecinas en las copas de los árboles. Miré abajo, sobre la rampa que moría en el río y donde estaban varadas unas barcas grandes y panzudas. La hierba estaba descuidada y había residuos de basura esparcidos en ella. Había envases de metal, latas abiertas, y un olor a excrementos llegaba hasta el puente, mezclado con el olor húmedo del río. Avancé hasta el pretil, miré abajo y vi reflejarse la luna entre las ondas de un remolino. Me sujeté con fuerza a los barrotes, de pronto sentí en el cuerpo el frío de las aguas oscuras y en el alma una gran desesperanza; pensé que allá abajo me aguardaba la paz que cubriría mis muchas humillaciones. Pensé en ti a quien ya sentía y que pateabas en mi vientre, y entonces se acercó aquel hombre. Eché a correr y mientras corría los pies resbalaban en el empedrado, mi sombra se alargaba bajo los débiles focos. Alcancé de nuevo la calle, dejé atrás los hierros de las ventanas antiguas y los árboles de la plaza; me crucé con algunas personas corno sombras, hasta que las calles estuvieron mejor iluminadas. Sentí que habías escapado a un gran peligro y huí todavía del río siniestro y de la luna; más tarde me detuve, palpé en mi cuerpo unas formas redondas y me invadió un sentimiento de culpa. Cuando tomé aliento empecé a caminar despacio hacia el centro de la ciudad.

***

No quería ver a nadie; fue hacia el pabellón de invitados a través de la explanada de césped. En la alameda se destacaba apenas la vegetación contra el cielo de poniente y el aroma de los frutales trascendía desde la huerta. La puerta se abrió cuando se disponía a empujarla y en el umbral dio de manos a boca con el ama de llaves, que salía.

-Ah, señorita -se sobresaltó la mujer-. La andábamos buscando.

Ella trató de serenarse sin lograrlo.

-¿Le pasa algo?

-No me pasa nada. Sólo que estoy un poco mareada. Me voy a acostar.

La mujer contuvo un gesto de extrañeza.

-¿No va a cenar? ¿Quiere que avisemos a un médico?

-Gracias, no es nada -rehusó ella-. No es más que un mareo ligero.

Atravesó el vestíbulo y se volvió bruscamente.

-Diga a Paula que no cenaré esta noche. Que no se preocupe por mí.

La mujer se encogió de hombros y salió. Ella encendió la luz del dormitorio, y el resplandor hizo resaltar los tonos amarillos. No pudo contener unos sollozos espasmódicos; tenía en la boca un sabor amargo y todo el cuerpo entumecido. En el espejo vio su propia cara muy pálida, los ojos febriles y el cabello en desorden. Sentía unas ganas invencibles de vomitar.

Llenó un vaso de agua y bebió unos sorbos, se desnudó y apagó la luz. Tardó mucho en dormirse: daba vueltas y vueltas, pensando con los ojos abiertos.

La despertaron unos golpes en la puerta y enseguida advirtió que el sol inundaba la habitación. Trató de alcanzar el reloj de pulsera de encima del escritorio y palpó la superficie lisa sin hallarlo.

Notó que le dolían las sienes; oyó los golpes de nuevo, se incorporó con trabajo y alcanzó las sandalias; al sentarse sintió el cuerpo dolorido.

-Soy yo - dijo la voz de Paula fuera -. ¿Puedo entrar?

Ella se puso una bata ligera y abrió.

-¿Qué tal estás? - dijo Paula, observándola -. Me dijo Matilde que no te encontrabas bien.

Entró en el cuarto y enseguida reparó en el desorden que había allí; estaba en bañador, con un albornoz corto de color rojo.

-No sabía que fuera tan tarde - se excusó Victoria. Ya estoy mejor.

Su amiga se había sentado en la cama, pero se levantó en el acto.

-Perdona, te he mojado la ropa - dijo -. Ahora voy a vestirme. Después de comer voy a hacer unas compras.

Victoria ofrecía un aspecto sumamente abatido; tenía el pelo despeinado y rizoso, en pequeños bucles.

-Yo también quiero ir-. Paula la miró, sorprendida.

-Está bien -dijo con suavidad. Ella vacilaba.

-Quisiera... quiero irme esta tarde.

-¿Que quieres irte? ¿Cómo vas a irte ahora?

-Es mejor que me vaya.

Tenía las mejillas encendidas y estaba muy quieta.

-Como quieras. Pero no lo entiendo.

Victoria temió haber sido incorrecta y trató de ser amable.

-Otra vez volveré -dijo con una sonrisa forzada-. Hoy prefiero irme.

Estrujaba un pañuelo en la mano y lo guardó en el bolsillo. Paula habló desde la puerta.

-Saldremos después de comer -le dijo. Ella se pasó la mano por los ojos.

-Hace calor -comentó, por decir algo.

-Es verdad que hace calor esta mañana. Qué tiempo más raro.

El cuerpo de Paula ostentaba un tono bronceado; ella miró sus propios brazos descoloridos, fue al cuarto de baño y soltó la ducha; enseguida el agua fría acabó de despertarla.

***

¿Cómo empezó todo? Trataré, para ti, de recordarlo. Fue hace algunos años, y representábamos una función benéfica en el mejor teatro de la ciudad. Las familias ocupaban el patio de butacas, las plateas y los palcos; nosotras andábamos entre los camerinos y el escenario, subíamos al piso más alto, estábamos contentas sabiéndonos más bonitas que otras veces. A él lo encontré en una escalera estrecha. ¿No ves que el destino estaba allí, acechándonos, que algo extraño flotaba ya en el aire? No sé si lo había visto antes, pero su imagen se me quedó grabada entonces: su pelo era castaño y liso y sus ojos brillaban. «Por suerte te he conocido hoy.» Yo llevaba una túnica verde claro y el pelo ceñido con una guirnalda; me habían maquillado

y estaba arrebatada del calor y la emoción. Y estaba, como las otras de mi edad, enamorada del amor; un amor tumultuoso que cambiaba de objeto cada día, un ensueño sin nombre ni rostro. Luego lo vi alguna vez, por la calle o en el parque o a la entrada del colegio; cómo podía yo imaginar que llegaría a quererlo como lo quise. Paseábamos a veces por la avenida que bordea el parque. Y mira, poco a poco se me fue haciendo necesario; me gustaban sus ojos castaños, su sonrisa y aquel misterio dentro de su mirada. Él se mostraba cariñoso y su presencia comenzó a turbarme. Cuándo fue, no puedo saberlo. Tenía las manos suaves y fuertes; no recuerdo si las toqué entonces alguna vez, aunque tuvo que ser así, por eso sabía que lo eran. Y aún creo que me quería, aunque no lo dijera, porque con la mirada me buscaba al otro lado de las verjas del colegio; pasaba y volvía la cabeza. Llegó un momento en que no viví más que para aguardar su paso, en que cualquiera me parecía él y mi corazón daba entonces un vuelco. Muchas veces corría a la ventana y él ya no estaba; el aire me traía entonces algo misterioso, algo agitaba la luz en la tarde. Siguió pasando el tiempo y mi alma era suya, él era mi vida y yo lo quería. Caminábamos juntos, hablábamos de cualquier cosa, pero nunca dijimos una palabra de amor. ¿Sabes? Ante él me acometía un nerviosismo que me dejaba sin fuerzas. No tenía ojos más que para él, y era mi vida, y aun así no habíamos pronunciado una palabra de amor. Y el no haberlo hecho alimentaba aquel fuego. No pensaba más que en él en el colegio, y en la casa, y en la calle; lo quería y con eso era feliz, aunque no me hubiera dicho nada y yo tampoco a él; algunas amigas se lo imaginaban y me hablaban de él. Era mi amor como un torrente, y de haberse logrado hubiera terminado como tantos otros, en nada; pero no hubo una palabra, no hubo un solo contacto y el amor creció inundándolo todo. ¿Qué te decía? Ante él sentía un arrobo que no me dejaba hablar, y lo único que hacía era mirarlo y bebérmelo con los ojos. No me gusta hablar de esto, no lo he hecho con nadie, pero lo haré por ti. Una vez hizo un viaje y me trajo un prendedor; era un prendedor sencillo y lo llevé siempre conmigo porque tenía su nombre grabado. Un día lo perdí o acaso lo quemé. Y a él no lo había rozado con la punta de un dedo, entre otras razones porque no hubiera podido resistirlo. Una tarde en el club, él llevaba pantalones de montar y una fusta en la mano. Quise montar su caballo y él me ayudó a subir, luego no pude dominarlo y el animal salió a galope al tiempo que mi falda se soltaba y yo echaba las manos para sujetarla. De milagro no caí; estaba muda de terror y él entonces corrió a atajar la carrera del caballo y a sujetarlo de la brida. Por fin pudo hacerse con el animal, que pisoteó sus botas. Bajé sofocada, siempre asiendo la falda, y me encontré sujeta por sus brazos cuyo contacto era más dulce que la miel. Luego se fue y no lo vi en mucho tiempo; él me quería, pero quizá no tanto como yo había creído. ¿Qué culpa tengo yo?

***

El día era luminoso y en el aire flotaba el aroma del césped; sobre la mesa del jardín había dos vasos con bebidas y un periódico abierto en la página deportiva. Carlos se estiró en el asiento.

-Hace un día estupendo - dijo -. ¿Lo estás pasando bien?

Victoria asintió sin entusiasmo; él prendió un fósforo y encendió un cigarrillo.

-Es formidable todo esto. Y ellos son geniales, ¿no crees?

Ella no contestó; una nube había ocultado el sol por un momento.

-¿Te has fijado en la casa? -insistió él-. Pues como ésta deben tener media docena.

Miró el edificio que resplandecía, con los muros blancos y los tejados rojizos; había macetas en las ventanas y las hiedras trepaban por las paredes.

-Casas y fincas -prosiguió-. Están podridos de dinero.

Ella lo miró con ojos inexpresivos.

-¿Te pasa algo? -preguntó su hermano, y ella negó con la cabeza. Un jardinero atravesaba la explanada y al pasar saludó, llevándose la mano a la gorra. Ellos correspondieron al saludo.

-Tienen clase -dijo el muchacho en voz baja -. No dan importancia a lo que tienen, eso es lo bueno.

La chica siguió sin decir nada; de los cobertizos llegaban voces masculinas y entre ellas la risa áspera de una mujer.

-Es la guardesa -agregó Carlos-. Ellos consideran natural todo esto. No conocen otra cosa,

Una bandada de pájaros surcó el cielo y el aire hizo moverse las hojas de los álamos.

-Voy a marcharme hoy -dijo Victoria-. Él la miró como si no la comprendiera.

-Lo tengo decidido. No me encuentro muy bien.

Una ráfaga de aire arrastró las hojas con un resbalar sedoso, una hoja dorada revolteó un momento y se posó en el césped.

-¿Y puede saberse dónde vas?

-¿Dónde quieres que vaya?

-Allá tú - dijo el muchacho bruscamente -. Siempre tienes que aguar las fiestas.

Ella miró el jardín; una manga de riego había quedado abandonada y el chorro emergía recto, cayendo luego blandamente en el césped.

-A ese caserón -rezongó su hermano -. No cuentes conmigo para volver allí -Victoria levantó la cabeza.

-¿Por qué dices eso?

-Aquello me huele a viejo -. Aplastó el cigarrillo, y cuando volvió a hablar su voz había cambiado de tono. -Habrá que vender la casa -dijo, con forzada cordialidad -. Venderla bien, claro está -agregó, ante el ademán de protesta de la chica.

-¿Y dónde piensas que vamos a vivir?

Él carraspeó antes de contestar; cogió el periódico y empezó a manosearlo.

-En un piso que fuera más alegre, por ejemplo.

Ella negó con suavidad.

-¿Y mientras tanto?

-Había pensado en tomar una habitación -dijo él. Su hermana arqueó las cejas.

-¿Tú solo?

-Yo solo, o con algún compañero. Ya lo veremos.

Ella se mordió los labios: un pájaro se acercó, avanzando a pequeños saltos.

-Sí que es demasiado grande la casa -admitió, abstraída-. Y demasiado triste.

Él disimuló su satisfacción.

-¿Ves? -dijo animadamente-. No tienes más remedio que reconocerlo.

Se puso en pie y apoyó una mano en el hombro de la chica.

-Ya verás como todo se arregla -dijo-. Tú confía en mí.

Lo vio caminar a grandes zancadas, con aspecto rudo, sus hombros cargados y el pelo fuerte y oscuro; nadie hubiera pensado que eran hermanos. De algún sitio llegó la voz de Paula ordenando algo a uno de los mozos y los álamos se remecieron juntos, acompasadamente, como en una plácida danza.

***

Desde la orilla y entre los árboles se distinguían los blancos edificios.

-¿Hay truchas en este río? -preguntó Cholo.

Era un chico macizo y no muy alto, con una agilidad gatuna; al andar se alzaba sobre los pies, como queriendo sobrepasar su propia estatura.

-Las hubo - dijo Paula -. Ya no las hay.

Las ramas del sauce se agitaron como serpentinas. Cholo señaló el puente de troncos.

-¿Pasamos al otro lado? -dijo.

-No, hay nada de particular al otro lado.

En la pista de tenis estaban peloteando una chica de trenzas y un muchacho, ambos vestidos de blanco.

-¿Conoces a Juliana? -dijo ella, y Cholo afirmó. Los jugadores no parecían tomarse demasiado interés en devolver las pelotas. Ellos se quedaron mirándolos, y oyendo la música que llegaba desde la casa. Luego Cholo carraspeó.

-Paula -dijo en voz baja, y ella ni se volvió siquiera.

-Sabes que te quiero -agregó el chico compungido, y la barbilla pareció hundírsele entre los hombros. Paula le dedicó una rápida mirada, entre asombrada y risueña.

-No me digas.

-Como si no lo supieras - protestó él -. Eres una vampiresa, me chupas la sangre.

Ella se echó a reír.

-Tú quieres a todas, Cholo.

-Lo tuyo es distinto. Me tienes loco - ella se puso seria.

-Tengo que ayudar a Ramón - dijo, mirando hacia la casa-. Hay muchísimas cosas que hacer.

-No cambies de conversación. ¿Vas a contestarme alguna vez?

El altavoz había atacado un ritmo negroide y ella empezó a marcarlo con el pie. Cholo volvió a la carga.

-Si yo fuera Fernando sería diferente - dijo -. ¿Es que sois novios?

Ella rió con ganas.

-¿Novios? Qué cosas dices.

-Pues entonces, ¿qué sois?

La tarde empezaba a declinar y la fiesta comenzaba a estar en su apogeo. Del lado de la casa llegó el ruido de un motor.

-Amigos -dijo ella.

-Te gusta jugar conmigo como al gato con el ratón -suspiró el muchacho, resignado -. Y piensas que no hay nada fuera de tu alcance, ¿verdad?

El son exótico proseguía, rítmico y monocorde; ellos se encaminaron hacia la piscina.

-Ahí tienes a tu héroe -dijo Cholo, señalando.

Vieron a Fernando, tumbado en una hamaca leyendo una revista. Estaba en bañador y tenía el cuerpo bronceado. Era un muchacho verdaderamente muy guapo.

-Cállate ahora -dijo Paula, tajante.

Tendida junto a la piscina había una chica con el cabello de un rubio casi albino; estaba boca arriba y mantenía los ojos cerrados. Al oír pasos Fernando se volvió.

-Saludos, campeón -dijo Cholo, palmeándole la espalda. El se levantó de un salto.

-¿Dónde estabais? -dijo.

-Ah, eso es un misterio -contestó Cholo en son de burla. Enseguida se plantó frente a la rubia.

-Carolina, siempre tan bonita -dijo. Ella lo miró perezosamente, con unos lindos ojos achinados.

-Y tú siempre tan amable. Todos deberían ser así.

Se oyeron risas hacia la alameda y aparecieron dos chicas, también en bañador, seguidas por un par de muchachos. Una de ellas se adelantó con ademán resuelto; su melena rojiza chorreaba agua.

-Me he bañado en el río -dijo-. Estos no se han atrevido.

Su amiga hizo un gesto de repugnancia. Cholo había estrechado las manos de la pelirroja y ella lo besó en ambas mejillas.

-Betty quiere matarme -dijo él, poniendo los ojos en blanco.

-¿Han llegado ya todos? -dijo Betty, riendo.

Miraron hacia la casa y vieron a Carlos que salía con unas botellas.

-¿También está ese? -preguntó Cholo, extrañado. Paula asintió.

-Es un tipo raro -dijo Cholo, arrugando el gesto-. Es... viscoso -explicó vagamente.

***

Te acercarás, tímido: «Quiero darte un beso». Evitaré una exclamación de impaciencia, volveré la cara. Como me miras te ofrezco la mejilla, te acercas y la besas. Luego inclinas la cabeza sobre mi pecho. Te acaricio las mejillas de seda, te acaricio los cabellos de seda y me miras atónito, con los ojos muy abiertos. Es un gozo sentir en la yema de los dedos tu suavidad y tu calor. Mirando mi vientre lo señalas y me preguntas: «¿Yo nací de aquí?» «Sí», te digo yo, y me preguntas otra vez: «Cuando yo sea mayor, ¿tú te habrás muerto?» Entonces me miras de nuevo y te vas. No, nunca podré cogerte en mis brazos, no podré acariciar tu piel suave, pellizcar la carne de tus mejillas y de tus nalgas. No podré sentir en mi cara la seda de tu frente ni en mis labios el calor de tu cuello. No podré rozar tu pelo con la yema de los dedos, ni dejarme sumergir en la embriaguez de estrecharte contra mí. No, no, nunca podré. Ni sentir en mi piel la delicia de tu contacto, la plenitud de haber dado un hombre al mundo y estarlo moldeando hora tras hora, día tras día; no te veré siquiera, otros lo harán por mí. ¿Serás hermoso, serás alto y espigado, o por el contrario robusto y cetrino? ¿Serás fuerte, alegre y decidido o tal vez sensible y melancólico? Y cuando yo ande por las calles en invierno, entre las ropas de abrigo y las bufandas infantiles buscaré una mirada familiar, atisbaré la llamada

de la sangre. Y si llego a encontrarte te llevaré conmigo, viviremos tú y yo en un mundo pacífico y cada mañana veremos nacer el sol, y por la noche cómo la tierra se hunde en la oscuridad. Tú irás creciendo mientras tanto, tus miembros se harán fuertes y poco a poco unos músculos poderosos se formarán en tu cuerpo. Y cuando seas un hombre, cuando para hablarte tenga yo que levantar la cabeza, tú me defenderás de la maledicencia, de la crueldad de los demás. Me llevarás del brazo ante todos, te mostrarás orgulloso de mí y todos me envidiarán cuando me vean.

***

-¿Viven aquí tus padres? -interrogó una chica extranjera.

-Oh, no están casi nunca -dijo Paula-. Vienen en vacaciones alguna vez.

Lanzó un vistazo a los que estaban bailando y a los que permanecían sentados o de pie junto a las mesas. Una chica menuda que había llegado a última hora se volvió.

-¿Piensas venir al club este año?

-Algún domingo iré -dijo ella.

-Siempre el mismo club, y la misma vida siempre -suspiró la otra-. Se me va a hacer eterno este curso.

Su compañero le dedicó una mirada bovina.

-Raquel siempre exagera -dijo.

Ramón se aproximó con un vaso en la mano, pero enseguida una muchacha se acercó por detrás y lo agarró del brazo.

-Haz el favor de venir -dijo afectadamente-. Te necesitamos allí.

El cielo estaba oscuro; algunas nubes de color gris rojizo destacaban hacia poniente. Cerca del río habían prendido una hoguera que crepitaba, entre la neblina formada por el humo. Subía el fuego vertical y ardía la hojarasca con un chisporroteo de leña menuda. Betty y Cholo miraban el fuego y él se mostraba sombrío.

-Salió con Carolina todo el curso pasado -comentó -, ¿No te parece una mala faena?

Ella contestó con un gesto que no quería decir nada; sus ojos eran enormes y verdes.

-Qué quieres -dijo en tono indiferente-. La vida es así.

-¿Te parece que Paula está enamorada de él? -insistió Cholo-. Yo no lo creo.

-Paula es muy caprichosa -dijo ella-. Se acabará cansando.

-Eso pienso yo.

Estaban las luces encendidas frente a la casa, y el jardín parecía un decorado teatral. El muchacho cambió bruscamente de actitud.

-Se está bestial aquí -comentó, y ella afirmó con la cabeza.

Se oyó un rasgueo de guitarra y Betty se animó como por encanto; se unieron al grupo que batía palmas junto al fuego.

-Uf -dijo la chica-. Estoy completamente seca. ¿Me dais algo que beber?

-Toma -dijo uno-. No lo he tocado.

-Está bueno. ¿Qué es?

-Es un secreto. Es un bebedizo.

-Huy, qué miedo.

-Que baile Betty -dijo alguien.

Empezó a bailar junto a la hoguera; se había soltado el pelo brillante y Cholo, acuclillado sobre la hierba, la miraba atónito.

-Qué bárbara, cómo se mueve -dijo una voz muy gruesa.

Ella siguió bailando, contorsionándose como una posesa, hasta que cayó de rodillas, jadeando. Todos la aplaudieron entonces y ella sonrió, con los ojos color de uva brillantes de excitación.

II

Hay lugares que recordaré toda mi vida

aunque hayan cambiado para siempre
sin mejorar por ello.

Unos se fueron, y otros permanecen.
En todos he vivido
con amigos y amigas que aún puedo recordar.
Unos están ya muertos y otros viven;
en mi vida los he querido a todos.

THE BEATLES

DIARIO DE DIANA

Ocupo la celda del año pasado, una de las que tienen balcón al jardín interior. Así podré ver los tejados bajo la luna, las nubes iluminadas, hinchadas como velas blancas; veré las chimeneas vecinas y la espadaña de la iglesia y oiré el rumor de la calle en las noches templadas (procuraré que a la bata azul no le dé el sol, el año pasado se puso toda descolorida). La luna será la misma desde mi celda que desde cualquier otra parte, lo mismo de grande y de redonda o como una tajada de melón. Conozco de memoria el estampado de las cortinillas, el número de las argollas, la curva que forma el desagüe del lavabo y los pequeños desconchones en la pintura azul de la cama metálica. No se han organizado las clases todavía; estamos en el aula contigua a la del año pasado y desde allí vemos también los arcos de piedra y los grandes cristales que han debido ser lustrados recientemente, porque no tienen señales de dedos.

Escribo junto a la ventana; el sol de octubre, cálido, pero no abrasador, me acaricia la frente, las mejillas, me envuelve en una especie de abrazo amable. Lástima que no me alcance los pies que tengo un poco fríos.

Martes. - Leticia ocupa la celda del otro lado del pasillo; aún no me ha pedido prestada la pasta de dientes, no habrá tenido tiempo de lavárselos. Al lado está Victoria, a quien he encontrado más delgada y más pálida. Le he preguntado por su hermano y no pareció que le gustará la alusión porque me habló de otra cosa. Paula no estaba anoche; parece que se retrasará, a ella siempre le pasa algo así.

He estrenado el pequeño cuaderno para los programas y los horarios. De nuevo estoy sola en el aula: la luz es incierta, crepuscular, y mis pensamientos están sumidos en una neblina flotante. A lo lejos se oye el tañer de una campana.

***

El coche pasó el puente metálico que vibró, y se deslizó junto a los edificios de fachadas amarillentas. Paula se inclinó hacia adelante.

-Fermín - llamó, y el hombre volvió un momento la cabeza-. Déjeme del lado de las verjas y lleve la maleta a la portería.

La temperatura era elevada dentro del coche y ella bajó la ventanilla.

-Llamaré a la finca si necesito algo -dijo-. Quisiera que el sábado me viniera a buscar.

Luego saltó a la acera, y el chófer llegó a tiempo para cerrar la portezuela.

-Adiós -le dijo sin mirarlo-. Venga el sábado a las ocho, y no se retrase.

La verja estaba abierta y en la escalera a tres vertientes había muchachas vestidas de azul marino; ella se abrió paso entre todas y subió los escalones sin prisa. Entró en el edificio, hasta las galerías del claustro, donde las viejas piedras contrastaban con las blancas de la fachada.

-¿Vienes ahora? -le preguntaron. Ella se disculpó vagamente.

-He estado fuera -dijo-. No he podido venir antes. El aula estaba vacía y dejó los libros en el pupitre más cercano. Fue hacia la ventana y vio que una monja bajaba las escaleras y cerraba la verja. Algunas pequeñas rezagadas entraron corriendo. Enfrente, la fachada color de rosa de un cine mostraba unos grandes cartelones. Oyó pisadas y se volvió.

-Vaya, por fin has venido -dijo Raquel desde la puerta. Leticia la seguía; era una chica alta y un poco desgarbada, con un rostro alargado y fino.

-¿Qué tal te ha ido? -preguntó, sonriendo.

Raquel se había sentado frente a su mesa y puso los libros dentro; en el reverso de la tapa abatible había pegado la foto de un actor de cine, y un calendario con los festivos en rojo. Contó los días que faltaban para el siguiente domingo y Leticia se echó a reír.

-Pronto empiezas a contar -le dijo. Raquel cerró la mesa de golpe.

-Te han colocado ahí -indicó a Paula-. Estás al lado de María. Es una interna que ha venido nueva; creo que es hija única y no tiene madre, o algo así.

Fue hacia el encerado y lo estuvo borrando con un cepillo de fieltro. Se acercó a un pupitre, alzó la tapa y curioseó descaradamente dentro. Había libros sin forrar y unos cuantos cuadernos.

-Aquí está Diana -dijo con retintín -. ¿Vamos a leer los cuadernos secretos? -sacó un cuaderno y empezó a pasar las hojas-. "Una luna redonda y anaranjada, como la yema de un gran huevo de gallina criada con maíz...” -leyó, con voz campanuda. Paula sacudió la cabeza.

-Vamos, deja eso -ordenó-. Ella hizo ademán de atornillarse la sien.

-Está chiflada -subrayó-. Yo no la trago.

***

3 de octubre, miércoles. -Tengo mis historias en distintos cuadernos hasta que llegue el momento de ensamblarlas; según mi estado de ánimo avanzo en una o en otra. Las dudas y las esperanzas se suceden en mí como las ondas en un estanque. Me gustaría ser una verdadera artista, manejar el lenguaje como el escultor la arcilla, saber encontrar la palabra justa para definir cada experiencia.

Un sentimiento hace nacer una serie de palabras: están ahí, vivas, reflejando una sensación. Yo tomo las palabras entonces, las tomo cuidadosamente sin desordenarlas para transmitirlas a otros. Entonces esas palabras se me despegan, ya no tienen significado para mí; pero es posible que hagan revivir en otros las mismas sensaciones por las que ellas nacieron. Hay en mí dos personas: una que come, duerme, habla con las demás y se ríe y otra escondida que vela siempre, esclavizada por la literatura. Estoy sola y nadie, nadie me va a ayudar si no me ayudo yo misma.

Había entrado en el aula solitaria a recoger unas cosas y he visto las paredes teñidas de un vivo color rosado. Todo era de color rosa: la madera de las ventanas, de las puertas, incluso los suelos mostraban el mismo color. He mirado por la ventana y he visto el cielo, cercano ya a la oscuridad, y unas pequeñas nubes alargadas como chafarrinones, iluminadas por una luz brillante y escarlata. Me he quedado quieta, rodeada de silencio, apenas un pequeño ruido, susurro o el resbalar de un mueble a lo lejos. He perdido la noción del tiempo, me he visto trasladada a un mundo mágico e irreal donde todas las luces eran rosadas. De pronto un ruido me ha sobresaltado, poco a poco el extraño resplandor ha ido desapareciendo. Ahora estoy mirando al cielo casi negro; aún queda en él algún jirón ligeramente teñido de rosa. Al otro lado de las verjas se oyen los ruidos de la ciudad, el rodar de los automóviles; ya no tengo tiempo de acabar el latín.

Anoche traté de rizarme el pelo con cintas y no conseguí más que poner las cosas peor.

He estado hablando con María; tiene el acento muy dulce y a veces se queda abstraída, como pensando en otra cosa. Es inteligente y sensible, como si estuviera al margen o por encima del mundo que la rodea.

Cuando abro los ojos en la mañana del domingo, soleada y tranquila, hay algo que me desazona y no sé lo que es: quizá la fatalidad de necesitar algo, el toque de una campana o unas palmadas brutales, algo que me obligue sin piedad a saltar sin darme tiempo a considerar que estoy aquí, que existo en un espacio y en un tiempo, enmedio del inmenso absurdo, de esta máquina inmensa que da vueltas y vueltas como las ruedas de un inmenso reloj.

Él ha venido a buscarme como otros domingos para llevarme a comer: él es mi padrino. Cuando bajé al locutorio lo encontré mirando al jardín interior, y todo el tiempo estuvo luego preocupado. Después de comer fuimos a su casa y estuvimos oyendo música. Aproveché para ordenarle las cosas que tenía revueltas.

Me gusta entrar en el locutorio grande cuando está vacío. Las ventanas están entornadas, seguramente para que no sufran las tapicerías. Y es tan amplio, y el brillo de la cera tan suave en la tarima que resulta un verdadero reposo para la vista. Hay además un olor no sé si a telas antiguas, quizá el aroma de la cera o un cierto perfume que se cuela desde el jardín a través de las rendijas. Es semejante al aroma de los pétalos de

rosa que se conservan entre las hojas de un libro, un aroma un poco muerto, muy suave y embriagador al mismo tiempo; un aroma encerrado o, por decirlo más correctamente, preso.

Se dice que el verde no entona con el azul; no hay nada más bello que el verde brillante de los árboles contra el azul del cielo que veo desde aquí.

Hoy, sobre el jardín de las monjas, se mezclaba el perfume de las rosas con el olor a sopa que llegaba desde la cocina.

***

Date prisa, Raquel - dijo Pitita, echándose el pelo hacia atrás con la mano-. Yo me voy.

Ocupaban el vestuario femenino del club y ella acababa de arreglarse ante el espejo del lavabo; sacó un cepillo diminuto de un estuche, lo humedeció con la punta de la lengua y se lo pasó por las pestañas. Raquel contestó desde la ducha.

-Espera un momento, que ya mismo voy. Y dame la toalla, por favor. Es aquélla, de color malva.

Ella le alcanzó la toalla y el rumor del agua cesó.

-Nos están esperando -se lamentó, cepillándose las cejas pobladas y oscuras. Dentro sonó la voz destemplada de Raquel.

-Déjalos que esperen.

Carolina estaba sentada en un diván circular que ocupaba el centro de la habitación; llevaba el pelo liso, casi blanco de tan rubio, sujeto con un pasador. Raquel salió de la ducha envuelta en la toalla.

-He visto a Fernando -dijo con intención-. Estaba con Paula en la bolera. También estaba Betty.

-Yo no lo he visto -dijo ella, agitándose en el asiento. La voz de Raquel sonó tras el biombo.

-Estaba guapísimo, como siempre. Llevaba un jersey de punto blanco.

De pronto entró Leticia, en traje de tenis; traía la cara encarnada y una raqueta en la mano.

-¿De qué habláis? -interrogó. Fue hacia los casilleros y guardó la raqueta en su funda. Raquel salió del biombo, vestida con una braga diminuta y un sujetador.

-¿Qué tal te ha ido? -le preguntó, y ella hizo un gesto de desaliento.

-Fatal. Me han dado una paliza de muerte.

Pitita intervino desde la ventana.

-¿Es cierto que los padres de Betty están divorciados?

-Están divorciados, y además son millonarios -dijo Raquel con aire de suficiencia; se dio una vuelta en el espejo y los huesos se le marcaron en la espalda negruzca -¿No conocéis a su hermano? -agregó-. Es un hombre de lujo.

Se puso de puntillas y empezó a canturrear mirándose al espejo; de pronto se volvió hacia Carolina.

-¿Sabes que Fernando y Paula son novios? -dijo a quemarropa-. Está loco por ella.

Sacó los brazos en alto por las mangas del vestido y se lo encajó por la cabeza; por un momento pareció que la otra iba a echarse a llorar.

-¿Alguien puede prestarme un gorro de baño? -preguntó Leticia -. He olvidado el mío.

-Toma, yo tengo dos -dijo Pitita. Miró la hora en el reloj y se volvió a su amiga, que estaba subiéndose la cremallera.

-¿Terminas de una vez? -chilló-. Yo no te espero más.

Ella se cepilló el cabello y sacudió unas gotas de agua que le habían caído en el vestido.

-Es mejor que se convenza de una vez - remachó, sin darse por aludida.

Salió rezongando y dejó la puerta abierta de par en par; Leticia se disponía a entrar en la ducha.

-No le hagas caso -dijo desde allí.

Carolina se limitó a negar con la cabeza y sonrió tristemente. Ella se echó a reír.

-Vamos, no pongas esa cara -dijo-. ¿Quieres pasarme la colonia?

Al otro lado de la puerta del salón se oía a la orquesta afinar los instrumentos; después de unos minutos el ruido del agua cesó.

-¿Te vas a quedar? -preguntó Leticia, saliendo toda mojada. Iba envuelta en una toalla y por debajo asomaban sus piernas, demasiado largas. Carolina estaba confusa.

-No sé qué hacer -vaciló-. No tengo muchas ganas.

-No te lo tomes tan en serio -dijo Leticia, mirándola por el espejo-. No merece la pena.

***

Lunes. - Desde las galerías en el primer piso distingo en los claustros bajos el ir y venir de alguna monja o un grupo de alumnas, y detrás las siluetas oscuras de las antiguas puertas. Alguna pequeña otea el cielo, camina una hermana con su andar pausado, un vidrio refleja la luz.

Él me quiere, y sé que me necesita; se entusiasma con mi vitalidad porque es introvertido, y por eso envidia a las personas alegres. A veces me parece ser más adulta que él; le gusta mi compañía y muchas veces me hace confidencias. Sé que quiere casarse, no desea otra cosa, pero creo que se le ha pasado la edad, el momento en que se elige por impulso y no por razonamiento. De pronto cree estar enamorado y entonces lo encuentro radiante, rejuvenecido en veinte años; me cuenta de ella que es simpática, guapa -y con dinero-, y al domingo siguiente le han parecido sus tobillos demasiado gruesos o su conversación insulsa. Pesa y sopesa cada detalle de su aspecto físico, social, hasta que el tinglado se derrumba. Algo de culpa tienen ellas que deben mirarlo como al codiciado mirlo blanco. Entre unas cosas y otras pasan los años y él permanece solo.

El domingo corté una rosa de té en el jardín; la puse en un vaso de agua sobre la mesa de su despacho, inundada de papeles y libros; se alegró mucho cuando la vio, tanto que se le saltaban las lágrimas. «No recordaba que no estoy solo» -dijo.

Martes. -Una mañana negra: ansiosa de escribir, prescindiendo de otras cosas, y de entregarme al arrebato de rellenar cuartillas. No podía por otro lado dejar mis tareas, sentía una angustia que me atenazaba, tenía la vista oscurecida por la tormenta interior y hasta el aire me faltaba para respirar. Abrí una Antología y me encontré con unas líneas de Andersen: «Mi vida es un hermoso cuento, tan rico y feliz. Si cuando, niño aún, me lancé al mundo pobre y desamparado, me hubiera salido al encuentro un hada, diciéndome: "Elige tu carrera y fijate una meta, que yo te protegeré y te guiaré, siempre de acuerdo con los dictados de la razón", mi destino no hubiera podido ser más dichoso de lo que ha sido en realidad. La historia de mi vida proclamará al mundo lo que a mí me dice: existe un buen Dios que todo lo lleva a su buen fin». Fue como una dulce conmoción, una viva luz que me llenó de paz. Sí, fue la respuesta que daba a mí angustia un buen Dios que todo lo lleva a buen fin.

Quisiera en mi diario descubrir lo que me rodea y hacer un retrato minucioso del ambiente. Así ha de ser, si quiero retener en contra de todo un tiempo y unos lugares que han de cambiar. Mi mirada aprehenderá todo este pequeño mundo apasionante que quisiera plasmar en una novela.

Miércoles. - Paula es bella, sofisticada, consentida. Tiene dos hermanos, Ramón y Mónica, que está en la clase de medianas. Ella es bastante déspota dentro de una corrección que le proporciona su educación esmerada. Creo que en el fondo no es feliz.

No sé qué puede envidiar Paula en mi, y en ocasiones no puedo menos que pensar que me envidia. Al menos no encuentro justificación al acoso de que me hace objeto. Nunca se me ha enfrentado abiertamente ni su actitud ha sido francamente agresiva; pero se esfuerza en confundirme, en ridiculizarme incluso, y es indudable que le gusta poner de relieve mis defectos. Me quiero convencer a mí misma de que son cosas de mi imaginación, figuraciones mías, pero surge una ocasión cualquiera y veo que ella no actúa de un modo natural. Y no me explico sus motivos: soy físicamente vulgar, siempre metida en mis fantasías y nada admirable en ningún concepto. No sé cuál es el motivo de su encono, pero me hace sufrir. Cuando empiezo a obsesionarme con estas ideas quiero pensar que estoy haciendo una montaña de nada, y procuro desechar mis enojosos pensamientos; pero sorprendo en ella una mirada agresiva, casi cruel, escucho un comentario suyo hiriente y vuelvo a caer en mi anterior convencimiento. Yo procuro eludirla en lo posible y me callo siempre. No quiero darme por enterada, sería terrible si lo hiciera, se desencadenaría entre nosotras una lucha feroz y no quiero que la idea se adueñe de mí. Mi defensa es ignorar sus sentimientos, no darme por aludida y no dejar que el temor se me apodere.

Quizá mi estado de ánimo se deba a que estoy deprimida, tengo malas notas, mí novela avanza demasiado despacio, ha amanecido el cielo gris lleno de nubarrones, la comida ha sido pésima y todo me va influyendo sin que lo pueda remediar; mañana veré las cosas de otra forma. Amén, que quiere decir así sea.

Sábado. -Antes de acostarnos nos dan tiempo para lavamos bien, ya que por la mañana hay que vestirse a toda prisa. También por las noches limpiamos los zapatos y cepillamos el vestido. Una vez por semana, sábados y domingos, una hermana va por las clases llamando a las internas para el baño. Los cuartos de baño son antiguos y fríos, las bañeras son de metal esmaltado y descansan sobre extrañas patas de animal.

En el dormitorio, por la mañana, sentía mi cuerpo pesado sobre las sábanas y entre las mantas calientes y la imposibilidad de moverlo como si los miembros se hubieran quedado pegados a cada pliegue de las sábanas o del colchón. Me he desperezado hasta que me han crujido los huesos. Siento una zozobra que no me deja parar y abro entonces el baúl de los recuerdos, revuelvo en él tratando de hallar algo vistoso que me distraiga, una madeja de lanas multicolores o algunas estampas antiguas, o el recuerdo de algún amor; en la monotonía quisiera hacer volar el tiempo y mis fantasmas no acuden, noto la imaginación yerma y vacía y busco desesperadamente algo a qué asirme, donde prender los álabes de la mente. Una fina redecilla dorada, el uniforme sobre la silla son seres inanimados a los que querría arrancar de su estatismo; el tic-tae del reloj alarga los minutos, burlándose con su presencia implacable. Y el sol se esconde detrás de los tejados todavía. En espera de las terribles palmadas los minutos transcurren lentos, envueltos en una neblina de inacción.

Apasionante el asunto de la herencia que recibimos de nuestros antepasados, pero a mi entender una ciencia que no se desvelará del todo. Pues, ¿qué podemos saber acerca de lo que llevamos de uno o de otro? ¿Conozco los genes que me dejó mí abuela o los que tengo de un tío segundo, o los que me legó mi tatarabuelo en la quinta generación hacia atrás?

***

En el vestuario de hombres un débil rayo de sol caía sobre la cortina de yute, yendo a parar al suelo de mosaicos. Carlos rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó un billete, lo sostuvo en la mano y lo volvió a guardar.

-¿Vas a venir a jugar mañana? -preguntó. Ramón le contestó desde el peldaño más alto de una escalera de mano.

-No puedo. El miércoles tengo el primer parcial.

Carlos chasqueó la lengua.

-Qué raro eres, coño. Podrías estudiar el martes.

-El martes y mañana -dijo Ramón desde la escalera.

Un tipo cetrino se afeitaba frente al lavabo, desnudo de medio cuerpo; la puerta se abrió y entró un hombre grueso con una raqueta bajo el brazo. Ramón bajó los escalones de dos zancadas, cogió un jersey y se lo echó al hombro, y dio un vistazo a las duchas. Silbó de una forma peculiar y un chiquillo que lavaba unas zapatillas de tenis alzó la cabeza, se puso en pie de un salto y acudió a recoger la propina. El hombre grueso saludó con un gruñido.

-¿Tú padre bien? Hace tiempo que no lo veo.

Ramón contestó con un conato de sonrisa.

-Viene poco -dijo-. Va de caza los fines de semana.

El otro se estaba desprendiendo de la camiseta y a su alrededor se esparció un tufo a sudor agrio; quedaron al descubierto un vientre pálido y redondo y los vellos canosos del pecho. Ramón llamó a su amigo con un gesto.

-¿Vamos? -dijo, saliendo.

-¿Entonces no vienes mañana? -insistió él, bajando los peldaños de ladrillo; Ramón lo miró.

-¿Cuántas asignaturas tienes de tercero? -dijo a modo de respuesta-. ¿Y de segundo?

Él pareció aturdido por lo directo de la pregunta.

-¿Por qué lo dices? Vaya, ni que fueras mi novia.

-No hay cuidado -dijo el otro, riendo. Siguió hacia las pistas y Carlos lo siguió con las manos en los bolsillos.

-¿Por qué no quedas con Miguel?

-Miguel está jodido con la luxación.

-Pues haz lo que te dé la gana. Yo no pienso venir.

Desde el vestidor el hombre grueso los vio alejarse; se había quitado los pantalones y de un puntapie los mandó a un rincón.

-Yo no me trago lo de las cacerías -dijo, como si hubiera rumiado la idea.

Un muchacho escuálido salió de la ducha estirándose; tenía los brazos y piernas morenos y el resto de un blanco lechoso. El que se afeitaba se volvió con la cara llena de espuma.

-Yo tampoco lo creo -dijo. El de la ducha se frotaba enérgicamente con una toalla de felpa.

-¿De qué habláis? -intervino. Cogió la felpa por los extremos y se la pasó entre las piernas; el que se afeitaba contestó sin volverse.

-Esas cacerías son una tapadera -dijo, apurando la espuma del bigote. El grueso soltó una risotada. Estaba desnudo y luchaba con los cordones de las zapatillas.

-Pues, ¿qué hacen entonces? - preguntó el muchacho con ojos acuosos. El del lavabo carraspeó.

-Yo no lo sé - dijo, evasivo -yo no lo he visto.

El gordo mandó los calcetines al rincón, con el resto de la ropa.

-Lo que yo creo es que se preparan unas orgías de órdago.

-¿Orgías? - preguntó el muchacho -. ¿Con mujeres?

-¿Y con qué si no? - dijo el que se afeitaba -Pareces tonto.

Había sorteado una cortadura en la mejilla y la cuchilla se deslizó por su cara.

-Qué bárbaros -dijo el otro. -El gordo asintió con flema y su papada se estremeció.

-Se las llevan de fuera - dijo. -Las de aquí no son bastante buenas.

El que se afeitaba volcó en la mano una porción de líquido y se frotó el mentón; cogió la maquinilla, la lavó y secó y la guardó en su funda. El muchacho parecía dudar.

-¿Es verdad todo eso? -insistió.

-Seguro -dijo él, dándose fricciones de colonia en los sobacos, de donde brotaban dos rnanojos de pelos.

***

Lunes. -Sentada ante mi mesa retrocedo vertiginosamente hacia el pasado, cuando de niña jugaba a ser ama de casa recortando habitaciones en las revistas de decoración, recortando luego los huecos de las ventanas y pegando detrás los paisajes también recortados que me hubiera gustado ver a través de una ventana de verdad.

Soy la artista, la escritora del curso. Hoy se ha leído en público mi ejercicio de composición francesa.

A finales de octubre amarillean las hojas de los chopos y muchas se han desprendido ya. El tono de los árboles se va haciendo dorado, al otro lado de las tapias se oyen voces y un hombre silba una canción. Dentro hace calor y el aire fino que entra por la rendija es reconfortante. Suspiro y se me cierran los ojos, tengo sueño, me metería en la cama y me dormiría como un cesto. Luego, cuando hubiera despabilado las telarañas del sueño...

Jueves. -Van y vienen, vienen y van y, ¿qué tienen dentro de la cabeza? En apariencia, nada; no obstante, cada uno es un mundo. Vamos dejando la vida a nuestro alrededor como un polvillo que se quedara pegado a las cosas, como el polvo sutil que sueltan las alas de la mariposa y se nos adhiere a los dedos.

Hoy, un verdadero atasco: mis historias me parecen aburridas, mi estilo más seco que un bacalao salado, no veo los hechos en perspectiva y me parece estar sacando agua de un pozo que está vacío o que no existe. Está visto: no sé nada de nada, carezco de arte y de soplo divino y nunca lograré nada por más que me lo proponga.- Mierda.

Dormir a cualquier hora, dormir a todas horas y en el pre-sueño olvidar que se vive una vida lánguida y vacía en un mundo que no tiene sentido. Estoy desesperada, me cuesta un trabajo bestial escribir y tengo que suplir mi falta de soltura a fuerza de trabajo. Quizá yo esté equivocada, quizá el existir no sea observar la vida desde arriba y ser consciente de ella, sino el ser arrastrado en la carrera con otros millones de seres.

Viernes. - Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; mejor dicho, Dios creó el alma humana a su imagen y semejanza. Para el cuerpo tomó la materia inferior, que pudo ser el cuerpo de un simio que evolucionó después. Luego si el alma humana, si todas las almas humanas son a imagen de Dios querrá decir

que todas, como espíritu, pueden ser igualmente clarividentes, lúcidas, brillantes. Entonces, ¿por qué existen personas trastornadas u obtusas? Habrá que pensar que esa materia inferior al cobijar el alma en sus neuronas, en sus nervios y en sus tejidos, condiciona temporalmente a la materia espiritual que no se verá liberada sino tras abandonar su envoltura. Entonces todas las almas serán iguales.

Acaricio las páginas escritas de mis cuadernos como se podría acariciar a un amante o a un hijo. Soy áspera, soy brusca, la antítesis de la poesía; soy prosaica. A veces me encuentro con mi propio dolor y lo reconozco enseguida: este es mi dolor, me digo, y lo abrazo. Ya nunca volveré a desesperar, porque todo podrá ser volcado en la literatura.

Domingo. - Ante mí tenía los asientos del autobús, casi completamente vacíos; sólo un hombre con gabardina blanca y pelo claro y una chica de cabellos cortos y abrigo azul, por donde asomaba el borde rojo de un jersey. Ella se levantó, pulsó el timbre de parada, el autobús se detuvo y ella se dispuso a salir. Dos paradas después el hombre se levantó y pulsó el timbre: era un hombre bajo, joven y con un bigote claro. El autobús paró y él se bajó precipitadamente.

Tengo pintarrajeados los márgenes de los libros de texto y modificadas las ilustraciones. Por suerte tengo el privilegio de estar aún en este mundo, de poder pasar el dedo gordo del pie a lo largo de la ranura en el respaldo de la silla de al lado; aprovechemos, pues, el tiempo que tenemos.

Huele a flores, huele a flores, huele a flores marchitas.

Por la tarde he estado observando a María: es una chica enigmática, con unas facciones muy bonitas y unas manos preciosas. Entre las otras no ha caído bien; demasiadas perfecciones para una persona sola. He oído que su madre se suicidó. «Esa chica no se va a lograr», ha dicho no sé quién.

***

El órgano dejó de tocar y el hosanna dejó prendidos sus trémolos de las volutas doradas. El coro era grande y mal alumbrado y las tarimas lucían con un brillo de cera. La directora se inclinó.

-Aguárdeme fuera -dijo.

Fueron abandonando una tras otra los asientos del coro, y con ellas la madre Isabel. Con gesto maquinal se quitó la capa y la colgó en un armario, sacó un delantal negro y se lo anudó a la cintura.

-Venga conmigo.

Ella la siguió, sin levantar los ojos, a través de unas escaleras estrechas; las maderas crujían y las dos siluetas proyectaban sombras en la pared. La directora se volvió.

-He visto la nota increíble que dejó en mi despacho -dijo-. Y estoy más que sorprendida.

El piso alto estaba sumido en la oscuridad; entre las columnas se distinguía el cielo de un azul casi negro. La superiora se dirigió a las celdas con ademán resuelto y la monja la siguió. Entró en una, dio la luz y sacó un papel del bolsillo.

-«Os aseguro que los asesinos y las prostitutas os llevarán ventaja en el camino del Señor» -leyó - ¿Qué quiere decir esto?

Ella miró la celda, que era como las demás, con las paredes desnudas y un crucifijo sobre la cama. Había una mesa pequeña y encima varios libros.

-Le he hecho una pregunta.

La madre Isabel permaneció indecisa, reflexionando.

-Sé que algunas alumnas han tenido que dejar el colegio -pronunció en voz baja-. Y que el motivo es la falta de pago. Estaba indignada por la injusticia.

-Ah, conque era eso. ¿Qué tiene de extraño? Hágase cargo, tenemos más gratuitas de las que podemos soportar. Tenemos un alto contingente de becarias, más de las que podemos y se nos obliga a sostener.

Ella alzó la cabeza.

-¿Y a quién se conceden esas becas? No me dirá que a personas de la clase baja.

-¿Qué adelantaríamos con introducir en el colegio a personas de la clase baja, como usted dice? Hacer más patentes las diferencias, crear en ellas mismas un sentimiento de injusticia. La solución no es tan fácil como usted cree, ni las cosas son tan simples.

-La injusticia existirá de todos modos -dijo ella.

-Nosotras no podemos evitarla, compréndalo. No se fundó nuestra orden para mendigar, bastante se ha abierto ya la mano.

Hablaba erguida, con la cabeza alta y las manos cruzadas sobre el pecho. Trataba de expresarse en forma cordial y sus labios se alargaron en una sonrisa.

-Pero por Dios, no se preocupe tanto -dijo.

-¿Cómo puedo dejar de preocuparme?

-Hay que amar la virtud de la humildad -agregó ella, un tanto incómoda -. No creer que podemos arreglar el mundo por nuestras propias fuerzas.

-Tampoco refugiarse en el inmovilismo.

La luna trazaba ya reflejos plateados en los arcos de piedra; dos novicias aparecieron en la galería y el silencio fue roto por sus pasos ahogados. La actitud de la directora era desapacible.

-No creo que exista el inmovilismo en nuestras vidas - dijo.

-Pero estas alumnas que educamos, por quienes damos la vida, no carecen en modo alguno de cuidados. Al menos, yo eso creo.

-No por ser las más ricas han de ser las más afortunadas -dijo ella-. A veces, la de mejor posición es la que necesita más ayuda. No son los bienes materiales los más necesarios para el desenvolvimiento de la personalidad.

-Si pensamos que hay quien no puede cubrir sus necesidades más elementales...

Habían alcanzado el extremo del claustro y en un pequeño nicho un santo permanecía hierático, con semblante pálido a la luz de una bombilla. La directora consultó el reloj.

-Bien, dejaremos esta discusión para otro momento -indicó, dedicando a la oveja descarriada una mirada de conmiseración -. Y pida a Dios que nos ilumine a todas, a cada una en nuestro cometido.

Una ráfaga de aire subiendo desde abajo agitó levemente las tocas y atravesando el silencio llegó el tañido de una campana. A través del antepecho labrado se distinguían las galerías del primer piso, las aulas desiertas y oscuras. Las monjas habían dejado la sala de Comunidad y se acercaban en dos hileras, salmodiando cantos litúrgicos.

III

Mi madre ha muerto;
no puedo creerlo
aunque de ello haga tantos años.
Es difícil expresar tanto dolor:
mi madre ha muerto.

JOHN LENNON

CIERRA LOS OJOS y trata de ahuyentar el miedo; quisiera hundirse en la inconsciencia, huir del peligro que la amenaza, no sabe desde cuándo. *Sobre el mar hay una bruma pesada y los cipreses se destacan contra el horizonte, que parece una línea tirada a compás. Apenas alguna huella de espuma en el mar; a lo lejos se ven casas de pescadores y la carretera serpentea entre matas rojizas; hay manchas verdes de higueras y el munnullo del agua se hace imperceptible, como un arrullo continuo. Alguna casa blanca, rodeada de árboles, se alza en la lejanía; más allá se elevan los montes tostados, violeta, sobre las edificaciones de un pueblo. De los montes baja un arroyo y en sus márgenes crecen adelfas y cañas; hay cerca de la casa un parque de mimosas donde se filtra el sol y un camino terroso, bordeado de cardos, que desciende hasta la playa.* Un ruido, algo la despierta y enseguida vuelve el temor, tiene la espalda entumecida y en las manos un hormigueo pesado. Confiaba en verse aliviada, tal vez libre para siempre, pero aquí está de nuevo su compañero inseparable: el miedo. No hay salvación y tiene que seguir viviendo, seguir simulando hasta que su vida se vea truncada por el inevitable desenlace: hasta que con sus manos se dé a sí misma la

muerte. *No suele jugar con ella; es Soledad quien la lleva de la mano a pasear, bajo los pinares que llegan hasta el mar bajando por la ladera. Ella sólo la acaricia suavemente, roza su mejilla con los labios o la mece, cantando canciones con una voz muy dulce. A su vuelta de la ciudad le lleva bonitos vestidos y le peina el cabello oscuro y liso, que le llega a la cintura. Ella nota sus manos suaves desenredando el pelo, y suele pedirle que le cante una canción o que le cuente un cuento. Pero es Soledad quien sabe los cuentos más bonitos, los que aprendió de niña en el pueblo, y el que más le gusta es la historia del príncipe que se convirtió en halcón. También canta romances, que la ayudan a dormirse en su cuna rosa con pájaros pintados.* Se hunde en el frescor de las sábanas con una sensación de asfixia, y el conocido peso en el corazón. Con el embozo se cubre la cara y nota en ella el calor de su propio aliento. Quiere entregarse al sueño que acude poco a poco, pero unas visiones terroríficas la hostigan, dentro de sus párpados cerrados. De un túnel sin fin surge un extraño aroma; primero es una sombra, luego aparece un rostro dolorido con la mirada triste de un animal. Está a su lado, en actitud de atacar; ella quiere escapar y el extraño ser está delante, y al tiempo que empieza a perseguirla lanza una horrible carcajada. Hay un momento en que la sombra está arriba y abajo, a un lado y a otro, surgen quejidos y risas del fondo del túnel que se ha poblado de rostros grandes y pequeños, todos gesticulantes y pálidos. Un grito la despierta: está sudando de pavor. «Soy María, se dice, soy yo misma, y no tengo nada que temer».

***

2 de noviembre. - Las más pequeñas aguardaban a que vinieran a buscarlas; la hermana portera, con sus mejillas coloradas, leía los nombres en una pizarra y las niñas salían. Yo pasaba hacia el patio de recreo, he oído un siseo y me he detenido. «¿Tú eres mi amiga?», ha dicho una pequeña, con unos inmensos ojos azules. «Claro que soy tu amiga», le he dicho, y le he dado un beso. Las otras la han mirado con envidia. En el jardín de infancia un grupo cantaba, y en un rincón el papagayo parecía llevar el compás dentro de su jaula circular.

Jueves. -Voy haciendo algunas cosas en mi vida, pero ninguna tan penosa como intentar escribir una novela. No sé si lograré el éxito alguna vez, lo que sí quisiera pensar es que lucharé hasta la muerte. A veces me asalta la duda: ¿tendré siempre los medios, tendré vida, tendré tiempo? Hasta temo hallarme en tal situación que me falte lo más imprescindible, un lápiz y un papel. Y tengo que echar mano de mi optimismo: ¿Tienes ahora los medios, tienes tiempo, tienes lápiz y papel? Pues trabaja y no te preocupes de más. Y entonces se me ocurre una frase, y resulta que necesariamente alguien tiene que pronunciar esa frase, sea como sea. Mis personajes son tan reales que me hacen olvidarme de la vida real; yo debo estar un poco loca.

Un loco y un cuerdo nunca podrán entenderse, porque no hablan el mismo idioma.

Me han despertado las campanas; había dejado el balcón entreabierto y lo acabo de cerrar. Abajo, en el jardín interior, algunos rosales conservan su flor todavía y hay pétalos esparcidos en la tierra, entre los macizos. No tengo sueño y aún no es hora de levantarse; se escuchan las respiraciones y alguien se quejaba hace poco.

Domingo. - Pipipí, por encima el piar monocorde de un pájaro al que contesta uno un poco más allá: trititi. La arenilla está llena de pequeñas agujas secas y un aleteo se cierne sobre las copas: pipipí. Estoy en el parque y el sol es suave, calienta apenas entre las ramas de un pino centenario. Tengo enfrente dos arbolitos, tres, con pequeñas hojas de color púrpura. Pasan un hombre y una mujer, van cogidos del brazo arrastrando los pies sobre las hojas secas.

¿Qué dicen los pájaros? ¿Qué me dices, di, pájaro? Cállate ya, no insistas con ese aleteo. Una paloma da vueltas y vueltas junto a mí, picotea, rebusca entre la grama. Unos pasos se acercan, se alejan después, las hojas del castaño son traslúcidas y exhalan un amable olor marchito. Cerca hay un hombre que duerme en un banco. ¿Qué soñará? ¿Será un hombre libre, o un desesperado al borde del suicidio? Las hojas secas sobre la alfombra verde tienen un brillo céreo, su envés es blanquecino. El gran tronco se alza, erguido y robusto como un gigante cansado y enérgico. El hombre ha ido resbalando hasta dejar caer la cara sobre el pecho. ¿Cómo será su cara? Cara de hombre trabajado, cara de esclavo. Todos somos esclavos, aunque no lo queramos.

Un aeroplano zumba, se acerca, sobrevuela, gira y se aleja con un sordo tum-tum; se va por donde ha

venido. El gran árbol se inclina en el sendero con su tronco herido, cuarteado en gris-blanco y negro-pardo. Enorme problema técnico para cualquier pintor que se precie: captar el alma de la naturaleza, lo que no se ve, lo que se huele y se siente. Pintura total. Pipipí.

Las sombras se alargan, las aves planean en pequeñas bandadas, empieza a hacer frío, habrá que mandarse mudar. Antes de marchar quiero ver la cara del hombre, sorprender por un momento su sueño. Es un hombre curtido, sin edad, tiene barba de varios días y hay una bolsa de lona a su lado, de un azul desvaído con bordes amarillos. Amarillas son también las hojas de la acacia, cede la tierra bajo los pies. Extraño árbol triple, diminuto penacho arriba de finas agujas sobre el busto blanco de piedra, sobre el blanco pedestal.

***

QUIERE RAZONAR, convencerse a sí misma de que son vanos sus temores; trata de ver claro y de recobrar la tranquilidad. Y desea vivir aunque no sea durante mucho tiempo, en paz; quiere morir de una forma humana, morir como todo el mundo, aunque sea en breve plazo. No puede saber desde cuándo siente temor; no tiene ánimos para seguir viviendo y vive, por la inercia que la empuja suavemente. Cuando se dormía ha notado la sensación física y angustiosa de la caída. La noche ha llegado y oye los ruidos de la ciudad, escucha voces lejanas que le son extrañas y pertenecen a un mundo distinto. La vida le parece gris y sin sentido, un frío intenso la acomete haciéndola temblar. Acaba de cerrar los ojos y ya se ve transportada a lo más alto de una montaña, desde donde mira el precipicio bordeado de rocas. Arrastrándose, sujetándose a cada piedra, se ve obligada a bajar; sin mirar abajo se esfuerza en asirse, una piedra bascula y cae al fondo. Poco a poco se sigue descolgando, ayudándose de la maleza que se desprende, quedando entre sus dedos. A cada paso aguarda un desenlace fatal. Pero esta vez tampoco ha caído y se despierta bañada en sudor, agotada por la tensión. En la penumbra ve que pronto será la hora de levantarse, saltar de la cama, unirse a las demás, hacer lo que todas en cada momento y sin dejar trascender la angustia. No hay cuidado, es maestra en fingir y en ocultar su dolor. Trata de evocar escenas de su infancia y en el fondo de la memoria, como puntos muy lejanos recuerda momentos felices. *Las olas rompen sin ruido en la arena oscura y caliente, su madre recoge conchas tornasoladas y las hace brillar en el cuenco de la mano, las pone en hilera sobre la arena y le ofrece una gran caracola donde se oye el zumbido del mar. Tiene unos hombros muy bonitos y lisos y en ellos hay pequeñas gotas de agua; tiene el pelo húmedo, los ojos oscuros y sus dientes parecen de nácar. Ella también amontona las conchas y las enjuaga con aquel agua tan salada, apretándolas entre los dedos.*

***

Lunes. -No soy ni alta ni baja, ni gruesa ni demasiado delgada, sencillamente insignificante; tengo el pelo castaño y difícil, la frente despejada, mis ojos son también castaños, la nariz más bien pequeña y la boca demasiado grande. No hay que pedir imposibles, sino adaptamos a lo que hay. Mis uniformes están gastados y hago milagros para estirar la vida de mis zapatos. Recuerdo que a los doce años no tenía más que una falda de hilo que se arrugaba mucho, con una blusa blanca, y un vestido rosa que era bonito, pero se había quedado pequeño, con flores a punto de cruz en los bolsillos. Tengo varios hermanos, y un padrino escritor que me mima. Siempre me ha gustado escribir y recuerdo mi emoción cuando pequeña al numerar un capítulo con cifras romanas y titularlo con letra redondilla.

Él es un hombre solitario, con gran necesidad de afecto; siente por mí un cariño rayano en la adoración. Recuerdo de siempre sus efusiones un tanto angustiadas y pienso que siempre lo he rehuido un poco. Hablamos durante horas, o mejor, él habla y yo lo escucho y es como si él, hablando consigo mismo, se confesara. Yo le hago ver su pesimismo, trato de cambiar sus amargos puntos de vista; debe sentir alivio al contarme sus dudas y vacilaciones.

Martes. -¿Qué hay tras las puertas de Clausura? ¿Cómo son las celdas, las salas donde transcurre la vida de la comunidad? No sé qué extraños ritos podrán ocurrir allí dentro, pero todas imaginamos allí un mundo alucinante. A la hora de comer salen las monjas en dos largas filas, bajan las escaleras desde el segundo piso hasta la planta inferior donde está el refectorio. Avanzan con la mirada baja, rezando o entonando cantos litúrgicos, y nosotras corremos para ocultamos a su vista. Es una ceremonia electrizante digna de la mejor novela gótica,

Estaba ayudando a pelar patatas a la cocinera cuando se me ha ocurrido una teoría de lo trascendente: quizá, para obtener una vida futura, sea necesario creer de antemano en ella. De esta forma, el infierno tan traído y llevado sería para el incrédulo la aniquilación después de la muerte, y la «vida eterna» patrimonio del creyente; dicha teoría daría la razón a unos y a otros. Y si no es verdadera, al menos es una idea interesante. Luego he seguido pelando patatas.

Jueves. -Tengo una avidez especial en esconder nú lápiz y mi cuaderno y no usarlos más que ante los que no me conocen ni saben quien soy; al fin y al cabo hay que respetar las normas de la convivencia. Las dificultades son para mí como la carnaza que hay que echar a la fiera; por muy pocos medios con que cuente me formo mi cubil como la hormiga fabrica su hormiguero: por intuición.

Me parecía estar viendo la casa de los abuelos con un anciano en el despacho, la vieja sirvienta y una niña desgarbada que jugaba en el jardín. Todo en aquella casa era dorado, desde las piedras de la fachada hasta las lámparas. El recuerdo y la nostalgia me flagelaban y se me hacían intolerables.

Una maraña oscura se destaca contra el cielo grisáceo; el sol ha secado la humedad, dibuja líneas muy claras en las ramas semidesnudas y las copas de los árboles cabecean sobre los viejos tejados; algunas hojas se agitan en el aire y van a caer sobre la tierra oscura. Sólo los pinos conservan su verdor y las nubes avanzan lentamente. La directora se ha detenido junto a la puerta y su aguda mirada gris ha recorrido los rostros uno a uno; tenía los brazos cruzados ante el pecho y las manos ocultas en las amplias bocamangas, y la luz entrando por los ventanales nimbaba su figura de una auténtica majestad. Ha empezado a caminar entre las filas de pupitres, escrutando los rostros entre temerosos y aturdidos. No se ha acelerado su paso, no ha tenido prisa en atravesar el aula de un extremo a otro mientras algunas caras se volvían y otras nos quedábamos quietas, como clavadas en los asientos, tratando de no hacer ruido al correr las sillas ni al cerrar los pupitres.

-*Viernes*. -Una de las cosas más desalentadoras que existen es que nadie pueda tener seguridad de estar en posesión de la Verdad absoluta; sólo de la propia, angosta y restringida verdad individual. (Diana, sacando brillo a los zapatos).

***

Estaban en el corredor de la Facultad aguardando la hora de clase; había grupos de pie, y otros subían las escaleras de mármol desde el vestíbulo. Las losas en la calle brillaban, chorreantes de lluvia.

Cholo se detuvo en el corredor buscando a alguien con la mirada; vio a Ramón en un grupo y fue hacia él sin vacilar.

-Llevo todo el día buscándote -le dijo. Hurgó en los bolsillos, sacó un papel doblado y se lo tendió a su amigo -. Te puedes figurar para qué.

Ramón miró la nota y emitió un expresivo silbido.

-Esto es mucho dinero -dijo.

-Hay que pagar mañana -dijo Cholo con aire derrotado, y Ramón le devolvió la nota.

-A ver de dónde lo sacamos.

Cholo se quedó mirando al techo y se empezó a agitar como si le picara algo.

-Eran fuera de serie -dijo con un guiño.

-Yo ya dí cinco mil -dijo su amigo.

-Pues todavía quedan seis. Hay que pagar mañana, el tío es una fiera.

Una muchacha se paró frente al tablón de anuncios; llevaba gafas con montura de carey sobre la nariz diminuta.

-¿No han dado los resultados del parcial? -preguntó. Cholo negó con la cabeza.

-No los han dado, preciosa.

Ella esbozó un mohín de disgusto, dudó un momento y les dio la espalda, embutida en un impermeable largo y estrecho.

-En fin, veremos -dijo Ramón-. Tendré que hablar con mi padre.

Cholo no disimuló un suspiro de alivio.

-Ya sabes que es para mañana -concretó-. El del mesón no espera más,

De pronto se habían disuelto los grupos y un bedel pasó con un manojo de llaves.

-Te veré por la tarde en el club -dijo Ramón-. Llevaré el dinero si lo tengo.

-Procura tenerlo -dijo el otro con un balanceo nervioso,

Una chica cargada de libros pasó junto a ellos y entró en el aula anadeando. Todos se habían adelantado, dejándolos atrás.

-He quedado con Carlos para jugar un partido -dijo Ramón con evidente fastidio -. Es un pelmazo. -Su amigo torció el gesto.

-No sé cómo lo aguantas - masculló.

-Son cosas de Paula.

El bedel les hizo seña de que se apresurasen. Cholo deslizó un sordo comentario y rió cazurramente.

-La chica es monilla, pero descolorida -dijo.

-¿Qué chica?

-Me refiero a su hermana.

Se acomodaron en el último banco y Cholo estiró las piernas por debajo del asiento. El aula estaba llena y un profesor corpulento, con una nariz roja y gruesa, subió al estrado que resonó bajo sus pies. Todos permanecieron en silencio, con las miradas fijas en él.

***

18 de noviembre, viernes. - Llueve desde hace días, llueve dulcemente sobre los viejos tejados, sobre el jardín oloroso y la fina arenilla de los paseos; el cielo es de un azul muy pálido y el olor de la tierra húmeda junto con el de las hojas marchitas se cuela por la puerta del jardín, inundándolo todo.

La grama ha reverdecido; está sin cortar y hay en ella pequeños corros prietos donde crecen los tréboles. He cogido una hoja grande en la mano; su tono general es tostado, con los bordes oscuros y unos trazos de un verde brillante cerca de la nervadura central. Palidecen las ramas en las acacias y el eucalipto tiene un tono pálido; en algunas zonas las hojas cubren la grama y en otra penden tristemente de los árboles.

Pasas por la vida viendo las cosas, pero sin advertirlas, y de pronto hay algo que te golpea, que te sorprende por su colorido y posición. La idea que surge en la mente comporta con ellas unas palabras que la reflejan; ¿seguirán teniendo esas palabras, expresadas, el valor perenne de reflejar esa idea, o se marchitarán por el camino?

Miércoles. - Hay unas palabras específicas que definen o delimitan cada objeto, cada sensación o situación; utilizando estos vocablos puede transmitirse a otros la visión del objeto, la vivencia de la circunstancia o sentimiento del mismo modo que el pintor, utilizando el color que ostenta la naturaleza, puede reflejarla en un lienzo y darla a conocer a los demás.

¿Hay alguien en el mundo feliz? Yo soy feliz. Cuando me siento feliz quisiera comunicarlo a otros, comunicarlo a todos y que todos se sintieran felices como yo. Voy soltando la baba y dando vueltas alrededor de mí misma hasta que el capullo esté completamente formado, y para ello me guía el mismo instinto que guía al gusano de seda. No sé lo que haré cuando hayan pasado los años, cuando ya tenga canas en el pelo, y no obstante quisiera creer que seré la misma de ahora, que me apasionaré con lo que haga y haré apasionante cuanto toque.

Jueves. -Estoy en el estudio sin ganas de hacer nada, mirando los mapas que hay en la pared. Hay una hoja desprendida, de un brillante color bermellón, en la acera. Los ojos se me cierran, tengo la cabeza embotada por el sueño, en las ramas de los árboles las gotas de agua son como perlas titilando al sol. Siento el temor de no poder escribir más. HAGASE DONANTE DE MIERDA. El trágico destino del virtuoso Lot: se libra de la catástrofe para acabar embriagado y atropellado por sus hijas. Oh, bella recompensa del Altísimo.

Si me quitaran a la Iglesia me arrebatarían a una madre, gruñona y que se va de picos pardos, pero eso sí, sentiría entonces que me quedaba huérfana. La Penitencia me ha habituado de siempre a la sinceridad conmigo misma, a escarbar en la conciencia y a romper con la vergüenza de sacarla a la luz. M religión no es condenar, sino unir.

Sábado. -Quieres aprehender un recuerdo; lo has percibido, nítido, en la extraña lucidez del pre-sueño, y has visto en él un tesoro que creías perdido; pero cuando intentas atraparlo se desvanece entre los dedos como una pompa de jabón. Avanzo despacio, despacio y pegada a la tierra como una hormiga que arrastrase

su carga. Trato de sacar agua del pozo, sacar todo el agua del pozo; he traspasado la barrera y ahora no sé si soy inhumana, sobrehumana o infra.

Ellas hacen una vida normal sobre la tierra; yo no. A cada paso mi trabajo se hace más y más exigente. El libro nace, como el feto, manchado de sangre; representa un deseo, morboso tal vez, de conmover a los demás, de jugar con su sensibilidad.

No hay cosas más triste que llegar a viejo; espero no llegar yo.

***

TIENE LA EXPRESIÓN triste; si le dicen que es bella no se alegra, y empieza a imaginarse su propia frente ensangrentada, el pelo bañado en sangre seca, los ojos vidriosos. «El dolor es mi compañero, no tengo esperanza. Cuando todos los demás duermen yo estoy despierta; si me acuesto, pienso: ¿cuándo llegará el día? Y si me levanto: ¿cuándo vendrá la noche? ¿Hablaré de mi angustia? ¿Por qué yo misma no puedo soportarme? No, sufriré en silencio, no hablaré de mis penas con nadie.» No puede saber cómo se quitó la vida su madre y ni siquiera sabe si lo hizo; las noticias que tiene son vagas y hasta contradictorias. Hablan del hijo de suicida que es a la vez hermano de suicida; ella pierde las fuerzas mientras alrededor sigue el bullicio y entre otras voces distingue el comentario: «No es raro, viene de familia de tarados». Alguien le ha hecho una pregunta y ella sonríe forzadamente; se siente mal y quiere salir, apartarse de unos seres que usan la desgracia ajena para su diversión. Coge el abrigo y se despide, nota el frío de la noche y se estremece. «¿Qué pensarán éstos de mí cuando me mate? ¿Qué dirán de mí?»

***

Va a hacer un buen día mañana -dijo Ricardo, viendo que en el cielo se estaban abriendo algunos claros. Ramón asintió.

-Conduce tú -indicó su padre. Él se sentó ante el volante y el automóvil arrancó sin ruido sobre el asfalto húmedo.

-Me acompañarás mañana -dijo Ricardo. Sacó una cajetilla de la guantera y ofreció un cigarrillo, que el muchacho tomó sin decir nada.

-¿Vas a venir? -insistió él.

Las manos asieron fuertemente el volante y la velocidad se acrecentó.

-Por favor, papá. - Él le lanzó un vistazo rápido.

-Tampoco esta vez -dijo, contrariado -. Sabes muy bien que el viejo puede ser importante en tu carrera.

-Deja en paz mi carrera. Me arreglaré sin él.

-No seas estúpido -subrayó Ricardo-. Nadie se arregla solo, y tú lo sabes.

Las calles estaban lavadas por la lluvia y el sol pugnaba por salir; tomaron una desviación y el vehículo acometió con violencia la curva.

-Está bien, papá. Iré en otra ocasión, pero no mañana.

Dejaron atrás el parque encharcado y la avenida y salieron a las afueras. Ricardo se estaba ajustando unos guantes de piel.

-Siempre dices igual -manifestó, dolido.

Bordearon edificios de ladrillo y el auto tomó la carretera. El muchacho carraspeó.

-Tienes que darme algún dinero -dijo. Su padre lo miró.

-¿Cuánto dinero?

-Verás -dudó-. He tenido gastos. Encargué unos libros y tengo que pagarlos.

-¿Cuánto? -Insistió él.

-Me arreglo con veinte-. Ricardo se agitó en el asiento.

-¿Veinte mil?

-Algo así -contestó Ramón en voz baja.

-Hace poco te di quince mil -pronunció su padre despacio-. ¿Se puede saber qué haces con el dinero?

-Lo empleo bien -dijo el muchacho secamente-. ¿Es que te soy gravoso?

La mano, nervuda bajo el guante, asió con fuerza el tirador de la puerta.

-Gastas demasiado -dijo el hombre, sombrío.

-No gasto más de lo que necesito -dijo él.

Luego permanecieron callados; los árboles tendían sobre la carretera un palio rojizo y en los cerros próximos el terreno amarilleaba, mientras que a lo lejos los pinares formaban manchas oscuras. Vieron la casa entre el arbolado y el vehículo salió a la plazoleta sembrada de césped.

***

¿SERÁ MEJOR combatir el miedo, tratar de orillarlo, reprimirlo? Nada puede hacer. Tiene un destino trágico y la vida la llevará donde quiera, aún en contra de su razón. Se siente agotada, teme hacer precisamente lo que más detesta y lucha de continuo. La profesora dice algo, todas hablan en voz alta, las voces parecen apagarse luego como si estuvieran a gran distancia. Es como si las cosas que hace o las palabras que dice no le pertenecieran, o como si siempre estuviera ausente. Fuera el sol de la tarde ilumina las pequeñas nubes; al otro lado está la vida y ella no podrá vivirla nunca. Un momento antes creía pisar el suelo firmemente y de pronto se siente en el aire; cree oír a lo lejos el murmullo del mar y el batir del agua en el acantilado. Cree haber vivido anteriormente este momento y le parece que su cuerpo no le pertenece. Para saber que existe se acaricia a sí misma, extiende la mano. Pero esa mano, ¿es de verdad la suya? Cuando la angustia cede sale a la galería, mira hacia el patio y ve que una ligera neblina se abate sobre las piedras doradas.

***

Lunes. - Fui con ellas al club; estaba contenta, me había puesto la falda de pana y la blusa que hace con ella un conjunto agradable. Los chicos estuvieron simpáticos y Cholo con sus bromas de mejor o peor gusto. Estaba el hermano de Paula que es tan vanidoso como ella, o un poco más, No se parecen en nada más que en su aire de superioridad. Imagino que en su casa creen tener un tesoro en él, algo así como un príncipe de hadas que todos ellos sabrán explotar.

Por la noche, durante el sueño, noté una sensación extraña: me miraba al espejo y de pronto vi que mi cara no era tersa y estaba llena de arrugas; y era la misma cara, pero bajo los ojos sin brillo había unas bolsas fláccidas, y el pelo había perdido su tersura. Las facciones, aunque las mismas, eran más demacradas y las mejillas se hundían bajo los pómulos; pero yo me sentía joven y para darme cuenta de que no lo era tenía que volver a mirarme las arrugas en el espejo.

Hay que aceptar el hecho de haber nacido con vocación de escribir como el de tener un hijo tonto o un padre alcohólico; ya nada me interesa en el mundo fuera de esto, estoy envenenada. Ya no soy la misma ni nunca volveré a serio.

Creo que llegaré, a pesar de todas las dificultades y dudas, porque esta vocación no es en mi algo gratuito sino inherente a mi naturaleza. No obstante, el camino es largo e intrincado. Además de otras muchas hay una diferencia entre Dios y nosotros: Él crea con un acto de su voluntad y hay que ver el trabajo que nos cuesta a nosotros hacer algo que merezca la pena.

Casi nunca pido nada para mí misma; prefiero conseguirlo yo sola. Será a causa de mi signo, que es Acuario. Sólo pido a Dios cosas difíciles, tanto que me cuesta creer que ni Él pueda lograrlas. Y me admira ver cómo los obstáculos se derrumban y que lo oscuro resulta claro de repente. Y como ello sucede una y otra vez, voy a tener que convencerme de que verdaderamente hay alguien al otro lado del hilo telefónico.

Miércoles. -Una insoportable nostalgia, un inaguantable deseo de salirse del propio ser. «Al que me viene a ver no puedo contestarle si de verdad estoy aquí, pues con espanto me pregunto sí soy yo misma» (Sei Sonagon, poetisa japonesa del siglo X). Después de haberle visto la cara a la Belleza, ¿cómo darle la espalda?

***

LOS ÚLTIMOS ASIENTOS se han ocupado, cortinas de terciopelo cubren las paredes y numerosos puntos de luz iluminan el gran paraninfo. Sale el conferenciante, avanza despacio, sube al estrado y mirando alrededor comprueba luego que el vaso y la jarra están a punto. Y cuando todos los ojos están puestos en él y la atención se hace tangible, entonces la idea amenazante surge como una bofetada y a traición: Ahora vas a gritar, no podrás evitarlo, cuando él comience gritarás y las miradas se volverán a ti; alguien va a sujetarte,

el acto a disolverse y tendrás que soportar la vergüenza, el enorme ridículo, mientras los demás abandonan la sala y divulgan la noticia. Y el orador, despechado, recibirá las excusas de los organizadores. Entonces, mientras el conferenciante carraspea, ordena las cuartillas y sitúa el vaso, ella se levanta porque el sentimiento de terror ha llegado a ser intolerable. Se disculpa con quien le intercepta el paso, da unas explicaciones balbucientes a la amiga que la acompaña y trata de no hacer ruido mientras sale; alcanza la puerta que por suerte no estaba lejos, el orador no advierte el movimiento o finge no advertirlo y empieza su disertación. Un ujier ha observado la maniobra con extrañeza y ella sale a un tiempo avergonzada y con alivio, piensa en la sorpresa de sus compañeras y empieza a hilar una excusa: un repentino malestar, un mareo. El aire fresco la reanima; empieza a andar deprisa y se cruza con alguien, el cielo está plomizo, gris como su propia vida absurda que no podrá seguir nunca los cauces normales. Duda si realmente está andando por esta calle, tiene la sensación de que su cuerpo es ingrávido y echa a correr por la acera, a través de callejas y plazas que parece no conocer.

***

- ¿Pasamos? -dijo Fernando, cogiéndola de la mano.

Habían estado viendo un partido de tenis, anochecía y los jugadores habían dejado las pistas. Ellos bajaron rodeando la bolera, dejaron a un lado el tiro al plato y llegaron a la margen del río, donde la tapia se interrumpía y era fácil pasar a la finca vecina.

-Como tú quieras -dijo Paula.

La ayudó a saltar y ella cayó blandamente sobre la tierra húmeda. Se sentó en un murete bajo y Fernando la imitó.

-Estás maravillosa hoy - dijo, inclinándose. Ella observó la mano varonil, surcada de gruesas venas.

-Tengo frío -se quejó -. Parece que va a helar esta noche.

Oían las notas de la orquesta, pero no podían ver las luces del local, ocultas por la tapia y el promontorio de las pistas.

-Seguramente -dijo él. La muchacha alzó la cabeza y se quedó mirándolo muy fija -. ¿Qué estás pensando? -preguntó él, y ella rió con suavidad.

-Parece un adonis -declamó-. Es como un discóbolo, parece un dios. Eso es lo que pensaba -dijo. Él se puso serio.

-Te gusta burlarte de mí.

Ella le oprimió el brazo a través del jersey.

-Es la verdad -dijo, bajando el tono de voz-. Nunca he visto a nadie tan guapo.

Se había borrado el rictus amargo que le era habitual y sonreía. El muchacho estaba inmóvil.

-Paula -suspiró.

Ella le acarició el hoyuelo de la barbilla y siguió acariciándole los labios, hasta que él se estremeció.

-Me haces cosquillas.

-No me importa nada.

En la orilla opuesta un edificio chato y gris se destacaba contra el horizonte; tenía las luces encendidas y los recuadros de las ventanas brillaban. Estuvieron un rato en silencio y Paula habló en forma inesperada.

-Carolina sigue loca por ti -le dijo. Él retrocedió instintivamente.

-No digas eso. No vuelvas a hablarme de eso.

Había un brillo de malicia en los ojos de color violeta.

-Perdona -se excusó la chica, sin mucho convencimiento-, no creí que fueras a molestarte.

Apoyó la cabeza en su hombro y se quedó mirando al agua donde las sombras se iban haciendo espesas. Él cogió su mano y ella no lo evitó. Luego Paula se enderezó en el asiento.

-Se hace tarde -dijo-. Vámonos.

De un salto pasaron al club; las pistas estaban vacías y había parejas paseando en la oscuridad. Fueron hacia la casa, subiendo los escalones hasta el porche.

-Me gustaría verte feliz -dijo él-. Por un momento creí que eras feliz.

-No me observes tanto. Me pones nerviosa.

-Me gusta mirarte - dijo el muchacho muy serio -. A veces me pareces profunda como un mar y otras transparente como un arroyo.

Paula se echó a reír.

-¿Con cangrejos?

Él sonrió a su pesar.

-Bueno, con cangrejos.

La tomó del brazo, y ambos entraron en el tibio y luminoso ambiente del salón.

***

ANOCHECE EN LA CIUDAD y el aire es frío y gris; se acerca a la ventana, aspira el aire con fuerza y cierra luego la falleba. Sus compañeras charlan en el claustro, en el ambiente frío se diluyen las conversaciones y estalla una risa, una llamada o suena el tañer de una campana a lo lejos, La paz del anochecer no logra serenar su agitación y las voces no hacen más que recordarle que es diferente a las demás. Mira sus propias manos, los dedos cargados de tendencias siniestras y piensa: ¿será ahora mismo? Luego permanece tranquila; al otro lado de la ventana las rejas la protegen. Más tarde, en el dormitorio, sus dedos acarician las sábanas frías. Se recuerda tímida, indecisa en aquellas reuniones infantiles y quiere evocar los días en que nada empañaba su felicidad. *Entre las dos cogen ramilletes que la madre prende de su pelo, con la flor del jazmín hacen guirnaldas y con las guindas pendientes para las diminutas orejas; o leen hermosos cuentos en los libros que ella le ha traído de lejos. En el día de su comunión la madre está muy bella; lleva un vestido muy bonito y el pelo recogido, muy brillante. Cuando salen la abraza con fuerza, la mira sonriendo y ella distingue en su pelo las agujas de azabache, las mismas que su padre conserva en el joyero con el aderezo de esmeraldas. Es un collar de piedras verdes y luce cuando el sol se mira en sus facetas. La niña las observa, se alza sobre las puntas de los pies y las toca.* Sueña que ella no ha muerto, que está enferma y la persigue y mira alrededor para comprobar que todo sigue igual. «Te matarás», le parece oír, «vas a matarte y no podrás evitarlo, pronto estarás allá abajo, o lo que quede de ti». El ambiente es cada vez más frío y la oscuridad muy grande; la cercanía del balcón la llena de horror y reza para que el sueño acuda pronto. Respira con dificultad y advierte extrañamente sus propias manos, sus brazos y el resto de su cuerpo y cambia de postura para vencer la alienante sensación. Con los ojos abiertos distingue sobre la oscuridad, en una oscuridad menos profunda círculos, alas triangulares de mariposas, anillos y figuras geométricas, enlazadas y movedizas. Sabe que no hay esperanza y llora suavemente, sin ruido, se hunde nuevamente en el frescor de las sábanas.

***

IV

Esas losas en torno a viejas casas,
gastadas de haber sido holladas tantas veces,
y entre las que crece la hierba, me parecen
objetos venturosos.

BERTOLT BRECHT

Sales al patio de recreo y al pasar cerca del jardín de las monjas has visto a una de ellas hablando con una alumna entre los árboles y piensas: ¿será ella?

***

Viernes. -A dos de diciembre hace ya verdadero frío; un altavoz cercano, quizá en el cine o en algún café, lanza una melodía pegajosa; sus notas se pierden, vuelven después alterando la calma de la tarde. Cesa la música, el altavoz lanza entonces las frases de un anuncio o de un reclamo.

Estoy al lado de Juliana en el estudio; ella es una chica sensata, muy ordenada en sus costumbres y en sus cosas. Desde que la recuerdo ha sido la mejor de la clase; yo diría que es un poco mística. Es alta y tiene dos largas trenzas oscuras, y un perfil clásico y un tanto soso. Me han puesto a su lado para que no charle.

***

Miguel soltó una risotada.

-Este sí que es un cerebro -dijo, señalando a Ramón. Tenía una jarra de cerveza en la mano y la puerta de vaivén que daba a la rotonda se meció a sus espaldas.

-Es un tío con suerte -dijo Carlos.

Él ni los miró; al otro lado de la pista una pequeña orquesta trataba de animar el baile sin mucho éxito. Miguel volvió a la carga.

-Y luego resulta que además es un sabio. Tiene a los profesores metidos en un bote.

Era un muchacho alto, con el pelo ensortijado de color ladrillo; vestía un traje de listas marcadas y una camisa verde.

-A lo mejor es que me gusta trabajar -dijo Ramón.

-Pues tienes tiempo para todo.

-Buena organización.

-Cerebro, hombre -dijo él, dando vueltas a la jarra en la mano-. Cerebro y algunas amistades.

Carlos lo miró asombrado y él rió forzadamente.

-No dirás que no las tiene, coño. Con su padre y todo lo demás.

Todos permanecieron callados; la orquesta seguía tocando.

-Eso no tiene que ver -dijo Carlos, contrariado.

-Todo tiene que ver -dijo el otro.

Ramón no parecía darse por aludido, como si la conversación no fuera con él. Finalmente dirigió al otro una mirada despectiva.

-Ya está bien -dijo.

La orquesta acometió una pieza lenta y las parejas evolucionaron bajo la gran lámpara de bronce de muchos brazos. Miguel se balanceó sobre los pies.

-A mí me vas a dar otra cerveza -gruñó. Las puertas de vaivén batieron de nuevo.

-Yo me voy -dijo Ramón, volviéndose. Carlos se le había colocado delante, interceptándole el paso.

-Espera -dijo-. Tengo que hablarte.

-Como quieras. Pero vamos fuera.

Sortearon a las parejas y antes de llegar a la puerta los detuvo una chica que estaba sentada en el brazo de un sillón.

-¿Os vais tan pronto? -dijo-. ¿No queréis sentaros? Podemos haceros sitio -sonrió.

-Lo veo difícil -dijo Ramón. Ella señaló a uno de sus compañeros.

-Convida ese -proclamó-. Es su cumpleaños.

-Otro día - dijo Ramón, inclinándose -. Hoy no cabemos todos.

Ella cogió un taco de jamón y se lo metió en la boca.

-Me duelen los riñones -se quejó-. Y me pican los ojos con este humo.

-Tenemos que irnos -subrayó Ramón, y otra de las muchachas soltó una risita.

-Qué caro te vendes -dijo con retintín.

Cuando salieron una bocanada de aire frío irrumpió en el interior. En la noche oscura unos cuantos faroles alumbraban la plazoleta.

-No hagas caso de Miguel -dijo torpemente Carlos -. Es algo bestia, pero en el fondo no es mala persona. - El otro se encogió de hombros.

-Me trae sin cuidado - dijo.

Su amigo contuvo el aliento y lo soltó luego, formándose alrededor una nube de vaho.

-Necesito dinero -balbució, accionando. Ramón encaró la situación con evidente frialdad.

-¿Y a mí qué me cuentas? Eso no es cosa mía.

Siguió andando hacia la plazoleta, pero Carlos le tomó la delantera y se plantó ante él.

-Por favor -suplicó.

Ramón se desprendió de su mano. El otro insistía.

-No tengo más remedio que conseguir ese dinero -dijo. Se pasó la lengua por los labios mientras su

amigo lo miraba sin alterarse.

-No pienso darte más dinero -subrayó, haciendo intención de marcharse-. ¿Por qué no se lo pides a tu hermana?

-Te lo devolveré, te lo juro. Ella no lo tiene. Dentro de pocos días te lo devolveré.

-Me debes ya mucho dinero. No me lo devolverás.

-Te lo daré todo junto -declaró nerviosamente Carlos-. Pero por favor, dámelo ahora.

Habían dejado a un lado las pistas de tenis y estaban junto a la tapia y la puertecilla de entrada.

-¿Cómo te vas a arreglar para pagarme? -dijo Ramón, volviéndose.

-Vamos a vender la casa -contestó el otro sin vacilar-. Es para derribarla, ¿sabes? Nos la pagan muy bien.

Su amigo movió dubitativamente la cabeza; en el local la orquesta había atacado un nuevo ritmo y se notaba la preponderancia de la batería. Fue hacia un automóvil y abrió la portezuela; el otro aguardaba con las manos en los bolsillos.

-No tengo aquí dinero - dijo Ramón secamente -¿Cuánto quieres?

-Tengo bastante con diez -dijo Carlos, inclinándose-. ¿Puede ser?

-Te daré diez. Vente mañana por la facultad.

Puso el motor en marcha, arrancó enseguida y en un momento había desaparecido al fondo del carril dejando tras de sí una nube de polvo. Su amigo lo vio partir, sacó las manos de los bolsillos y las frotó una contra otra; se encaminó al club, bajó los escalones de dos en dos y se alejó silbando hacia la entrada del salón.

***

4 de diciembre, domingo. - En invierno hace frío en esta ciudad, un frío atroz; en el mes de junio te asas y en julio te achicharras vivo. Hay que estar calculado para esto y yo no lo estoy.

Por la mañana, a la puerta de una iglesia: «Se alquila habitación a caballero o señorita CONFORTABLE».

Lunes. -Quisiera dejarme crecer las uñas para Navidad; varias veces he querido conseguirlo, pero no puedo dejar de mordérmelas. Todavía recuerdo el sabor del acíbar que me untaban de pequeña y a la abuela compadecida lavándome las manos. «No te muerdas el sitio de las uñas», me dice el padrino. He leído cosas sobre niños que se las muerden, sobre complejos ocultos y sentimientos de inferioridad. No creo que sea mi caso, no me abruma ninguna frustración; si acaso, me gustaría ser un poco más guapa algunas veces.

Esta mañana nevaba; nevaba tan suave que los copos no han cuajado. Ya desde ayer el cielo estaba plomizo y se había suavizado la temperatura. Por la noche había un resplandor rojizo, como si todos los luminosos de la ciudad se reflejaran en las nubes.

Jueves. -Me pregunto qué experimentaríamos si de pronto se nos diera la sensibilidad y la organización nerviosa de otra persona, mucho más sensible, por ejemplo: nos fallarían las defensas que hemos ido desarrollando desde siempre contra nuestro temperamento y nos acosaría una gran perplejidad; o se nos darían simultáneamente las defensas contra el nuevo carácter y quedaríamos convertidos en esa persona ajena.

Es fiesta y estoy en el parque; hay cobres dorados apilados en los paseos y las hojas pisoteadas forman una alfombra amarilla. Vuelve el aroma a tierra húmeda, a hojas descompuestas, sigue el ciclo vital: humus, etc. Pasos que se acercan, chirría la arena, pasos que se van. Temblor azuleando sobre el agua, inertes jirones pendiendo de las ramas, sutiles nervaduras. Y los troncos bordeando el puentecillo de tablas, el murmullo del agua en la minúscula presa.

No hay ninguna flor y corre un aire helado que mece los cipreses. Los árboles pequeños están completamente pelados, parecen niños desnudos y raquíticos. He observado mi silueta alargada sobre la arena del paseo mientras, alternativamente, la luz y la sombra se paseaban por mi cuaderno.

Viernes. - ¿No será que tratamos de convencer a otros para que su conversión nos afirme en nuestras creencias? ¿No es más honrado creer simplemente, y dejar a los otros en paz? En Dios no se cree, a Dios se le ve o no se le ve; no creo que nadie sea culpable de no verlo.

Hermano ateo,

caminaremos juntos, brazo sobre brazo,
viendo al pasar los capullos que retoñan.
El sol alumbrará para los dos;
llevaré a Dios en mi mente,
tú gozarás de la Naturaleza y la Filosofía
y al cabo, es posible
que tú hayas ganado la Esperanza
y yo la Caridad.

Sábado. - Señor, que mis hermanos tengan siempre un tazón de leche, y azúcar para endulzar la leche, y algo para poder migar en la leche. Melancolía en el colegio, una gran melancolía. ¿Qué edad tengo? Soy joven y madura, niña y anciana: todas las edades tienen su asiento en mí. Las alumnas en el recreo juegan a la pelota, en un periódico atrasado acabo de leer que un señor de setenta y tantos años se ha escapado de casa: se habrá muerto por algún camino, o se habrá caído al río o vete a saber.

Anoche sentía una gran flojedad, una gran tristeza, cerré los ojos y vi campos inmensos, laderas cubiertas de grama y extensiones de pequeñas flores de color malva o amarillo. Vi también un viejo soportal, alumbrado por la luz de un candil y donde se abrían unos gruesos portones: las puertas de una posada de bandidos de las que vemos en las novelas de Dickens. Me inundó una ola de inquietud, un deseo de atrapar la vida, de no dejarla escapar, y el escalofrío de saber que la vida no puede detenerse.

Domingo. - Me he llevado un buen susto: un hombre en el autobús hacía gestos y movía los labios hablando solo; llevaba en brazos a un niño pequeño, muy rubio como él, y yo pensé: Vaya peligro, un loco con un niño en brazos. Luego vi que al otro extremo del autobús una mujer, seguramente sordomuda, se hacía señas con él. Respiré.

Cada día al abrir los ojos me hacía la pregunta fatal: ¿De dónde vengo, y a dónde voy? Ahora sigo sin saber de dónde vengo, pero sé muy bien a dónde voy. No necesito ayuda de nadie; es mí intuición la que debe guiarme. Quisiera colocarme fuera de mí, estudiarme como se hace con un insecto a través de una lente: fríamente y con objetividad. Comprendo que eso es imposible.

El que llega a escribir bien, a pintar o a componer bien, es un héroe y merece alabanzas. ¿Qué quiero? ¿Hacer una cosa hermosa? ¿Cuánto tiempo lleva hacer una cosa hermosa? ¿Qué es el tiempo, dime? Y cómo podré parir tanta memez, tanta pura mierda, pensar acaso que soy un alevín de genio o cualquier cosa por el estilo. Ya está bien, ¿no? No soy escritor, no soy poeta, no he escrito ninguna poesía, ninguna poesía.

Mis personajes parecen estar ahora más vivos que yo misma.

***

Has subido a la tribuna y dominas desde arriba el templo; oyes detrás la charla de tus compañeras en el coro y avanzas despacio, abandonas el viejo suelo de arcilla roída por los siglos, te adentras en el balcón alargado con piso de tablas entre las que hay algunas rendijas; pisas con cuidado como si temieras, y no te faltan motivos, que la vieja armazón se derrumbe y te deje caer. Las pequeñas se han situado abajo en los bancos delanteros, las medianas están entrando ahora y ocupan el centro de la capilla. Ya están las velas encendidas y sus llamas se estremecen; hay un olor a cera quemada, restallan una y otra vez las palmadas dirigiendo los movimientos de las alumnas: una palmada ordena detenerse a las que entran y otra indica el momento de la genuflexión; hay un arrastrar de pasos y un crujir de maderas en los bancos. Y allá, a un extremo, la distingues a ella: se ha detenido, se pone de rodillas, inclina con reverencia la cabeza. Sus manos alargadas disponen la toca, no puedes ver su cara y, no obstante, por los ademanes y la figura sabes que es ella. Va hacia un reclinatorio a la derecha y se arrodilla, postrándose en actitud de adoración. Tus compañeras en la tribuna se han puesto de pie sobre los bancos y permanecen sin moverse ni hacer ningún ruido porque el más imperceptible retumba en la capilla con un eco sordo desde la altura. Una monja se ha sentado ante el armonio, manipula sus mandos, se recoge las mangas del hábito y se frota las manos pálidas; cierra los ojos, apoya los dedos en el teclado, mientras tú has tenido que reunirte con las demás y de pronto un acorde

se expande, se desliza en las aristas y anega los más apartados rincones.

Primero fue la duda, la zozobra, buscabas el momento propicio para hablarle y el momento se demoraba por una u otra causa; ella salía de clase, entraba en un aula y tú permanecías con un sabor amargo en los labios por haber desperdiciado la ocasión. Por fin conseguiste abordarla: fue a la salida de la iglesia, estaba cercana la noche y dejaste a tus compañeras cuando viste que ella, con la mirada baja, subía las escaleras estrechas. Tuviste que correr y casi cerrarle el paso; por fin se volvió y había en sus ojos una expresión de extrañeza. Te quedaste muda, sin poder articular una palabra. ¿Qué quieres?, te dijo, y había en su voz una nota de frialdad. Balbuciendo le hiciste saber que necesitabas hablar con ella y se quedó indecisa. ¿Es urgente?, preguntó. No, en realidad no era demasiado urgente. Ahora no puede ser, quizá más tarde, ya te avisaré. Ve al estudio. Y tú fuiste al estudio, cada minuto te parecía un año y, ¿cómo hubieras podido estudiar? Tenías el libro abierto siempre en la misma página y habías perdido la noción del deber, tú siempre cumplidora como la que más. La puerta se abría una y otra vez y en cada ocasión tu corazón daba un brinco y la sangre se helaba en tus venas o ardía en las sienes, con lo que notabas calor y frío al mismo tiempo. Era una alumna que entraba o era una hermana que se acercaba al estrado, daba un aviso en voz baja a la celadora y salía de nuevo. Por fin, a última hora, cuando todo el mundo empezaba a recoger y tú desesperabas de que apareciese, allí estaba ella; la viste en el hueco de la puerta y te quedaste quieta como si fuera a abandonarte la vida. ¿Habría venido por ti?

***

Lunes. -Me preguntaba él qué espero exactamente de la vida. Yo le contesté: Que no se ponga peor de lo que está. Es un hombre menudo, cetrino y un poco taciturno. Tiene los ojos negros y agudos y su constitución es nerviosa; no es feo de cara y tiene una pequeña cicatriz en el labio superior. Tiene la mirada triste y la frente despejada y viste bien, con trajes quizá un poco severos. Lleva una vida ordenada, o al menos yo así lo creo. Sus dientes son un poco desiguales y cuando sonríe tiene una expresión muy atractiva; sus cejas son negras y espesas y el pelo también negro, y las manos nerviosas y un poco velludas.

Martes. - Me he visto «actuar» desde fuera, no sé cómo explicarme: había entrado a pedir información en la oficina de correos y de pronto vi que había una muchacha pidiendo información y que dos empleados se dirigían a ella amablemente, indicándole lo que tenía que hacer. Ella les dio las gracias, muy afable. «Qué chica tan agradable, qué gran personalidad», me dije, «viendo» a aquella que hablaba. «Es graciosa y tiene don de gentes.» Sin duda padezco una clara inclinación por las manifestaciones esotéricas.

He ganado también este año el concurso general de composición escolar. Tengo en el pupitre el sobre con el dinero del premio. No es mucho, pero me sacará de apuros.

Jueves. - La biblioteca es una pieza alargada que huele a cera, con una mesa larga en el centro y varios sillones pequeños. Hay armarios de madera clara donde se guardan los libros; he cogido tres para leer en vacaciones. Cuando pasaba frente al despacho de la directora he visto las ropas que se repartirán en Navidad: tenían un olor desagradable que trascendía, o quizá fuera el hedor de los billetes amontonados sobre la mesa.

Son las seis de una tarde lluviosa del mes de diciembre; las gentes van y vienen, con paraguas y ropas de abrigo, huyendo del frío. Desde la ventana contemplo un paisaje invernal: tejados desiguales, la leve humareda que surgiendo de las antiguas chimeneas se extiende, desaparece después trazando un chafarrinón caliente sobre el gris descolorido del cielo, se difunde luego mientras otra pequeña humareda ocupa su lugar.

Ya no hay clases, la gente anda nerviosa por las galerías, las familias llegan y las alumnas se van. Yo saldré mañana a primera hora.

Sábado. - Él me ha traído a la estación. « Un año más », me ha dicho, «pronto me haré viejo». «Tenernos la edad que nos sentirnos dentro», le he dicho yo. Él ha movido la cabeza con expresión de duda. « La verdad es que la edad de cada uno se mide por sus años de vida y yo ya voy teniendo más de los que quisiera ». «Vamos, no exageres», le he dicho yo y él me ha mirado gravemente. «Es que estos días me ponen triste porque son los días oficialmente alegres », ha dicho. Luego nos hemos echado a reír sin muchas ganas. En el interior la temperatura es agradable, pero creo que no tardará en nevar. El tren vecino que, al arrancar, crea una falsa sensación de movimiento.

***

Daniela sacudió el cigarrillo sobre las brasas de la chimenea; tenía los dedos finos y en su muñeca rutilaba una cinta de diamantes.

-Es imperdonable -murmuró.

En el fuego chisporroteaba un grueso leño; dentro de la casa el ambiente era cálido, pero fuera estaba nevando y hacía un tiempo muy crudo. Ana se inclinó hacia ella.

-No habrá podido pasar - dijo con una sonrisa-. La carretera estaba muy mal esta mañana.

-Debía haberlo previsto -dijo Daniela, y unas imperceptibles arrugas se marcaron junto a sus ojos de un azul muy pálido. Luego cambió de tono.

-¿Has visto a las niñas? -preguntó.

-Las he visto y están espléndidas - dijo Ana. Había cruzado las piernas y la falda ceñida dejaba al descubierto unas bonitas rodillas. Daniela la miró a través del humo de su cigarrillo.

-Betty está muy guapa también -dijo sinceramente-. Y César es un hombre magnífico.

-Me hacen sentirme vieja -dijo su amiga con un lánguido ademán.

Se oyeron voces fuera y la puerta se abrió, dando paso un grupo de personas que entraban sacudiéndose la nieve. Una mujer alta y delgada irrumpió en el salón, al tiempo que se desprendía de un voluminoso abrigo de pieles.

-Hemos dado un paseo -dijo con voz hombruna -Da gusto andar por el campo.

Un hombre menudo se detuvo en el vestíbulo frotándose las manos.

-Se empeñaron ellas -resopló-. Hace un frío infernal.

Se volvió hacia una mujercita de su misma talla y la ayudó a quitarse el abrigo; una ráfaga de aire introdujo unos copos al tiempo que un hombre muy alto entraba, cerrando la puerta. El más bajo se dirigió a Daniela.

-¿Ha venido Ricardo? -preguntó. Tenía la nariz roja y bolsas en los párpados, pero en lo demás su aspecto era impecable. Ella denegó en silencio y él se acercó a la chimenea, frotándose las manos.

-Hace un frío del demonio -insistió. Luego pareció recordar algo importante - ¿Te has acordado de mis pastillas? -preguntó, volviéndose.

-Cómo no -dijo la mujercita menuda. Y dirigiéndose a los otros: Alfonso es igual que un niño, no puede moverse sin mí.

El más alto rió, zumbón.

-Pues ya es mayorcito para andar solo por el mundo.

-Óscar me tiene envidia -dijo el otro, soplando dentro de las manos -. Quisiera que Hortensia lo cuidara como Ángela hace conmigo.

Hortensia se había desplomado en un sillón y estiró sus largas piernas hacia la chimenea; en sus zapatos había restos de lodo y nieve. - Él se cuida solo - dijo riendo. El otro insistió.

-¿Qué le sucederá a Ricardo? -dijo-. Ya tendría que haber llegado.

Óscar le contestó en tono aburrido.

-No fastidies más. No habrá podido pasar.

Daniela observó con atención el extremo de su cigarrillo.

-Podía haber avisado al menos -dijo.

Alfonso estaba colocando un nuevo leño sobre las brasas y un haz de chispas se desprendió, derramándose en la alfombra como una cascada de puntos luminosos.

-Eres un inepto -dijo su amigo en son de burla-. Mira cómo lo pones todo.

La puerta se abrió de nuevo y entró Paula seguida de un hombre joven, mucho más alto que ella y con el pelo de un rubio dorado. La ayudó a quitarse el abrigo y la chica se asomó al espejo, tratando de arreglarse el cabello. Llevaba una túnica blanca de lanilla y estaba ligeramente maquillada.

En el salón los acogió un coro de saludos; Ana se apartó en el sofá y les ofreció un lugar a su lado.

***

La conocías de siempre, la habías tratado como a todas y no sabes en qué momento se inició el hechizo; caminabais despacio a lo largo del claustro pavimentado de guijarros menudos y huesos de animales que componían artísticos dibujos. Su presencia se te hacía más turbadora cada vez; hay algo en ella, una armonía, algo que te subyuga y la hace distinta a las demás.

***

Paula se sentó y ella la atrajo hacia sí y la besó en la mejilla; al mismo tiempo entró Mónica con una bandeja llena de vasos, y detrás Betty con el cubo del hielo.

-Hemos estado viendo fotos -dijo alegremente-. También hemos visto las películas -Mónica dejó los vasos y fue hacia la ventana.

-Está nevando mucho -dijo. Se sentó e empezó a interpretar una melodía navideña en el piano. Los hombres charlaban junto a la chimenea.

-¿Qué vas a hacer cuando acabes? -preguntó Óscar en voz alta.

-Intentaré la diplomacia, como mi padre -dijo Ramón.

-La política es jodida -comentó él. -Siempre nos decepciona.

Betty escarbaba el fuego con una rama fina y su madre le acarició el cabello que tenía reflejos de cobre.

-¿Has visto últimamente a Juliana?

Ella asintió.

-Es una chica rara -. Betty hizo un gesto ambiguo.

-A mí no me lo parece.

-Su madre no opina lo mismo. Dice encontrarla muy extraña. ¿Cómo va en los estudios?

-La mejor de todas, como siempre.

Hortensia se enderezó en el asiento como si acabara de despertarse de un sueño.

-Debo tener un aspecto horrible -dijo con voz gruesa, y la frase pareció vibrar en el aire cálido. Daniela le dedicó una mirada inquieta.

-Ricardo se retrasa demasiado - dijo. - No sé qué pensar.

-No te preocupes, no le ha pasado nada -dijo ella. Daniela permaneció silenciosa, pero sus labios temblaron.

***

«¿DE VERAS se mató? Eso no puede saberse, nunca podrá saberse. Qué cosa tan extraña».

***

-No me lo habías advertido -se quejó ella, entornando sus ojos negros y acariciadores-. Creí que estaríamos juntos estos días.

Se mordió los labios, arrullada por el casi imperceptible traqueteo del tren. Él rozó su mano y no contestó. Iban solos en el departamento y una luz muy suave se colaba por las cortinillas bajadas. Ella se removió, molesta.

-¿No hay forma de arreglarlo?

-Ninguna forma -dijo él.

-No valía la pena haberte conocido para esto.

Había empezado a juguetear con una manga de la chaqueta que llevaba echada por los hombros y él oprimió su brazo.

-No digas eso.

Ella se puso en pie y empezó a buscar algo entre las maletas; su busto era lleno y tenso bajo la blusa. Al sentir la mirada del hombre se irguió con dignidad.

-No quiero hacer una tragedia -dijo. Abandonó la busca y fue hacia la ventanilla, donde soltó el muelle que cedió con un chasquido. La cortinilla se alzó de golpe.

-No esperaba esto de ti -dijo, volviéndose.

Lanzó al espejo una mirada rápida y a continuación se quitó los zapatos, pisando con las medias el piso

de moqueta. Sacó del bolso una polvera y se estuvo arreglando el maquillaje.

-¿Cómo es la cena aquí? -preguntó.

-Condenadamente horrible.

-Tengo hambre -dijo, sentándose. Abrió de nuevo el bolso, sacó un pequeño objeto y lo sujetó contra el oído.

-¿Que estás haciendo?

-Oigo música -dijo-. ¿Qué quieres que haga?

Siguió escuchando y al mismo tiempo marcó el compás con los pies descalzos. Luego retiró el aparato y bajó la mirada.

-Estoy muy triste, no te creas -declaró.

-Te veré la semana que viene.

-¿Qué día?

-No lo sé. Ya te avisaré.

Ella se estiró en el asiento y suspiró. Luego sus ojos se animaron de improviso.

-¿Has visto al hombre que estaba frente a nosotros en el bar?

Él contestó sin ningún entusiasmo.

-¿Aquél afeminado?

Ella se echó a reír.

-¿Afeminado? ¡Si era guapísimo! Y no me quitaba ojo. Era un actor de cine conocido, pero no recuerdo quién.

Él se encogió de hombros.

-No lo he visto nunca -declaró, molesto-. No tengo tiempo de ir al cine.

Cogió un periódico y lo hojeó, y el tren empezó a aminorar la marcha. Durante todo el día había nevado sin parar y tanto los andenes como los tejadillos de la estación estaban blancos de nieve. El silencio se prolongaba y ella lo rompió.

-No puedo estar así siempre, sin un plan fijo ni una idea clara. Tienes que hacer algo.

Él trató de mostrarse amable, pero en su voz había una cierta aspereza.

-Me gustaría tenerte siempre comigo -dijo-. Pero sabes que no es posible.

Ella golpeó el asiento con rabia; iba a alzar la voz, pero se contuvo.

-Si la gente te importa tanto, ¿Por qué no estás con tu mujer?

-¿Y cómo puede una mujer tan bonita hacer preguntas tan tontas? Si tuvieras un poco de sentido común sabrías que tiene que ser así.

-Si yo tuviera un poco de sentido común no estaría contigo - prorrumpió ella.

El hombre no contestó; se había abstraído de nuevo en la lectura y sus ojos de un intenso color violeta parecían cansados. Ella insistió.

-No sé qué diablos estaría pensando cuando me fui contigo. -dijo.-. Muchas veces me lo pregunto.

Empezó a encajarse la chaqueta y él la ayudó con un gesto espontáneo.

-¿Por qué no dejas de hacerte preguntas? -le reprochó con suavidad-. Fue porque me gustas y porque tú me necesitas.

-Voy a quedarme contigo -dijo ella.

-Tú harás lo que yo te diga -subrayó el hombre fríamente -. Y vamos a dejar el tema, ¿quieres?

Ella parecía abrumada. Se puso en pie y dio unos pasos hacia la salida; se detuvo allí, descalza y con la mano en el tirador.

-Nunca me habías hablado de esa forma.

Miró fuera y vio que una pareja hablaba en voz baja sin advertir su presencia. Cerró la puerta de golpe y él sonrió a su pesar.

-Escucha, grandísima tonta -dijo-. No estoy dispuesto a reñir ahora. No tengo ánimos para eso.

Miró hacia el exterior, y alargando la mano asió la suya.

-Mira -dijo, atrayéndola-. Ha dejado de nevar.

***

Daniela pasó revista a la mesa; sobre el trinchero los candelabros estaban encendidos y la luz se reflejaba en los espejos y en el suelo. Arregló el centro de flores, revisó los cubiertos y las altas copas de cristal. Fermín habló con una ligera inclinación.

-La cena está dispuesta -dijo. Ella miró el reloj.

-¿Dónde está Matilde?

-Ha bajado a la bodega -dijo él sin alzar la mirada. Daniela salió.

-Es tarde -dijo, acercándose al grupo que aguardaba - Vamos a cenar ya.

Mónica hizo un gesto de contrariedad,

-¿No esperamos a papá?

-Empezaremos a cenar - insistió ella -. No podemos esperar más.

El mozo había abierto las puertas del comedor. Ellos abandonaron el salón y rodearon la mesa, mientras Daniela permanecía de pie junto a su silla. Por fin cada uno ocupó su lugar.

-No falta un solo detalle -dijo Hortensia, dando un vistazo alrededor. Se había cambiado de ropa y llevaba un vestido con hilillos plateados que la hacía parecer más femenina. Betty asintió.

-Está precioso todo - dijo, con los ojos muy abiertos. En los aparadores lucían juegos y bandejas de plata y la luz centelleaba en una araña de cristal.

Ana se había puesto un traje de color cereza; Ramón la ayudó a sentarse y los más jóvenes se situaron a ambos extremos de la mesa. Frente a Daniela quedó un asiento vacío.

Con las ostras se sirvió vino blanco de Sauternes y un jerez viejo con la sopa de mariscos; el mozo terminaba de servir el pescado.

-Este salmón es exquisito -dijo Ana-. ¿Cómo está preparado?

Daniela pestañeó, sorprendida.

-Te daré la receta -dijo con una pálida sonrisa.

Estaban ya con el plato de carne cuando se oyeron pasos en el salón; la puerta se abrió y Ricardo apareció en el comedor.

-Buenas noches a todos - irrumpió con una sonrisa de lo más jovial. Todas las miradas se volvieron, pero nadie se movió del asiento; de la mesa se alzó un coro de bienvenidas.

-Estoy consternado -declaró él con toda naturalidad. Daniela miraba su plato y Ana intervino, rompiendo el hielo.

-Estábamos preocupados por ti -subrayó-. Temíamos que te hubiera pasado algo.

Él se enderezó dentro de su abrigo forrado de piel; tenía el cabello despeinado y húmedo, pero gozaba de un saludable aspecto.

-El maldito trasto me dejó en la carretera -dijo, quitándose los guantes-. Y está la noche para destetar coroneles.

Unas risas lo corearon, pero Daniela permaneció seria.

-No parece que lo hayas pasado muy mal -dijo, mirándolo con ojos escudriñadores. Él desplegó los brazos en un gesto teatral de resignación.

-Soy un hombre duro, un héroe que se crece en las dificultades -dijo-. Y con un apetito feroz.

Había empezado a desabrocharse el abrigo y retrocedió hasta la puerta.

-Voy a adecentarme un poco -dijo mientras salía -. En un momento estoy con vosotros.

Dejó la habitación y Daniela siguió comiendo en silencio; la cena transcurrió tensa, pese a los esfuerzos de unos y otros por animarla. Al poco tiempo volvió Ricardo completamente transformado: llevaba un traje oscuro, lucía una camisa impecable y una corbata de seda y estaba cuidadosamente peinado.

-Lo siento -se disculpó de nuevo, mientras Fermín se situaba a su lado para servirle.

-No conocía esta clase de dulce - comentó Hortensia, por decir algo.

Paula, que apenas había despegado los labios durante la cena, se dirigió a todos con una tensa sonrisa.

-César nos ha traído unos discos nuevos de Suiza -dijo - Son unos discos fabulosos.

-Me alegro de que te gusten -dijo él, sirviéndole el licor.

Siguió la conversación en un tono más cordial; las copas se alzaron, el ambiente se llenó de tintineos y brindis y las tallas de cristal devolvieron en sus facetas infinidad de destellos. Ricardo no había probado

los postres, pero bebió varias copas de champagne de un solo trago.

Sobre la mesa quedaron la cristalería y los platos de dulce, los candelabros y el centro de flores. Damela exhibía una sonrisa forzada.

-¿Pasamos al salón? -indicó, levantándose.

Los demás la imitaron y fueron abandonando el comedor; Ricardo llevaba en la mano una botella y algunos sostenían las copas mediadas. - Yo me encargo de la música -se ofreció Mónica. Betty se colgó del brazo de Ramón.

-Vamos a bailar - sugirió, iniciando un paso de danza-. Después de cenar tengo ganas de moverme.

-A mí me pasa igual -dijo su amiga.

El salón estaba sumido en una penumbra agradable, alumbrado por lámparas bajas, y sobre una mesa aguardaba el servicio de café. Ricardo estaba charlando con Ana; se retiró y admiró su bonita figura.

-Estás cada día más joven -le dijo. Ella le devolvió el cumplido.

-Eres un encanto - dijo -. Voy a tener que dedicarme a conquistarte, con el permiso de tu mujer.

Había alzado la voz y Daniela la miró; estaba inclinada sobre la chimenea y las llamas arrancaban de sus cabellos reflejos melados.

-Lo tienes desde ahora -dijo muy seria. Se acomodó junto al fuego en un asiento bajo y Ricardo se le acercó.

-Se va a calentar el champagne -dijo, sirviéndole una copa. Ella sostuvo en los labios el cigarrillo; las llamas la hacían parecer más rubia y hacían resaltar la fina línea de su frente y sus mejillas. Se oyó la voz destemplada de Hortensia, invitando a su marido a bailar.

-¿No me dejas tomar el café? -se quejó él-. No puedo tomar un café tranquilo con esta mujer.

Miró alrededor pidiendo auxilio, pero ella lo tenía bien sujeto.

-Me siento rejuvenecida -rió ásperamente.

César se había dejado caer en el sofá junto a su madre; sus ojos eran de un gris verdoso y sus rasgos tenían una firmeza poco corriente en la juventud, como si una vida intensa los hubiera endurecido. Ella le dedicó una mirada ansiosa.

-¿Te vas por fin esta misma noche? -preguntó. Él le palmeó el envés de la mano.

-Tengo que irme.

-Siempre lo mismo -se lamentó ella.

El café de Daniela estaba intacto sobre la mesa baja. Ricardo parecía más y más cargado por momentos; alargó la mano para rozar la suya, y ella la retiró en el acto.

-No pensarás que voy a creerme tu historia -dijo en voz baja -. Ni yo, ni ninguno de estos.

-Eres dueña de pensar lo que quieras -contestó él, y en su frente se marcaron dos surcos profundos. Ella parecía acecharlo, como si tratara de adivinar la verdad a través de sus respuestas ambiguas.

-Has estado con ella otra vez -formuló, aplastando el cigarrillo entre los dedos nerviosos. El se inclinó sobre el fuego que crepitaba en la chimenea.

-Puedes pensar lo que quieras.

Apuró el café y se sirvió una copa de coñac; su mano era vigorosa y la copa parecía formar parte de ella, Daniela movió la cabeza, derrotada.

-Está bien -cedió con un suspiro.

***

-¿Por qué la han expulsado? - preguntó una mediana.

-Habrá robado algo.

-¿Quién ha robado? ¿Qué es lo que han robado?

-Vamos, no digáis más tonterías.

***

-No te lo advierto más -dijo crispadamente Daniela -. No te consentiré un desaire más.

Se había derrumbado sobre la cama y en sus mejillas había rastro de lágrimas. Oyó correr el agua del baño, entrechocar los frascos de cristal, y luego la puerta se abrió dejando escapar una humedad perfumada.

-Vamos, amor mío -dijo Ricardo con evidente desgana. Ella se llevó los dedos a la cara tratando de borrar las huellas del llanto.

-Si no estás conforme, vete y no vuelvas más -dijo, evitando la mirada de él.

-¿No quieres hacer las paces? -dijo el hombre, acercándose. Ella se apartó, como si un reptil la hubiera tocado.

-Déjame -dijo, estremeciéndose. Él la sujetó con fuerza del brazo y ella sintió su aliento a alcohol, apenas encubierto por el olor a pasta de dientes.

-Daniela.

Ella se volvió con los ojos brillantes.

-Voy a llamar a esa mujer -declaró en tono firme. Él la miró asombrado y reaccionó violentamente.

-Tú estás loca, nena - dijo, levantándose de un salto -. Tienes que cuidarte.

Con expresión hosca rodeó la cama y se acostó; cogió un libro de la mesa de noche y empezó a leer, mientras Daniela lloraba en silencio. Ella se levantó y buscó algo en el armario, y con el camisón en la mano entró en el cuarto de baño. La luz se deslizaba suavemente sobre la superficie de los dobles lavabos y en el mármol rosa de las paredes; soltó el agua y se metió en el baño, y aspiró la fragancia de las sales mientras el vapor la envolvía. El mármol y la mampara estaban empañados por la humedad cuando ella sintió resbalar sobre su cuerpo la caricia del camisón de encaje.

Volvió silenciosamente a la cama; Ricardo se había dormido y el libro permanecía abierto sobre la colcha. No lo tocó, sino que se acostó con cuidado y apagó la luz. Trató de dormir, pero la respiración de él y su más ligero roce en las sábanas la enojaban, causándole un íntimo espasmo de desagrado y repugnancia.

En el cuarto de Paula la luz blanca de una pantalla anegaba los objetos con un suave resplandor. Miró el recuadro de la ventana y apagó la luz; con la yema de los dedos estuvo acariciando el embozo y notó al tacto el relieve del bordado. Luego arrugó la tela con la mano. Había salido la luna y las cortinas plegadas dejaban incidir, detrás de los visillos, una claridad lívida y fría.

***

-Diana, cuando se duerme no se tiene miedo, ¿por qué?

-Porque el ángel de la guarda nos cubre con sus alas.

-¿Es como los otros, el ángel de la guarda?

-Más guapo. Pero es invisible.

-Y Dios, ¿lo ve?

-Sí.

-Y él, ¿ve a Dios?

-Sí.

-Y el abuelo, ¿ve a Dios?

-¿Cómo dices?

-Digo el abuelo.

-Sí.

-¿Está ya en el cielo?

-Sí.

-¿Y a nosotros nos ve?

-Sí.

-Y a lo mejor hasta ve lo que pensamos.

-Seguramente.

-Pobrecito, el abuelito.

-¿Por qué?
-Porque ya se ha muerto.
-Pero ya estará con Dios.
-A lo mejor nos cuida con el ángel de la guarda.
-Sí.
-Nos cuidará mejor que nadie, ¿Verdad?
-Sí.
-Diana, ahora es casi tan guapo como el ángel de la guarda.

Después de las fiestas, recoger el belén que ponen mis hermanos me parece atentar contra la Naturaleza: una brutal tala de árboles, un terremoto devastador de montañas.

***

MARÍA: He recibido tu carta y quiero contestarla para llevar a tu ánimo el convencimiento de algunas cosas necesarias para tu tranquilidad. A tu padre no le diré nada; se preocuparía y no nos daría solución alguna. Empezaré diciéndote que no puedo formar un juicio desfavorable de ti, en el sentido de enfermedad o de persona; por fortuna tu sufrimiento no tiene nada que ver con el de tu madre. Lo que me cuentas -y yo imaginaba- no tiene semejanza con el cuadro que padeció ella, ni en su contenido ni en su personalidad anterior. Por desgracia padeció una enfermedad psíquica. Tu no, rotundamente no.

Yo, además de ser tu amigo, soy médico. Si hubiera creído que padecías algo que rompiera tu estabilidad mental, habría dado la voz de alarma. Tu salud tiene que estar por encima de todo, ¿comprendes? Dicho esto añadiré que yo interpreto lo tuyo como algo, si no natural, que tiene una explicación psicológica: al sobrevenir aquella desgracia tú pensaste que estabas incluida en el círculo de fatalismo. Estabas sola en cuanto a personas de tu edad y en la pequeña ciudad todo contribuía a mantener la memoria de la tragedia; te encuentras desamparada en tu angustia, que iba naciendo y nutriéndose del ambiente desfavorable. Comienza tu lucha: el arco de tu vida afectiva se tensa desmesuradamente, tienes que ocultar tu sufrimiento pues sería horrible para tu padre «hablar de médicos» y te metes en un círculo vicioso. Ahora bien, detrás de este estado angustioso, ¿hay algo?: nada. Para nosotros, nada; para ti, sólo el sufrimiento. Yo no puedo decirte: «no es nada». Eso tiene para ti la importancia del dolor. Pero yo, objetiva y fríamente, no veo nada.

Ya no soy tan joven; por ello la experiencia se va dilatando. Ante mí han desfilado ya muchas personas con un cuadro superponible, en todo, al tuyo. Muchas han sido mujeres de buena posición, sensibles, un tanto intelectuales. Todas están bien. Pasó la tormenta. Muchas no querían ni estar a solas con sus hijos y ahora se ríen, siempre curan. ¿Comprendes por qué? Porque no haya nada mental; no hay enfermedad, sólo estado de angustia. La escala de este padecimiento tiene una variada gama, con un tiempo más o menos sostenido, y el tuyo ha sido largo porque no ha encontrado su catarsis, no has podido desahogarte médicamente hablando. Escríbeme y cuéntame tus cosas; sabes que te quiero desde que eres una mocosa, y siempre admiré tus genialidades. Sé que podré ayudarte y contribuir a que otra vez te rías y estés contenta. No hables de esto con nadie y cuéntamelo todo. Te agradezco tu confianza; sabes que correspondes al afecto que te tengo.

Recibe el cariño de tu amigo.

***

HA CREÍDO entrever una esperanza; la carta la había tranquilizado, hasta el punto de hacerle pensar que el peligro no existe sino en su imaginación, que no está presa de un destino trágico. Pero no tarda en darse cuenta de su error: él la ha engañado, la ha consolado generosamente para que los días que restan, pocos o muchos, no sean tan amargos. Ahora se da cuenta del engaño y lejos de sentir gratitud tiene resentimiento y odio. Es mentiroso, no se debe mentir y él lo ha hecho, hay que decir siempre la verdad aunque sea cruel. Lo ve claramente y su esperanza se esfuma, dejándola sumida en una oscuridad mayor. Y llora, porque sabe que nunca podrá disfrutar como otras personas del amor ni de la vida. *De eso hace mucho tiempo: ella le muestra bordados en colores brillantes donde hay pequeños pájaros entre flores. Hay en su cuarto un rompecabezas*

de tacos pequeños y una cocina de juguete que tiene una puerta con una cortinilla. La niña juega con los platos y las pequeñas tazas y al otro lado de la cortina de lunares se imagina mundos raros y misteriosos. Mira a su padre armar el nacimiento, levantar para ella montañas de corcho, disponer las ramas de pino que bajan hasta el valle, donde pastores y lavanderas forman corro en torno a las fogatas simuladas con bombillas. En la cueva un ángel anuncia la feliz noticia, en las laderas brotan cascadas de papel de plata que van a dar en ríos de cristal. Y al fondo, cerca de las manadas de pavos y los rebaños de ovejas, un niño pequeño y sonrosado recibe los regalos de todos. Se apagan las luces de fuera y las bombillas escondidas brillan entre las ramas; el agua del río despide destellos, refleja las túnicas de los ángeles, y el pequeño castillo de Herodes se destaca contra el fondo de papel azul con estrellas de plata. Fuera cae mansamente la nieve. Se incorpora y extiende la bata sobre la cama, y nota la suavidad del tejido en la mejilla. No puede dormir y la ve de nuevo, con la cara muy pálida y los brazos extendidos. Es una mujer delicada, con el pelo oscuro y ondulado. Está como aquella mañana, con el cabello húmedo sobre los hombros. *Se acerca y le sonríe, se inclina junto a ella, lleva en las manos conchas nacaradas. Los magos dejan junto a los pequeños zapatos una citarina, una jirafa rellena de serrín y colman los zapatos de monedas de chocolate envueltas en papel de oro. Hay también cuentos, cuadernos de dibujo y lapiceros de colores, y una cocina de juguete que tiene una puerta con una cortinilla.* Se apoya sobre los brazos cruzados y llora en silencio: así que no hay remedio, la muerte la espera como a su madre y ni siquiera sabe que de qué forma. Se arrojará desde la altura o se hundirá en el pantano, en el lugar donde el remolino engulle las ramas. Su cuerpo será arrastrado cuando sus ojos ya no puedan ver y el agua la ahogue; hará compañía a las pequeñas ramas y a los troncos desgajados, sujeta al fondo por las raíces o perdiéndose río abajo hasta que alguien encuentre sus miembros esparcidos. Entonces su alma estará perdida, no podrá ver a Dios porque se habrá dado la muerte; en el infierno encontrará a su madre y la increpará por haberle permitido nacer.

V

Novelista, novelista.
Queridos señores y señoras:
¿Quieren ustedes leer mi libro?
Me costó años escribirlo. ¿Quieren darle un vistazo?
Puedo hacerlo más largo, si les gusta el estilo,
puedo cambiarlo de arriba a abajo.
Pero necesito una oportunidad
y quiero ser novelista,
novelista.

THE BEATLES (Paperback Writer)

-Voy a tener un hijo -dijo la chica con un hilo de voz.

La nieve se había fundido y el suelo estaba cubierto de una capa de escarcha; los pinos blanqueaban por la helada y la tierra estaba compacta y dura. El muchacho retrocedió como si hubiera recibido un golpe en la cara.

-¡Qué dices!

Ella siguió expresándose con esfuerzo evidente.

-Voy a tener un hijo... tuyo.

Él la miró como si no la conociera y la chica insistió.

-¿Te das cuenta? Tenemos que casarnos.

Siguieron caminando y al pisar el firme de la carretera él lo notó resbaladizo.

-Eso no puede ser.

Había junto a la acera un montón de hojas amarillas y ella se inclinó y cogió una de las más grandes. La huella de sus dedos quedó impresa en el hielo.

-Tiene que ser -dijo sin mirarlo.

El ambiente era fino y el aliento se condensaba en nubes de vapor. Luego se desvanecía en el aire.

-¿No ves que es una locura? -dijo él. La había cogido del brazo y la miró torvamente-. Vamos a ver. ¿Estás segura de lo que dices?

-Claro que estoy segura.

Un pájaro emprendió el vuelo y de lejos llegó un fuerte aroma a pinos.

-¿Has consultado con el médico? -insistió el muchacho, y ella afirmó en silencio. Él pareció reflexionar-. ¿Lo sabe alguien más?

-No lo sabe nadie -dijo ella-. Sólo el médico y tú.

El sendero estrecho se perdía zigzagueando entre mantillo y hojas secas; caminaban sin rozarse y ella se había alzado el cuello del abrigo y ocultaba las manos en los bolsillos.

-¿Tu hermano tampoco?

-No, tampoco. Sólo tú lo sabes -lo miró un momento y habló en tono de súplica-. Tenemos que casarnos -repitió.

Los jardineros habían prendido hogueras al fondo del parque y el humo de las hojas quemadas se confundía con la neblina. Anduvieron un trecho en silencio y luego él habló en forma más cordial.

-Verás... -dudó- somos... en fin, tú eres... demasiado joven.

Ella había enrojecido de pronto.

-¿Y qué tiene que ver eso?

-No hay que perder la calma -dijo él-. Hay que buscar alguna solución.

-¿Alguna solución?

Olía a humo; las hogueras brillaban y un abeto centenario se alzaba por encima de la bruma. Sobre la arena las ramas de pino estaban revestidas de una capa de hielo. Él carraspeó.

-Eres demasiado joven para tener un hijo.

-Pero voy a tenerlo. ¿No ves que voy a tenerlo?

Una bandada de pájaros se había posado en el seto; hubo un aleteo que cesó enseguida.

-Eso puede remediarse -dijo el muchacho, pensativo.

-¿Qué dices?

-Verás... -sugirió él, midiendo cada palabra-. No... es difícil impedirlo.

-¿En qué estas pensando? -dijo la chica, alarmada - ¿A qué te refieres?

-Hay quien... se ocupa de esas cosas.

Se habían distanciado y las pisadas de cada uno se marcaban por separado en el camino.

-Yo no haré eso -dijo la chica.

-Sí que lo harás.

Se le aproximó de nuevo, tomó una de las manos delgadas entre las suyas y obligó a la chica a volverse. Ella se estremeció.

-Quiero tener ese hijo y que todos sepan que es tuyo -expresó con dulzura. Él la miró alarmado.

-¿Qué dices? -casi gritó-. Eso es imposible.

Dio un paso atrás y masculló una interjección. La muchacha avanzó hacia él.

-¿Tú me quieres? -preguntó ansiosamente, y él no contestó. Ella repitió la pregunta.

-¿Me quieres?

Bajo los pinos seguía extendiéndose la neblina y el olor de la maleza recordaba al del incienso. El muchacho esbozó un gesto vago.

-Verás -dudó.

-¿Por qué lo hiciste entonces?

-¿Por qué lo hice? Las cosas suceden así.

A la chica le brillaban los ojos como si tuviera fiebre.

-¿No ha sido entonces la única vez? -preguntó. Él tenía los dientes apretados.

-Por supuesto que no.

-Yo sí ha sido la única, y tú lo sabes.

Tenía el aspecto de una gacela herida y él no pudo evitar un estremecimiento.

-Eres muy bonita... -comenzó a decir, pero no supo continuar. Ella pareció entristecerse aún más y movió la cabeza con desesperación.

-No soy bonita -dijo-. No, no lo soy. Y yo creyendo que sentías algo por mí.

Había retrocedido y buscó un lugar donde apoyarse. Él estaba asustado.

-Cálmate, por favor -dijo-. Hablaremos de todo esto cuando estemos más tranquilos.

Ella negó sin fuerza.

-Tienes que darme una respuesta, ahora.

-Todo esto es muy precipitado. Tienes que darme tiempo.

Subieron la cuesta distanciados mientras el aroma volvía en oleadas, - ¿Qué tengo que hacer entonces? -dijo ella, deteniéndose.

-Tu hermano estudia medicina, ¿no es así? Es muy posible que él pudiera ayudarte.

-¿ Mi hermano? ¿Qué puede hacer mi hermano?

-Él te comprendería y trataría de ayudarte.

Ella permaneció silenciosa, con una expresión que llegó a alarmarlo.

-Seguiremos siendo buenos amigos -dijo él.-. Y a lo mejor en el futuro...

-En el futuro, ¿qué?

-Una vez que hayamos salvado este... este incidente podremos seguir viéndonos, y... llegar a conocernos mejor. ¿Te das cuenta de que ahora todo el mundo hablaría de ti? -sugirió-. Sería violento para todos y sobre todo para ti. Tendrías que dejar los estudios... ¿Te imaginas los comentarios de tus compañeras, de todo el mundo?

Ella permaneció callada, con la mirada fija en las copas que alumbraba un débil sol.

-Verás cómo tu hermano lo arregla todo -subrayó él, oprimiendo su brazo-. Pero es más prudente que no te digas que yo...

-¿Qué es lo que no tengo que decir? -se alarmó ella, desprendiéndose-. ¿Cómo no se lo voy a decir?

-Eso no arreglaría nada -dijo él-. Al contrario.

-Tengo que decírselo -insistió la chica, enrojeciendo.

Un pájaro bebía en la fuente del viejo fauno y sobre los setos recortados había hojas caídas. Junto a la fuente una rosa amarilla sobrevivía como por milagro.

-Será un secreto entre nosotros, que nos unirá -dijo él en forma insinuante -. De otra manera se crearían tensiones que no conducirían a nada.

-¿Por qué dices eso?

-Se podrían agriar nuestras relaciones. Surgirían problemas, es más prudente así -aspiró con fuerza y siguió hablando en tono persuasivo-. Todos los gastos que puedas tener... me siento responsable, yo te ayudaré en lo que necesites.

-Hablaré con mi hermano -cedió ella. El muchacho trató de ocultar un gesto de alivio.

-Verás cómo se arregla todo -dijo-. Dentro de poco te reirás de todo esto.

-¿Tú crees? -dijo ella sin mucha convicción.

Se encaminaron hacia la salida del parque; de los castaños pendían gruesas bolas amarillentas. Arriba, en una torre, fulguraban los cristales con reflejos rosados.

***

9 de enero, lunes. -Ayer volvimos de vacaciones y esta mañana nos despertaron las terribles palmadas que enmedio del sueño son como cañonazos; creo que nunca olvidaré estas palmadas. Ha amanecido nublado; bajamos a desayunar, el tazón de café con leche y un panecillo con mantequilla y mermelada.

Victoria no estaba en clase esta mañana; entré en su celda y estaba dormida.

La esquina del claustro, los arcos de piedra, de piedra los antepechos labrados; como si el tiempo no hubiera transcurrido, henos aquí otra vez.

A él no lo he visto; tengo que felicitarle el año nuevo. Búscate una compañera, padrino, cásate, antes de que sea demasiado tarde.

Encontré desolado el parque; cerca del busto de piedra un perro huía, husmeando.

Martes. -Cuando tengo un libro que me interesa lo coloco panza arriba, en mi mesa de operaciones; lo rajo, lo destripo, separo sus tejidos y los agrupo luego homogéneamente hasta que no tiene secretos para mí.

Aquí nos dicen que el convento se fundó para damas nobles; al menos, tiene que salir de aquí la que no pague los recibos, y eso sí que es verdad. A menos que disfrute una de esas misteriosas becas que nadie sabe dónde van a parar. A mí no, desde luego.

Por la espesa niebla no se ven los edificios de la acera de enfrente. Me he fabricado unos mitones para el frío, cortando los dedos en los guantes de lana. Hace un frío enorme en los claustros, en el refectorio, hace frío en los pasillos y en las aulas también. En el dormitorio el ambiente es helado y se cuela el aire por las rendijas del balcón.

Las pequeñas, ateridas, apenas podían sujetar el balón entre las manos; luego el juego se ha ido animando, el balón iba de un lado a otro y la sangre se ponía en movimiento pese a la baja temperatura. Se alzaban las faldas, se destrenzaban los cabellos, un encontronazo paralizaba a una jugadora que se detenía en mitad del campo con una exclamación de sorpresa y dejaba escapar el balón hacia otra parte. Ahora silba el viento sobre los tejados, se agitan las ramas desnudas de los árboles. Una campana con su tañer en la bruma de la tarde. Yo no quiero sufrir, no quiero que se vayan los seres queridos.

Viernes. -Carta de las pequeñas: «Escríbeme más a menudo y cuando me escribas no digas que no puedes escribirme por los exámenes o por lo que sea porque a mí lo único que me importa es que me escribas, «osea» que cuando me escribas no me digas por qué no me has escrito antes. Escríbeme las cartas más largas porque cuando ya me estoy entreteniendo de verdad leyéndolas se acaban y eso no me gusta nada porque me quedo atontada pensando lo mucho que hablabas en casa y lo poco que me hablas ahora. En la próxima carta que me escribas dime cuál es tu cantante favorito y el que menos te guste. A mí me gustan los Beatles que son esos que tienen el pelo largo. P. D. Lo de los cantantes si no quieres decírmelo no me importaría».

Domingo. -Hoy no he salido; tenía que escribir unas cartas por la mañana. He subido al dormitorio a ver a Victoria: está delgada y tiene unas ojeras azules. Hay en ella algo que permanece en tensión; la conozco desde las clases de primaria y no he llegado a entenderla. Puede explicarse porque le faltan los padres, y el hermano no debe ocuparse mucho de ella.

He escrito a casa y les digo que no se preocupen por mí; tienen demasiados problemas y mamá no está muy bien desde que nació el pequeño. Dejé anoche el abrigo de salir sobre una silla y esta mañana fue lo primero que vi al despertarme. Lo miré deslucido y pasado de moda y un nudo me apretó la garganta, de una forma estúpida.

Siempre acostumbraba a avergonzarme de mi aguda sensibilidad como de algo morboso o vergonzante y procuraba disimularla; ahora sé que soy lo suficientemente desequilibrada como para poder ser escritora. No sólo no tengo que sujetar mis imaginaciones sino que tengo que alentarlas y me admira que, pese a todo, siga siendo para los otros una persona normal.

***

Los padres hacen viajes prolongados, de días y hasta de semanas; ella se queda con Soledad y cuenta los días hasta su vuelta. Alguna vez la han llevado con ellos y recuerda el hotel sobre un monte, dominando la bahía y rodeado de palmeras. En los salones hay damas que sonríen amablemente; unos grandes mosquiteros protegen las camas, pero de mañana los mosquitos se han colado en el interior. Ella observa la fina malla sobre sí como si estuviera dentro de un reducto encantado, de un kiosco maravilloso donde los males de fuera no pueden llegar. El crepúsculo invernal se abate sobre los viejos edificios y desde el patio de recreo contempla la tarde plomiza; se apoya en la barandilla de la escalera y oye a sus espaldas las voces y las risas. Las más pequeñas chillan y corren tratando de alcanzar el balón. Le parece que aquellas personas viven, se mueven en un plano único y sin relieve como las figuras que, recortadas en cartulina, hacían su aparición y desaparecían después en el pequeño escenario con que jugaba de niña. «¿Dirán que soy estúpida, comentarán mi forma de actuar y de hablar, sabrán lo de mi madre? Sí, ciertamente sabrán lo de mi madre, aunque no me lo digan. Yo nunca hablo de ella ni ellas tampoco, pero, ¿sabrán?» Deslizándose en la

pendiente del miedo ve retroceder el tiempo: ve caminando a unas damas de blanco bajo las arcadas del claustro, sus ojos fijarse en el cielo buscando al esposo; a través de los siglos contemplan los mismos arcos, idénticas columnas, la misma piedra recién extraída por las manos del cantero; las imágenes fluctúan, diáfanas y sin cuerpo. A través del claustro en el anochecer sorprende el hálito eterno, la perpetua sinfonía del arte, sabe que el tiempo no existe sino fijado por el hombre, medido por él, y que un año y un aliento que se exhala no son sino arbitrarias unidades.

***

-¿Qué dices? -preguntó Ramón, alarmado.

Habían terminado unos cafés y sobre el mostrador estaban todavía las dos tazas de gruesa porcelana. Un sol oblicuo las bañaba al sesgo haciendo brillar las partículas de azúcar. Carlos hizo un movimiento nervioso.

-Te repito que he hablado con mi hermana -dijo-. Bueno, ella es quien ha hablado conmigo.

-¿Y qué dice tu hermana?

-Al principio no quiso soltar prenda -dijo Carlos con brusquedad. Ramón no perdía de vista la taza que había quedado teñida por una espuma oscura y persistente-. Ella dice que fuiste tú.

Ramón tendió un billete al camarero.

-Está bien - indicó, y se volvió hacia su amigo -. Tu hermana está muy alterada - expresó con rapidez.

Carlos estaba perplejo.

-Yola creo -repuso.

-Vamos fuera -Indicó Ramón. Cuando llegó a la acera se volvió en redondo.

-¿Cómo se puede saber la verdad? -dijo. El otro lo miraba, incrédulo.

-Ella es una chica seria -dijo en forma agresiva.

-Yo no puedo saberlo.

Empezaron a andar por la acera estrecha en dirección a la plaza; la trampilla de un establecimiento chirrió al alzarse y el tendero de comestibles la sujetó arriba. Luego entró en la tienda.

-Pero tú sabrás que ella... -empezó a decir Carlos, y manoteó como si le costara trabajo expresarse -. Carajo, ¿cuándo fue?

-¿Qué importa eso? -eludió Ramón-. Hay muchas ocasiones, continuamente hay ocasiones. ¿O es que no lo sabes?

-Claro que lo sé -profirió el muchacho entre dientes -. Pero mi hermana es distinta.

-No sé por qué tiene que ser distinta.

Carlos había ido perdiendo toda seguridad y vacilaba.

-No sé... -gruñó.

Algunas personas iban y venían embutidas en sus abrigos; un hombre pequeño con una bata blanca miraba junto a la farmacia a una vieja que llevaba una cesta. La vieja miró a ambos lados y cruzó la calle arrastrando los pies.

-Además no debes preocuparte -dijo Ramón, tratando de mostrarse indiferente-. Hay una solución para todas las cosas.

-¿Una solución? ¿Qué solución?

-Tú sabes a qué me refiero -dijo el otro.

-Sí, en realidad, pero...

Ramón lo interrumpió.

-No se le haría ningún daño -dijo-. Sabes que eso es corriente -Carlos parecía confuso. Habían ganado la hilera de columnas y algunos estudiantes aguardaban formando corros. Su amigo insistió.

-No irás a asustarte ahora -dijo-. Otras veces...

-No es lo mismo -lo atajó Carlos. - Hazte cargo, para mí no es lo mismo.

Tenía la garganta seca y hablaba con dificultad. Ramón le dio una palmada en el hombro.

-Sí que lo es.

-Puede haber peligro - refunfuñó el otro.

Se acercaron a la fachada adornada con figuras y guirnaldas de piedra; la helada parecía haberlo endurecido todo y en los tejados circundantes las chimeneas emitían finas columnas de humo gris. El sol alumbraba por momentos y luego se ocultaba.

-Yo podría ayudaros... en lo económico -dijo Ramón, y su amigo le dedicó una mirada torva-. Tienes que hacerlo por ella. En buen lío se iba a meter si no.

Carlos se miró la punta de los pies y sacudió la cabeza.

-Puede que tengas razón -admitió. Su compañero contuvo un suspiro de alivio.

-No debes ser duro con ella -dijo en tono amistoso -. Esto le sucede por ser demasiado cándida.

-Desde luego.

-No ha sido más que un error suyo, un error lamentable.

Un pájaro se posó en una rama; a vuelos cortos descendió, hizo que la rama se agitara, oteó con esguinces cortados, volvió a saltar y emprendió el vuelo dejando la rama solitaria.

-Pronto se habrá olvidado todo - dijo Ramón. Carlos se enderezó dentro de su abrigo.

-Vaya un asunto asqueroso -dijo.

-Sí que lo es. Pero tiene remedio, y además nadie sabrá nada.

-Se habían disuelto los grupos y ellos estaban junto a las puertas de la Facultad.

-Puede que sea lo mejor - admitió Carlos de mala gana-. Otra vez tendrá más cuidado.

-Me tendrás al tanto - indicó su amigo, despidiéndose con un gesto. Ahora tengo que irme.

Se alejó a grandes pasos y dejó a Carlos parado, con las manos en los bolsillos y una expresión de estupor en la mirada. Por fin dio la vuelta y se encaminó hacia la calleja. De pie junto a la tienda, el tendero de comestibles lo vio marchar siguiéndolo con la vista.

***

Te ha concedido una entrevista y aguardas ahora; sois varias las que esperáis y estáis nerviosas, tú al menos apenas las miras y ríes agitadamente; vienes y vas, bajas un tramo de escaleras, allí te detienes y vuelves a subir. Miras la puerta cerrada y oyes un susurro. Ha llegado el momento y el corazón se acelera, aguardando un chasquido o una puerta que se entreabre. Los minutos se convierten en horas, te late el pulso en forma de galope furioso y al fin la puerta se ha abierto; sale tu compañera con la mirada baja y ella te aguarda en el umbral. Tus pies se niegan a dar un paso y algo te empuja hacia atrás y entonces te observa con expresión amable y tú entras, cerrando. Ella se sienta en una silla alta y te ofrece un asiento más bajo: extiende sus manos alargadas y sonríe, mirándote. Te has quedado muda; tratas de sonreír y te pones muy colorada. Ella empieza a hablar en voz muy baja, te hace una pregunta y aguarda una respuesta que no te atreves a dar. Y después de vencer tu vergüenza empiezas a desvelar tus secretos despacio y en voz baja como si nadie te estuviera oyendo, como si tú sola ocuparas la habitación donde hay libros pequeños y lápices, y cajas con gomas de borrar y paquetes con difuminos y tantas otras cosas. Al fondo la ventana pequeña y vieja se abre sobre un cielo sin color; son viejas las maderas, viejas las fallebas y los cristales desfiguran las imágenes al otro lado: el jardín interior, desnudo ahora, los muros amarillentos y los tejados oscuros. Poco a poco ella vierte en ti sus palabras, pregunta y tú contestas en voz baja, todo es un murmullo y está el crepúsculo y el último rayo de sol en el tejado y la atmósfera plena, y un halo de santidad sobre el jardín. Sus ojos se clavan en ti, quieren sondear los últimos reductos de tu espíritu. Sus manos son finas y por un momento se han posado en las tuyas que notas bañadas en sudor; temes producirle una mala impresión y te desprendes de su contacto, ocultando las tuyas entre los pliegues de la falda. Ella sigue hablando, dejando fluir en tu oído su acento musical, tratando de ahondar en ti para sembrar sus inquietudes. Luego se queda silenciosa; las luces declinan y no sabes si han transcurrido allí minutos o días enteros. Ella suspira y tú no te atreves siquiera a respirar. Con un gesto te hace saber que la entrevista ha terminado, tratas de romper el hechizo que te mantiene atada al asiento y te pones en pie; ella te acompaña a la salida. Te sientes llena de alegría, tu cuerpo es ingrávido y un sentimiento de embriaguez te hace sentirte extraña. Tus compañeras deberían estar aguardando fuera; abres la puerta un poco avergonzada, pero no están, se han ido. Se está haciendo de noche; una campana toca a lo lejos, piensas que debe ser la

hora de cenar y caminas a su lado. Con su andar silencioso baja deprisa las escaleras y se vuelve, te sonríe por última vez y sigue andando aprisa; antes de salir al claustro enciende una luz y con un gesto te indica que te alejes. Ella se queda viéndote marchar o quizá se ha ido antes de que tú salieras, oyes el crujido de una puerta y te das cuenta de que se ha ido. Sigues andando como una sonámbula y cuando estás de vuelta en el refectorio todas las compañeras se han sentado ya y unas hermanas sirven la cena. Te acercas a la que vigila el comedor y le das una explicación incoherente; tienes las mejillas muy rojas, notas mucho calor en la cara y vas hacia tu sitio. Te parece advertir que te observan las que aguardaban a su puerta y que había un brillo de envidia en sus ojos o quizá de burla. Cuando te sientas a la mesa donde te espera la cena, tus compañeras comen ya en silencio.

***

TEME QUE COMENTEN sus rarezas, gritar ante todo el mundo, ventosear ruidosamente; cuando pasa ante un vehículo en marcha teme que un impulso la obligue a arrojarse, y huye. Razona entonces, trata de convencerse de que son infundados sus recelos, se acerca al coche en marcha y retrocede después, helada de miedo. Trata de poner en orden sus ideas: ¿Ha consentido alguna vez en estos pensamientos? ¿En alguna ocasión ha dejado de tener aversión por ellos? Al pasar cerca de la cocina siente miedo, y sabe bien por qué: en un cajón de la mesa hay unos grandes cuchillos y teme utilizarlos, y para no sentir la atracción de su hoja da un rodeo y pasa de lejos. Alguna vez ha alargado la mano y ha tocado el cuchillo un segundo, como si haciéndolo pudiera ahuyentar para siempre el pánico: luego cierra violentamente el cajón y sale deprisa. Evita la endeble baranda que en el pantano la separa del agua, porque sabe que en un momento puede saltar y hundirse en el agua verdosa que gira en remolino. Quisiera admirar toda aquella grandeza, pero se siente paralizada y todo da vueltas a su alrededor. Dominando el vértigo logra seguir a las demás; sube paso a paso las escalerillas cimbreantes que la separan del vacío, y siente que ha llegado el último momento de su vida si mira al torrente del que se alzan espumas amarillas. Al llegar arriba tiene que asirse fuertemente para no caer.

***

Lunes. - Mi madre es antigua alumna de este colegio; todo el que la conoció entonces la aprecia. Ella me contó hace muchos años la historia tan romántica de la fundación del convento: Una dama de la nobleza quiso reunir en su palacio a las esposas de los nobles que iban a la guerra; cedió este edificio, y como muchos no volvieron nunca ellas permanecieron aquí hasta la muerte. Dicen que sus fantasmas blancos vagan de noche por los claustros rezando las letanías. He mirado los arcos, y me ha parecido que el tiempo se esfumaba, que iban a aparecer de pronto unas bellas sombras con rostros y manos de cera.

Fuera está nevando; el patio, el jardín y los tejados silenciosos brillan a la luz de la tarde. Estos escenarios ya no son de nadie; se han transformado en míos y lo que rodea los antiguos lugares ha adquirido un carisma de sagrado, de mítico. Que nadie me lo toque.

Miércoles. -Me acosté con la preocupación de tener que hacer algo urgente y al cabo de un rato me desperté sobresaltada. La cama estaba fría y el espíritu flotaba, suspenso, sin un lugar caliente donde reclinarse. Toda esta locura nació de una fiebre, de una noche de insomnio.

Si alguna vez me falta la inspiración creo que moriré de tristeza y de hastío; mi vida ya sería algo si yo consiguiera por fin tejer mi historia. ¡Aprehender la belleza! Es tanto como querer sujetar el aire entre los dedos. Odio la literatura y no puedo vivir sin ella. Qué triste cosa el haber llegado y no tener ya por qué luchar; estando arriba no hay más posibilidad que la de bajar los peldaños.

Escribir es como poner el culo al aire para que se asome todo el mundo y lo vea.

Viernes. - Me gusta romper con la punta del zapato la capa de hielo que se forma en los charcos. He mirado los tejados y los edificios completamente azules, el cielo del mismo color azul intenso y en el horizonte una franja anaranjada, de un tono encendido. Al tocar el hierro del balcón lo he notado profundamente helado. Toda manifestación artística me interesa, desde el primer hacha de sílex hasta el alarido del último «beat».

El tiempo pasará lo mismo escriba que no escriba, y me tendrá que morir lo mismo.

Una muchacha pide socorro; algunos pasan o están cerca y no la oyen por diversas causas. Una mujer la oye gemir y llorar, pero considera que no hay en ello nada alarmante (que será un niño que llora o algo así) y no presta atención. Oye de nuevo los quejidos, se detiene un momento, pero tiene prisa y se va.

Una madre se mata a causa de la conducta de sus hijos. Cada uno de ellos indaga su propia culpa sobre aquella decisión y sacude su responsabilidad en los hermanos y en la propia madre. Pero en su fuero interno, quiéranlo o no, siempre quedará una mancha.

-El hijo invertido: Cuando haya descomido asistiré al funeral. (Aparte, al público): Después de comer hay que descomer. (Al otro invertido): Vamos, hijo.

-Madre (al público) -Por si les importa algo les diré: (a ellos) No os quiero nada.

-Hija mayor: (a una amiga) ¿Has visto los modelos de la última temporada?

-Amiga: (mirando la revista y asintiendo) Fabulosos.

-Madre: Que Dios los castigue, que Dios los maldiga por lo que han hecho de mí. Ya no tengo lágrimas.

-Hija pequeña (amancebada): Cuando lloraba hacía un ruido como un enjambre de abejas.

-Madre (a su hija): Te odio, nunca te quise. (Ella se encoge de hombros).

22 de enero, domingo. - «Es peligroso presentarse a ningún premio», me ha dicho él. Es porque se ha convocado un concurso de cuentos y he pensado que me voy a presentar. Llevaba alzado el cuello de la gabardina y doblada el ala del sombrero, y le he dicho que parecía un «gangster» de película. Sus manos son fuertes y me gustan, porque además de cariñosas son buenas. ¿Qué será de él en el futuro? ¡Qué terrible soledad! A veces se queda mirando algo lejano, sin hablar. Luego sonríe, como si se disculpara.

Lunes. - El balcón estaba entreabierto y un aire helado entraba por él, rizaba las cortinillas y hacía estremecerse las puertas. Un resplandor blanquecino teñía el cielo de gris ceniciento. Pensé que la luna producía el extraño fenómeno; sombras alargadas y difusas se pegaban al techo, por encima de las celdas donde las otras dormían. Me levanté a cerrar el balcón, sobre la mesa de noche el despertador medía el tiempo con un tic-tac monótono. Una cortina se agitó; me quedé quieta y distinguí a Juliana que parecía un fantasma con su bata larga. «Vaya susto», le dije. «Eres tú», dijo en un susurro. Alzó la cortinilla y se acercó a mi cama, y luego se sentó en el borde. Miró hacia los lados. «Alguien viene», dijo. «No es nadie, no es más que el sonido del viento.» Se fue, andando de puntillas. En el dormitorio se oía crujir un somier y alguien chapurreaba algo en sueños. Por el balcón entraba el resplandor blanco de la luna.

Martes. -La imagen del hombre que se va convirtiendo en gusano a causa del vil cometido que le ha asignado su jefe (terna para un cuento, pero creo que ya estará hecho). Hemos ido al entierro de un pobre hombre que pedía en el convento: una puerta cerrada, una mesita cubierta con un paño negro, algunas firmas en una cuartilla. Las paredes estaban desconchadas y los peldaños denegridos. En ese momento sonaron las campanas y en la calle el rodar de un vehículo. «Hay que medir el largo de la caja y la altura de la cabeza, a ver si cabe en el hueco.» No pude verlo, me dieron ganas de vomitar y tuve que salir fuera.

Miércoles. - Es asombroso constatar las conexiones o relaciones que existen entre la literatura y la pintura: cómo un ser se va completando a fuerza de pinceladas o de palabras. ¿Será posible que a Dios lo acompañen sus criaturas como al novelista sus personajes? Y que los ame como el escritor ama a los suyos. En tanto en cuanto me devane los sesos y crea volverme loca ante la madeja o maraña de mi obra, estaré en el camino de superarla y de superarme yo misma; pobre de mí si disfruto de tranquilidad. El espanto de considerar que un día habré terminado mi historia y me habré quedado sola.

***

Bajas despacio las escaleras; te vas aproximando al claustro, alumbrado apenas por una triste bombilla. En los cristales se advierten brillos fugaces y arriba, sobre los viejos tejados, una luna muy blanca esparce un lívido resplandor. Detrás de los arcos del primer piso las aulas están silenciosas y oscuras; también en clausura la oscuridad es completa, ni un murmullo rompe el silencio de la noche. Caminas sobre las piedras del solado, sobre los roídos huesos de animales, vas hacia la portería y dejas a un lado la estrecha escalera que sólo ellas utilizan.

Empujas una gruesa puerta, avanzas medio a oscuras, dejas atrás los cuadros de honor y los locutorios silenciosos y sólo puedes oír tu propia respiración; la luz blanca se cuela entre las maderas entreabiertas. Por una puerta de cristales y vaivén sales a la escalera de los dormitorios, tanteas con el pie los escalones redondeados y apoyándote en el pasamanos subes con precaución; en el segundo piso todas duermen en sus celdas. Pasas entre cortinillas, la luz de la luna se desliza a través de un balcón que ha quedado entreabierto. Allí te detienes.

Cuando llegaste a tu celda hallaste la cama como la habías dejado, con la almohada bajo las mantas simulando un cuerpo; el fieltro de las sucias sofocaba el ruido de tus pasos. Habías creído no encontrar a nadie en tu recorrido nocturno, pero no fue así. Te quitaste la bata, destrenzaste el cabello y te hundiste entre las sábanas heladas, procurando que los muelles no hicieran ruido; te cubriste hasta los ojos con las mantas y no tardaste en quedarte dormida.

***

MIRA EN TORNO y advierte que la celda está a oscuras; a poco se ve escalando un alto edificio, de muros lisos y ventanas sin rejas. Tiene que pasar de una a otra, asiéndose de los bordes estrechos y tratando de no resbalar. Cuando la pesadilla acaba se ve de nuevo en el gran dormitorio y oye las respiraciones de las otras. No ha caído, tampoco esta vez ha caído y siente un amargo consuelo. *Avanza, entra en el cuarto de su madre y está en la penumbra sin moverse. Ella se agita, suspira, y la niña sale sin hacer ruido para que Soledad no la reprenda. A veces la madre se levanta temprano y ella la oye pasar con un roce de seda. Un día sucede algo extraño: es todavía de noche y oye abajo la voz del padre que está muy enfadado. «Pero estás helada. ¿Qué has estado haciendo?» Ella dice: «Déjame, por favor, déjame». A través de una rendija puede verlos: ella está casi desnuda y la puerta de la calle está abierta. «Estás acabando con mi paciencia», dice él, y ella se echa a llorar con desesperación.*

Por la luz exterior piensa que debe faltar poco para que suenen las palmadas, quebrando el silencio corno un fino cristal. «No dormiré ahora, no me dormiré más.» Un lejano tañer convoca a una misa temprana, la claridad en un principio tenue se adueña poco a poco de la ciudad. Más tarde se incorpora, asustada por la sensación casi física de la caída, de haber bajado un peldaño inadvertidamente o de haberse hundido no sabe dónde. El sol inunda el cielo con una claridad rosada; siente terror por el nuevo día, la lucha la asusta. No puede mirar por el balcón hacia el jardín, donde hay pétalos esparcidos en la tierra.

Dentro se oyen voces y el correr de una cortinilla, las voces se alejan o se acercan por momentos. Salta de la cama, se pone las medias y se calza, se viste el uniforme y se arregla el pelo con la ayuda de un pequeño espejo. «Padre, no quiero dejarte, que no me vea obligada a hacerlo.»

***

Rara vez la ves en el patio donde suelen estar las monjas más jóvenes; pero al otro lado del seto las religiosas disfrutan de su tiempo de recreo. Allí está ella, su esbelta figura entre las demás. Sonríe en forma inigualable y sus ojos te miran un momento sin verte. Pero no es su encanto físico lo que te subyuga sino su espíritu; no puedes apartar la mirada y te quedas muy quieta, espiando entre las ramas.

***

Se detuvo a la entrada del colegio; avanzó entre macizos de tierra removida y dejó atrás los ruidos de la ciudad. Llegó a la portería, pulsó el timbre y aguardó unos instantes. La puerta se abrió y apareció la cara regordeta de una monja que lo reconoció enseguida.

-Viene a ver a Victoria, ¿no es así?

-Sí, soy su hermano.

Ella soltó una risita.

-Ya, ya. Ya lo conozco.

Detrás de una mampara de cristales empezó a sonar un teléfono, pero alguien debió descolgarlo porque enseguida dejó de sonar.

-No han salido de clase todavía -dijo ella sin abandonar su sonrisa -. Tendrá que aguardar un poquito.

-No importa -dijo él.

Una puertecilla se abrió en la mampara y salió una novicia muy menuda y pálida.

-La llaman por teléfono -dijo con voz aguda.

-Ya voy, ya voy - rezongó ella echándose a andar. A poco reapareció.

-Perdone, le he dejado de pie. Venga por aquí.

Tomaron un pasillo donde estaban los cuadros de honor y ella le mostró un pequeño locutorio.

-Espere aquí -dijo.

Él entró en la habitación amueblada en un estilo barroco. Fuera sonó un estampido de voces, luego pasos arrastrándose y una voz imponiendo silencio. Después de unos minutos se abrió la puerta y entró Victoria, con los párpados enrojecidos de haber llorado.

-Ah, eres tú. ¿Para qué has venido?

-Vaya una pregunta -dijo él-. ¿Qué pasó ayer?

Ella bajó la mirada y no contestó.

-Vamos, ¿Qué te pasó? Te estuve esperando todo el día. ¿Se puede saber por qué no me llamaste siquiera?

-No pude -musitó la chica. Él se dejó caer sentado.

-¿Qué es lo que no pudiste?

Ella se estremeció.

-No pude hacerlo -dijo con evidente cansancio.

-No fuiste, ¿verdad? No fuiste, y yo dando la cara y haciendo el ridículo por tu culpa. Y con los gastos pagados de antemano.

La chica se había sentado y alzó la mirada.

-Sí que fui -declaró-. Pero... no pude.

-¿Y qué vas a hacer ahora?

Ella tardó en contestar.

-Diré la verdad - declaró -. Se la diré a todo el mundo.

Carlos la miró con expresión atónita; luego soltó la carcajada.

-Buena solución -prorrumpió- ¿No se te ocurre nada mejor?

-Hablaré otra vez con él - balbució la chica - Yo le hablaré.

Su hermano alzó los brazos y los dejó caer a lo largo del cuerpo.

-No conseguirás nada -dijo en forma tajante-. Eres una ilusa.

El rostro de la chica se crispó y sus ojeras se hicieron más profundas.

-Pues entonces se lo diré a todo el mundo -insistió con terquedad. Su hermano casi gritó.

-No te creerá nadie - dijo, alterado-. Pensarán que no es verdad, ¿No te das cuenta?

-¿Que no es verdad?

-Pensarán... -vaciló él - En realidad, nadie te creerá.

De nuevo se oyeron pasos fuera y una campana en el jardín. Él siguió en tono sombrío.

-No es raro que una chica en... en tus condiciones se invente una historia así. Y aunque te creyeran, ¿qué adelantarías? Él no quiere saber nada de todo esto.

Se había plantado en pie frente a su hermana y se retorcía los dedos nerviosamente. Fuera sonó una palmada, los pasos se detuvieron y la voz dio una orden.

-¿Pero tú me crees?

-Naturalmente que te creo. Pero tienes que hacer lo que te he dicho. No puedes quejarte, la parte material la tienes resuelta.

Una puerta se cerró de golpe y todo quedó nuevamente en silencio.

-No lo haré -insistió ella con voz sorda.

-Pues no cuentes conmigo para nada. Te echarán del colegio, ¿no lo has pensado? Nunca podrás probar nada contra él.

Un cristal en una ventana alta reflejó la luz con un destello y una mancha blanca resbaló en los muros.

-Háblale tú -dijo la chica-. Te lo pido por favor.
Él le lanzó una mirada seca y rápida.
-Yo no puedo hacer nada. Me tiene más cogido que a ti.
Los labios de su hermana se afinaron.
-¿Te tiene cogido? - preguntó -. ¿Por qué?
Él fue hacia la ventana y habló sin volverse.
-Es porque me ha ayudado alguna vez -dijo secamente, y ella comprendió.
-¡Que te ha ayudado!
Él se volvió con ademán violento.
-¡No te das cuenta, coño! - gritó -. No, no te das cuenta.
Ella asintió sin decir nada; Carlos había apoyado la frente en el cristal.
-Él tiene dinero - pronunció despacio -. Y yo no.
-Y le debes dinero,
-¡Sí, le debo dinero! -chilló él-. Y ahora me vienes tú con estas historias.
Ella miró fuera; la tierra de los macizos había sido removida recientemente y estaba blanda y oscura. El pilar de riego goteaba y un charco alcanzaba el paseíllo. Carlos se golpeó la frente con el puño.
-Hay que joderse -soltó como un trallazo. Ella se estremeció de pies a cabeza.
-No hables así -dijo-. Eres un bestia.
-Y tú una perdida.
-Calla, por favor -suplicó la muchacha-. Pueden oírte.
Él fue hacia la puerta y desde allí se volvió.
-Tengo que hacer ahora -dijo, y salió sin despedirse.

***

Sábado. -Hay cosas que me cuesta, que me repugna escribir; sin embargo, debo hacerlo. De manera que, como quien se toma un purgante, a taparse la nariz, a cerrar los ojos y adentro. Y menos mal si no me veo obligada a coger el lápiz y el papel en cualquier sitio; van a decir que estoy chiflada. Todo lo que me interrumpe me resulta insufrible, todo lo que no sea escribir y escribir me es insoportable; padezco y gozo una especie de éxtasis. Estoy sola, tan atrozmente sola, tan irremediablemente sola. El contraste entre las aspiraciones que me ahogan y esta realidad cotidiana que me ata a la vida, este divorcio desgarrador. ¿Lloraré? Y, ¿qué puedo adelantar con llorar? Encerrada en esta vida como en una jaula estrecha y agito sus barrotes, quisiera pensar que llorando se iban a desvanecer esos barrotes.

Mis sensaciones me parecen tan agudas, tan profunda mi percepción de las cosas... Y no obstante creo que mi mente está condicionada por algo externo, como si estuviera enferma, y la enfermedad deformara en mi cerebro la realidad como lo hace un espejo no completamente plano. ¿Qué es mi novela para mí? De pronto has parido un hijo enclenque y raquítico, pero luego lo vas alimentando y poco a poco el aire que respira, el sol que lo alumbra van contribuyendo a que aumente su fortaleza, hasta que un día te ves con un hijo hecho y derecho.

Me gustaría subir a un vehículo y viajar, viajar sin fin, sin rumbo fijo, sin que apenas el paisaje me hiriera la retina, arrullada por el sonido del motor y estremecida por el monótono vibrar continuo.

Me han dicho que el río está helado; yo no lo he visto porque hace quince días que no salgo de aquí.

Pregunta: Esta actividad obsesiva, este querer hacer algo que casi nadie hace, ¿Puede ser una manifestación morbosa o de enfermedad? Respuesta: NO, puesto que ello requiere un esfuerzo continuado, unas cualidades que un enfermo no podría desplegar; yo diría que la creación es el polo opuesto de la enfermedad y la debilidad mental.

Escribir es igual a querer acabar con uno mismo sin derramamiento de sangre.

Lunes. - Cuando Colón descubrió América empezaron de veras las penas para Colón.

***

La habías abordado al final de la clase y le rogaste que te permitiera hablar con ella otra vez; te

indicó que bajaras al claustro y la aguardaras allí. No tardó en regresar con su sonrisa y su andar ligero, mientras plegaba en un amplio doblez las anchas mangas. ¿Por qué la necesidad de hablarle a menudo, de abrirle tu corazón? Las palabras acuden tímidas primero y después fluyen como un río; volcaste en ella tus secretos hasta quedarte vacía: amores infantiles, deseos y profundas nostalgias.

Alguna vez su mano se apoyaba en la tuya o la tomaba largamente Y como te escuchaba en silencio y asentía tú seguiste hablando, ponías tu corazón al desnudo y al mismo tiempo avanzabais despacio junto a las columnas doradas por los siglos, la tarde caía y los sonidos eran cada vez más lejanos, pero tú no oías nada porque escuchabas solamente los latidos de tu corazón. Ella se detuvo, cogió tus manos en las suyas y una estrecha amistad se estableció entre ambas; tú fuiste algo suyo desde entonces y ella fue algo tuyo. Os guiaban los mismos ideales, no te atreviste a mirar sus ojos pero adivinaste en ellos la felicidad. Te indicó que había llegado el momento de separarse y suspiró. ¿Cómo podías dejarla? Te quedaste quieta, mirándola, y te costó un terrible esfuerzo romper el hechizo de su presencia. Cuando la dejaste y corriste escaleras arriba, cuando hallaste las galerías silenciosas porque todas tus compañeras se habían ido y entraste en el aula, supiste que algo tuyo había quedado allá abajo en el claustro y ya no deseaste más que verla una y otra vez, y era un deseo insaciable e imperioso aquel. Cuando llegaste a la capilla todo el mundo estaba allí; pero tú disfrutabas de un secreto tuyo y de ella y todo lo demás te era indiferente. Estabas en posesión de una salvaje alegría, de una exaltación casi divina y aún resonaban en tus oídos los ecos de su voz.

***

MARÍA: perdona a este amigo tan apurado de tiempo. En su momento recibí dos cartas tuyas en una. Te repito, querida amiga, que no tienes motivo alguno de preocupación; a veces si hacemos recuento de cosas pasadas nos parece que hemos hecho cosas absurdas, o que hemos padecido algo mental. Ello sucede si alguien se dedica a autoobservarse y a pasar sus acciones por un rígido tamiz. Igual que en la juventud son frecuentes las arritmias cardíacas, existen «arritmias» psíquicas sin importancia: que una alumna hace tal o cual cosa, que en el internado sucede esto o lo otro, que alguien padece escrúpulos religiosos, tiene un amor a contrapelo... Todo, absolutamente todo, es natural. Máxime si se tiene «temperamento» o «pasión». Yo tus cosas las veo naturales, e incluso que hayas sufrido y todavía sufras, porque se te ha sumado una tragedia.

A veces se observa en uno mismo un error sin trascendencia, pero si se insiste en él puede llegar a hacerse crónico y fijarse definitivamente. Igual que ciertos actos orgánicos necesitan de nuestra ignorancia, lo mismo sucede con los intelectuales. Y si los observamos demasiado llegarán a perturbarse, produciendo estados de extrañeza. Es necesaria una cierta ingenuidad con respecto a ellos, que una vez perdida no es fácil de recuperar. Si queremos vivir tranquilos tenemos que dar la espalda a nuestras manifestaciones psíquicas, y no obraremos espontáneamente si nos observamos demasiado.

Las taras mentales, como las puramente físicas, se transmiten a veces, pero no siempre; la herencia no es algo ineludible, sino una cierta predisposición que unida a otros muchos factores conforman la personalidad. Para llegar a ser un determinado individuo no basta con la herencia que tenemos.

En cuanto a tu padre, no te preocupes por él. Es una persona equilibrada (¿no cuentas tú también con esta herencia?) y ha sabido sobreponerse a su dolor. Y cuenta con su hija sobre todo. ¿Qué te voy a decir? Que te diviertas cuanto puedas, que pienses en el bien que puedes hacer a los demás Y que me escribas cuando tengas dudas.

Recibe el cariño de tu amigo.

***

La tarde era descolorida y fría y las alumnas se arracimaban en la acera del patio de recreo; arrancaban con dedos ateridos las pieles de las naranjas que goteaban, vertían en las papeleras las mondas o mordisqueaban un panecillo sin demasiado entusiasmo. En el ambiente helado las conversaciones trazaban halos alrededor de cada una. Un grupo bajaba los peldaños hasta el recreo; Victoria aguardó a Paula y la llamó.

-Tengo que hablar contigo -le dijo. Ella la miró con extrañeza.

-Es una cosa... -dijo la chica con voz tensa-. Es...

Parecía trastornada; estaba a cuerpo y apretaba los brazos cruzados sobre el delantal.

-¿Qué es lo que te pasa?

Dejaron atrás las ventanas bajas de la enfermería y caminaron junto al seto; Paula estaba impaciente.

-Vamos, termina de una vez -subrayó-. ¿Qué pasa?

La muchacha tragó saliva.

-Tiene que ver... con tu hermano -dijo. La otra la miró, extrañada.

-¿Con Ramón? ¿Qué pasa con Ramón?

Habían alcanzado la explanada donde pequeñas y mayores corrían, botando la pelota o regateando.

-Verás -titubeó la chica-. No sé por dónde empezar.

Arrancó una hoja del seto y la quebró con un chasquido. Paula la miraba y ella continuó en voz baja.

-He querido decírtelo estos días, pero no he podido -formuló. Paula no pudo evitar un ademán de impaciencia.

-¿Qué es?

Su amiga había arrancado una nueva hoja del seto y la alisó con suavidad.

-He hablado con el médico -dijo por toda explicación. Una pelota vino rodando y una pequeña se agachó a cogerla.

-Me tienes en vilo -dijo Paula, irritada. Ella respiró hondo.

-Voy a tener un hijo -pronunció despacio. Paula le lanzó una mirada incrédula.

-¡Qué dices!

Habían rebasado el seto y caminaban junto a la tapia. Ella no contestó.

-Tú me dirás qué tiene que ver eso con Ramón -dijo su amiga.

Victoria taconeó nerviosamente; Paula la taladró con la vista.

-Con Ramón -subrayó en tono seco-. Y en mi casa.

-Estoy desesperada -dijo ella inclinando la cabeza.

Avanzaron un trecho en silencio; un árbol se alzaba en el centro del patio, y el tronco bifurcado sostenía unas ramas desnudas.

-¿Lo sabe él? -interrogó Paula con suavidad, y ella asintió.

-Y tu hermano, ¿lo sabe?

-Sí, también lo sabe.

Estaban junto al invernadero, un recinto estrecho con el techo de vidrios protegido con alambreras. Un balón vino a estrellarse contra él y botó en el suelo. Paula se volvió.

-¿Qué te ha dicho Ramón?

Su amiga se encogió de hombros con un gesto expresivo. Dentro, una hermana estaba regando los tiestos y retiraba al mismo tiempo las hojas secas.

-¿Qué quieres que yo haga? ¿Para qué me cuentas esto?

Retrocedió un paso y miró la cintura de su amiga, ceñida por el delantal que le quedaba demasiado estrecho. Movió la cabeza y suavizó el tono de voz.

-Vas a coger una pulmonía -dijo.

-Quiero que me ayudes -pidió Victoria con la mirada baja-. Ya no sé lo que voy a hacer.

Paula emitió un silbido entre dientes.

-En buen lío te has metido -dijo.

El frío se hacía intolerable y las pequeñas brincaban para defenderse de él; Victoria se detuvo con la mirada turbia.

-¿Vas a salir el sábado? -preguntó. Su amiga asintió con un gesto. - Quiero que hables con él.

Pasaron junto al almacén de herramientas; los macizos estaban desnudos de vegetación y en el muro se abrían las ventanas de los baños de internas. Paula miró hacia arriba.

-Está bien. Hablaré con él, pero no te prometo nada. En cualquier caso podías haber tenido más cuidado, mona -dijo, mientras se alejaba.

El sonido de la campana llamó a los grupos junto al bordillo de la acera; se fueron ordenando en dobles

filas, un nuevo toque impuso silencio y todas remontaron los escalones hacia las aulas.

***

Están sirviendo la comida; una hermana de toca almidonada, con la sopera humeante y un cazo sin brillo, va sirviendo en cada plato que le tienden. Hay un murmullo en que ninguna voz se alza, sólo el chocar de los cubiertos y de los platos lo rompe. Coges tu servilleta y la desdoblas. En un extremo hay una monja que vigila; y en un momento, gracias a esa fina percepción de que disfrutas, te ha parecido advertir que ella se acercaba. Está al fondo hablando con la vigilante y como está de espaldas no puedes ver más que el contorno de su cabeza y de sus hombros. Te quedas suspensa, dejas el cubierto que ibas a usar y acechas aquella figura; se vuelve y ya identificas su perfil, su frente y su figura erguida. La otra asiente en silencio mientras los labios de ella se mueven, pero no puedes ver sus ojos. Te has sofocado en el acto; por suerte ella está lejos y a ti nadie te mira. No puedes seguir comiendo, tu mirada no podrá apartarse de aquella silueta. Las dos empiezan a andar entre las mesas, vienen hacia ti y dudas entre bajar la vista o coger el cubierto y aparentar que no has notado su presencia, y te quedas parada contando cada uno de sus pasos, midiendo la distancia que os separa. Sigue conversando mientras camina y al pasar te dirige un vistazo rápido. Nadie a tu lado ha notado nada, pero crees advertir en la vigilante una expresión de extrañeza. Está otra vez de espaldas, se detiene junto a una mesa frente a la alacena, y tú deseas que se vaya porque el calor que notas se ha convertido en sudor y te inunda los hombros y las sienes. Sin volverse ni mirarte deja el refectorio; sientes la punzada del rencor, quisieras que se hubiera vuelto y te hubiera mirado antes de irse.

***

-Bueno, ¿qué me contestas? -dijo Paula en tono de reproche.

Se había sentado en la cama de su hermano y miró al cuarto de baño; las paredes revestidas de madera le daban el aspecto de un camarote de barco. Ramón estaba frente al lavabo, desnudo de medio cuerpo y con una toalla anudada a la cintura.

-Te pregunto si dice la verdad -insistió su hermana.

-¿Y yo qué sé? -dijo él con expresión de aburrimiento. Terminó de peinarse sin ninguna prisa y la chica se mordió los labios.

-Eres canalla -dijo

-¿Yo soy canalla? Tiene gracia.

Trataba de aparentar indiferencia; Paula movió la cabeza.

-Eres peor de lo que yo creía.

-Tranquilízate -dijo él, cerrando el grifo-. Estás obsesionada.

-Yo no me obsesiono por nada. Sólo que es un asunto puerco -dijo ella, molesta-. La expulsarán, para empezar.

Vio un cenicero en la mesilla y fue a cogerlo, pero la ceniza de su cigarrillo cayó en la colcha y ella la sacudió enseguida. Su hermano se volvió.

-Eso no es cosa mía.

-Se necesita ser incauta -dijo la chica en voz baja. Él volvió al dormitorio y sacó del armario un pijama doblado.

-¿Tienes algo más que decir? Quisiera estudiar un rato.

Ella se puso en pie y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Su hermano alcanzó un libro de la mesilla.

-Tengo que ir mañana al Peñascal -dijo-. Y voy a estudiar esta noche.

-Que estudies mucho -dijo ella, malhumorada.

-Cierra la puerta al salir.

Se puso el pijama y se acostó; dio un vistazo al cenicero de donde se alzaba una voluta de humo y empezó a leer, pero enseguida abandonó el libro y se deslizó bajo las mantas. Una de las puertas del ropero se había quedado abierta y la luz del cuarto de baño encendida. Con una exclamación de cólera saltó de la

cama, cerró de golpe la puerta y apagó la luz.

***

Martes. - Uno de los cuentos puede valer; tiene fuerza, recuerdo que lo escribí de un tirón en un momento apasionado. Será mejor no tocarlo, perdería espontaneidad.

Los trinos se helaban en las copas de los árboles; hoy he cumplido dieciocho años.

***

Ricardo hizo una profunda inspiración y se dejó caer sobre la almohada sin abrir los ojos.

-Estoy reventado - dijo -. ¡Qué semana! De veras no puedes imaginarte lo que es mi vida.

Daniela lo oyó desde el vestidor; abrió una hoja del armario con espejo, y al quitarse la prenda miró su cuerpo desnudo.

-¿Cómo has dicho? -preguntó, alzando la voz.

-Que estoy muy cansado. Han sido unos días de prueba.

Ella giró ante el espejo; luego se puso un camisón de seda malva.

-¿Se resolvió todo bien? -preguntó.

Se dio una crema casi imperceptible y se maquilló apenas, dándose unos golpes de cepillo en el pelo. Cuando volvió al cuarto parecía rejuvenecida; tenía el cabello brillante y sus ojos lucían con un fulgor de aguamarina.

-Te preguntaba si todo se resolvió bien.

-No puedo quejarme -dijo Ricardo, mirándola-. No fue cosa fácil; hay que dejarse la piel en cada gestión.

Ella se apoyó en su hombro; el camisón se ceñía a su cuerpo y el color malva resaltaba el nacarado de su piel.

-Tengo que decirte una cosa.

-¿Qué es?

-No es fácil de decir.

-¿De qué se trata? -dijo él, incorporándose.

La atrajo hacia sí y la besó en los labios; ella inclinó la cabeza junto a la suya.

-No quisiera agobiarte hoy -dijo en voz baja -. Pero es importante.

-Dilo de una vez. Ya estoy acostumbrado.

Ella se había erguido y de pronto pareció abrumada por una súbita idea.

-¿Conoces a Victoria? -dijo-. Esa chica rubita, amiga de Paula.

Ricardo negó con el gesto y ella prosiguió.

-Está embarazada -dijo. Él la miró con el ceño fruncido.

-¿Embarazada? -sonrió-. Vaya -se estiró con cierto alivio y siguió hablando animadamente-. Estas cosas están pasando cada día, es como una plaga. Debe ser la evolución natural de la sociedad.

Ella pareció sorprendida, y Ricardo le acarició la mejilla.

-Me explico que te afecte, pero son cosas normales.

-Dice que es de Ramón.

Él la miró sin comprender.

-¿De Ramón? - saltó -. ¿Cómo de Ramón?

-Quiere casarse con él -siguió Daniela con un hilo de voz.

-¿Qué historia es esa? Es lo más absurdo que he oído en mi vida. ¡Eso es imposible! -profirió, y su mujer lo acalló con un gesto.

-Habla más bajo, por favor -dijo-. Van a oírte las niñas.

Parecía más vieja de repente y se frotaba suavemente las manos.

-Ya sé que es imposible -expresó con voz desmayada-. Ya lo sé.

-¿Quién te ha contado todo esto? ¿La has visto tú?

Ella negó con viveza.

-Yo no la he visto. Me lo ha dicho Paula.

-¿Y qué opina tu hijo?

-A él no lo he visto. Se fue al Peñascal por la mañana.

Las facciones del hombre se endurecieron.

-¿Al Peñascal? -Ella asintió,

-Podía haber esperado a verme -subrayó él, pero su voz sonó falsa-. ¿Cuándo vuelve?

-Mañana por la tarde.

-No podré verlo entonces -dijo Ricardo en forma áspera-. Tengo que salir por la mañana.

-¿Tan pronto? No lo sabía.

-No me has dado ocasión de decírtelo -repuso él, y al mismo tiempo se llevó la mano a la frente con un gesto dolorido-. Estoy molido y me duele la cabeza -agregó -. ¿Te importaría darme algo de beber?

Ella asintió en silencio y salió al pasillo, donde sonaba el tic-tac de un reloj. Cuando volvió con una copa mediada en la mano, su marido tenía una expresión nueva en el rostro. Ella le tendió la copa y el se expresó jovialmente.

-¿Quién asegura que el hijo sea de Ramón? -dijo en forma ligera -. Esas inocentes son un peligro público.

Apuró un largo trago y dejó la copa en la mesilla.

-Esa boda no puede hacerse -dijo-. Ni ahora, ni nunca.

-Por supuesto que no - confirmó ella -. De todas formas, es una situación de lo más comprometida.

Él reflexionó antes de hablar y lo hizo con gravedad.

-Todo eso es absurdo, estamos creando un problema donde no lo hay. El chico puede ser de cualquier otro.

Daniela entró bajo las mantas; enseguida notó junto a ella la fuerza del hombre y su calor.

-Tienes razón -admitió en voz baja.

Percibió el aroma varonil y se sintió desfallecer.

-Parece una pesadilla - dijo, al tiempo que su marido la atraía contra sí. La mano del hombre apagó la lámpara.

-Lo es. Mañana lo verás de otra manera. Sobre todo, no vayáis a dar un paso en falso.

Daniela asintió en la oscuridad; de pronto la había asaltado el deseo como una ola y sintió que junto a él todo carecía de importancia.

-Ven aquí -lo oyó-. ¿Estas más tranquila? -interrogó él, pero su pregunta no obtuvo respuesta.

***

VI

Ya sé que sólo agrada
quien es feliz; su voz
se atiende gustosamente. Es hermoso su rostro.

BERTOLT BRECHT

- ¿Te das cuenta de lo que me pides? -interrogó Daniela.

Dejó los guantes en el velador y miró a Victoria, que estaba sentada con las rodillas juntas. Ella se estremeció.

-No pido nada extraordinario -dijo. En el gran recibidor se respiraba un aroma a telas ajadas y la luz deslizándose por las rendijas llenaba los tabiques de sombras. Daniela sonrió.

- ¡Nada extraordinario! Hijita, tienes que bajar de las nubes.

Observó a la chica, desde el pelo ensortijado hasta los tobillos delgados y los grandes zapatos. Ella escondió los pies debajo del sillón.

-Fue él, no hubo nadie más que él -insistió.

Daniela siguió forzando una sonrisa.

-Eso tú lo sabrás.

La chica se sofocó vivamente; por vez primera alzó la cabeza y al mismo tiempo habló en tono agudo.

-¡Yo lo sé! -chilló-. No hubo ningún otro.

Sus manos se asieron a los brazos del sillón y la mujer cambio de actitud.

-No te alteres, niña -dijo suavemente-. Todo se arreglará.

-¿Cómo se va a arreglar?

-Las cosas acaban por arreglarse, de una forma u otra -dijo ella, sonriendo-. Ya lo verás.

-No hay más que una forma -subrayó la muchacha. Movía los pies por debajo del sillón y apretaba en las manos unos guantes que debían haber sido blancos. Daniela fue a sacar un cigarrillo, pero miró en tomo y cambió de opinión.

-Hay muchas formas, querida mía -dijo -. Cálmate, estás demasiado agitada.

La chica se quedó callada; miraba el espejo, las rinconeras y las sillerías antiguas. Había cortinas de damasco recogidas a los lados de las ventanas.

-Sé que has hablado con tu hermano -prosiguió Daniela -. Tienes que hacer lo que te diga él. Es la única familia que tienes, y además va a ser médico. Él no puede querer más que tu bien.

-Yo sé lo que tengo que hacer - balbució la chica. Escondió la cara entre las manos y sollozó detrás de los guantes apretados. Daniela insistía.

-Tienes que ser razonable -dijo-. Eres una niña, y lo que has hecho tendría consecuencias desagradables para toda tu vida.

-¿Lo que yo he hecho? ¿Yo sola?

Ella contestó con ademán altanero.

-No puedes comparar -manifestó-. Un hombre no es lo mismo. Siempre ha sido así, y así seguirá siendo.

La chica se quedó desconcertada; las palabras de Daniela, resbalando en sus oídos, le golpeaban el cerebro. Recorrió con la mirada vidriosa el papel de las paredes, los cuadros oscuros con motivos religiosos. Daniela prosiguió.

-La mujer tiene que ser precavida. Ha de cuidar de sí misma, ¿no te das cuenta?

Los guantes de piel marrón se habían deslizado al suelo; la muchacha se agachó a cogerlos.

-Quiero que lo convenza -suplicó. Se apoyó en el brazo de la mujer que se retiró a su contacto.

-¿Precisamente yo? ¿No ves que no puede ser? Yo no puedo imponerle nada contra su voluntad. Nunca lo he hecho y no podría hacerlo, aunque quisiera.

Victoria se encogió dentro de su abrigo azul marino; empezó a llorar en silencio y al verla Daniela no pudo evitar un gesto de desagrado, casi de repugnancia.

-No llores ahora -rogó-. Por favor, no llores.

Ella seguía sollozando con la cara entre las manos. La mujer dio un vistazo a la puerta.

-Vas a llamar la atención -dijo con forzada amabilidad -. Vamos, cálmate.

Haciendo un esfuerzo tomó la mano que se había apoyado en el brazo del sillón.

-Yo siento mucho todo esto, y si te aconsejo no es más que por tu bien -declaró. Victoria alzó la cabeza; tenía los ojos enrojecidos.

-¿Qué voy a hacer? - gimió. Ella trató de sonreír.

-Pronto lo habrás olvidado todo - le dijo -. Vuelve a hablar con tu hermano. Según creo, está muy disgustado contigo.

La muchacha parpadeó; sus ojos de color avellana brillaban febriles.

-No quiero volver a verlo -formuló-. Ni quiero hablar con él.

La mujer le ofreció un pañuelo y ella lo cogió con manos temblorosas.

-Tienes que hacerlo.

En la habitación se notaba un olor a ceras perfumadas y los marcos dorados lucían débilmente en la penumbra. La chica permaneció callada y luego se expresó en voz baja.

-Voy a matarme -dijo. Daniela se estremeció.

-No digas tonterías -profirió, alarmada-. Esas cosas no se dicen ni en broma.

-No es ninguna broma. Estoy hablando en serio.

Daniela trataba en vano de parecer tranquila; empezó a calzarse los guantes de piel.

-No creas que sólo una muchacha en tus condiciones puede tener necesidad de hacer lo que te dicen -suspiró -. También una mujer casada, algunas veces, puede verse obligada a ello.

-¿Una mujer casada?

-Eres una niña -dijo Daniela, riendo-. ¿Y tú quieres tener un hijo?

La chica no contestó; ella cogió el bolso en la mano y se puso de pie.

-Espero que seas sensata -dijo.

Le tendió la mano y la muchacha correspondió al saludo con disgusto.

-Nunca lo sentirás -agregó Daniela, al tiempo que se miraba al espejo con expresión indiferente.

Su abrigo tenía un corte impecable y su peinado era perfecto. Fue hacia la salida y se detuvo.

-No cuentes esto a nadie -dijo -. Sería perjudicarte gravemente, y tú no harás eso.

Pasó taconeando junto a los pequeños locutorios y desapareció en el vestíbulo; ella salió al patio de recreo que estaba vacío. Se sentía mal y se detuvo, y hasta allí llegó el olor peculiar de la enfermería.

***

1 de febrero, miércoles. -El cine tiene la música, el color, tiene la actuación personal de los actores, tiene el sonido; el escritor es pobre, no tiene mas que la palabra desnuda. A veces, sólo un hilo finísimo me une al asunto de la novela; me parece que podría romperlo a poco que lo descuidara, pero si intentara hacerlo surgiría punzante el tema, lacerando mi sensibilidad. Si el escritor se viera solo en el mundo seguiría escribiendo: siempre con la esperanza de que, habiendo surgido nuevas generaciones, celebrarían su obra.

Esta mañana debía estar enferma, sentía una gran excitación ante cualquier estímulo: un ritmo, una música, un recuerdo, un hecho cualquiera. Me sentía desnuda, como si toda sensación me abrasara. Para mí, Dios se ha disfrazado en alguna forma de Literatura.

Jueves. -Se ha descubierto un aminoácido simple, la péptida, que constituye la zona del cerebro que rige la memoria; cuanto más ejercitamos la capacidad de recordar, más aminoácidos péptidos se elaboran en las células cerebrales. Un noventa por ciento, al menos, de las capacidades del cerebro permanecen inexplotadas.

Me he cortado el pelo yo misma y me ha quedado muy mal, lleno de trasquilones.

***

Se detuvo ante el despacho de la directora, golpeó con los nudillos y aguardó; como no hubo respuesta golpeó con más fuerza.

-Pase -contestó una voz.

La directora estaba sentada ante su mesa y le dedicó un vistazo rápido. Luego siguió hojeando unos papeles.

-Pase, no se quede ahí -repitió.

La chica avanzó unos pasos y la tarima gimió bajo sus pies. La habitación empezó a darle vueltas y tuvo que apoyarse en una silla.

-¿Puedo sentarme? -dijo.

-Vamos, hable de una vez. ¿Qué quiere?

La examinaba con sus ojos fríos como el hielo.

-¿Es tan difícil lo que tiene que decirme?

Dejó a un lado la pluma sin taparla y apoyó los codos en la mesa. Se había inclinado hacia adelante y observaba a la chica con curiosidad.

-Yo... tengo que decirle una cosa.

Hablaba sin alzar los ojos del suelo y la monja empezó a impacientarse.

- Vamos a ver, hija -subrayó-, ¿está usted enferma? Dígame lo que la preocupa.

Ella miraba la punta de sus zapatos; la monja rodeó la mesa y se sentó a su lado.

-Vamos, hable - dijo con suavidad -. ¿Qué le sucede?

Ella hizo un esfuerzo para hablar, visiblemente turbada.

-Voy a tener un hijo - declaró.

La directora se incorporó en el acto y su fina nariz pareció agudizarse, así como la punta de su barbilla. Las duras pupilas centellearon.

-¿Cómo dice?

-Voy a tener un hijo -repitió la chica. Ella empezó a ordenar cuidadosamente los pliegues del hábito.

-Por Dios bendito -musitó-. ¿Qué está diciendo?

Sus labios se plegaron en una línea delgada y el gris de sus ojos se volvió acerado.

-¿Está segura de lo que dice? -insistió, y la chica afirmó con la cabeza. Ella fue hacia la ventana y miró afuera.

-¿Lo sabe su hermano? -preguntó sin volverse. La contestación sonó forzada.

-Sí.

Entre los vidrios empañados por el frío se veían borrosos los muros del patio y los miradores de las casas vecinas. La directora se volvió.

-Es inconcebible, completamente increíble -dijo, alzando ambas manos. Dio un vistazo al talle de la chica-. No puedo creerlo.

Victoria fue a decir algo, pero ella ignoró la interrupción.

-¿Y puede saberse, si no es mucho pedir, quién es el responsable? -inquirió -. ¿Qué dice él a todo esto?

La chica miraba el crucifijo de tonos lívidos que presidía el cuarto y no dijo nada. La monja insistió.

-Hija mía, sabe que por desgraciadas circunstancias tenemos una gran responsabilidad con usted -manifestó -. ¿Qué dice él?

-No quiere saber nada.

-No se hace responsable -pronunció la monja despacio -. Dios me valga.

Empezó a frotarse los nudillos nerviosamente y cruzo ambas manos en el regazo. Luego habló en tono solemne.

-Bonito escándalo para el colegio. No habrá pensado en ello, con seguridad.

-Sí lo he pensado.

La directora se sentó nuevamente.

-Veremos lo que se puede hacer -dijo con una triste sonrisa. La muchacha respiraba mal y ella apoyó una mano en su hombro-. Ahora iremos a la enfermería, y diremos a la hermana que le prepare alguna cosa.

Ella asintió sin decir nada; a la luz pálida que inundaba el despacho sus cabellos tenían reflejos de oro.

-Descanse ahora -indicó la monja en tono suave-. Está deprimida y es natural. Yo pasaré a verla a su celda.

-Siempre he tenido mala suerte -dijo Victoria en un murmullo.

Ella se puso en pie y se arregló la toca con ambas manos.

-Vamos ahora -indicó, volviéndose.

La chica la siguió como una autómata; cuando salieron a las galerías habían tocado a recreo y las aulas estaban solitarias. Deseó con todas sus fuerzas no hallarse frente a ninguna de sus compañeras.

***

Los lentos recorridos en tomo a los claustros se suceden y con cualquier pretexto le pides una nueva entrevista; te invita a subir al pequeño escritorio, al que se llega por una escalera angosta. Habláis de cosas elevadas y ella lo hace a media voz, en tono confidencial, y ya tu amor comienza a ser vehemente. La buscas de continuo advirtiendo que no puedes vivir sin su presencia, y su compañía te turba al mismo tiempo. La sigues en los recreos y en los pasillos y el hallarla es tu sola aspiración. El deseo de su compañía terminará por convertirse en delirio, no ocultas ya tu cariño por ella y no te importa que las compañeras bromeen al respecto. Por el contrario, declaras ante todas que la quieres más que a tu propia familia, más de lo que a nadie puedas querer, y ellas se escandalizan y se burlan. Y has empezado a tener celos: te disgusta que se detenga a hablar con otras o que pasee por los

claustros con alguna alumna. Sientes odio hacia ellas como si te robaran algo que te pertenece y te es muy querido, y el cariño, en un principio apacible, llega a hacerse obstinado y molesto. El desasosiego es cada vez mayor y te priva de la atención en clase, en los recreos y en el estudio; y sobre todo en la capilla, donde su imagen no abandona tus pensamientos.

Buscas cualquier objeto que le haya pertenecido: una estampa, un libro, y hubieras dado cualquier cosa a cambio de una fotografía suya por poco clara que hubiera sido. La hubieras contemplado horas y horas sin cansarte. Cualquier celebración religiosa tiene para ti resonancias místicas; te han nombrado Hija de María y te han dado una bonita medalla de plata en cuyo reverso trazas con un objeto punzante su nombre: Lorena.

***

-Después de la muerte de sus padres no quedarían mal económicamente -dijo la directora.

A través de los arcos se veía el ir y venir de las alumnas en la planta principal y por encima la galería de clausura, enmarcada por el viejo tejado. La madre Isabel reflexionó antes de contestar.

-Tampoco muy bien -dijo. Ella pareció extrañada.

-Tendrán al menos lo suficiente para vivir.

-Quizá sí -dijo la madre Isabel.

Una monja muy vieja pasó, saludando con una inclinación de cabeza. La directora consultó su reloj de bolsillo.

-¿Cómo es ese hermano que tiene?

La madre Isabel se mordió los labios.

-No me merece gran confianza -dijo-. No puedo decir el motivo, pero así es.

-Usted es su tutora, y he creído conveniente cambiar unas impresiones en privado. Ni que decir tiene que el asunto requiere la mayor discreción.

La monja alzó la mirada y vio las pupilas grises fijas en ella.

-Todo esto me parece monstruoso - declaró. Ella la interrumpió con un ademán.

-No podemos elegir, por duro que parezca - dijo -La chica tiene que salir inmediatamente del colegio.

Apenas se movió cuando Victoria entró en el despacho.

-La he llamado -dijo-, para comunicarle la decisión que ha tomado con respecto a usted el Consejo Rector.

Se dejó caer en el asiento y siguió escogiendo deliberadamente las palabras.

-Comprenderá que la situación es insostenible -dijo-. Hemos permanecido demasiado tiempo ignorantes de todo, y teniendo en cuenta que tiene un hermano mayor responsable suyo... se ha decidido que abandone esta casa.

Sus dedos teclearon en la mesa; luego abrió un cajón de la mesa y sacó un sobre abultado.

-Por supuesto, trataremos de evitar el escándalo por su bien y por el nuestro, aunque dudo que ello sea posible -indicó-. Nada se sabrá por nuestra parte, y espero que actúe por la suya con la mayor discreción.

La muchacha no hizo ningún comentario; ella abrió el sobre y se ocupó en revisar unos papeles.

-Ya comprenderá que no podemos hacer otra cosa -dijo; cogió una hoja de papel, la arrugó y la echó en la papelera. La chica seguía sin despegar los labios.

-Hablaremos con su hermano -añadió ella con gravedad-. Y le expondremos la situación.

Ella se había apoyado en el respaldo de la silla y temblaba a ojos vistas. Ia directora dio por terminada la entrevista poniéndose en pie.

-Bien -dijo-. Entonces no tendrá problema alguno cuando salga de aquí, ¿no es así?

Se expresaba con forzada amabilidad y Victoria contestó en tono desmayado.

-Creo que no -declaró en voz baja. Ella cogió su mano con una sonrisa que ocultaba una excusa.

-Tenga siempre en cuenta que esto es muy doloroso para mí - dijo pausadamente -. Sabe que la queremos, y puede acudir aquí cuando lo necesite. Y espero que todo le vaya muy bien.

Se acercó a la puerta y la abrió.

-Que el Señor la ayude - dijo.

Ella salió a la galería; bajó a la planta inferior y salió al patio de recreo, que estaba encharcado por la lluvia reciente. Subió las escaleras hasta el dormitorio y pasó entre las dos filas de camas pintadas de azul. Junto a la suya vio la maleta a cuadros; doblada sobre la colcha estaba su ropa.

Puso la maleta en la silla y empezó a colocar la ropa despacio; dio una ojeada por el balcón al jardín interior. No tenía ningún deseo de abandonar el lugar; pasó un rato y ella continuaba junto a la cama, como si sus manos fueran incapaces de seguir los dictados de su cerebro.

***

«¿SE MATÓ ella misma? ¡Qué cosas tienes! Fue un accidente. Pero, ¿cómo fue? No me lo han dicho. Pide que te lo digan, si no te vas a enfermar. » El recuerdo la fustiga de nuevo y trata de hundirse en el sueño que no quiere acudir. *Es invierno. Ella se ha levantando de madrugada, lleva en la mano un devocionario y va vestida como para una boda. «¿Dónde va mamá? Duérmete, es muy pronto todavía, tu madre volverá enseguida ¿Dónde va tan temprano?» Es una niña de pelo oscuro y tez blanca, de rasgos delicados; tiene los ojos negros, los gestos suaves y la expresión triste. Sus manos son pequeñas y lindas, sus mejillas rosadas y las pestañas muy largas. Oye sus palabras y no puede penetrar su sentido. «Se han quedado cortadas», dice la madre. «¿Quiénes?» «Me miraban, hablaban de mí y se reían. » « Pero, ¿quién se reía?» La niña se siente confusa; observa a la madre y sorprende en ella un gesto obstinado y patético. «Creen que pueden reírse de mí», añade con voz opaca y ella la mira aturdida, sin saber qué decir. La madre prosigue: «Entonces la cogí de los brazos y se los crucé, y le dije: así me puede mirar mejor, así puede reírse mejor». « Y ella, ¿qué dijo?», pregunta, alarmada ya. « Se quedó cortada Las dejé cortadas a las dos», ríe con un sonido chirriante. La niña no quiere seguir; coge los libros y sale, va camino del colegio entre pequeñas casas con jardines y se aleja cavilando en las extrañas palabras que ha oído.* Pálida y fría, la luz de la luna en el balcón. Sueña con el milagro que de la noche a la mañana la libre de su angustia. «¿Qué es el mundo para mí, sino una lucha continua y desesperada? Señor, ayúdame, porque se han levantado contra mí terribles pensamientos, y muchos temores afligen mi alma. ¿Cómo los desecharé?» *De nuevo la ve frente al espejo, tan distinta de su madre, las facciones duras y atormentadas; tiene el cabello negro y fuerte, las cejas negras también, su tez es oscura y pecosa y hay arrugas en su cara. Es alta y seca, un tanto hombruna, se maquilla fuertemente y su carácter es como su aspecto, duro y áspero.* Cuando se despierta, las sombras han quedado atrás y una luz extraña baña la colcha; mira los suaves reflejos en los cristales granulados, escucha las respiraciones y se deja llevar de nuevo por el sueño. *De esto hace mucho tiempo: ella está ahí, acodada en la ventana, y su hermosa boca tiene un rictus extraño. Y mira con los ojos muy abiertos.*

***

Las dos de la madrugada daban en el reloj de una iglesia; Consuelo bostezó.

-Me estoy quedando helada -dijo, y se mascó una uña con gesto mohíno. Carolina la miró, inmóvil.

-Puedes entrar si quieres -dijo. La otra se encogió dentro de la manta que la envolvía.

-No puedo entrar ahí. Enseguida me pongo a toser.

Permaneció un momento alerta y Carolina se enderezó en el escalón.

-Alguien viene.

Una sombra apareció en lo alto de la escalera; se oyó un roce en el descansillo y alguien bajó algún peldaño. A la débil luz de la ventana vieron la figura desgarbada de Leticia.

-Eres tú -dijo Consuelo con alivio. Ella se asomó al hueco de la escalera, que estaba oscuro como boca de lobo.

-¿Quién anda ahí? - preguntó a media voz. Encendió un fósforo y a la luz amarilla su cara apareció sorprendida.

-Vamos, baja -dijeron. Vio un par de bultos acurrucados y se les quedó mirando con la boca abierta.

-¿Qué hacéis, locas? - dijo. Entonces sonó una risita.

-Ya lo ves. Estamos de merienda en el campo.

-Vaya susto que me habéis dado -rió nerviosamente. Un bulto rebulló y se oyó la voz de Carolina.

-¿No podéis hablar más bajo? Nos la vamos a cargar.
-Leticia tiró la cerilla que se apagó en el aire.
-Me he quemado -dijo.
Se oyó el rascar de un nuevo fósforo, Leticia bajó unos peldaños más y se sentó en el suelo.
-¿Queréis fumar? -dijo en tono zumbón. Carolina abrió los ojos.
-Tú estas loca -dijo, ladeando la cabeza.
-Tengo tabaco -dijo Leticia, y apagó la cerilla de un soplo.
Arriba se oyeron pasos precipitados y una linterna alumbró la parte alta de la escalera. Alguien se detuvo en el descansillo y se oyeron voces y risas contenidas.
-¿Quién es?
-Esto parece un casino -dijo Consuelo en voz baja. Arriba sonó una carcajada y la risa se heló de golpe.
-¿Por qué no encendemos? -dijo alguien-. No se ve nada.
Carolina se quejó entre dientes.
-Vaya fastidio -dijo-, ¿quién es?
El haz de luz inundó la escalera y alguien habló desde arriba.
-Vaya, esto se anima.
Otra se detuvo junto al cerco de la puerta.
-¿Quién hay ahí? -preguntó.
-Parece que hay cónclave en la escalera -dijo la de la linterna, enfocándolas una a una.
-¿Queréis despertar a todo el mundo? -dijo Consuelo, molesta. Tenía la cara redonda y roja y en los carrillos pelusa como un melocotón.
Con el gorro de punto Carolina parecía un chiquillo travieso. Miró arriba y vio a Diana en el descansillo.
-¿Vais a callar? -se impacientó. Diana habló desde la puerta.
-¿No habéis notado nada raro? -preguntó-. Yo tengo retortijones.
-¿Que si no lo he notado? -dijo Leticia -. ¿Por qué te crees que estoy aquí? La carne ayer no estaba buena.
Consuelo afirmó.
-Ya dije yo que la carne tenía reflejos y todo. Era como de nácar.
-Hay quien no ha tenido tiempo de llegar a la escalera -rió la de la linterna.
-Yo desde luego no la comí -prosiguió Consuelo-. La envolví en un papel y la tiré al retrete.
Hubo un silencio y Diana se llevó las manos al vientre.
-Yo me voy -dijo. La de la linterna se retorcía de risa.
-La madre Lorena se ha levantado varias veces esta noche - dijo -. Y con lo fina que es.
Leticia había encendido otra cerilla y la soplaba despacio.
-Te vas a orinar en la cama -dijo Consuelo. Carolina protestó.
-¿Pero es que aquí no se puede dormir?
-Estoy helada -dijo Leticia. Buscó a tientas las zapatillas y miró a Consuelo con atención.
-¿Y tú qué haces aquí? -le preguntó.
-La madre Teresa no me deja toser. No me deja suspirar, ni soñar en voz alta, ni levantarme por la noche. Me castiga en los recreos y los domingos sin salir. ¿Cómo puede vivirse así?
-Pues verás como te coja durmiendo en la escalera.
-Diana canta en sueños -dijo ella-. Yo la he oído algunas veces.
Carolina inspiró con fuerza y se cubrió la cabeza con el edredón.
-¿Qué le pasa a ésa?
-Tiene mal de amores y no puede dormir -dijo Consuelo. Ella la miró a la luz de la cerilla.
-¿Que no puede dormir? No me lo creo.
Sostuvo el fósforo en la mano y se puso de pie.
-¿Qué será de Victoria? He entrado en su celda y no había nadie, y la cama estaba sin deshacer.
Consultó a las otras con la mirada, pero no obtuvo respuesta. Carolina rebulló en el escalón.

-¿Qué pasa ahora? -dijo entre sueños.

-Que descanses, querida -dijo Leticia con retintín. Subió los escalones de dos en dos y se tropezó con Juliana, que salía.

-¿Tú también? - rió. Ella llevaba el pelo destrenzado y sonrió con ademán de muda excusa.

-Tenía un horrible dolor de tripa -dijo. Su amiga la miró, divertida.

-Todo el mundo está malo hoy -dijo, alzando el fósforo que un soplo de aire apagó en un momento.

***

Viernes. -Ha sido una noche agitada: algo en la comida de ayer no estaba en condiciones y a media noche todo el mundo se ha sentido mal; se habían formado colas ante tos lavabos y nadie permanecía en la cama. Las monjas están igual. Todo han sido comentarios y risas y, pese a lo que creíamos, hemos tenido que reconocer que comen lo mismo que nosotras.

***

Ramón se había quitado el abrigo y lo llevaba en el respaldo del asiento. Ricardo miró las nubes.

-Va a estallar una buena tormenta -dijo,

Fue a abrir la ventanilla, pero una ráfaga de aire le obligó a subirla. Un relámpago brilló a lo lejos, sobre los cerros. Paula se recostó hacia atrás y al mismo tiempo percibió el olor de los pinares cercanos.

-Han expulsado a Victoria - dijo de improviso.

Un goterón cayó en el parabrisas y lo sucedieron otros; el coche avanzaba velozmente.

-La han expulsado ayer - prosiguió -. Anoche no ha dormido en el colegio.

Sujetó un libro que había resbalado y se inclinó a recoger un cuaderno. Ramón miró a su padre de reojo.

-¿Qué te parece eso? -dijo el hombre sin volver la cabeza. Asía el volante con la mano enguantada y observaba la carretera por el espejo retrovisor. El muchacho tosió.

-¿Qué me parece? No me parece nada.

Habían dejado atrás las últimas viviendas de una planta; Ricardo habló sordamente.

-Lo imaginaba.

Accionó las varillas y el agua mezclada con polvo se deslizó a ambos lados del cristal.

-Tu madre me lo ha contado todo -siguió diciendo con lentitud-. He querido hablarte, pero has tenido buen cuidado de no darme ocasión.

-¿Yo tuve cuidado?

-Vamos a dejarlo. ¿Qué piensas al respecto?

Él no dijo nada; empezó a revolver en el departamento de la portezuela y cerró la cremallera sin haber sacado nada.

-¿Es cierto que eres el responsable?

-Y yo qué sé - masculló el muchacho.

Un auto se cruzó y la luz de los faros les dio de lleno. De nuevo se oyó la voz de Paula.

-Eres un cínico, hermano -dijo, y él se volvió en redondo.

-Cállate tú -dijo con rabia.

-Déjalo, Paula.

El muchacho trataba de aparentar serenidad sin conseguirlo y su mandíbula estaba crispada. De nada parecía servirle su flema habitual.

-¿Queréis que me case?

Su padre desechó la idea con un ademán.

-Eso no puede ser.

-Entonces, ¿qué es lo que queréis? -dijo Ramón malhumorado.

-¿Qué sé yo? Esperaba que no fuera cierto.

Paula intervino a sus espaldas.

-Algo tendrá que hacer, ¿no?

-Te he dicho que te calles - estalló su hermano -¿Qué te importa a ti esto?

Ella se mordió los labios y no contestó; el olor a tierra mojada era intenso y los campos carecían de color. Ricardo tosió en el pañuelo.

-¿Tú estás seguro de que el chico es tuyo?

-¿Se puede saber eso alguna vez? -contestó el muchacho en forma ambigua. Permaneció abstraído y habló como para sí -. A lo mejor dándole algún dinero... - agregó.

Paula le lanzó una mirada asesina.

-Tú lo arreglas todo con dinero. Tiene gracia.

El automóvil giró hacia el carril y las llantas chirriaron; el firme estaba hendido por las ruedas de los carros y el auto saltó, levantando cascadas de agua.

-Era sólo una idea - balbució él con cierta turbación.

El aire arrastraba las nubes y la fuerza de la tormenta amainó; la lluvia se hizo más suave sobre los charcos, a ambos lados de la carretera.

-Perdona, estoy nervioso - se disculpó luego -. Todo esto me crispa los nervios.

-No es para menos - dijo su padre, asintiendo.

Dentro del coche hacía calor y Paula había cerrado los ojos. De pronto la sobresaltó la voz de su hermano.

-Me casaré con ella, si te parece - dijo -. Tendrás sobrinos rubitos y tontos.

Se echó a reír, pero ante la mirada de su padre la risa se heló. Paula suspiró y no dijo nada; miró a lo lejos y en el horizonte vio lucir la primera estrella.

***

Domingo. - «Un premio puede encumbrar a un escritor, pero también puede hundirlo para siempre», me ha dicho el padrino.

Si yo quiero que otros lean mis obras no es por vanidad gratuita, sino para que los otros me descubran lo que no sé de mí misma. Si yo lograra un verdadero éxito, al día siguiente me miraría al espejo y me diría: «Mírate bien, eres una escritora».

Tengo dos personalidades: una que se mueve en realidad, y otra que crea personajes y situaciones que tienen verdadera existencia y que me acompañan siempre; y a veces llego a creer que ellos son mis únicos amigos. Y como en mí coexisten dos personas, el escritor y el ser humano, el primero no le ahorra al segundo ninguna desazón: es el niño consentido que abusa de su hermano, hasta chuparle la sangre y dejarlo en una simple y seca corteza. Había empezado a jugar con ellos en broma y ahora me arrastran como en un torbellino; me acompañan como sombras mis seres de ficción.

No quiero tener que pensar, cuando ya tenga cuarenta años y esté llena de hijos y de varices: «Yo pude hacer algo, pero faltó la ocasión o faltó el ambiente, o faltó el tiempo; porque a juzgar por los que me conocieron había en mí una clara disposición para el arte.» Y cuando no era más que una criatura me emocionaba ya escribiendo el número romano que encabezaba un capítulo, y me sentía estremecida porque mis torpes palabras empezaban a crear vida.

Martes. -¿Qué fuerzas nos impelen a cometer esta locura? Son fuerzas desconocidas cuyo embrión y desarrollo somos incapaces de conocer. ¿Para qué recordar, si está todo olvidado? ¿Qué voy a ganar con este acto brutal de masoquismo? ¿Tiene algún objeto exponer el corazón a la pública curiosidad? Si no busco la popularidad, y no la busco, y menos el dinero, ¿qué pretendo? ¿Es la mía la actitud de un neurótico? ¿Es una anomalía cuyo nombre no conozco? Si un amor puede infundir una tal fuerza, oh qué bello amor.

No es milagro el vivir; milagro es el que alguien emerja a de la masa y sea consciente de que vive.

Jueves. -Te levantas por la mañana tensa, vibrante, como la cuerda de una guitarra, con la sensibilidad a flor de piel; entonces no tienes que hacer más que tomar al dictado tus sensaciones y sentimientos, y volcarlos al papel. La verdad está fragmentada en muchos trozos y cada uno poseemos el nuestro, y la reunión de todos ellos puede dar al hombre una visión de conjunto de la realidad; una especie de concentración parcelaria en el terreno del espíritu.

Me encanta escandalizar a los pusilánimes; disfruto con eso.

Siguiente >>

Sábado. - Si yo sintiera alguna vez que había prostituido mi arte no sería capaz de mirarme al espejo. Quisiera comerme el mundo de una vez pero una vocecita dentro de mí me dice: «trabaja con paciencia».

EPITAFIO. - Fue de naturaleza brusca, por lo que no es imposible que hiriera a su paso; pero su tierno corazón borró todo dolor en el momento en que fue consciente de haberlo provocado.

Domingo. - Él se ríe conmigo. «Hay que ser tan sincero que no te dejes nada en el tintero», le digo yo. Luego me advierte: «Te pondrán la zancadilla». «Pero, ¿qué pueden ganar ellos con eso?» «No importa, te la pondrán. Hay quien no roba dinero, pero roba oportunidades o prestigio.»

Lunes. -Todas son unas chismosas. No hablar con ellas, no decir nada de lo que pienso; no es que con eso vaya a evitar sus comentarios, pero no los exacerbaré. Corros, corrillos, deben tener pocas cosas en qué pensar. Debo convencerme de que más desdichadas son ellas que yo. ¿Por qué siempre habré sido un poco distinta?

Las viejas agendas y los amores antiguos, que huelen a rancio. La novela, una linda ceremonia de «strip-tease». En literatura aquel que necesita que le enseñen nunca hará nada, porque siempre andará detrás, por lo menos, de su maestro. El novelista es como el hechicero que atraviesa con agujas la imagen del objeto odiado, y de esa forma lo destruye.

Con el dinero que él me dio en mi cumpleaños he comprado una máquina de hacer fotos; no es nada del otro jueves, pero puede servir.

***

Se habían sentado las tres en un banco de madera que orillaba un macizo del parque; la mañana era fría y la niebla esfumaba los contornos y las copas de los árboles.

-¿Y tú qué haces aquí? -preguntó Myriam.

Era una niña muy larga con el pelo lacio; tenía las piernas delgadas y apoyaba los brazos hacia atrás en el respaldo de troncos.

-He llegado tarde -dijo Paloma con aire desvalido-. No me han dejado entrar, y cualquiera vuelve ahora a casa.

-¿No viene Lucía? -preguntó Mercedes, una adolescente de frente estrecha y nariz respingona.

-Oh, no -contestó Myriam-. El último día se encontró con su padre en la avenida.

-¡No me digas! - exclamó Mercedes -. ¿Y qué pasó?

-No pasó nada. Su padre no llegó a verla, pero ha cogido terror.

-No me extraña -susurró Mercedes-. Yo tampoco estoy muy tranquila.

-No seas tonta -dijo Myriam-. No va a pasarte nada.

Estaban cerca del puentecillo sobre el arroyo artificial; el aire era helado y las ramas se mecían suavemente. Mercedes se echó hacia atrás en el banco.

-¿Van a venir los chicos? -preguntó. Myriam asintió con la cabeza.

-Sí -dijo-. Vendrán tres.

Llevaba los tablones del uniforme desplanchados y unos calcetines blancos y cortos. No tenía abrigo, sino un chaquetón azul marino sobre el uniforme. Mercedes se agitó, nerviosa.

-Ya es tarde -dijo-. A lo mejor no vienen.

-No te preocupes, que vienen -dijo Myriam.

En los troncos había pimpollos de un rojo dorado y capullos pequeños como bolas color de rosa. En el puente había aparecido una pequeña con capucha y una cartera a cuadros; se acercó y se quedó plantada enfrente, mirándolas con ojos negros y redondos como botones de bota. Myriam le dedicó una mirada precavida.

-¿Qué haces tú aquí? -Ella se puso colorada.

-He llegado tarde -dijo, bajando los ojos. Myriam rascó la tierra con el tacón del zapato.

-Vaya por Dios. Nos vamos a juntar cuarenta.

-Si queréis me voy.

Ella miró su pequeña figura y su enfado desapareció.

-Anda, siéntate aquí - le dijo, cediéndole un lugar en el banco.

La pequeña se acomodó junto a las otras y Paloma soltó una risita. Era regordeta y tenía un flequillo liso y corto, muy oscuro.

-La última vez que llegué tarde me pasé la mañana metida en un portal -dijo-. Fue horrible.

-¿Y cómo fue eso? -se interesó Mercedes.

-Tenía miedo de que me vieran. Estuve allí hasta a la hora de salir del colegio.

-Vaya mañana que pasarías -dijo Myriam, burlona.

-La portera salía y entraba. Debía creer que yo estaba haciendo algo malo.

Una picaza atravesó el paseíllo, dando peque ños saltos y oteando a ambos lados. Hubo una pausa que Mercedes rompió.

-¿Sabéis? -dijo en voz baja-. Han expulsado a Victoria.

-¿Quién es Victoria?

-Esa mayor, delgadita. Una que estaba interna.

-¿Por qué la han expulsado?

Las dos amigas se inclinaron en forma confidencial.

-Va a tener un hijo -dijo Myriam, y Paloma se enderezó en el asiento. La pequeña estaba balanceando las piernas por debajo del banco.

-Las niñas no pueden tener hijos -sentenció-. Los niños sólo los tienen los papás.

-Esta chica es tonta -dijo Mercedes.

Un grupo de muchachos había aparecido al fondo del sendero; eran tres, uno con pantalón corto, y todos llevaban libros bajo el brazo.

-Ya os lo dije -indicó Myriam entre dientes, y su cara se estiró con una sonrisa. Ellos apretaron el paso.

-Ya era hora -dijo ella en voz alta-. ¿Dónde estabais?

-Tuvimos que dar un rodeo -explicó el más bajo. Tenía la cara llena de espinillas y los pantalones le venían demasiado anchos.

Las chicas se apartaron en su asiento y ellos se sentaron a un extremo; la pequeña no les quitaba ojo y el del pantalón corto rebuscó en los bolsillos.

-Hemos traído la baraja -dijo, mostrándola con un gesto de triunfo.

***

Jueves. - La novela es al novelista lo que su retrato a Dorian Gray: en ella vuelca sus cacas.

El placer de volver la conciencia así, ponerla boca abajo, tal como quien vacía un bolso de mano lleno de chucherías, de lápices pequeños, papelitos doblados, un peine que se enreda en una malla dorada, cáscaras de cacahuetes; todo esparcido, todo a la vista, para tomar luego las puntas de lápiz, tomar el espejito con marco de concha y la pluma estilográfica y colocar cada cosa en su sitio: recuerdos y llaves, nostalgias y anhelos, y tirar los rencores y las cáscaras a la papelera.

***

-¿No has cobrado ese dinero todavía? -interrogó Victoria.

-Te juro que no -declaró Carlos, alzando pesadamente ambas manos. Estaba lloviendo y el agua se desplomaba en el patio.

-Tenían que haberte pagado hace tiempo.

La chica miró el desorden del cuarto; había revistas y papeles en la cama, sobre la mesa y en las sillas. En un rincón una colchoneta enrollada estaba sujeta con una cuerda.

-¿Crees que eso es tan fácil? -dijo Carlos. Su hermana suspiró.

-Ah, yo no lo sé.

La lluvia en los tejados se levantaba en oleadas; el ruido del agua se acrecentaba por momentos.

-¿Tú no tienes nada? -preguntó Carlos sin mirarla.

-Casi nada -contestó ella.

-Pues estamos buenos. ¿Has pensado lo que vas a hacer?

-No lo he pensado -dijo ella.

Él buscó algo en el bolsillo del pantalón y sacando una pequeña navaja abrió una de las hojas.

-Pues tendrás que decidir algo - dijo hoscamente -. No podemos seguir así.

Sujetó una corteza de pino y empezó a escarbar en ella con la navaja; un polvillo fino se esparció alrededor. La chica recogió unas revistas y fue a ponerlas sobre la cómoda. Él no disimuló su disgusto.

-No toques eso -dijo-. No toques nada.

Puso las revistas donde estaban y se dejó caer en el diván.

-Me siento mal -se lamentó-. Me duele todo el cuerpo, no tengo ganas de pensar ahora.

Él sopló la figura que estaba haciendo y se la mostró.

-¿Te gusta?

-No está mal. Pero, ¿Me quieres decir cuándo estudias tú, o si es que en realidad estudias?

Hubo un silencio tenso y Carlos soltó el trozo de madera.

-No vengas ahora haciéndote la digna, ni con exigencias -dijo-. Más te valdría callarte.

Ella notó que el suelo vacilaba a sus pies; las lágrimas acudieron a sus ojos y el desorden del cuarto se esfumó, mezclándose los objetos en una cristalina confusión. Al mismo tiempo oyó la voz ruda de él.

-Tienes que marcharte a otro sitio. Miguel no dice nada, pero tienes que irte.

-No le habrás pedido dinero también - insinuó la chica, y las facciones de Carlos se tensaron.

-No se lo he pedido -masculló.

-Yo antes me moriría -dijo ella.

-¡Te digo que no se lo he pedido!

Ella parecía fatigada; se quedó quieta, con los ojos fijos.

-No me fío de ti - musitó.

-¿Y por qué no te fías? -gritó él.

-Porque además de un inútil, eres también un mentiroso. Te metes en negocios absurdos, te arrastran tus amigos. Estás derrochando todo lo que tenemos.

La ira de él fue cediendo el paso a una actitud de cautela.

-Sé que pides dinero - prosiguió la chica -. Lo pides descaradamente a todo el mundo.

Parecía haber perdido su timidez; su hermano sonrió a duras penas.

-Y si fuera verdad, ¿a ti qué te importa? -dijo con descaro -. Al fin y al cabo no soy más que una víctima de las circunstancias.

-Eso dirán tus hijos mañana, y tus nietos pasado mañana -dijo ella-. No te cases nunca -rectificó-. Harás mejor en no casarte nunca.

Los ojos de Carlos echaban chispas; se puso en pie y empujó violentamente la silla.

-Cállate - escupió como un trallazo. La chica lo miró con temor.

-Tú no harás nada, porque está de Dios que nunca hagas nada -dijo. Se oyó el restallar de unas maderas en el patio. Carlos alcanzó su chaqueta y se la puso.

-¿Algo más que decir? - masculló.

-Tengo miedo -declaró la chica en voz baja.

-¿Qué dices? -chilló él-. ¿Porqué dices eso?

-Porque no puede ocurrirme nada bueno. Porque te tengo miedo.

Carlos salió, dando un portazo; ella fue hacia la cama y se echó boca abajo, pero notó un olor extraño y se enderezó con un gesto de repugnancia.

-Mañana me voy -dijo en voz alta.

Fuera, los canalones soltaban cascadas de agua. Se oyó un crujido y el muchacho entró de nuevo.

-¿Dónde coños has puesto mi gabardina? -gritó. Su hermana señaló el armario.

-¿Vas a venir muy tarde?

Él descolgó la gabardina y se volvió un momento.

-No lo sé -dijo secamente. Fue a decir algo, pero ella se adelantó.

-Descuida, mañana me voy.

Cuando estuvo sola se acercó a la ventana; un grueso insecto se estrelló contra el vidrio y un pájaro emprendió el vuelo. La lluvia amainaba y un sol pajizo se abría camino entre las nubes.

Goteaba el agua cuando volvió al diván, y echándose se quedó dormida. Debía ser muy tarde cuando algo la sobresaltó: vio que había luz en el lavabo y oyó que alguien vomitaba, y luego el sonido de la cisterna. Se dio la vuelta y se volvió a dormir, soñando que estaba de nuevo en el colegio.

***

LA SOMBRA DESDOBLADA, una sombra oscura y nítida. Y rodeándola, muy cerca, otra sombra idéntica y por fin otra igual y pálida en una gradación de intensidades: las tres paralelas, comprendidas unas en otras, y tiene que convencerse de que es su cuerpo el que proyecta la sombra. *Le abre la puerta Soledad y ella le nota una actitud extraña. «¿Cómo está mamá?», pregunta. «No está bien. » «Pues, qué le pasa?» «Se ha caído.» «¿Se ha caído?», casi grita ella. « Se levantó a oscuras, tropezó y se dio un golpe en la frente. No pases, está dormida ahora. »* La fina maraña de sombras que proyecta el cabello; ve su propia silueta en la pared y se estremece, al comprobar que su cuerpo proyecta una sombra. *El padre sale de la habitación. «Mejor es que no entres. La encontrarás muy mal. » Tendida en la cama, el pelo suelto sobre la almohada, tiene la frente ceñida con vendas a la altura de las sienes, mantiene los ojos cerrados y hay moraduras en su cara. Sobre la mesa de noche hay un pequeño frasco junto a una envoltura de cartón.* Se despierta despavorida, las barras de la cabecera se destacan contra la claridad del balcón, un pliegue en la almohada parece abrirse en una risa estúpida; tiene que afrontar un día más y no tiene fuerzas para seguir la lucha. Luego, en el refectorio, apura el tazón de café y recoge distraídamente las migas que han caído en el mármol. Mira a la hermana que, con toca almidonada, está recogiendo los enseres del desayuno; un pájaro vuela fuera, marca un hito negro en el conjunto gris. El sol asoma con timidez, brillan los tejados como de cobre bruñido y ella aparta la vista mientras el pálido sol la acaricia. El contacto con el aire de fuera la obliga a abandonar sus pensamientos sombríos; en el patio las demás se reúnen en grupos, suena el chirrido de unos goznes, el chasquido de una falleba. «Soy yo, María, estoy en los claustros ahora, camino junto a mis compañeras, y estoy viva.»

***

VII

«Inclinándose de nuevo hacia abajo escribía en la tierra. »
SAN JUAN 8, 3.

Estás de rodillas en el coro sobre la tarima brillante; hay rumor de alumnas que van y vienen, un arrastrar de pasos y una suave fragancia de incienso. Estás con los brazos en cruz y te pesan, te duelen y la postura resulta insostenible. Quieres cambiar de posición sin dejar de tener los brazos en alto, pero ha llegado un momento en que los músculos se niegan a sostener la tensión. Cada una de tus manos pesa de un modo terrible, disimulas un espasmo doloroso que recorre tu cuerpo. Te agitas apenas, contienes un suspiro, aspiras hondamente cerrando los ojos, has dejado de oír el munnullo, tan sólo notas el dolor desesperado que se prolonga por tus miembros partiendo de los antebrazos y sientes que vas a desplomarte. Entonces cedes, caen los brazos lastimados y llegas a intuir hasta qué extremos puede llegar el dolor. Un grato hormigueo te restituye el bienestar. Te mantienes de rodillas con la mirada baja y a tu alrededor hay pisadas próximas, y hay compañeras cerca que también tienen los brazos en cruz. Te has estremecido, porque te asusta el dolor aunque te crees capaz de soportarlo. Recorreréis los claustros en dos filas iguales y llevaréis en las manos el rosario; el colegio no parece el mismo y no hay gritos ni risas, las miradas se mantienen bajas y la vida transcurre silenciosa. Voces jóvenes y frescas se expanden por los antiguos lugares, ascienden por las suntuosas escaleras y se dispersan en las galerías. Hay una hermosa voz que dirige y reconoces la de ella; es vibrante y

espiritual. Así, una y otra vez, todas sin alzar los ojos del suelo, mirando los pies de la que precede y el ruedo de su falda. Pasas lentamente las cuentas del rosario nacarado y estás tan absorta que el tiempo no tiene valor para ti, o transcurre sin que lo adviertas. Abandonáis la ruta tantas veces repasada y subís la escalera; alguien abre de par en par las puertas de salida al recreo. Camináis despacio a lo largo de la acera y las voces antes encerradas vuelan libres en la tarde tranquila. Bordeáis el jardín de las monjas y salís a la explanada; muchos pies van pisando la arena triturada, reducida a polvo. Bordeáis el almacén, la pila donde gotea el grifo y alcanzáis el invernadero; a un lado dejáis la tapia amarillenta y el banco de cemento adosado, y flanqueáis el alto seto de aligustre. Hay quien arranca un brote al pasar y lo deja caer mientras sigue pasando las cuentas del rosario; en la extensión abierta las voces son etéreas y la de ella sigue dirigiendo los cánticos; ahora se percibe distante y neta. De nuevo recorréis la acera hacia la entrada del edificio; llegáis a la primera planta y dejando a un lado las aulas solitarias vais hacia el estudio, donde os sentaréis en orden y en silencio. Has tomado un pequeño cuaderno y lo abres en la primera página; te dispones a redactar el esquema de la primera meditación. Con los ojos cerrados evocas la figura del sacerdote, lleno de dignidad en la penumbra del presbiterio; es muy joven y su voz es pastosa y llena. Se sitúa tras la pequeña mesa junto al altar, cubierta de un tapete morado. También moradas son las grandes telas que ocultan las imágenes y que lo harán durante la cuaresma. Reconstruyes los puntos de la plática, que escribes con esmerada caligrafía en el cuaderno que acabas de estrenar. Algunas bordan en silencio y otras leen o releen vidas de santos y de mártires; hay libros voluminosos y de caracteres menudos y otros pequeños, de áspero y oscuro papel. Algunos están forrados en azul y todos tienen el tejuelo de la biblioteca. Fuera, la tarde ha empezado a declinar.

***

Atravesó la avenida y llegó a la puerta de una farmacia de guardia; allí entró, apretando la receta entre los dedos. Una farmacéutica joven se dirigió a ella amablemente.

-¿Qué desea? -le dijo.

Ella tendió el papel arrugado; la otra lo alisó y entró a buscar la medicina mientras la muchacha balbucía una innecesaria explicación.

Pasado un minuto volvió con un pequeño envase, lo envolvió y se lo dio, indicándole el precio.

-¿Algo más? -dijo, sonriendo.

Ella negó con un gesto; tendió un billete, la farmacéutica marcó en la caja y le entregó la vuelta.

-Gracias - musitó ella. Dirigió una mirada alrededor como si buscara donde apoyarse.

-¿Se encuentra mal?

Le acercó una silla y ella se sentó en el borde, muy derecha.

-¿Quiere un poco de agua? No le conviene abusar de los calmantes.

-Sí, por favor.

La mujer entró de nuevo y se oyó correr un grifo; al momento salió con un vaso burbujeante en la mano.

-Tenga, tome esto. Se sentirá mejor.

Ella bebió a pequeños sorbos; luego se puso en pie.

-Gracias, muchas gracias -volvió a decir.

Guardó la medicina y salió a la calle, caminó un trecho por la acera y vio que las farolas se habían encendido. Al llegar a una calleja sacó el paquete y lo desenvolvió.

Extrajo un tubo corto y ancho con grajeas rosadas; leyó nerviosamente las instrucciones y al mismo tiempo oyó voces y risas en un establecimiento de bebidas.

-Ya te lo dije. Te dije que perderías.

Se oyó una expresión soez y dos tipos abandonaron la cantina; el más grande gesticulaba y hablaba en voz alta y el otro parecía disminuido, con la cabeza hundida entre los hombros.

-Te lo dije -remachó el hombre grueso. Empezó a silbar desentonadamente, pero se interrumpió de súbito.

-¿Has visto? - mostró con un codazo.- Una palomita que va sola.

Ella tragó saliva; estaba sofocada y la sangre le golpeaba en el cuello mientras los hombres se aproximaban y le cerraban el paso.

-¿Cómo es que vas tan sola? -preguntó el gordo con voz desagradable y el otro lo coreó con algo parecido a la risa. Ella trató de escabullirse, pero el hombre se plantó delante.

-¿No quiere compañía la palomita?

Ella notó su aliento agrio mientras el individuo resoplaba y se acercaba más y más. Luego soltó una risotada.

-Tiene barriguita, la palomita -dijo. El otro rió también y entre los dos cerraron el cerco.

-Por favor -suplicó ella, tratando de evitarlos. El hombre había alargado la mano y llegó a tocarle el vientre.

-Vaya con la palomita -dijo con una mueca, y ella retrocedió.

-Por favor -insistió, a punto de llorar. El más delgado se apartó y el otro mostró al sonreír unos dientes amarillos

-No tengas miedo, niña -dijo, parodiando un gesto de cortesía-. Aquí no nos comemos a las niñas con barriguita.

Ella estaba tensa; miró al final de la calle donde se había oído el motor de un vehículo. El hombre miró en la misma dirección y reculó, seguido por su amigo.

-Adiós, paloma - farfulló al marcharse.

Ella fue deprisa hacia la avenida y el auto se alejó; la temperatura era baja y las alcantarillas exhalaban nubes de vapor. Pasó junto a la farmacia, de donde emergía un intenso aroma a eucaliptos que ya había notado antes. Metió la mano en el bolsillo y comprobó que el tubo estaba allí.

Una niña había surgido como por arte de magia de un portal; fue hacia ella, con unos grandes ojos llenos de asombro.

-¿Has visto a mi papá? -dijo con su media lengua. Ella miró alrededor.

-¿A tu papá? ¿Pero estás sola?

Una mujer salió del portal, se disculpó y cogió a la niña en brazos, volvió a la casa y se perdió en el interior.

Un autobús casi vacío había pasado sin detenerse; la noche era húmeda y unas nubes muy bajas se cernían sobre la ciudad. Ella anduvo sin rumbo, notando el frío a través de las suelas de sus zapatos.

Detrás de las ventanas iluminadas se veían bultos movedizos; pasó junto a las rejas de un antiguo edificio y salió a una calle mal alumbrada que llevaba al río.

La niebla aureolaba las bombillas y en la oscuridad se adivinaba la masa de árboles; podía escuchar el rumor del agua, pero no verla. Miró abajo, hacia la rampa que moría en el río y distinguió la silueta de unas barcas panzudas; un olor a excrementos húmedos subía, mezclado con el olor viscoso del agua.

Cuando llegó al centro del puente la luna pálida se había abierto camino entre la niebla y se reflejó en la corriente, sobre las ondas de un remolino. Ela se apoyó en el pretil y miró abajo; sacó el tubo del bolsillo y lo estuvo mirando como si no pudiera apartar los ojos de él. Luego alargó la mano y el tubo cayó al agua sin ruido.

Se había puesto de puntillas y se inclinaba ya sobre el pretil cuando una voz gruesa se dejó oír a sus espaldas.

-¿Qué está haciendo aquí?

Ella se quedó rígida; volvió la cabeza y vio a un hombre con un capote oscuro.

-Vamos, fuera de aquí. ¿Qué es lo que busca?

Ella bajó la vista y no contestó. El hombre la observó con más detenimiento.

-No debe andar sola por estos sitios -dijo-. Sobre todo a esta hora.

Ella permaneció muda y él se expresó en forma más cordial.

-No le conviene andar sola a estas horas -insistió con una áspera sonrisa -. Vamos, es mejor que se vaya.

Ella asintió sin decir nada; volvió sobre sus pasos, andando deprisa a lo largo del puente, y al llegar

a la calle echó a correr como si alguien la persiguiera. Pasó junto a las rejas y se detuvo sin aliento al final de la cuesta.

A medida que fue acercándose al centro las calles estuvieron mejor alumbradas; dejó atrás unas callejas y se detuvo, tratando de leer un número sobre un portalón.

Empujó la puerta que cedió pesadamente; luego subió muchos peldaños hasta el último piso y allí pulsó un timbre.

Una mujer abrió; era de mediana edad y llevaba un vestido sencillo y limpio.

-¿Es aquí donde se alquila una habitación?

La mujer asintió, mientras una vaharada de guiso casero llegaba del interior. Luego miró el rellano por encima del hombro de la chica.

-Sí, aquí es -dijo-. ¿Viene sola?

Ella dijo que sí con la cabeza y la mujer se hizo a un lado.

-Pase -indicó.

***

Domingo. - Una larga, larguísima nube, como un deshilachado jirón. Muda alfombra movediza. Finas pezuñas grabadas en la arenilla húmeda, el sol arranca destellos en los troncos desnudos y el hombre empuja su carretilla, pesadamente, como si el tiempo estuviera a punto de detenerse. Pinceladas luminosas sobre el lecho de hojas y entre ellas algunos fragmentos de papel. Luce el abeto su verde brillante, sobreviviendo a las estaciones, y una tenue neblina gris se extiende sobre las copas de los árboles. Huele a hierbas aromáticas, vuelve el olor a hierbas aromáticas y el mundo se difumina en niebla; en la hondonada, la hoguera es un punto luminoso. Han talado las ramas superiores, los negros muñones elevan su patetismo al cielo. Y un banco de piedra frío por todo el invierno. Los pinos retorcidos, inmóviles, cobijan un rosado resplandor oblicuo. Una infinidad de dedosmuñón pidiendo clemencia al cielo. El hombre se detiene, gana su pan; el hombre de piedra ya ha ganado su gloria. Y el dulce, el suave declive. La temperatura es dulce y el humo picante; se respira la acre, húmeda neblina.

Ya es fastidio dejar a mis personajes por un día, hube de dejarlos por un tiempo y al despedirlos los acaricié como a gatitos. «Quemas tus días, quemas tus horas produciendo algo que crees merece la pena, para al final morirte.» «¿Es que no te vas a morir de todos modos?» «Sí», sonrió el padrino, «sí».

Si hay una puerta que se cierra hay dos puertas que se abren; la obra que no escribiste nunca podrá hacerte famoso. Lo que interesa no es publicar libros, sino haber escrito algo verdaderamente bueno, y eso nadie sino uno mismo puede impedirlo.

Jueves. -Tengo las mejores notas en composición española y francesa, lo que no tiene ningún mérito. No es mi camino el de la poesía: logré hacer algo a los trece o catorce años, a costa de mucho sudor, pero creo que siempre imitaba a alguien, a algún poeta a quien había leído recientemente y que me había impresionado. El poeta es un héroe silencioso y yo no tengo vocación de héroe; los poetas me desazonan porque no los comprendo, y al no comprenderlos no los aprecio, y ese no-aprecio provoca en mí un agudo remordimiento de conciencia.

Viernes. - La grúa levanta cáscara tras cáscara, donde vegeta un ser llamado hombre envuelto en vahos de cocina y de aceite frito. El asco de tocar la vida con la punta de los dedos, la náusea de vivir.

Se tardará tanto en educar a la gente para el «arte nuevo» que cuando se la haya educado el arte nuevo será ya viejo.

Domingo. - «Qué bárbara, qué forma de trabajar», me ha dicho él, «tú llegarás». Estuvo hojeando mis cuadernos. «Criatura, ¿cómo has podido hacer todo esto?»

El artista debe borrarse, debe saber que no es más que el portador de una fuerza que pertenece a todos los hombres; el artista es y debe ser un solitario, debe ayudar a todos los demás a soportar la vida. Escribir es ascesis, es autodominio para excluir todo lo demás; el escribir es trabajo y nada más que trabajo. El autor no es un ser normal, es un forzado; peor sería estar muerto. Qué difícil expresar en palabras las visiones, las alucinaciones que nos acosan en la semivigilia; hay momentos que no podrían pintarse ni escribirse: son los momentos plenos. No sé si hablo con Dios o con mi propio egoísmo cuando rezo. No sé si quiero decir: Dios,

yo te amo, o: egoísmo, yo te amo. La fe no se puede imponer; la fe se nos da o no se nos da, y aquel que tiene seguridad en su propia fe tolera sin pena otras ideologías distintas. ¡ABORREZCO LAS TEORÍAS QUE CASTRAN AL SER HUMANO!

Lunes. -Soy malvada, por eso tengo vocación de novelista. He tomado la naturaleza, le he sacado todo su jugo y ahora la tiro a un lado, como una fruta exprimida que no sirve ya.

Amamos nuestros propios olores aunque puedan resultar desagradables a los demás, porque ellos nos dan testimonio de nuestra presencia en el mundo.

Después de pensarlo mucho he mandado el cuento por correo. Lo estuve copiando esta mañana temprano en la vieja máquina de escribir que hay en la portería y la tinta se marcaba apenas. Escribir a máquina con cinta gastada es como tocar el piano con la sordina puesta.

***

¿Te ha sonreído? Seguramente ha sido así y entonces el mundo te parece mejor, la vida más hermosa y el ser humano digno de estimación. Pero si ha sido de otra forma, si llegas a sospechar en ella menosprecio o disgusto, el conocido sentimiento de rencor vuelve. Y si ahondas en tu corazón encuentras allí un asomo de odio. Día a día su imagen turbadora se va apoderando de ti; es un amor violento y exige de tal forma que ya no vives sino por él. Su presencia, su mirada, su sonrisa, y por otra parte empiezas a sentir el daño de la fijación. Puedes sentir celos feroces de cualquier persona que le habla o a quien ella sonríe, y llegas a acechar sus movimientos y sus actos sin que puedas evitarlo. Sueñas con ella de noche y de día, la ves, oyes su risa; no soportas que otra la mire o hable y hasta sus mismas compañeras o su propia familia provocan en ti accesos de celos. Ves en tu imaginación las bellas manos cruzadas y a todas horas te acude la imagen de su rostro y el recuerdo de su olor, que nadie sino tú percibe; de modo que el amor pacífico va transformándose en un infierno.

Como otras veces deseas verla, quieres hablar con ella tanto como ninguna otra cosa; pero no es tan fácil lograrlo. Dudas, y a punto de pedirlo te vuelves atrás hasta que con palabras balbucientes te le acercas. Sentías que algo te apretaba la garganta, pero ella accede. Habéis permanecido en el patio de recreo, sentadas en el banco que bordea el muro, tú la escuchas en éxtasis y cada una de sus palabras es como un bálsamo para ti. El tiempo pasa sin sentir, intentas prolongarlo, pero siempre te parece poco. Tus compañeras salen ya a recreo. Tú te quedas fuera de clase siempre que estás con ella y siempre en igual forma te acercas a la profesora, y en voz baja le dices el motivo de tu ausencia; ella afirma en silencio y a veces crees advertir en su cara una expresión de ironía que acaba por dolerte.

***

SE SORPRENDE a sí misma arrullándose como una madre amante: «Anda, descansa, duerme». *Se ha dormido cuando un grito la despierta, se incorpora de un salto, oye gemidos sofocados y un quejido largo y estremecedor. Al mismo tiempo oye pasos que van y vienen y el zumbar del teléfono. Tiene miedo, se acuesta y se tapa hasta los ojos. Cuando está a punto de reanudar el sueño la desvela una risa espasmódica que se convierte en alarido, y se queda sin fuerzas, pero sigue escuchando. Oye puertas que se cierran y escucha la risa más distante, suena el timbre de la puerta, oye los pasos de Soledad y sorprende una conversación en voz baja y una voz gruesa sobre las demás: «¿Está preparada?» Nuevo ruido de pasos, puertas que se abren y se cierran, y la casa queda silenciosa. Se apaga la luz del pasillo y, agotada por la tensión, ella se queda dormida. Ve en sueños a unos hombres siniestros, con caperuzas negras, que van y vienen y arrastran algo, y la miran con ojos brillantes tras el antifaz.* Había un frutero de metal; su parte alta era un plato labrado de metal blanco y el pie estaba formado por una figura de mujer, también de metal, pero más oscuro; llevaba vestiduras romanas y tenía una mano en la cabeza sujetando el platillo. *Tiembla la última hoja amarilla en el castaño cuando la ve por última vez. El sendero hasta la verja está cubierto de hojas secas que cada día arrastra el aire, algunas casi sumergidas en la tierra, que la lluvia ha ablandado. El cielo es gris y una ligera bruma se extiende sobre los tejados. La gente se cubre con prendas de abrigo, los niños llevan gorros y bufandas a la salida del colegio. Es por la tarde. «¿ Quién se va?» « Mamá se va por unos días. » El padre la besa, le acaricia el cabello. «Pero, ¿por qué se va?» « Será por poco tiempo, nena; antes*

de Navidad estaré de vuelta y tú cuidarás mientras tanto de papá » Nota sus ojeras pronunciadas y que ha adelgazado mucho en los últimos meses. «¿Por qué tiene que irse?» Se siente incómoda, angustiada sin saber por qué. Observa a su madre preocupada, como si algo la obligara a mirarla y a grabar en la memoria su imagen. Pero los ojos oscuros y tristes han desaparecido ahora y por más que intenta recordarlos no lo logra. Debe pensar en ella como entonces, hace mucho tiempo, cuando las cosas eran alegres y felices. Pero no lo consigue, ni cree que pueda nunca. No quiere recordar su voz, no quiere que la memoria se la traiga otra vez, cercana y nítida.

***

-Esta vez se ha pasado de la raya -dijo Hortensia. Bebió un sorbo de té y mordió una pasta, y dirigió una mirada expresiva hacia el bar del hotel-. Esa mujer se ha pasado de la raya.

Ángela dejó su taza y asintió.

-¿Lo sabrá Daniela?

Su amiga desechó la insinuación con un gesto.

-No creo que lo sepa. Sabe otras cosas, pero esto no.

Ocupaban un sofá en la rotonda, frente al vestíbulo del hotel. Ángela miró la taza vacía.

-¿Estás segura de que no lo sabe? Puede estar disimulando.

-Yo no lo creo -replicó su amiga-. No pasaría por esto.

Miró hacia el bar donde Daniela y su marido charlaban de pie.

-Ella es joven, ¿verdad? -preguntó Ángela.

-Que si es joven. Podría ser su hija.

-Qué desvergüenza.

Ángela prendió un cigarrillo y miró la pitillera antes de devolverla.

-Y Óscar, ¿qué le contestó?

-Figúrate - repuso Hortensia -. Le siguió la corriente.

Ángela permaneció silenciosa; parecía considerar los aspectos de la cuestión y después de unos momentos movió la cabeza a ambos lados.

-¿Lo saben los chicos?

-Ramón sí lo sabe -contestó su amiga despacio-. Óscar se lo dijo. Creo que fue lo mejor que pudo hacer.

Ángela no pudo evitar un gesto de asombro.

-Posiblemente -dijo, no muy convencida-. ¿Y qué dijo Ramón?

Hortensia frunció el ceño, tratando de recordar.

-Las cosas de mi padre no me incumben, creo que dijo. O a mí déjame tranquilo, o algo así.

-Vaya escándalo -empezó a decir Ángela, y su amiga la interrumpió con un discreto ademán.

-Mira, ya vienen.

El matrimonio se acercó; ella tenía las facciones delicadas como las de una porcelana y llevaba un traje de chaqueta con cuello de piel.

-¿Me necesitarás esta tarde? -dijo él, besándola en la mejilla. La mujer rechazó el ofrecimiento.

-Te veré por la noche en la Cerca -indicó. Se acomodó junto a las otras y él se quedó de pie

-¿Los maridos, bien? -dijo, inclinándose.

-Sí, muy bien.

Lo vieron dejar el salón hacia el guardarropa, donde una jovencita le tendió su gabán y un sombrero.

-No tenemos prisa, ¿verdad? -dijo Ángela-. Quisiera que me acompañarais a hacer unas compras.

Daniela miraba hacia la puerta; luego, volviéndose hacia su amiga, apoyó la mano en su brazo.

-Tengo que irme enseguida -dijo con voz tensa. Ángela no disimuló su extrañeza.

-¿No vas a quedarte? Creí que pasaríamos la tarde juntas.

-Lo siento, no puedo. Tengo una cosa importante que hacer.

-Bien, otra vez será -intervino Hortensia-. Tú dirás cuándo nos vemos.

Daniela se puso en pie; trataba de sonreír, pero su expresión era forzada.

-Lo siento mucho -repitió-. Os llamaré en cuanto pueda.
-No dejes de hacerlo -contestó Ángela, sin salir de su asombro.

***

Domingo. -Estoy muy excitada de un tiempo a esta parte; me noto intransigente y colérica, y cualquier cosa me hace saltar. Toda la historia de mi libro me exalta y me pone fuera de mí; lo malo es si la situación se hace crónica.

Este vacío en el espíritu, este perder la confianza en uno mismo, en el juicio de uno mismo. No confío demasiado en mi propia inercia: esa fuerza puede fallar. ¿Valdrá la pena tanto esfuerzo para lograr un fruto tan exiguo? ¿Prefieres volver a tus obsesiones, a tu vida tranquila? El escritor no elige serlo, la cuestión es saber si yo lo soy y eso sólo el tiempo puede decirlo. Cómo anhelo que el tiempo pase, y por otra parte mi única posesión es mi tiempo. Quizá sea triste el haber llegado, quizá lo apasionante sea luchar. Y ¿tendré el temple, la valentía necesaria para llegar? Mejor dicho, ¿tendré la suficiente vocación, o me rendiré antes?

Empiezan las vacaciones de Pascua; voy a quedarme aquí, en el convento; necesito estar sola. Tengo que escribir y ordenar muchas cosas.

***

El aire traía a ráfagas el olor a humo; había poca gente en el parque. Los setos se habían llenado de brotes de un verde muy pálido.

-Pronto será primavera -dijo Fernando -. ¿Te has dado cuenta?

Paula lo escuchó inmóvil, recostada en el banco de madera. Él pasó el brazo por sus hombros.

-Estás seria -dijo-. ¿Qué te pasa?

-No me pasa absolutamente nada.

El sol se ocultaba y los álamos cabeceaban todos a un tiempo; unas flores moradas ponían en el declive una nota de color.

-Te encuentro rara. ¿Es que te molesta que estemos aquí?

-No digas tontadas. No estoy de humor.

-Quiero saber lo que piensas.

Un pájaro trinó con voz aguda y otro le contestó. La chica alzó la mirada.

-Perdona -dijo-. Ni yo misma lo sé.

-Tienes todo para ser feliz Al menos, eso creo.

-Pues a veces no lo soy -repuso ella-. Imagino que es algo natural. No se puede estar siempre del mismo humor, ¿no te parece? Sería horrendo.

Fernando tomó un mechón de su cabello y lo enroscó entre los dedos.

-Eres demasiado exigente con la vida.

-Será eso.

Una picaza negra con el vientre blanco y la cola erguida saltó en la grama punteada de margaritas. Hubo un silencio que el muchacho rompió.

-¿Cuándo os vais a la finca?

-Esta noche -dijo ella.

-¡Esta noche! Podías haberlo dicho antes.

-No te preocupes, no es más que una semana.

Se echó hacia atrás el cabello castaño y sedoso y siguió hablando en tono ligero.

-Betty y su hermano César vendrán con nosotros -dijo-. ¿Conoces a César?

Él denegó.

-He oído hablar de él.

Una oca que picoteaba cerca alzó la cabeza y engulló un alimento invisible. Unas hojas secas se arrastraron con un crujido.

-¿Has pensado en lo que vamos a hacer? -preguntó Fernando.

-¿Lo que vamos a hacer? ¿A qué te refieres?

-Lo que vamos a hacer en el futuro -agregó el muchacho, y ella se echó a reír.

-Trataré de pensar en el futuro, otro día -admitió. Luego cambió de tema.

-Mira las ramas de los rosales -dijo-. Parecen insectos saliendo del capullo.

Una rama se estremeció a sus pies y una lagartija se escurrió entre los setos; él miró sin entusiasmo los rosales y asintió de mal humor.

-Fíjate -insistió la chica - Las gotas de agua sobre las hojas son como piedras preciosas, ¿no te das cuenta?

-Estás muy literaria hoy -subrayó él.

Ella se quedó mirando unas raíces que surgían de la tierra y volvían a hundirse como serpientes.

-¿Nos vamos? -dijo de pronto.

Su mano era muy suave y estaba fría; él la abarcó en la suya y la apretó hasta hacerle daño.

***

MARÍA: He recibido tu carta y voy a contestarla punto por punto.

La enfermedad mental (y en esto no te he mentido ni he cometido error alguno) es una «enfermedad» delimitada, recortada, con una sintomatología que en nada se parece a lo que tú tienes. M experiencia y lo que yo he podido leer me han enseñado que los obsesivos tienen un tal control (self-control) que jamás caen en la enfermedad mental. (Hablo de enfermedad, no de crisis ni de modo de ser.) Parecen dos polos que se repelen; igual sucede con los neuróticos en general.

Las clases de fobias y temores son infinitas: hay quien teme ruborizarse, quien teme caer en la locura, otros no soportan los lugares elevados y todos ellos sufren dolores de cabeza, sudoraciones e, incluso, trastornos digestivos. Pero los impulsos obsesivos nunca se llevan a cabo; mejor dicho, estos impulsos no existen, sino en la imaginación. El impulso a lanzarse al vacío no lo es verdaderamente, sino por el contrario un horror indecible a sentir el impulso. Si existiera sería cosa corriente entre obsesivos el suicidio, y la experiencia dice que esto no es así. Por el contrario, dicho temor no se dará más que en quien tenga verdadero apego a la vida. La obsesión nos hace pensar en lo peor, y lo peor para cada uno es lo que más repugna a sus verdaderos instintos.

Las ideas obsesivas se presentan de un modo fulminante, sin que la persona pueda hacerles frente o eludirlas. Se caracterizan por su monstruosidad y se dan en personas cultivadas e inteligentes, sobre todo. Sus consecuencias no son nunca delictivas.

Escríbeme siempre que lo necesites; espero que mis cartas sirvan para tu tranquilidad.

Un abrazo.

***

-

¿No viene mamá con nosotros? -preguntó Ramón.

-Tenía que hacer no sé qué cosas -dijo su padre-. Vendrá luego.

El coche estaba estacionado en un ensanche de la calle; era un auto grande, de color negro. Se estaba haciendo de noche y las farolas estaban encendidas. Ricardo se sentó al volante y Ramón junto a él.

-Paula se está retrasando. ¿Estás seguro de que sabe dónde la esperamos?

-Sí que lo sabe -contestó Ramón.

Inspiró fuertemente y se dejó caer en el respaldo del asiento.

-¿Vas a ir mañana al Peñascal? -interrogó. Su padre lo miró con recelo.

-Sí, voy a ir. ¿Por qué lo dices?

El muchacho tardó en contestar.

-¿No te parece que estás abusando? -dijo.

-¿Qué estás diciendo?

-Sabes de qué te hablo. Ya no soy ningún niño.

Una pareja enlazada pasó sin mírarlos; la puerta de un bar estaba abierta y un haz de luz iluminaba la acera. En la voz de Ricardo hubo una nota de cólera.

-Deberías ocuparte de tus cosas -dijo. Asió el volante con ambas manos y trató de dominar la situación-

. Procura al menos no dejar preñadas a las amigas de tu hermana -agregó, cambiando de tono.

Ramón parecía haber acusado el golpe.

-Sólo te advierto -dijo forzadamente-. La gente habla, y tú parece que estás ciego y sordo.

Un grupo se detuvo ante el coche, hablando y riendo, y un tubo luminoso Inició un parpadeó sobre el bar.

-Tranquilízate -dijo Ricardo-. Sé cuidarme solo.

Ramón se volvió a mirarlo.

-¿Sabes una cosa? -declaró en tono seco-. Esa mujer presume por ahí.

Su padre se agitó en el asiento.

-¿Quién presume?

-Esa zorra.

El hombre se puso rígido. La luz arrancaba reflejos del automóvil y en el cielo había una franja blanquecina.

-No te consiento que me hables así -dijo. Luego se pasó la mano por la frente, como tratando de borrar una penosa sensación.

Esa mujer se ha atrevido a jactarse con tus amigos.

-¿Con mis amigos?

-Antes era distinto -dijo Ramón en forma acre-. Esto es otra cosa.

Miró al fondo de la calle y vio que Paula se acercaba; ella había visto el coche y aceleró el paso.

-Viene Paula -indicó Ramón.

Al llegar junto a la ventanilla ella se inclinó y besó a su padre en la cara.

-Te has retrasado -dijo Ramón de mal humor.

-Conduce tú - dijo Ricardo, y se cambió con él.

Paula se acomodó en el asiento trasero; el coche fue adquiriendo velocidad a medida que dejaba atrás las calles céntricas y pronto volaba por la carretera. El muchacho conectó la radio y la música sofocó los ruidos; a lo lejos titilaba una estrella, más luminosa que todas las demás.

***

HA CERRADO los ojos y en la oscuridad de los párpados siente que algo luminoso se aproxima, los abre y advierte que una tenue claridad inunda la celda de nuevo. *Salen de casa y ella los acompaña hasta la verja, luego el automóvil se aleja tras los setos. Ella vuelve a la casa, donde la aguarda Soledad «No entiendo por qué tiene que irse. No estará enferma, ¿verdad? No será como la otra vez. » « No digas eso, Dios nos libre. »* Las palabras de la mujer martillean en sus oídos: «Dios nos libre, Dios nos libre» *Entran en casa y por la noche, cuando ya Soledad ha servido la cena y ella termina los deberes vuelve a preguntar con timidez: «¿A ti te parece que está bien del todo? ¿No le notas algo raro en los ojos?». « Yo no le noto nada raro. Anda, termina pronto y vete a dormir. »* Ha crecido y ya es una mujer, pero los años no hacen más que acrecentar su angustia. *Se ha desprendido la última hoja del árbol, una luz fría baña todas las cosas, los tejados y las fachadas que ella encuentra en su camino. Los días son cortos, en el colegio provinciano se suceden las horas despacio sin que nada altere la paz del extinguido otoño. El padre ha vuelto a sus ocupaciones tras el corto viaje y ella nota el increíble vacío que su madre ha dejado; Soledad se esfuerza como siempre por tenerlo todo apunto. «¿ Cuándo vuelve mamá?» « Ya vendrá pronto. » « Papá, ¿vas a quedarte esta tarde? Me tienes que explicar unos problemas que no entiendo. » «¿ Crees que yo los entenderé?» Faltan ya pocos días y Soledad se afana en hacer brillar los cristales y los dorados. « Tengo que hacerlo ahora, luego se echa encima la Navidad » Anochecía cuando llegó del colegio, entre los jardincillos pelados las tapias rezumaban humedad.* La mañana rompe las tinieblas con su incierta luz; a través de los cristales del balcón ve un cielo que empieza a clarear. Allí, tras el balcón cerrado y bajo las mantas calientes se siente protegida. *«Hace frío, habrá que encender la estufa, acércate, ven.»*

***

Ricardo miró otra vez hacia la ventana; había creído oír un motor, pero luego volvió el silencio. Sacó

un cigarrillo y lo encendió.

En la chimenea ardían unos rescoldos. Permaneció inmóvil, aguardando, y ahora sí sonó el ruido de una llave en la cerradura. Daniela había entrado y encendió la luz del vestíbulo.

-Son más de las cuatro - dijo él -. ¿De dónde vienes a estas horas?

Ella evitó su mirada.

-No sabía dónde buscarte ya -dijo el hombre, colérico.

Daniela alzó la cabeza y fijó en él sus pupilas transparentes.

-¿Tanto te importa?

Él aplastó con rabia el cigarrillo.

-¿No me va a importar?

-No grites, por favor. Vas a despertar a todo el mundo.

-He llamado a tus amigas y ninguna sabía nada de ti.

Ella dejó escapar una risa burlona.

-Y tú, ¿qué has hecho en todos estos días? -él la miró extrañado.

-Ya te lo he dicho -repuso. Ella se mantenía erguida junto a la puerta del vestíbulo.

-Sí, ya sé -dijo, mordaz.

Tenía el cabello en desorden y vestía el mismo traje del día anterior. El hombre habló con manifiesta inseguridad.

-Hubo imprevistos -dijo - Y luego, la avería en el Peñascal.

-He visto al montero -dijo ella-. No hay ninguna avería.

Ricardo la miró sin comprender; las luces del salón estaban apagadas y sólo la del vestíbulo lo iluminaba al sesgo, pero su nerviosismo era patente.

-¿Lo has visto? -interrogó-. ¿Cuándo lo has visto?

Daniela tardó en contestar y sus labios se afinaron.

-Esta misma tarde -dijo.

-¿Esta tarde?

Ella se quitó la chaqueta y la dejó en el sillón; fue hacia la chimenea y cuando se inclinó hacia ella tenía el rostro desencajado.

-Estuve allí -dijo sin alzar la voz.

Ricardo la miró con expresión de alarma.

-¿Allí? ¿Y de dónde vienes a estas horas, si puede saberse?

Ella dudó un momento y siguió hablando más despacio.

-He visto el nuevo pabellón de caza -dijo-. Muy bonito todo, de muy buen gusto. ¿Ha sido idea tuya?

Ricardo parecía no comprender; ella sacó un cigarrillo de la tabaquera y lo encendió sin prisa.

-Desconocía tu predilección por los colores detonantes - dijo.

Él empezó a andar a grandes zancadas; luego se detuvo.

-¿Porqué has ido? -preguntó amargamente.

-¿Por qué no voy a ir? -dijo ella en voz baja. Expulsó el humo y se volvió, con ira contenida-. He sido una imbécil, una verdadera imbécil.

Él no se movió ni dijo nada; Daniela movió la cabeza.

-No tienes disculpa -dijo.

Siguió fumando angustiadamente, de cara a la chimenea. Él habló sin mirarla.

-Dime dónde has estado después.

Ella se encogió de hombros.

-Dando una vuelta -dijo.

-¿Una vuelta? ¿Has creído que soy un estúpido?

Daniela contempló las brasas que se extinguían por momentos. Él insistió.

-Vamos, habla -dijo.

Ella hundió la cabeza entre las manos; lo miró con los ojos desencajados y como si hubiera tomado una súbita decisión sacó algo del bolso y lo echó sobre la mesa. Él vio unos billetes esparcidos.

-¿Qué es eso? -dijo.

Ella rompió en sollozos convulsos.

-Puedes coger ese dinero. Es tuyo.

-¿Qué has hecho?

-Nada que tú no hagas todos los días. Te he engañado.

Él la observó un momento sin entender nada; tenía el cuello de la camisa desabrochado y flojo el nudo de la corbata, y había bolsas fláccidas bajo sus ojos.

-Te has vuelto loca - gimió.

El fuego agonizaba con pequeños chasquidos; ella no se movió.

-Es posible -dijo en tono helado.

-¿Por qué has hecho esto?

-¿Por qué lo he hecho? -dijo ella, estremeciéndose -. Tú sabrás por qué.

Él parecía desarmado y negó con la cabeza. Daniela prosiguió.

-¿Crees que todo puede seguir siempre igual? Es mentira lo de tu congreso, y es mentira lo de la avería en la finca, y toda tu vida es una continua mentira.

Ricardo dio un paso como si fuera a abofetearla, pero se contuvo y de un puntapié esparció las cenizas y las ascuas por el suelo

-Eres una perra -la increpó. Ella alzó la voz.

-No creí que llegaras a tanto -dijo en tono agudo-. Sabes que nunca te pido cuentas de lo que haces, pero eso no. ¡Dios, no!

Él giró sobre los talones, salió al vestíbulo y subió los escalones de dos en dos. Daniela parecía alucinada, con la vista fija en el hueco de la chimenea, hasta que un crujido en el comedor le hizo alzar la cabeza. Junto a la puerta vio la silueta de Ramón.

-¿Estabas ahí? -preguntó con ademán desmayado.

-Sí -dijo él. Daniela miró los billetes sobre la mesa.

-Tú... lo has oído todo -musitó en voz baja.

El muchacho asintió.

-Había ido a la cocina -dijo-, a preparar un café.

***

« ¿QUIÉN ES la loca en esta clase? Se hereda la locura, claro que se hereda. ¿Su madre se suicidó? Una familia de tarados, eso es lo que son. El día menos pensado se mata ella también.» *« Vamos a comer pronto, - me voy fuera y volveré por la noche. Tú acuéstate y duérmete. Y usted también se acuesta, Soledad » Sale del colegio y vuelve por las calles embarradas, mientras la tarde cae; entra en el jardín y sube los escalones del porche, pulsa el timbre y al abrirse la puerta una oleada de calor la recibe. Se detiene un momento y mira fuera. « Cierra la puerta, hace frío. Vas a enfriar toda la casa. » « Miraba el jardín, lo triste que está el jardín. ¿No está papá?» «¿No sabes que salía esta noche?» «Es verdad, no me acordaba.» « Quítate los zapatos, los tienes mojados. » No tiene mucho que estudiar, pronto el calor de dentro la hace encontrarse bien. Soledad termina de ordenar el planchado y trastea en la cocina, mientras ella la escucha hacer. Es entonces cuando suena el timbre del teléfono. Hundida en el asiento caliente no hace intención de moverse; el timbre suena y suena, y oye los pasos de Soledad que viene hacia el pasillo. « Ya voy, ya voy. » Se detiene el zumbido y ella escucha, curiosa. «No está, señor, ha salido. » Unos momentos de silencio y oye de nuevo la voz de la mujer. «No sé dónde lo podrá encontrar. No ha dicho dónde iba. ¿Pasa algo, señor?¿ Quién es usted? Pero, ¿qué pasa?» Desde su asiento escucha, cree distinguir un quejido. «¿ Qué dice usted? ¿La señora? ¿Qué me dice usted?» La voz tiembla y ella siente un extraño presentimiento; se pone tensa y sigue oyendo la voz de Soledad «Pero, ¿cómo ha sido? Ay, Señor, ¿qué vamos a hacer?» Habla entrecortadamente: « Yo no sé, no sé qué decirle. Ya le he dicho que él no está, que ha salido». Ella está rígida, sin atreverse a mover una mano, sin perder una sola sílaba. Presiente una desgracia, pero no sabe cuál oye un chasquido, aguarda a Soledad, pero ella no se mueve; solloza como una chiquilla, con un hipo espasmódico. La ve al otro lado de la puerta, de pie junto al teléfono, apoyada en aquella silla lacada en blanco. Está con el uniforme negro y el delantal, vencida como si hubiera recibido un golpe.*

***

Ramón se despertó sobresaltado; estaba amaneciendo y una claridad lívida entraba por la ventana. Se humedeció los labios resecos y se dispuso a dormir de nuevo. Unos golpes en la puerta le obligaron a incorporarse. Escuchó un momento y no oyó nada más.

-¿Quién es? -dijo en tono áspero.

La puerta se abrió sin ruido y Daniela asomó la cabeza; él se mostró sorprendido.

-Pasa -indicó, con la voz enronquecida por el sueño -. Estaba despierto.

Ella se acercó despacio; llevaba la falda del día anterior y una blusa arrugada. Se frotó nerviosamente las manos.

-Perdona lo de anoche -dijo con ojos fascinados-. Perdona.

Empezó a andar por la habitación examinando los objetos como si no los hubiera visto nunca. Había desaparecido todo rastro de maquillaje en su cara y dos finos surcos se marcaban a los lados de su boca

-¿Es que hay que soportarlo todo? -prosiguió sordamente. El se quedó callado mientras trataba de recordar la escena de la noche anterior. Daniela lo miró con fijeza.

-Vamos, di algo -prorrumpió, y a él lo alarmó la rigidez de su voz-. ¿No crees que la tolerancia tiene un límite?

Él se pasó la mano por los ojos como tratando de borrar una pesadilla; Daniela lo miraba y por un momento pareció que iba a desvanecerse.

-Por favor -suplicó.

Él hizo una inspiración antes de hablar.

-Tienes razón, mamá, tienes razón, pero... hay ciertas cosas que una señora no puede hacer nunca.

Ella levantó la cara y enarcó las cejas.

-¿Qué es una señora? -preguntó en tono agudo-. ¿Qué es?

A la débil luz sus pupilas parecían más claras. Ramón trataba de poner en orden sus ideas y habló escogiendo las palabras.

-Tú eres una señora -pronunció despacio.

-Yo soy una mujer - dijo ella, como pensando en voz alta-. Soy como cualquier otra mujer y estoy harta.

Él la miró con ternura.

-No has dormido nada -dijo, y ella negó con la cabeza-. Anda, siéntate aquí.

La silueta de la mujer parecía irreal; ella lo miró un momento y ocultó la cara entre las manos.

-Lo siento, lo siento como no puedes imaginarte -sollozó-. Debí estar trastornada anoche, debí estarlo.

Se sentó en la cama junto a él y trató de dominar su agitación.

-No creas que lo busqué por placer. Me repugnaba aquel hombre, me repugnaba espantosamente, hasta sentir ganas de gritar.

Asió con fuerza el brazo del muchacho y él le acarició la mano con suavidad. La atrajo hacia sí y la obligó a apoyarse en su hombro.

-Cálmate -susurró. Su cara no mostraba ya el menor vestigio de sueño. Daniela se estremeció a ojos vistas.

-No sé quién era -dijo en tono apagado-. Te lo juro, no lo sé.

-Calla -subrayó el muchacho.

-Lo vi en la carretera -musitó Daniela-. Yo me había bajado del coche y él detuvo el suyo.

Miró la habitación con ojos vidriosos y se volvió hacia su hijo.

-Él se equivocó conmigo. Pensó... no sé... y hasta me hizo gracia la situación.

Hablaba como expresando los pensamientos en voz alta. Poco a poco la claridad iba en aumento y se oían ya voces en los establos.

-Estuve por la tarde en el Peñascal -prosiguió ella. Lo miró de una forma extraña y apretó los dientes con un gesto de irritada impotencia-. Todo el mundo lo sabe, ¿verdad? A lo mejor hasta las niñas lo saben.

Él negó vivamente con la cabeza.

-No, las niñas no. -Daniela parecía abrumada por un peso insufrible.

-Ah, es terrible -balbució. Lo miraba como una posesa, con los ojos hundidos sobre unas ojeras de color violeta-. Nunca sabrán lo de esta noche. No pueden saberlo nunca, o no podría soportarlo.

-Por favor, mamá.

-Júralo, júramelo ahora mismo. Jura que no lo sabrán.

-Claro que no lo sabrán. Lo juro.

Daniela permaneció silenciosa; aún no era de día, pero el cielo se aclaraba hacia levante. Se puso en pie y él advirtió que había envejecido en una noche.

-Yo no quería que tú lo hubieras sabido. Fue mi mala suerte

-No lo pienses más -expresó Ramón en voz baja-. Déjalo.

Ella insistió, retorciéndose las manos.

-No sabía que estuvieras allí -dijo-. ¿Cómo podía saberlo? Yo misma me doy espanto.

Él permaneció en silencio mientras Daniela proseguía.

-Y luego me dio dinero -chilló, volviéndose-. Me dio dinero, y yo lo cogí.

Sacudió desesperadamente la cabeza; tenía los brazos caídos y su barbilla se hundía entre los hombros.

-De todo tiene la culpa tu padre -dijo con rabia-. ¿Tú crees que le importa algo todo esto? ¿Crees que le importa?

Ramón la miraba trastornado. Ella fue hacia la puerta y se detuvo antes de salir.

-No está en el dormitorio -dijo, con una risa que pareció un gemido-. Se ha marchado, ¿sabes?

***

Domingo por la tarde. - Él quiere que me case con un hombre rico. A veces lo sorprendo mirándome fijamente y entonces sonríe, como si se disculpara. Su afecto puede resultarme un poco molesto, incluso morboso; pienso que me vigila demasiado, que trata de encerrarme en un círculo estrecho. Recuerdo un viaje que hice con él y que resultó en cierto modo alucinante, y también aquel verano.

Esperamos un grupo de extranjeras y nos preparamos a recibirlas; ocuparán las camas de las que están fuera.

Me han propuesto que las acompañe en vanas excursiones, y en ese caso mis viajes *serían gratuitos.*

Miércoles. -Hemos vuelto tarde de la excursión; el zumbido del motor me arrullaba con su run-run, el vibrar del asiento me sumía en un sueño profundo. Se cerraban los ojos entre el murmullo de conversaciones en voz baja. Fuera el campo era negro, el cielo negro también, un resplandor fantasmal se extendía en torno y algunas luces parpadeaban a lo lejos. En mi regazo llevaba la cabeza de una pequeña que se había quedado dormida. Yo hubiera seguido, indefinidamente, arrullada por los sonidos de la noche.

Durante la excursión me quedé encerrada en un museo cuando todo el mundo se había ido; por fortuna la mujer de la limpieza tuvo la ocurrencia de abrir la puerta. En la casa-museo había perdido la noción del tiempo; miraba aquellos cuadros y en un momento que no recuerdo me sentí fuera de la realidad, liberada del cuerpo, hasta que la propia soledad me hizo volver en mí cuando todas las otras se habían ido.

Viernes. -Un insecto se mantenía en un punto, volando sin apenas cambiar de posición, como un diminuto helicóptero. He mirado hacia arriba y he visto un árbol cuajado de flores blancas, con los estambres erectos culminando en una diminuta bola amarilla y aterciopelada. Sus flores están reunidas en racimos y de cuando en cuando se desprende un pétalo blanco, y viene a caer junto a otros muchos. He movido una rama y una cascada de pétalos blancos se ha desprendido. Un niño de jersey rojo juega a la pelota con otro niño de verde, y en un banco cercano un hombre lee un libro en voz alta junto a un anciano ciego. Las pequeñas margaritas miran al sol, y en el centro de la explanada el busto blanco e impasible sigue recibiendo el homenaje de las estaciones.

Sábado. -Alguna vez he pensado que él, en otras circunstancias, hubiera podido enamorarse de mí. ¿Por qué ese demorar y demorar? ¿Por qué tanta duda en cuestiones de amor? ¿Por qué esa tristeza? Le he dicho que tendría que escribir una novela que le llevara tres años y tuviera setecientas páginas; con ello nos haría un gran favor a todos.

Quisiera borrar en él las ideas sombrías, convencerlo de que las trabas no existen, sino en su

imaginación. ¿Por qué sus esporádicas caricias no me agradan? Y son limpias, pero están cargadas de ansiedad.

***

QUERIDA MARÍA: He recibido dos cartas tuyas casi consecutivas, y creo que contestando a la última lo habré hecho a las dos.

No sé por qué te apura el escribirme; después de lo que me decías en una de las tuyas es natural que yo sea tu confidente en esta ocasión. ¿No se trata de tu salud espiritual? Entonces yo debo serlo.

Dices que no entiendes nada; ¿qué es lo que no entiendes? Yo he hablado muchas veces contigo, desde que eras muy pequeña, y veo que razonas y dices unas cosas tales como cualquiera que se crea en la cumbre del equilibrio psíquico. ¿Que tienes dificultades? María, si pudieras por arte de magia adentrarte en el pensamiento de las gentes que van por la calle, ríen y parecen despreocupadas, te llevarías una gran sorpresa. Todo el mundo tiene sus problemas.

Sin querer has puesto el dedo en la llaga: ahí es nada, el problema de la relación alma-cuerpo. Eso no es un problema resuelto, de acuerdo contigo. Pero si lo estuviera, se habrían acabado la mayoría de los problemas. Nosotros los psiquiatras podemos dividimos en aquellos que son espiritualistas y creen en una separación del espíritu, los psicosomáticos que hablan de las correlaciones cuerpo-alma y los somáticos puros, muy sujetos al mundo experimental, a lo físico, que argumentan que todo es somático y que lo psíquico es expresión de ello. A mi modo de ver están en lo cierto los segundos, pero mi opinión es que ese problema no podrá ser resuelto por el hombre jamás. ¿Tú no ves en ello lo trascendental? Las cosas trascendentales son del más allá, y por tanto problemas teológicos o teleológicos, y pertenecen a los sacerdotes. Nosotros debemos ocupamos de aquéllos somato-espirituales que afectan a la salud, y nada más. ¿Que tú te inquietas por ello? Y cómo no, si eres culta y sensible. También yo me he atormentado por muchas cosas, y he llegado al convencimiento de que no debo preocuparme por ellas. Mis conocimientos médicos me estorban; alguna vez me pueden ayudar, pero en general me estorban, ya que tampoco la biología, la física ni la química me han hecho ningún favor.

Espero que hagas como te dije y no trabajes en exceso, y que procures distraerte. Y no olvides esto: te tengo demasiado afecto para consentir que en ti progresara una enfermedad sin tomar alguna precaución. Sería criminal.

Procura estar serena; estás atravesando una crisis «del conocimiento», pero nada más.

Te refieres a un sueño que se repite: en él estabas en un extraño lugar dispuesta a hacer un largo viaje, pero no te daba tiempo de preparar el equipaje. Es tu estado angustioso que te hace pensar que nunca podrás finalizar tu pretendida curación.

Tienes un reproche que hacerme: he hablado de tu problema con tu padre. Ha llegado el momento en que él debía saber que tú sufres, puesto que es el indicado para dar una solución definitiva a esta situación; en absoluto pienso que tenga que hacerlo porque estés mal, nada de eso. Es sencillamente que hay que buscarte un cambio de ambiente para que te convenzas de que no tienes nada y, al mismo tiempo, si hay alguna circunstancia externa que esté contribuyendo a sostener ese estado de angustia, sea eliminada. Yo no niego que tengas angustia, pero, hija mía, existe un abismo entre la angustia sin más y la enfermedad mental, proceso, te repito, perfectamente delimitado como cualquier otra enfermedad del organismo.

Animo: tienes juventud, eres fuerte a pesar de todo. María, quiero darte un consejo: es preciso que no estéis separados tu padre y tú. He hablado seriamente con él. Puesto que el ambiente en que viviste te ahoga, él tiene intención y posibilidades de cambiarlo por otro. Viviréis en un lugar mayor y menos provinciano. Nada de internados, nada de separaciones. No te preocupes, a lo tuyo le daremos una solución, pero nada de sanatorios. Verboten! Verstehen Sie? Un abrazo.

P.D. Cuando yo tenía tu edad también me angustiaba. Soñaba y creía que sólo el irme en un barco de vela me libraría de mis fases angustiosas primaverales.

VIII

Escuchad los que aplastáis al pobre:
Disminuís la medida, aumentáis el precio
y falseáis la balanza.
Compráis por dinero a los débiles
y a los pobres por un par de sandalias.
Yavé ha jurado: No olvidaré yo nunca esto.

Amós 8, 4-6.

Paula alzó la mirada y la dejó resbalar por los muros del salón. No había advertido la presencia de su hermano hasta que unas notas en el piano la sobresaltaron.

-Ah, estás ahí.

Él cerró la tapa sin ruido, fue a la librería y alcanzó uno de los volúmenes. Desde allí la miró.

-Te veo muy seria estos días. ¿No sales con los demás?

Paula estiró las piernas en el asiento del sofá.

-No tengo ganas de salir.

-¿Qué demonios te pasa? ¿Quieres que te sirva algo de beber?

-Ponme lo que quieras -asintió ella con desgana.

Bajo la luz que entraba a raudales por las ventanas los objetos cobraban vida; el ambiente era húmedo en el espléndido día de primavera.

-Quizá todo sea demasiado fácil -agregó la muchacha -. Nunca pasa nada, la vida es demasiado tranquila, creo que nos estamos anquilosando.

-Eso es lo que tú crees -dijo él, ofreciéndole un vaso. El aire cerró de golpe una ventana; cerca se oyeron voces y entre ellas la risa de Mónica. Paula siguió hablando despacio.

-¿Crees que estamos bien educados? -dijo.

-¿Quiénes?

-Nosotros. Mónica, tú y yo.

-¿Y por qué no vamos a estarlo?

-Yo a veces lo dudo.

-No estamos ni mejor ni peor educados que otros -dijo él-. ¿Te gusta así?

Ella negó con la cabeza.

-Estamos peor educados que nadie.

-Está bien - concedió su hermano -. Como quieras.

Fue a poner un disco, pero lo pensó mejor y después de haberlo sacado lo guardó en la funda. Las voces y las risas se acercaron.

-¿Qué tiene ella que yo no tenga? -el chico pareció no comprender.

-¿Te refieres a Mónica?

-¿Qué es lo que os da, que estáis todos locos por ella?

Él la miró sorprendido y contestó con una sonrisa.

-Será que lo merece -dijo, con intención de molestar.

Paula se incorporó en el asiento.

-Es una hipócrita y os tiene embobados a todos -dijo-. A ti, a mamá y a papá también.

Apretó los labios y dio por concluido el diálogo. Su hermano prosiguió en son de burla.

-Tú lo que tienes es envidia, bonita -la muchacha saltó.

-No tengo envidia, imbécil -dijo-. ¿Cómo es ella? Es caprichosa y consentida, hace lo que quiere y todo lo que hace os parece muy bien.

-Enhorabuena -dijo su hermano-. Hay algo que te altera.

-Déjame en paz.

Un humo ligero se elevaba del hogar colándose por el tiro de la chimenea y un grueso tocón crepitaba entre las cenizas.

-He visto a papá esta mañana -dijo Paula de pronto -. Salió muy temprano en el coche, casi de madrugada. Me despertó el ruido del motor y lo vi desde la ventana.

Ramón no dijo nada y ella prosiguió.

-Iba solo -dijo-. Me pareció raro, anoche no dijo que tuviera que marcharse. ¿Qué habrá pasado?

El muchacho tardó en contestar y cuando lo hizo abandonaba ya la habitación,

-Habrá tenido que hacer, no lo sé -declaró-. ¿No vienes?

-Ya te he dicho que no tengo ganas. Ahora no.

Volvió a tenderse en el sofá y enseguida vio pasar a su hermano ante la ventana y alejarse sobre el césped.

El grueso tronco volteó en el hogar, pero ella no pareció advertirlo. Lanzó una mirada al espejo y se vio reflejada, nimbada de una luz irreal.

***

Sábado. -Cuando hayan pasado los años, veinte años, veinticinco, evocaré estos claustros y querré volver a ellos, a este silencio profundo, al hechizo que invade las aulas vacías y las estrechas escaleras, a los intrincados pasillos, y no podré hacerlo. He sentido la necesidad de contemplar mucho tiempo todo esto, de saturarme del espíritu de otros tiempos, de la paz de esta isla contra la que empieza ya a arremeter la marea del siglo. Estos días pasados creía yo tener una gran fuerza, todo a mi alrededor tenía color y relieve, contaba yo con energías para levantar el mundo; hoy me veo como un obrero de la vida, sin ánimos y sin alegría, viendo el mundo de distinta manera a como lo he visto antes: menos luminoso, gris y manchado de grasa. No quiero pensar en mi cuento ni en qué será de él. El tic-tac del reloj sobre la mesilla se convierte periódicamente en un tiqui-tac, semejante al diminuto galopar del caballo de un duende.

Sólo la vuelta a los «mandamientos desnudos» podrá acercar a las iglesias, para hacer frente común contra la degradación y el caos. La Iglesia triste, la de las afirmaciones dogmáticas que repugnaban a la razón. «Sigue tu recto juicio», me dijo el Señor. ¿Por qué creo? Porque estoy obligada a creer, porque mi vida no puede ser de otra manera; porque «Él» es para mí como las espinacas para Popeye. A lo mejor, si Dios-Padre es tan necesitado por el hombre, es porque verdaderamente existe.

2 de abril, Pascua. - He pasado la noche soñando que llegaba tarde a un examen, o quizá una parte infinitesimal de la noche, qué angustiosa sensación. Todo es glorioso: el murmullo de los árboles, el aire fresco que alborota el cabello, el brillo fulgurante del sol, la paz de la mañana a la que sirven de marco los ruidos de la ciudad.

Otra vez debo tener lombrices a juzgar por los picores que tengo; dice la hermana de la enfermería que eso me pasa por morderme las uñas, pero hace tiempo que no me las muerdo. Me ha dado píldoras de violeta de genciana.

Hoy echaban las campanas al vuelo; su sonido hueco lo inundaba todo, lo bañaba todo y se metía por los resquicios de puertas y ventanas, sin dejar lugar a nada más. Ya están los chopos verdes tan tranquilos, cabeceando al aire, como si nunca se hubieran desnudado.

***

Betty ahogó un bostezo.

-¿Qué has hecho de las raquetas? -preguntó. Paula se volvió desde un extremo de la habitación-. Quisiera jugar un rato -agregó ella.

Estaban en el dormitorio que ocupaba Betty en el piso superior; la ventana se abría sobre el tejado y desde allí se veía la piscina como un rectángulo de color turquesa. Betty observó a su amiga.

-No tienes buena cara -le dijo. Ella retiró el cabello de la frente con un gesto peculiar.

-Es que no he dormido muy bien esta noche - dijo -Me he despertado muchas veces.

Se oyó ladrar a un perro y Paula se acercó a la ventana; los macizos estaban floreciendo y los

álamos se habían llenado de hojas tiernas. Ella habló sin volverse.

-¿Tú eres feliz? -preguntó.

-Qué cosas más raras preguntas -dijo Betty-. ¿Por qué? Unas veces soy feliz, y otras no. Cuando las cosas me salen bien, soy feliz.

-¿Y te salen bien muchas veces?

Se había sentado en el alféizar y Betty fijó en ella sus ojos verdes ligeramente velados.

-Según -dijo jovialmente -. Vaya unas cosas que preguntas.

La pista de tenis ocupaba un claro entre los árboles. Paula vio que César corría tras la pelota; iba vestido de blanco y tenía el pelo de un color rubio oscuro. Su amiga se asomó también.

-Qué bien huele -dijo, aspirando-. Sí, creo que soy feliz aquí.

Se irguió sobre las puntas de los pies y empezó a trenzar el cabello de Paula, sin lograrlo.

-¿Nunca has tenido el pelo largo? -dijo.

-De pequeña lo tuve siempre largo. Luego, no -contestó la chica.

Vio algo desde la ventana y parpadeó; Betty vio a Mónica corriendo en la pista, y riendo al mismo tiempo.

-¿Tienes celos de ella? -susurró. Paula no dijo nada.

-¿Sabes lo que pienso? -insinuó ella-. Que estás loca por él.

Paula inició un movimiento de protesta y ella se echó a reír.

-He acertado, ¿verdad? Es él el que te gusta.

Como ante un descubrimiento insólito permaneció fascinada.

-¿Quieres que se lo diga? -sugirió.

-Te mataría si le dijeras eso. Además, eso no es cierto.

La pareja había abandonado el juego y venía hacia la casa. Mónica estaba muy linda con su falda corta; César las vio y las saludó con la mano.

-¿Qué estás maquinando? -dijo Betty en voz baja. Paula suspiró.

-Yo ni parezco existir para él.

-No creas, tú le gustas -rió su amiga-. Él me lo ha dicho.

Paula negó con suavidad.

-Siempre pasa lo mismo - dijo ella divertida -. Es una especie de dios para las chicas, y una preocupación para los chicos.

Las dos se miraron un momento y se echaron a reír. Luego se quedaron muy serias.

-Tienes el pelo como tu madre -dijo Paula-. Igual que tu madre.

-Y mis ojos son como los de papá. Iguales que los de papá.

Rieron nuevamente, y entre tanto Paula parecía haber recobrado su aplomo. Betty fue hacía el armario.

-¿Puedes dejarme ropa blanca? -dijo-. No encuentro nada.

-Vamos -dijo Paula, disponiéndose a salir-. Daremos unos pelotazos antes de la merienda - Betty se volvió.

-Tienes miedo, ¿verdad? -dijo-. Tienes miedo de él.

Paula se mostró consternada.

-No tengo miedo de él, sino de mí -dijo en voz baja-. Estoy confusa, ni siquiera sé lo que digo.

-Vamos a jugar, anda -indicó Betty, y ella la siguió.

***

Su olor, la transparencia de su piel, la cercanía de sus ropas ásperas; la marchita suavidad de su mejilla que has advertido en alguna ocasión, cuando tras unas vacaciones prolongadas te ha saludado besándote. El fino trazo de sus cejas, su sonrisa agradable o la risa que estalla rara vez modificando su fisonomía y haciéndola aparecer más juvenil. Si ella sonríe todo a tu alrededor sonríe. La luz reflejándose en los altos ventanales parece más radiante, es más perfumado el aire que penetra en el jardín y que trae el tibio aroma de las rosas. Pero si la ves sombría, si parece

triste piensas si tú misma habrás provocado su tristeza. De tal manera que no dejas de hacer cábalas y alguna compañera se burla, te toma a broma y mueve la cabeza. Notas un sentimiento de rabia y vuelves a encerrarte en ti misma.

En el silencio de la habitación el acento pausado de la monja cae en tus oídos haciéndote desear la inmolación y el sacrificio, y es tal su unción que no parece sino que el alma vaya a abandonar el cuerpo. De modo que las horas parecen minutos y los minutos pasan sin sentir. Coge tu mano entre las suyas mientras se expresa en voz muy baja, quieres prolongar el momento y al mismo tiempo te desprendes de ella; su afecto es una inclinación maternal, pero te sientes turbada.

***

El agua del río era de un verde oscuro; pasaba ondulada bajo el puente y formaba un remanso. Dos grandes árboles se inclinaban sobre el cauce, entre tallos de plantas acuáticas.

-Dime que me quieres -dijo Mónica con un gracioso gesto.

César hizo un esfuerzo para no reírse; se había encarado con él y le dedicó una sonrisa, entre obstinada y amable.

-Te quiero -afirmó solemnemente él.

-No te creo.

El se inclinó y la besó en la cara.

-¿Me crees ahora?

La chica asintió y luego señaló el cielo.

-Todavía va a llover -dijo-. Mira.

Bordearon los álamos y salieron a la piscina que estaba llena a rebosar; unas rosas menudas al borde parecían puntos rojos, y el agua tenía un limpio color azul.

-¿Te parezco más guapa que Paula? - dijo la chica en tono impertinente. Tenía el pelo suave como la seda, los labios jugosos y toda ella exhalaba juventud. Llevaba puesto un pantalón corto y una blusa flotante, y él temió verla desnuda al menor soplo de aire.

-Sois distintas -dijo, tragando saliva.

La muchacha tronchó una flor rosada y se la prendió en la blusa.

-¿Quién es más guapa? Dilo.

Un insecto trazó su sombra al pasar y el aroma se hizo tierno y sofocante; los arbustos se estremecían y una nube de mosquitos sobrevolaba la maleza. Él alargó la mano como en un juramento.

-Las dos sois lo mismo de guapas -dijo -. Lo juro.

Se echaron a reír y entonces ella sujetó su mano.

-Bueno -cedió-. No vamos a reñir por eso.

Luego permaneció abstraída y habló como para sí.

-Todos nuestros amigos la admiran -declaró. Él acogió su confidencia con una sonrisa.

-Todos estamos un poco enamorados de ella.

La chica lanzó al agua una pequeña rama que provocó ondas concéntricas. Se rompió la imagen de los árboles y del cielo, pero luego la rama flotó inmóvil y la superficie recobró su tersura.

Fueron andando en dirección a unos árboles que tenían los troncos tapizados de hiedra. Ella miró hacia la pista de tenis y vio a su madre leyendo bajo unos arbustos.

-Ahí está mamá -señaló.

Atravesó el césped y César la siguió. Daniela los recibió sonriente.

-Siéntate a mi lado -dijo a César, y él hizo lo que le indicaba.

-Todo esto es magnífico -dijo sinceramente-. Me siento como si me hubieran quitado años de encima.

La mujer tenía el cabello muy claro y sus pupilas se mostraban veladas y pálidas. Todo en ella denotaba un refinamiento especial.

-Tú no necesitas quitarte años de encima -suspiró. Se fijó en el aspecto de su hija y pareció contrariada.

-¿Por qué no vas a vestirte mejor? -le dijo. Ella se encogió de hombros.

-¿Es que no estoy bien así?

-Vamos, ve a vestirte -insistió Daniela en tono más severo. César las miraba divertido.

-Obedece a tu madre si no quieres que te azote.

-Bueno, voy -cedió la chica, malhumorada. Fue hacia la casa balanceándose conscientemente y su madre la siguió con la vista.

-Todos son problemas -suspiró.

-¿Te gustaría pasear un rato? -dijo César-. Quisiera conocer la finca.

La mujer le dedicó una mirada rápida y vio que sus manos eran fuertes y estaban recubiertas de un vello dorado que brillaba al sol; su piel era también dorada y el cabello trigueño.

-Me parece muy bien. Te serviré de guía.

La ayudó a levantarse y caminaron hacia los cobertizos, junto a macizos de heliantos. La hiedra reptaba en la fachada lanzando sus vástagos sobre las cornisas.

***

No la has visto en todo el día, quizá no la has encontrado en varios días y notas un vacío profundo; tu vista la persigue entre los arcos del claustro, en su reclinatorio o en el jardín de las monjas, pero no la encuentra. Y un pensamiento doloroso se adueña de ti: ¿estará enferma? Te acosa la inquietud y sigues buscando su silueta delgada; ya no piensas más que en ella, sabes que la quieres más que a ti misma, mucho más que a cualquier otra persona o cosa, más de lo que nunca habías querido; sin ella se te hace intolerable la vida. Sabes que tendrás que estar siempre a su lado, no podrás ni querrás dejarla nunca y por eso nunca te irás de aquí. Esta decisión te devuelve el sosiego: sufrirás con ella, meditarás con ella y hasta es posible que en algún momento puedas sufrir que te aparten de ella. Pero hasta entonces pasará mucho tiempo y habrás pisado los mismos suelos, gozarás de su compañía y habrás participado en su vida. Habréis rezado juntas, serás su compañera. Y ya de noche, en el dormitorio, cuando habías desesperado de verla, la descubres al fondo hablando con la vigilante; tu corazón da un salto, notas la felicidad inundándote como una marea y tienes que apoyarte para no caer. Sientes la urgente necesidad de acercarte a ella y con cualquier pretexto dejas la celda y pasas a su lado, ella inclina la cabeza y sientes de nuevo que un común secreto os une; cuando te duermes sigue la embriaguez junto con un sentimiento de congoja.

***

Paula miró a las nubes; estaba sentada en un banco del jardín y tomaba apuntes en un cuaderno de dibujo. Betty iba de allá para acá curioseándolo todo.

-¿Has visto eso? -dijo Paula-. Va a cambiar el tiempo.

Betty se enjuagaba las manos en una manga de riego y se secó en la trasera del pantalón.

-Ya lo veo -asintió. Fue a sentarse junto a los rosales trepadores, bajo el muro invadido por la hiedra.

-¿Qué estas haciendo? -preguntó. Paula cerró el cuaderno.

-No tiene importancia -dijo-. No era nada.

La hiedra remontaba las tapias, caía sobre los cobertizos y encuadraba las ventanas del piso superior. Betty miró al fondo del sendero.

-Mira quién viene -indicó.

Era Ramón llevando un caballo de la brida; las saludó alzando un brazo y siguió en dirección a las cuadras. Betty lo estuvo mirando hasta que ya no pudo verlo.

-Es un encanto -suspiró. Paula dejó a un lado el cuaderno.

-No te fíes -dijo medio en broma. Betty se echó a reír y mostró unos dientes muy blancos y graciosamente desiguales. Unos hoyuelos profundos se marcaron en sus mejillas.

-Tiene algo diabólico en la mirada, no lo niego -dijo-. Pero es un encanto.

-Hubiera hecho el tipo de señor feudal, dueño de haciendas y de vidas -replicó su amiga. Ella la

miró sin abandonar su expresión risueña.

-Me parece que no os lleváis muy bien -observó.

-Nos soportamos y nos ignoramos mutuamente.

Él había dejado el caballo y salía con la fusta en la mano. Al llegar a la altura de Paula se detuvo, cogió el cuaderno y empezó a hojearlo. Ella se lo arrebató sin miramientos.

-Muy bonito -dijo él, tratando de besarla. Paula se revolvió, furiosa.

-Déjame en paz, no me toques -prorrumpió, pero él estaba dispuesto a divertirse a su costa.

-¿Te das cuenta? -dijo, soltándola a su pesar-. Eres una especie de fiera - remedó sus gestos, guiñó a Betty y dando media vuelta se dirigió a la casa. La chica lo siguió nuevamente con la vista y en su mirada había una especie de arrobo.

-¿Acaso puedes ver algo? -dijo Paula, irritada-. ¿Por qué no te pones las gafas?

-¿Quieres que vaya pregonando que soy miope? No, gracias.

Sobre el rumor de la acequia se dejó oír la voz de Daniela, llamándolas. César apareció a su lado.

-¿Vamos dentro? -sugirió ella-. Me temo que vais a mojaros.

A la vista de las muchachas aparecía extrañamente juvenil; ambas se levantaron a un tiempo.

-Sí, ya vamos -dijo Paula, alzando la voz.

Las nubes estaban encima y de pronto los colores perdieron brillantez, haciéndose uniformes; los trinos sonaron apagados y parecieron extinguirse los aromas. Se oía el zumbar de los insectos y el aire que corría se hizo más fresco en un instante.

***

Sorprendes en ella un gesto, un ademán; ha hecho seña a una alumna de que la siga y te quedas suspensa, mientras ves que la interesada va con ella por la galería y ambas desaparecen tras un recodo. La olvidas un momento, pero desde arriba la ves entre las columnas y tu corazón se acelera. Caminan despacio con las cabezas inclinadas y tu compañera asiente mientras ella sonríe; lleva las manos ocultas en los pliegues del hábito, pero luego la coge del brazo y ambas avanzan juntas. Siguen conversando y en algún momento un reflejo en los cristales las oculta a tu vista; alrededor las charlas de las otras parecen distanciarse, sigues mirando las dos figuras que bordean el claustro y al mismo tiempo se te hace insoportable el verlas. Un timbrazo súbito convoca a las alumnas para volver a clase y dejas tu lugar de observación, con un sentimiento de pena, y hay tal inquietud en tu espíritu que no puedes seguir ninguna explicación. Porque permaneces abajo, con las dos personas que hablan en voz baja. ¿La querrá más que a mí?, te preguntas, y la sola sospecha se te hace insoportable. Las lágrimas acuden a tus ojos y sientes que la tarde está vacía, que el mundo y la existencia carecen de sentido, notas una vez más que el rencor y la amargura se han adueñado de ti.

***

Sonaron unos ligeros golpes a la puerta.

-¿Sí? -dijo Paula con acento musical.

Descansaba en un sillón del dormitorio; se ciñó la bata de tonos suaves y se irguió en el asiento.

-Soy yo -dijo una voz masculina fuera-. ¿Puedo pasar un momento?

Reconoció la voz de César y se arregló el peinado con las manos.

-Pasa - dijo en voz alta -. Puedes pasar.

Sostenía un libro abierto y lo cerró sobre la falda; César entró en el cuarto y ella no pudo evitar un estremecimiento que disimuló muy bien.

-Me voy ahora - explicó él -. Quería despedirme de ti.

-Ya te vas - dijo Paula, mirándolo -. Se ha pasado el tiempo muy deprisa. No sé cuándo te volveremos a ver.

Al mismo tiempo le indicó un asiento a su lado.

-¿Por qué no te sientas? -dijo.

El se dispuso a hacerlo, pero antes miró fuera; densos grupos de nubes se habían acumulado en el cielo y el aire arreciaba. Se volvió hacia la chica y ella lo sintió muy cerca.

-No olvides que has prometido venir a mi casa - dijo César. Ella no se atrevía a mirarlo y estaba inmóvil.

-No creo que pueda -dijo.

No tenía fuerzas para soportar su mirada, extrañamente atraída por su magnetismo. Era un hombre joven, pero tan seguro de sí como si tuviera la certeza de que todos, hombres y mujeres, habrían de rendírsele.

-¿Por qué no vas a poder? Ya eres una persona independiente. Se terminó el colegio, ¿no? -ella denegó con un gesto.

-Bien, se acabará pronto - insistió él -. Tu mundo va a cambiar ahora.

Se había inclinado y la observaba con interés.

-Vendrás con Betty a pasar las vacaciones de verano -dijo en un tono que no admitía réplica.

Siguió un silencio tenso; empezaba a llover con fuerza y los macizos se estremecían. Del jardín subían vaharadas de perfume. La chica suspiró.

-Qué hastío de vida -dijo-. Ha llegado la primavera, luego vendrá el verano, luego el otoño...

César se echó a reír.

-Así tiene que ser, ¿no?

Paula miró un momento el libro y lo volvió a cerrar.

-Tú no lo entiendes -dijo-. Tú eres importante, ganas mucho dinero y tienes una idea personal de las cosas.

César no pudo contener una sonrisa.

-Y tú no puedes quejarte - dijo -. Tienes una familia magnífica, y me consta que tu padre se dejaría despellejar por ti. Habla de ti continuamente. ¿Qué estás leyendo? -preguntó.

Ella le tendió el libro y sus manos se rozaron. Una ráfaga de aire entró por la ventana arrastrando el agua pulverizada.

-Cómo llueve - dijeron los dos al mismo tiempo, y se echaron a reír. Paula adoptó una actitud meditativa.

-Me gustaría que me enseñaras fotos - dijo -. De las que lleves siempre contigo. Es por curiosidad.

Resignadamente César sacó un billetero del bolsillo y se lo dio.

Ella lo sostuvo en la mano, como si no se atreviera a abrirlo, y lo acarició con la yema de los dedos. Por fin lo hizo y una foto llamó su atención.

-¿Son así todas tus amigas? -dijo. Él sonrió.

Más o menos.

Es una mujer maravillosa. ¿Cómo se puede llegar a ser así?

Le devolvió el billetero y al hacerlo sus manos se rozaron de nuevo. Él tomó la de Paula en la suya.

-Ella te envidiaría a ti.

Paula se había puesto bruscamente en pie para ocultar su turbación. Hubo un nuevo silencio en que se oyó el batir de la lluvia.

-Eres muy guapa -dijo César, mirándola. No había soltado su mano y la besó en la palma con suavidad. La chica tuvo que hacer un esfuerzo para no inclinarse y besarlo en la boca.

-¿Sales con alguien en especial?

-Sí -dijo Paula en voz baja.

-¿Estas enamorada?

-Sí -dijo ella-. No lo sé.

Había cerrado los ojos tratando de rehuir su hechizo. Cuando los abrió la expresión de él había cambiado.

-No olvides lo que hemos hablado -dijo-. Vendrás con Betty este verano.

Soltó la mano de la chica y se dispuso a salir. Luego pareció recordar algo y se volvió un momento.

-Despídeme de Mónica -dijo -. No he podido verla.

Paula lo vio marcharse y sintió que un gran vacío se había hecho a su alrededor. La luz de fuera se hizo extraña, como recién nacida. De pronto había dejado de llover, y una voz varonil se dejó oír por el lado del río.

***

4 de abril, martes. -Han distribuido los papeles de la opereta que haremos para despedir el curso: hago Henri de Corneville, Paula hace Germaine y todo el mundo tiene papeles en la clase, más o menos extensos. Habrá que ensayar durante meses. La música es alegre y muy pegadiza; hemos visto entre todas el texto completo.

Jueves. - De mañana crujen los muelles, las cortinas se corren, suena el agua en los lavabos; la monja va de un lado a otro dando ásperas órdenes y revisando las camas. Todo hay que hacerlo deprisa, doblar la ropa de la noche, recoger la celda; ella se detiene, mira una cama donde el colchón no ha sido bien removido o la colcha estirada, pega un tirón de la colcha y las mantas y hay que hacer la cama de nuevo.

El salón de actos estaba vacío, las sillas cerradas y apartadas al fondo; he entrado a recoger unas carpetas y he visto desde abajo el escenario silencioso, desnudo de decoración, y me ha parecido mucho más pequeño.

Viernes. - Lograr la literatura en relieve, los mismos objetos vistos desde distintos puntos de vista; tener en cuenta la ventana, su reja, el árbol pelado, el ruido de las taladradoras, el cielo azul encima. El libro es a quien lo escribe como la perla es a la ostra: una excrecencia monstruosa. Y gastar días y días de tu vida, ¿para qué? Lo más seguro, para un fracaso. ¿No es mejor divertirse, matar el tiempo? El que pueda divertirse y matar el tiempo.

Estoy segura de actuar bajo el impulso de un instinto primario, del mismo modo que la abeja se ve obligada a fabricar matemáticamente su panal. Más que los vivos me ayudan los muertos; es curioso, nunca he sentido temor de eso. ¿Acaso los muertos son bondadosos? Los que pueden hacer algo todavía, sí. Al menos, eso creo.

El escritor se ha inventado (no de ahora, sino de tiempo inmemorial) el crear unos personajes y a ellos colgarles el sambenito de sus pasiones y sus miedos, y así Homero le colgaría los suyos a Ulises y Cervantes a Sancho y a don Quijote. Quizá el mejor sistema para ser original sea mostrar la propia cara, porque no hay dos caras iguales en el mundo.

«Niño, niño -dijo con voz alta a esta sazón don Quijote-, seguid vuestra historia en línea recta, y no os metáis en las curvas o transversales; que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.

También dijo maese Pedro desde dentro:

-Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que este señor te manda, que será lo más acertado; sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que suelen quebrar de sotiles.

- Yo así lo haré -respondió el muchacho. »

***

Se siente desfallecer y un sudor frío le inunda la frente, se levanta y va hacia Soledad. «¿Qué pasa?» Ella se tambalea entre los muebles y se deja caer en el sofá. Llora y con el delantal se seca las lágrimas, mientras ella se sienta a su lado y la sacude con fuerza. «¿ Quieres decir de una vez qué pasa?», grita. La mujer no contesta, pero la estrecha contra sí y le acaricia el pelo torpemente, ásperamente, el cabello y las sienes. Ella conoce la verdad, que se han cumplido sus presentimientos y que su madre está muerta, lo sabe desde el principio, desde que empezó a sonar el teléfono o quizá desde antes. Lo presintió ya cuando la vio salir aquella tarde. Lo espera cada día que pasa, sabe de siempre que no volverá a verla nunca y que todo quedará en una increíble pesadilla. No quiere preguntar y, no obstante, con un hilo de voz: «Soledad ¿qué pasa?». La mujer se endereza y trata de serenarse. « Es que mamá se ha puesto enferma, muy enferma. » Ella mira sus ojos pardos y descoloridos y la ve de pronto mucho más ajada y vieja. Y con todo ello comenzó a nacerle el miedo a la locura.

«Ellas se están riendo, y se ríen de mí. » Asombro, incredulidad, como si el mundo se viniera

abajo: cuchicheos, frases veladas, miradas de angustia y en un principio la duda de que aquello sea verdad Tan brutal ha sido la noticia desnuda, sin paliativos e increíble que más parece una broma macabra; la noticia es un reguero de pólvora que se enciende, salta y pronto es del dominio de toda la ciudad. Escucha comentarios más o menos encubiertos y al ver el juego de los niños en la calle siente rabia e indignación por su alegría y su indiferencia; ella no puede siquiera comer y ellos juegan y ríen en como si nada hubiera sucedido. Cuando va a hacer algo importante o alegre la idea se presenta de nuevo, sin que pueda ahuyentarla: «¿Qué vas a hacer, si estás condenada a morir? Escóndete, no te dejes ver, y así la caída será menos ruidosa». Teme perder la razón en el momento en que aparezca el miedo; es el temor al impulso incontrolado, es el miedo a los ataques de miedo.

***

Domingo. - Por la mañana me he puesto a tomar notas en el cuadernillo; como estaba a la puerta de una iglesia, por no llamar la atención he simulado copiar algo del tablero de anuncios. Cosa curiosa, todos los que entraban o salían se quedaban mirando el tablón.

¿Qué hemos hecho con María de Nazareth? Ella era una moza saludable y valiente. ¿En qué especie de monstruo melifluo la hemos convertido? Su mayor mérito estriba, a mi entender, en la serenidad con que supo acoger el destino superior a que estaba llamada: en no tener miedo.

Lunes. -Nunca trataré de enseñar nada a mis semejantes; a lo que aspiro es a distraerlos un poco, ya que no me creo capaz de conmoverlos. Cuando un escritor llegara a la cumbre debiera tener la entereza de ánimo suficiente para decirse: «Si yo desaparezco de la Literatura no sucederá absolutamente nada». Sólo así podría librarse de la angustia del mantenerse arriba, y de la alienación humana y artística. El vértigo de hallarse tan alto y solo, salir de una desesperación para entrar en otra.

Jueves. - El agua de riego se abría en un abanico sutil y a la vez poderoso, más espeso en los bordes, disolviéndose luego en una cascada de pequeñas gotas luminosas como fragmentos redondos de un gran cristal de roca; la luz se descomponía en ellos con todos los colores del iris. Una menuda lluvia salpicaba y al mismo tiempo subía de la tierra un aroma enervante a humedad y a aliento vegetal. El agua brillaba en las ramas que se doblegaban ante la cascada cristalina y las hierbas, más crecidas al pie de los árboles, se volvían mucho más brillantes. El aire hacía entrechocar las hojas con un suave murmullo. Escribía junto a la ventana frente al jardín de las monjas, a pleno sol, y una sombra ligera ha resbalado sobre la superficie del cuaderno. ¿Una voluta de humo?, me he preguntado. No era humo, era una nube muy pequeña y difusa. A través de la ventana me ha alcanzado un tufo a guiso o a algo que se quema.

Sábado. -Si me pongo a escribir todo a mi alrededor pierde vida y color: los edificios que distingo a través de los cristales, bañados por el sol, el verde de los árboles abajo y el zumbar de las chicharras entre las matas. Todo se desdibuja y sólo permanece mi mundo interior.

No concebirse aislado en medio de la creación, sino como un eslabón entre los innumerables que, partiendo del Ser, se sustentan unos a otros hasta el infinito.

Hubiera querido dominar la técnica de la pintura; veo figuras y escenas que me gustaría plasmar y no puedo hacerlo por falta de técnica. Me terno que para mí sea la pintura como aquel novio que te deja y se casa con otra.

No sé nada del concurso; tenía que haberse fallado, pero se han presentado muchos originales y el jurado no ha tenido tiempo de deliberar.

***

Estás arrodillada en la capilla, mantienes la frente entre las manos y a ella no la ves, pero sabes que está cerca y evocas su postura, su actitud, el rostro entre las manos alargadas; su figura erguida, los pliegues cárdenos del hábito, quebrándose bajo la capa. La moderada curva de los hombros, la cabeza arrogante y el suave ademán. Quieres sumergirte en la oración y no puedes, notas su presencia cercana y tu espíritu está fuera de sí ¿Te mira, quizás, ahora? ¿Sabe que estás aquí y que piensas en ella? Quieres lograr que tu postura sea la más correcta y yergues la espalda, echas las trenzas hacia atrás sobre los hombros; entrelazas las manos, apoyas en ellas la frente,

siempre con la idea de que ella está cerca y te ve. Pero te das vuelta y sientes la honda decepción de comprobar que ella no está donde creías.

***

Lunes. -Todo lo que escribo hoy es cursilísimo, no estoy nada inspirada porque los verdes no me parecen verdes, dicha sea la verdad, ni las grandes margaritas de un amarillo brillante me parecen amarillas, ni brillantes. Grandes, sí.

Él me ha dicho: «Veo que utilizas técnicas difíciles. No dudo que esto se pueda publicar».

No es guapo, pero de su personalidad emana algo sereno y a la vez torturado; algo que me cautiva. He mirado sus hombros un tanto abrumados y he sentido una repentina ternura. ¿Podré querer a la mujer que se case con él?

Martes. - Delante se extiende el patio de recreo, amplio y vacío. Estoy sentada en el banco de cemento y veo el patio bañado por el sol, y en el centro el árbol viejo con ramas que se bifurcan a gran altura. Pequeños brotes surgen al extremo de las ramas más finas. La temperatura es agradable, ni cálida ni fría; de la calle llegan ruidos, el claxon de un automóvil, en los balcones de las casas vecinas los visillos velan la intimidad de los hogares. Alguien se ha entretenido en limpiar con un objeto agudo, una varilla o algo así, la tierra que llenaba las estrías de la acera. En la arena seca del patio hay trazada una rayuela, y borrada a medias. Un papel revolotea, se detiene y sigue su camino, no lejos de las papeleras. De vez en cuando una ráfaga de aire templado hace bascular las ramas del árbol; el remolino levanta una leve polvareda que, diluyéndose enseguida, desaparece en la atmósfera o queda depositada nuevamente en la explanada terrosa.

Jueves. - Si acierto con las palabras a definir exactamente un pensamiento, siento dentro de mí una gran sensación de plenitud. Si no, me quedo insatisfecha. Llego a la oración como aquel jornalero: he labrado tantas tierras, he escrito tantas páginas. No escribo para que nadie me admire nunca, sino porque ello es una necesidad para mí. Y no leo para conseguir una erudición mayor, sino para hacer la obra de otro carne de mi carne. No tengo voluntad propia, no soy más que un instrumento en manos de una fuerza superior y desconocida que me arrastra; me asusta, me aburre este quehacer a que me he obligado. ¿Qué camino debo tomar? No te crispes, no te preocupes, sigue viviendo. Se escribe para domeñar el lenguaje rebelde; yo conjuro así las miserias de la vida. No es fácil, mentir de la manera más convincente.

Es hermoso poseer una lengua tan universal como la mía.

Viernes. - He soñado que tenía en la mano el sobre con la comunicación del premio literario.

Un moscardón ha entrado en la celda; ha volado un momento, haciendo crujir sus élitros, y chocando en las mamparas con golpes sordos. Me he levantado y he tratado de hacerlo salir. Con el pañuelo lo he perseguido y el insecto ha ido a dar contra uno de los cristales cerrados. También con el pañuelo lo he guiado hasta el hueco abierto y ha emprendido un vuelo rápido, como quien se libra de un engorroso encierro. Los días son sensiblemente más largos; me he desperezado con todas mis ganas y noto que me cruje el cuello, me crujen las vértebras del cuello. Me he estirado en la cama, me he rascado la nariz, los pelillos de la manta me cosquilleaban la mejilla, el labio superior, la nariz. No, no es el sueño, porque en este estado soy absolutamente dichosa y consciente.

Dios escribe derecho con renglones torcidos, pero sus torcidos renglones nos laceran muchas veces; nos laceran siempre.

***

-¿Hace mucho que no la ves? -interrogó Paula.

Ocupaba en el coche el asiento delantero, junto a Ramón. Vio como su hermano se aferraba al volante y apretaba a fondo el acelerador.

-No he vuelto a verla -declaró él.

Ella permaneció silenciosa y luego habló en tono pausado.

-Es orgullosa -dijo-. ¿No ha vuelto a intentar nada contigo?

Desde su sitio contempló la oscuridad del campo y algunos puntos de luz que se aproximaban.

-No -dijo el muchacho brevemente.

Se llevó un cigarrillo a los labios y ella acercó su encendedor; durante unos momentos no se oyó más que el zumbido del vehículo, avanzando a toda velocidad.

-Lo esperaba de ella -dijo Paula, meditativa.

Ramón aspiró el humo y lo expulsó de una bocanada.

-¿Te parece que debería... mandarle algún dinero? -sugirió. Ella le dedicó una mirada rápida.

-Tú sabrás -dijo.

-¿Crees que lo admitiría? -ella se encogió de hombros.

-Quién sabe -dijo.

El auto giró y la arena chirrió bajo las ruedas; a medida que los árboles se cerraban sobre el camino un halo pálido los rodeaba y los troncos desfilaban, realzados por las bandas de cal. Ramón insistió.

-¿Podrías dárselo tú? Como si fuera cosa tuya.

La chica negó con el gesto.

-Me da miedo -dijo. Su hermano contuvo un ademán de impaciencia.

-Miedo, ¿por qué? ¿De qué tienes miedo?

Ella miró las brasas del cigarrillo.

-Qué sé yo -dijo-. Es tan desagradable.

Luego se quedó callada, sumida en sus cavilaciones. El automóvil abandonó el camino y giró, entrando en la plazoleta. Las luces de la casa estaban encendidas y el vehículo se detuvo a la puerta. Ramón se volvió hacia su hermana.

-¿Se lo llevarás? -insistió.

-Dámelo -dijo ella-. Ya me arreglaré.

***

22 de abril, sábado. -Se trata del mecanismo por el cual hechos y personajes, desligados entre sí, van ensamblándose y formando un todo sin fisuras. He cumplido en este día; no es más que un día, uno más en la sucesión de los días. A veces se me ocurre pensar: Veamos, ¿qué escribí anoche? La esponja del sueño me ha borrado cualquier recuerdo; alcanzo el texto y lo leo como si lo hubiera escrito otro.

Las palabras mandan; el sonido de las palabras impera sobre los conceptos. Las palabras no reflejan los conceptos, los crean.

Lunes. - Los hijos y las obras de arte hay que hacerlos con alegría.

Me gusta imaginar un romance entre el padrino y alguna monja del colegio, ¿cuál?, a quien pienso que conoció anteriormente. De tal manera me imagino la historia que hasta llego a creérmela.

No hay ninguna cruz en su casa; con los dedos he trazado una en la pared de su estudio y, aunque invisible, sé que lo guardará desde ahora. De pronto he deseado no tener que compartirlo con nadie; lo he querido para mí sola. «¿Es verdad que tiene un padrino escritor?» «Esa debe ser una de sus historias. Nadie conoce a semejante padrino.» «Es curioso, es la mar de curioso. A lo mejor resulta que también a ese lo ha inventado; ya digo yo que no está muy bien de la cabeza. »

Escribir sin pensar en el lector debe ser algo así como hacer el amor en solitario.

***

-No necesitas pintarte tanto -dijo él, limpiándose el carmín con el pañuelo. Ella pareció desconcertada.

-¿No te parece bien? Me pintaré menos desde hoy.

Al cambiar de postura su «négligée» resbaló, mostrando unas bonitas piernas. El hombre estaba echado a su lado y tenía a su alcance una copa de coñac.

-Tienes que ser más discreta -le dijo-. No puedes mostrarte tan a las claras, puedes perjudicarme mucho.

-¿Te avergüenzas de mí?

Un gato persa los miraba desde una banqueta con ojos impávidos; ella señaló algo al otro extremo de la habitación.

-No me has dicho nada - indicó, mimosa -. ¿Te gusta?

Él siguió su gesto con la vista y descubrió una jaula dorada en la que no había reparado antes. Dentro había un pájaro que parecía adormecido.

-¿Cuándo has traído eso? - ella se mostró muy ufana.

-Se lo encargué a los guardeses - declaró -. ¿Verdad que es bonito?

Él pareció disgustarse; se incorporó en la cama mientras ella aguardaba su respuesta.

-Eres una imprudente -dijo el hombre en tono áspero.

-Era una sorpresa. Lo siento.

El hombre se puso en pie; empezó a caminar a largos pasos y pasó junto al gato que lo miraba inmóvil. Luego giró sobre los pies.

-¿No puedes echar a ese bicho de ahí? - prorrumpió-. Nos mira con ojos humanos.

Como si lo hubiera entendido, el animal se deslizó de un salto ágil y fue a esconderse tras la cortina. Ella se quedó boquiabierta.

-Qué cosas tienes - exclamó, alarmada -. ¿Dónde quieres que lo eche?

-Regálaselo a alguien -sugirió él encogiéndose de hombros.

Apuró la copa y permaneció pensativo; fue a añadir algo, pero desechó la idea como inútil. Ella lo miró con expresión aniñada.

-Tú ya no me quieres -dijo-. No me quieres nada ya.

Tenía los labios entreabiertos y los ojos brillantes; se estiró hacia atrás y su cabello se extendió en cascada, lleno de reflejos azules. Él denegó con actitud paciente.

-No es eso - dijo -. ¿Estarías aquí si no te quisiera?

-Estoy preocupada -dijo ella en voz baja.

El hombre se sentó a su lado y fue recorriendo con la punta del dedo todos sus lunares, uno a uno.

-¿Qué dices? ¿Por qué?

-¿Por qué? - pronunció la mujer despacio -. Pues no sé por qué. A lo mejor por causa de tu familia.

Suspiró hondamente y una vaharada de perfume se elevó de sus senos.

-Tengo celos de ellos - dijo, poniéndose seria - Y tengo temor de que me dejes. Sí, de que me dejes.

Él empezaba a sentirse incómodo y lo negó.

-Es lo que dices ahora - añadió ella -. Pero, ¿y cuando pase el tiempo?

Él fue a coger la copa y la encontró vacía. Luego habló sin mirarla.

-He pensado que es mejor... es mucho mejor que no vuelvas por aquí.

La mujer saltó de la cama; se puso en pie y se le quedó mirando con expresión atónita.

-¿Que no venga? - chilló - ¿Qué dices?

El gato escapó de la cortina hasta una coqueta y se escondió bajo las faldillas. El se esforzó en dominarse y en ser amable.

-Compréndelo, nena - dijo en tono tranquilizador -Esto va siendo del dominio público.

Ella permaneció rígida; su atuendo realzaba la forma de las caderas y el busto, y el pelo largo le caía sobre los hombros. El hombre fue hacia ella.

-Tengo que cuidar mi... reputación - explicó-. Compréndelo, muñeca.

La muchacha rehuyó su contacto. Él rebuscó en sus bolsillos y sacó un pequeño envoltorio que sostuvo en la mano.

-Yo también tengo una sorpresa para ti -dijo-. ¿No quieres verla?

Ella dudó un momento, pero terminó por ceder.

-¿Qué es?

Vio el pequeño estuche de terciopelo y lo cogió. Luego lo abrió con cuidado.

-¿Te gusta?

La mujer contuvo la respiración; estuvo un rato contemplando la joya sin decir nada, y por fin se volvió a su compañero y lo miró a los ojos.

-Richard, Ricardito mío - dijo. Él la atrajo fuertemente y la besó con frenesí.

***

Vuelven por la noche; la mirada del padre es ausente como si ocultara un gran dolor. Al entrar la besa en silencio y ayuda a la tía Elena a quitarse el abrigo. Ella, muy enlutada y como siempre inexpresiva, la abraza. Y mientras Soledad recoge las maletas la tía se sienta y la llama: «María». Ella observa la línea erguida de su espalda, su expresión grave, y se queda de pie a su lado. La tía Elena le coge las manos. «Estás muy alta», dice sin sonreír. Se nota presa de aquellas manos firmes y baja la mirada hacia la falda de tablones de su uniforme. «¿ Vas a quedarte aquí?», pregunta, y teme enseguida haber sido incorrecta. «La tía se quedará con nosotros una temporada», contesta el padre mientras trata de encender un cigarrillo con manos temblorosas. A las amigas de ella no las ha vuelto a ver y sufre constantemente por la idea de que alguien haga alusión a su madre. Llega a pensar que los otros no quieren estar a su lado, que la rehuyen como si padeciera una especie de peste. «Yo no quiero matarme. ¿Por qué tengo que hacerlo?» Mira hacia la ventana; el sol se ha ocultado y el cielo parece vacío, la dulce melodía que oye le provoca una pena indecible y llora silenciosamente. Sospecha que el demonio utiliza su cuerpo, se siente poseída y hasta recurriría al exorcismo; porque cree advertir que un ser siniestro la posee, nota sus garras frías hasta que el terror la inmoviliza. Y crece la angustia cuando trata de combatir estas ideas frente a frente. *« Yo no sé nada», musita Soledad «No sé nada, no te atormentes más.» «Debes recordarla encantadora, como era en realidad», dice el padre acariciándole el cabello, «y piensa que desde el cielo te ve y cuida de ti».*

***

Llovía otra vez y el aire agitaba las ropas tendidas. El muchacho habló con voz sorda.

-La última vez que nos vimos también estaba lloviendo -dijo -. Hace tiempo de eso.

Victoria asintió. Él parecía agitado, como si no supiera qué hacer con las manos y pies. Dio un vistazo al cuarto donde había algunos muebles sencillos, una cama dorada y un armario de luna.

-¿Te gusta esto? -dijo ella-. Es aquí donde vivo.

-No está mal. La mujer parece simpática.

-Lo es.

Él carraspeó y se expresó en forma insegura.

-Necesitarás ropa... para el crío -dijo. Ella agachó la cabeza.

-No necesito nada -contestó. Él pareció no comprender.

-Alguna cosa te hará falta.

-De veras, no necesito nada.

En los cristales algunos goterones dejaban regueros húmedos. El muchacho sacó un sobre del bolsillo.

-Me lo ha dado Paula -dijo. Ella se puso roja y retrocedió un paso. Luego soltó una carcajada nerviosa.

-¿Y tú lo has cogido? -profirió-. Eres un canalla.

Se retorcía las manos, y al verla tan afectada él retiró el paquete.

-Quédatelo - insistió, tratando de sonreír -. No te vendrá mal.

Ella lo miró corno si no lo conociera. De pronto hubo un resplandor y a continuación se oyó el restallar de un trueno.

-Vete de aquí -dijo la chica en forma tajante-. Llévate eso y no vuelvas. Puedes decirle que no lo necesito.

Él retrocedió hasta la puerta, pero antes de irse insistió por última vez.

-Piénsalo bien -dijo.

Ella reía de manera espasmódica y sus ojos despedían chispas.

-¡Vete de aquí! -chilló. Él alzó la mano, conciliador.

-Bueno, bueno. No te preocupes, ya me voy.

Ella se inclinó hacia adelante, fascinada.

-Y no vuelvas - dijo.

-No quería más que ayudarte -dijo el muchacho, saliendo.

Cruzó el descansillo y bajo los peldaños aprisa. Ella se quedó muy quieta. Un ruido le hizo volver la cabeza y vio que la mujer había entrado en la habitación.

-¿Se ha ido tu hermano? -preguntó. Tenía una cara afable y llevaba un vestido claro y limpio. Al ver la bandeja sobre la mesa pareció sorprendida.

-No has probado la merienda -dijo.

Volvió a mirar las tostadas y la taza llena y la amenazó con la mano, bromeando.

-Tienes que comer -dijo-. Te vas a morir.

Cogió la bandeja y se dispuso a llevársela.

-Esto tiene que estar helado -agregó. Fue a decir algo más, pero lo pensó mejor y se fue, moviendo la cabeza.

***

Domingo. -Es último de abril y los rosales no tienen mucha flor todavía; no obstante, algunos capullos menudos pugnan ya por abrirse. En cambio los rosales trepadores sí tienen rosas de un cárdeno encendido. Los paseíllos están cubiertos de diminutas flores moradas que se han desprendido de los árboles. Los castaños muestran, erguidas, blancas caperuzas florales que al desprenderse formarán un tapiz muy pálido, y entonces podrá comprobarse que las pequeñas flores están construidas de una manera caprichosa y extremadamente complicada. El sauce llorón se ha cubierto de hojas en sus ramas desmayadas. Trataré de pasar una tarde agradable por los claustros solitarios, ya que la mayoría de las internas han salido. En el refectorio casi todas las mesas estaban vacías; el mármol de sus cubiertas parecía más blanco y frío que otras veces.

¡Tantos libros que se escriben, tantos libros! ¿No sería mejor escribir «un solo libro?" Ahí está él, publicando uno tras otro como en una frenética persecución, y pienso: ¿De verdad alguno es importante?

En la otra vida no serán necesarias las novelas, porque todos veremos simultáneamente todas las histonas del mundo bajo todos los aspectos posibles. Una cosa puedo asegurar: en un Paraíso Terrenal no hubiera nunca surgido la Literatura.

IX

Estás en tu casa.
Puedes poner aquí tus cosas:
coloca los muebles a tu gusto.
Pide lo que necesites,
ahí tienes la llave.
Quédate aquí.

BERTOLT BRECHT.

La tía Elena no ha advertido su presencia; ella la ve reflejada en el espejo, la cara cubierta de una crema grasa, las manos flacas y pecosas, las yemas de los dedos golpeando con habilidad sienes y frente, ambos lados de la nariz y bajando en pequeños golpes secos a lo largo de pómulos y mejillas hasta la base del cuello. Su tez oscura brilla bajo la capa grasienta y sus ojos permanecen semicerrados. Las yemas de los dedos golpean una y otra vez, firmes y constantes; se ha sujetado el pelo en alto y su actitud refleja una religiosa unción. Ella mira desde la puerta la silueta delgada y piensa cuán distinta es aquella mujer de lo que fue su hermana, y la fuerza cruel que emana de todo su cuerpo. Se representa el

otro rostro, tan natural y dulce, y siente pena porque ve que la vida es injusta y desprovista de sentido. No comprenderá nunca las leyes que rigen la mente del hombre y se siente sola, con unos deseos invencibles de llorar. Trata de hundirse en el sueño que la libere, pero siempre el nuevo día resulta ser igual que el anterior. Se repite que no tiene que temer y hay momentos, cada vez más frecuentes, en que llega a hacerse la ilusión de que está libre. Pero el consuelo no dura mucho: la fragilidad de la vida la aterra, el acto tan nimio que separa la vida de la muerte, un mero impulso o movimiento. *La tía Elena advierte por fin que ella la mira y abriendo los ojos, sin abandonar el menudo y repetido golpear en la cara, la llama. Ella se acerca despacio. « Quería preguntarte... ¿qué fue lo de mamá? Yo, realmente, no sé lo que pasó. » Ella se yergue: «¿ Quieres dejar el tema, o es que te gusta hacerme sufrir?». «Perdona, yo... » «¿No tienes otra cosa en qué pensar?», dice agriamente. Luego su voz se dulcifica. «Eres morbosa, hija. ¿No te das cuenta? » «Sí, tía. » «Fue un accidente», dice ella visiblemente turbada. «¿Un accidente? Pero, ¿cómo fue» «No sé cómo fue. Fue un accidente, y basta.» Ella se queda silenciosa; el esfuerzo que ha hecho para provocar la conversación la deja sin fuerzas para continuarla. Es como estrellarse contra un muro y no quiere insistir. Y la escucha de nuevo: «No comentes estas cosas con nadie. ¿Crees que ganarás algo con ello? Te hundirás tú misma y nos hundirás a los demás. » Luego se vuelve. «¿Vas a salir ahora? Vuelve pronto, o tu padre se preocupará »* Ahora piensa si no sería la desgracia en sí, sino la forma en que se la hicieron concebir lo que alteró su vida. Dentro del sueño se habían borrado sus temores y cuando el sueño termina se levanta, ve que es de noche aún, cierra del todo la cortina y se acuesta otra vez. Tiene miedo de que ella vuelva, teme hallarla en cualquier sitio acechando y cierra los ojos. Luego se estremece. «Sin duda los otros saben lo que pienso; ven mis oscuros pensamientos, lo conocen todo con respecto a mí. Soy de cristal para todos los demás.»

***

-¿Le diste el dinero? -preguntó Paula, y él asintió.

La calle, estrecha y retorcida, estaba abarrotada de gente que paseaba por las aceras y por el centro de la calzada.

-¿Qué te dijo?

Carlos hizo un gesto evasivo.

-No me dijo nada -declaró, accionando-. Lo cogió y no dijo nada.

Había grupos interceptando el paso; la muchacha llevaba unos libros bajo el brazo y Carlos se había hecho cargo de su maletín.

-Pobrecilla -dijo Paula -. Me da pena de ella.

-Ella misma se lo ha buscado.

Los muros de una antigua iglesia invadían la acera, haciendo aún más difícil la circulación. Él insistió, tratando de justificarse.

-Podían seguir las cosas como antes, y en cambio...

Paula le dirigió una mirada de reproche.

-¿Qué piensa hacer? -interrogó.

-Tener el chico, naturalmente. Luego, no sé qué pensará hacer.

Los edificios estaban mal alumbrados, pero en cambio en las plantas bajas los escaparates lucían sus mercancías iluminadas, a pesar de ser día festivo.

-No estaba segura de que cogiera el dinero -dijo Paula.

-Pues lo ha cogido.

Pasaron ante una cafetería; la chica miró dentro y la vio llena de gente que hablaba y accionaba dentro de una neblina de humo.

-Me alegro de veras -dijo-. Por cierto, ¿has visto a Fernando hoy?

-No he visto a nadie -dijo él-. Hace días que no veo a nadie.

-Debe ser por los exámenes.

Él usaba los codos para abrirse camino y ella lo seguía pisándole los talones; se le acercó y notó un olor desagradable en el muchacho, como de suciedad y colonia barata.

-¿Cómo está Victoria? -se interesó-. Ya... le faltará poco.

-Está muy delgada.

Habían llegado a la puerta del colegio; ella empujó el postigo y saltó al otro lado.

-Te acompaño hasta la portería -dijo él.

Fue a poner la mano en su hombro, pero se contuvo, y ella lo miró con un destello de burla.

-Vamos -lo incitó-. ¿Es que tienes miedo?

El no repitió el movimiento; atravesaron el jardincillo a oscuras y al llegar al porche Paula se volvió.

-¿No te gusto? -preguntó, insinuante. El muchacho tragó saliva.

-Claro que me gustas. Qué cosas tienes.

Parecía alelado; ella lo miró con regocijo, como si le divirtiera aquel juego.

-Nunca me lo dices -agregó en voz baja.

Él contuvo la respiración; luego agitó los brazos como las aspas de un molino.

-Todo el mundo te lo dice, ¿no? -dijo alteradamente-, ¿Es eso lo que te gusta?

-Tú no me lo dices -Carlos retrocedió un paso.

-¿Para qué? -balbució, y la chica soltó la carcajada.

-¿Sabes lo que dicen de ti? -él la miró sin comprender.

-¿Qué dicen?

Ella eludió la respuesta con un ademán.

-Qué sé yo. Creí que lo sabías.

-Deja que digan, coño - gruñó él con aspereza-. A mí no me importa nada.

Ella le dedicó una sonrisa burlona.

-No seas grosero - dijo. El se encogió de hombros.

-Perdona. Te has vuelto muy delicada para algunas cosas.

Parecía un animal acosado; ella le tendió la mano con gesto rápido.

-Hasta la vista -dijo, dando por terminada la conversación.

Él se quedó mudo, clavado en el suelo; la chica fue hacia la puerta y pulsó sostenidamente el timbre. Le abrió una hermana, con cara de pocos amigos.

-Es muy tarde -le dijo.

Él permaneció solo en el pasillo oscuro, mordisqueándose las uñas. Luego giró en redondo, y se encaminó a largas zancadas hasta la salida.

***

Subes con ella, sigues sus pasos, alcanzas la escalera estrecha que sólo ellas utilizan; allí se detiene, abre la puerta y te precede. La luz es escasa, los estrechos peldaños están gastados por el uso constante durante siglos; a través de la pequeña ventana enrejada distingues el brillo de la cera en las galerías. Ella sigue subiendo, sus pies alados no parecen rozar el suelo, ves desde un plano inferior sus faldas holgadas, su talle esbelto y la sigues mientras ganáis la clausura. Tus compañeras vienen detrás, pero no reparas en ellas; llegáis a la planta superior entre viejas maderas y pisando baldosas de arcilla. Ella se vuelve y os indica que la sigáis. Entra en la zona de penumbra y mientras la sigues entre oscuras puertas que ocultan secretos ancestrales notas la beatitud de su cercanía. Cuántas veces has soñado antes que atravesarías estos corredores envuelta en unos hábitos iguales a los suyos, notando crujir el rosario a cada paso y abriendo aquí o allá una puerta, mirando un lugar ya conocido dentro del misterioso castillo de clausura. Tal como lo habías pensado, los grandes portones y los letreros con máximas piadosas recuerdan de continuo un deber de oración y recogimiento. Casi notas ya la presión de las tocas, los hábitos pesados y los crueles y a la vez placenteros cilicios. Entras en la oscuridad siguiéndola y ella acciona un viejo picaporte, con lo que os inunda de pronto un resplandor amarillento; bajo tus pies bascula una baldosa, apenas unos pasos más y llegáis al dormitorio de mayores, pasando por la «lingérie».

El roce de sus ropas te enerva, has llegado a sentir una verdadera fascinación que te turba y

al mismo tiempo te llena de gozo. Ignoras este sentimiento que no conocías, tratas de descifrar las tensiones nacientes. ¿Seré yo sola quien las sufre?, te preguntas. Si hablas con ella no te atreves a mirarla a los ojos y tu vista se escapa hacia abajo, hacia los lados, inicias una conversación apresurada o gesticulas, para ocultar tu azoramiento. Admiras lo que tiene relación con ella, sufres un verdadero fetichismo en relación con sus cosas, incluso su familia tiene a tus ojos una aureola especial y sientes celos de ellos. Dejas vagar la mente en una apacible fantasía, y hasta el ver su letra te exalta. Es una letra esmerada, letra de una persona culta; conservas una estampa que te dedicó, la guardas en tu libro de oraciones y la miras una y otra vez, sin cansarte.

***

Domingo por la noche. - Estoy tan abrumada que no sé qué pensar: mi cuento no ha sido siquiera seleccionado. ¿Acaso podía haber sido de otra manera? Yo debo de estar loca. Me devolverán los originales; le he dicho a él que los queme, que no quiero verlos. Él no parecía sorprendido, corno si esperara esto.

No me considero con fuerzas para seguir la lucha; es la angustia de constatar que todo aquello en que yo apoyaba mi personalidad se ha derrumbado, que la idea que yo alimentaba cada día con enormes esfuerzos era disparatada; es el sentir el vacío bajo los pies.

Lunes. -No soy nada, soy basura, soy loca e ilusa. Creo que moriré, porque no podría vivir ni un minuto sin tener la vida ocupada en un ideal. «Tú no puedes saber todavía que la vida es una lucha, un engranaje de pequeñas y sórdidas luchas», me ha dicho él. Os detesto por que matasteis la esperanza; os desprecio, porque matasteis la esperanza. Porque acabasteis con mi esperanza, yo os maldigo.

Una visión celestial invade mis pensamientos: muchas estrellas me rodean, cercanas y brillantes, en un cielo negro; una de ellas se acerca, cambia constantemente de forma, aunque siempre tiene seis puntas. Se alargan éstas, surgen de ellas innumerables y brillantes facetas como en un caleidoscopio, adquieren las infinitas formas luminosas de los copos de nieve. Me he frotado los ojos y ha desaparecido la estrella convertida en un círculo blanco rodeado de un anillo; luego se ha esfumado esta imagen, convertida en una nube y en una cascada de brillantes puntos.

¡Qué hastío! ¿Cómo podré soportar la vida? Sobrevivir, por puro instinto de supervivencia. Quizá mi depresión se corrija con descansar y dormir. La pequeña rotura de un cristal, ahí metida en el rincón, pensando (si es que las roturas de un cristal pueden pensar): aquí estoy, estoy aquí olvidada de todos, soy una pequeña rotura en un cristal, acá en el rincón.

2 de mayo, martes. - El sol atiza ya, la ropa pesa sobre los hombros. No llores, no llores, trabaja; para salir de este estado de postración tengo que acumular dotes ingentes de virtud. Los odio a todos: ¿quiénes son ellos para juzgarme a mí? El uno es un jodido ignorante y el otro un jodido h. de p. Estoy desesperada, y acaso lo que más me entristezca es el pensar que mi aspecto físico no tiene nada que ver con el de una gran escritora. Los hombres se dividen en valientes y cobardes, y yo soy cobarde. El pedo, un desahogo metafísico.

3 de mayo. - En unas pocas fechas las rosas han parecido estallar y ostentan toda una gama de colores calientes. Las hay de color púrpura, pequeñas y apretadas; las hay moradas o de un amarillo teñido de carmín, y otras de té con delicados tonos. Algunas parecen de seda y otras de terciopelo, y hay un capullo blanco y nacarado. Algunas están deshojadas y sus pétalos sobre la tierra, abonada y húmeda. Otras son grandes y abiertas, de un rosado muy pálido o de escasos pétalos naranja. Otras, menudas y amarillas, penden de los árboles y las hay que cuelgan, pesadas y enormes, de un color parecido a la grosella. Todas puntean el jardín, superponen sus colores sobre el verde jugoso de las hojas. Los tallos son finos y oscuros, de color granate, y sostienen capullos menudos y verdes, de un brillante bermellón o de tonos matizados, a punto de convertirse en flor adulta. Los macizos de boj han sido cuidadosamente recortados al pie de la gruta de Lourdes.

«Tengo la esperanza de que usted haya leído el cuento que le envié, aunque no sé cómo ha podido hacerlo porque sus hojas permanecían ligeramente pegadas. Ah, señor mío, "vous avez triché". Un afectuoso saludo a su señora y para usted la admiración de su affma.»

Jueves. - «La vida es algo tan horrible que el único medio de soportarla es evitarla. Y se evita viviendo en el Arte, en la búsqueda incansable de la Verdad dada por la belleza», dixit Gustave Flaubert.

La reacción de una persona que pierde el apetito por algún accidente desagradable y luego quiere olvidarlo hinchándose de comer.

Él quiere que me conserve idealista, él quiere que sea tenaz. Sí, padrino. ¿Cómo puede destruirse una ilusión de esa forma, hasta dejarla acorralada y reducida a nada?

Viernes. - Procuraré conformar mis neuronas a una idea, y así estar preparada para hacerle frente cuando las circunstancias lo exijan. Cuando rezo no pienso obtener nada, creo no necesitar nada; no obstante cruzo las manos, inclino la cabeza y así permanezco. No buscaré consuelo en este mundo; por fin he comprendido la parábola del grano de mostaza.

Una infinita sensación de náusea, un querer escapar.

Esta noche no podía dormir y, cosa extraña, pensaba en él. Me sentía llena de una suave ternura y amor. ¿Es esto posible? Por supuesto, él nunca lo sabrá. Por un momento me pareció que sus manos temblaban y era bello, bello.

Puesto que ya hemos cogido el autobús, puede colocarse el letrero de «Completo». Peor para los que están en la parada sin poder subir.

***

Crees que ha sido en el transcurso de la Pascua; sabes que ha sido entonces cuando tu afición por la monja ha llegado a hacerse intolerable. En lugar de desear su presencia has empezado a rehuirla por la inquietud que te provoca. Ella lo nota y demuestra hallarse incómoda; te avergüenzas en su presencia y temes que las otras noten tus enojosos sentimientos. Los estudios son más y más rigurosos y los exámenes se aproximan, las profesoras exigen más y más, y no puedes defraudarlas. Permanecéis en clase durante los recreos y también por la noche, cuando todos los demás cursos se han retirado a descansar. Te notas extraña en la capilla y con dificultad para orar; tu espíritu es un mar de confusiones y la oración se te antoja una tortura. De manos a boca das en un callejón del que difícilmente podrás escapar.

Sabes que no son sus ojos, ni sus manos lo que te sume en tal estado de desesperanza; es su voz suave y al mismo tiempo cálida, con sonido de terciopelo, como si la voz de la misma Naturaleza surgiera de las entrañas de la tierra y se mostrará con todo su calor. Es su voz la que te hunde en el éxtasis, la que te paraliza; dudas de ti misma, te asusta no poder dominar tus sensaciones, el no saber fingir, tienes miedo de rogar, de mendigar, de que el impulso sea mayor que la cordura. Y decides no verla este domingo, y te aferras a tus compañeras como a una tabla de salvación. Es la tuya una pasión sombría, una fiebre que todo lo arrastra sin que puedas nada contra ella; aunque en el fondo de ti hay un germen de rebeldía que se subleva de continuo. Claramente evocas su rostro y tu corazón palpita con fuerza mientras un sentimiento de dicha te inunda como una marea; pero sabes tus fantasías disparatadas, te hundes desde las más altas esferas del pensamiento a la más cruda realidad. Y te hallas abandonada, gastando energías de una forma insensata. Te inclinas sobre los brazos cruzados y permaneces así tiempo y tiempo.

***

QUERIDA AMIGA: Recibo tu carta y veo que has vuelto a leer cosas absurdas por la forma de producirse y publicarse. No es tuya la culpa ni mucho menos. La persona que ha escrito ese artículo no sabe nada de esto; no hay «mundo enigmático», eso lo será para el articulista; es como si yo intentara descifrar las complejas fórmulas de Einstein o el camino que ha seguido un astrónomo para descubrir un nuevo astro. Totalmente enigmático para mí. Lo que ocurre es que el periodista desconoce el tema y además explota en el título el sensacionalismo para ganar lectores. Por Dios que lo anormal está delimitado para nosotros. Es posible que a veces tengamos que recurrir a técnicas especiales para descubrir a un anormal cuando se encierre en el mutismo, se haga reservado, no exponga sus temores, sus dudas. Pero cuando la persona obra del modo contrario y tiene una conducta abierta y nos muestra sus

dudas y sus quejas... Todo ello son ganas de ser "sensacional". Para nosotros no existe la palabra «loco» ni la de «locura». Son términos populares vagos, que no quieren decir nada. El vulgo los aplica a aquellas personas que en un momento dado se muestran violentas, gritan, etc., lo que puede ser una reacción psicógena (traumatismo psíquico) pasajera, y cuyo protagonista observa el resto de sus días una normalidad absoluta. Psicosis es la enfermedad mental propiamente dicha.

Nosotros somos en nuestros estratos inferiores un cúmulo de instintos, de pasiones, y naturalmente tenemos que acallar estos instintos, o mejor encauzarlos y dirigirlos. La persona que los dirige y los sublima, y por tanto se sirve de su energía para conseguir objetivos loables, ser más correcta, más equilibrada, es una personalidad mejor. Es preciso no ser glotón (represión del instinto de conservación); no consentir el desenfreno sexual (instinto de perpetuación de la especie); no ser mordaz, agresivo (principio de autodefensa), y así sucesivamente. En algunos casos hay que luchar contra la tendencia natural de ver en los demás actitudes ofensivas, ya que la mayor parte de ellas están desprovistas de malicia, y lo que a primera vista parece una ofensa puede no ser más que ligereza. Hay que evitar los rencores y enemistades que nos pueden dañar psíquicamente, del mismo modo que la persona tímida tiene que darse cuenta de que sus fallos son mucho más patentes para sí misma que para los demás. Y la manera de curarse será preocuparse más de los problemas ajenos y menos de los propios. No quiero decir con ello que la persona tímida vaya a verse completamente libre de sus preocupaciones, pero sí que con un esfuerzo constante llegará a mantenerlas a raya. Y es que la felicidad ha de alcanzarse pensando más en los demás que en uno mismo. Hay que lograr interesarse en el trabajo, hay que leer y estudiar, adquirir nuevas ideas y aficiones nuevas. ¿No puedes iniciar una actividad creadora? La muchacha que escribe, pinta o modela (tengo entendido que tú lo haces muy bien) es menos propicia a que en ella se desarrollen ideas molestas.

Podrá llegar un tiempo en que no te impresione un tema de psiquiatría: cuando leas psiquiatría «de verdad». Entonces verás cuán monótona es para el profano su lectura -como en el caso de todas las ciencias cuando se carece de base -. Lo que tú lees es impresionante por dos conceptos: porque lo que se busca es la notoriedad y hay que rodear el tema de «ocultismo», «misterio», mentira en suma. Y, ¿por qué no decirlo? Por tu estado de ánimo actual.

Muchas personas de herencia defectuosa están atormentadas por el miedo a perder la razón. Y deben tranquilizarse, ya que infinidad de ellas que han permanecido sanas han temido la aparición de la locura, sobre todo en ciertas épocas de la vida y bajo circunstancias especiales, como te ocurre a ti.

No dudes en escribirme cuando lo desees, y cuéntame tus dudas y preocupaciones. Un abrazo.

***

Junto a la pista de saltos se elevó un torbellino de polvo y hojas; la caseta de apuestas estaba cerrada y al lado un grupo de chicos y chicas habían prendido una hoguera. Ramón miraba pasivamente la escena.

-Vais a prender fuego -advirtió.

Cholo amontonaba las ramas y otro le alcanzaba brazadas de leña. Al mismo tiempo las chicas asaban pescado en las brasas.

-Vamos, daos prisa -dijo Cholo, enderezándose-. Nos vamos a poner como sopas.

De la hoguera surgía un fuerte olor a pescado y la sal chisporroteaba; Cholo se volvió hacia Ramón.

-¿Y tú no vas a pedir las cervezas?

-Por favor, sujeta esto -dijo una chica-. Me estoy abrasando viva.

Ramón giró en redondo y fue hacia el edificio del club; cuando iba a entrar dio de manos a boca con el camarero, que salía.

-Prepara unas cervezas -dijo-. Media docena y las llevas fuera.

Entró en el salón y dio un vistazo como buscando a alguien; a un extremo vio a Paula que lo saludó, alzando la mano.

-¿Con quién estás? -le preguntó.

-Llevo una tarde de órdago.

Fuera empezaban a caer algunas gotas y el suelo de piedra se llenó de manchas oscuras. Ramón ocupó un asiento junto a su hermana, cogió de la mesa una revista deportiva y empezó a hojearla sin decir nada. Luego la miró.

-¿Has podido ver a Victoria? -dijo. Ella dudó un momento antes de contestar.

-No la he visto -repuso, y él pareció extrañado.

-¿No le llevaste el dinero? -ella negó con suavidad.

-Se lo di a Carlos -dijo. Su hermano saltó en el asiento.

-¿Le has dado el dinero a Carlos? ¿Estás segura de que lo tiene ella?

-Claro que estoy segura.

-Espero que sea así -dijo Ramón, francamente preocupado.

Dos chicas que habían entrado los miraban cuchicheando. Paula se puso en pie.

-Voy a buscar a Betty -dijo-. Luego te veré.

Las recién llegadas se habían sentado cerca y los miraban de reojo, hablando en voz baja. Una de ellas alzó la voz.

-Vaya tormenta -dijo.

La lluvia había empezado a caer de firme y después de un momento los granizos rebotaron en las baldosas. Él se decidió a reunirse con los otros, pero se quedó en el porche aguardando, y se refugió en un entrante del muro. Un grupo llegó a toda prisa y se oyó el correr de mesas y sillas.

-Quita, tú -dijo una voz-. Yo he llegado antes.

Parecían estar pasándolo bien; se oían carcajadas y una voz aguda sobresalió entre las demás.

-¿Quién será el padre del crío?

Siguió un silencio y algunos rieron; enseguida contestó una voz en tono más grave.

-¿Te imaginas? -dijo-. La mosca muerta.

Él se pegó a la pared y por unos segundos no oyó más que el zumbar de la lluvia.

-Eso nadie lo sabe - dijo otra -. ¿No es una cosa apasionante? Parece una novela.

El muchacho apretaba las manos en los bolsillos y sus facciones se habían endurecido. Oyó una voz masculina que no reconoció.

-Hace muy bien en no decirlo. No creo que le sirviera de mucho.

-Bien para él - rió una chica-. Será algún hijo de papá.

Él miraba al frente, sin pestañear, y su corazón había emprendido una loca carrera. Se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

-A lo mejor ha sido Cholo - dijo la voz aguda -Tiene pinta de sádico.

Sonó el ruido de una motocicleta al arrancar y luego volvió el golpear de la lluvia y del granizo.

-Yo no soy ningún hijo de papá, ni ningún sádico - bramó la voz de Cholo. Alguien soltó una risita desagradable.

-Pues, ¿y la joya de hermano que tiene? No sabe más que jugarse el dinero, beber y... otras cosas.

Otros corearon la risa y la voz de Cholo no se hizo esperar.

-¿Es que no vais a dejar de desollar a todo el mundo, coño? Me dais asco.

-Vamos, no te pongas así. No era más que una broma.

Ramón había alcanzado un trozo de hielo, grande y esférico; lo apretó en la palma de la mano y el hielo se derritió. Cholo dejaba el porche y se detuvo fuera.

-Te vas a calar -dijo una chica en voz alta.

Él siguió andando y vio a Ramón junto a los escalones. Fue hacia él andando deprisa, lo cogió del brazo y se lo llevó hacia el vestidor.

-¿Has oído? -preguntó.

-Joder, sí -contesto su amigo.

-Vaya tarde -dijo Cholo, adelantándose-. Vamos de mal en peor.

***

8 de mayo, lunes. -No mires los logros que te faltan, sino los obtenidos ya. (Proverbio chino, o merecería serlo.)

Ayer domingo estuve oyendo música; los agudos erizaban mis cabellos, las notas sostenidas me sacaban de mí. No me encuentro bien; será un proceso natural, supongo: los nervios alterados pueden originar una auténtica gastritis. De madrugada me ha desvelado la melodía martillándome los sesos. Se ha ido el sol, se ha ocultado tras el paredón del patio. Estoy harta, estoy harta de todo, la vida es monótona, insoportable y vacía. Quisiera conocer el sabor agridulce de la dicha, pero cada uno carga con su suerte, o con su sino.

Extraordinario el poder de la memoria olfativa: he sentido en el portal de una casa el mismo, idéntico olor al que percibía al entrar en casa de mi profesora de música cuando yo apenas tenía siete años. Un olor de comidas recocidas, de antigüedad o de mugre: me ha olido a partitura de solfeo.

Mi vida puede ser más agria, pero es más constructiva por ser más difícil. No falla el sistema, falla el hombre; cualquier sistema tiene que fallar siempre, porque fallarán los hombres que lo integren.

Martes. -Usar las cosas de este mundo como quien está de paso, abrazar el trabajo y la renuncia y lo demás se nos dará por añadidura. Yo no busco el sufrimiento: lo recibo y, por ende, lo utilizo. Y no creo que nunca deje de escribir, porque la vida será siempre un destierro y yo tengo que ganarme la salvación escribiendo. Y así podré descargar en los personajes de ficción el veneno que me invada de la nostalgia o de la pena. Porque Cervantes se volcó en dos vasos: uno que tenía forma de don Quijote y otro de Sancho.

No importa el lugar en que la vida te ha situado, lo que importa es lo que tú mismo eres. Mi temperamento ha podido nuevamente con el bache y trataré de seguir adelante. No obstante no quiero, no debo forzar las estructuras de mi mente.

He soñado nuevamente con él y era más joven; el cariño que me demuestra hace que lo ame, pero no es más que eso. ¿Cómo podré desprenderme de lo que empieza a convertirse en obsesión? Ojalá él no existiera más que en mi sueño: despertarme y que él no fuera. No quiero verlo, tengo que irme enseguida, irme para siempre. Pero, ¿cómo dejarlo? Está viejo y cansado; no hay alegría en su corazón.

Viernes. -El resplandor de una bombilla reflejándose en el banco encerado y la sombra de una cabeza en actitud de adoración.

¿Qué locura es esta? ¿Qué me arrastra? A veces siento un deseo irrefrenable de dejarlo todo y echar a correr; lo único que me salva es mi hábito en el trabajo. Trabajo, trabajo, trabajo. Es que voy a volverme loca. No importa: trabaja, trabaja. Llevar la capacidad propia, la humana capacidad hasta el límite. Se me pedirá cuenta cumplida, no puedo descansar, he recibido demasiado. Es curioso que nadie se percate de que vivo sólo para escribir mi historia, que mi mente y mi voluntad están siempre en ella y que lo demás no es más que una máscara, una vida ficticia que encubre mi verdadera actividad.

Me puedo morir de aburrimiento haciendo esto que hago.

Domingo. -Sé que los objetos tienen aspectos mucho más ricos de los que tradicionalmente les atribuimos: una aguja caída en el suelo no es sólo un objeto frío y brillante, sino un conglomerado de fuerzas en continuo movimiento.

La mujer es expansiva, dulce, sensible, curiosa, pero, ¿y si además es metódica, objetiva, amante de la lucha, tiene deseos de poder, es disciplinada, segura de sí y por añadidura tiene una necesidad incoercible de prestigio? «Eso sería un cóctel explosivo», me ha dicho él. «Te daría una Juana de Arco o una Teresa de Jesús.»

La foto de una página dentro de otra página, un «film» proyectado dentro de otro y así hasta el infinito. El caso de un muchacho que se cae de un tejado, se machaca la cabeza, pero no muere. ¿Qué hace su alma mientras tanto, hasta que por fin se desprende del cuerpo?

Leer un primer libro será como yacer con una doncella: allí la desfloran, descubren su misterio.

Lunes. -La mejor forma de que no se te note que quieres hacer prosélitos es no querer hacer prosélitos. Lo he visto con una claridad meridiana: profeso mi religión por circunstancias fortuitas, pero he de ser Hermana de mis Hermanos por imperativos inmutables, inherentes a mi más profunda personalidad. Convertir a alguien no para que venga donde yo estoy, sino para que se encuentre a sí

mismo. En religión, como en todo, lo que es bueno para uno puede no serlo para otros. ¿No vemos que todas las religiones son la misma «religión universal»? Sólo sé que todo esto no puede reducirse a mera fórmula matemática.

La Iglesia perseguía conciencias, coaccionaba y allanaba criterios, se había vestido del ropaje de la iniquidad. Y eso, ¿cuántas veces? ¿Dónde quedaban las palabras del dulce Jesús? Las palabras de Jesús son un rosario de imprecaciones contra la propia iglesia oficial; y los que la combaten, ¿no estarán combatiendo a lo que hay en ella de mísero, y por extensión a todo lo demás? ¿No la verán acaso como a una madre que se ha prostituido? Y, ¿qué ley nos prohíbe apercibimos de las lacras que aquejan a nuestra propia madre?

Hace trescientos años me hubieran quemado, seguramente.

Viernes. - Llevo escritas muchas hojas y no he hecho nada; no he hecho nada, porque las escritas tendré que volverlas boca arriba y destriparlas no sé cuántas veces, dando palos de ciego, sin saber a ciencia cierta si va a salir algo de allí. Pero, quiéralo o no lo quiera, llegaré hasta el final.

Domingo. - Una margarita grande, de un amarillo muy brillante, parecía un náufrago en la hierba. He entornado los ojos y los tonos se funden, los finos troncos se desdibujan; los abro y todo recobra su relieve. Me levanto y me voy.

Había guardado una pequeña flor rosada en el cuaderno, una de las que están esparcidas en la tierra. He abierto luego el cuaderno y la he visto allí, ya plana, pero conservando su color y suavidad y con los finos estambres frescos todavía. Se había desprendido de ella una gota de líquido que manchaba la página, del mismo modo que mancha el suelo un insecto que aplastamos con el pie.

Hemos charlado después de comer; me ha hablado de sus proyectos y de su obra. Hace semanas que no escribe nada y aguarda el momento oportuno para empezar un nuevo libro. ¿Cómo puede parecerme bello, si no lo es?

Lunes. - La vocación es algo casi físico que influye en la circulación de la sangre y en los latidos del corazón; ya nunca podré vacilar, sólo la muerte podrá detenerme. Otros tienen un hijo tonto y tienen que sufrir por eso; yo tengo una vocación literaria y tendré que sufrir por ella. Es bello y apasionante saber que vives, que miras por la ventana y puedes ver otra ventana enfrente, una cuerda tendida con pinzas de la ropa, y el aire que corre y hace voltear las sábanas de una vecina que han quedado prendidas de las cuerdas.

Escribía junto a la ventana y el sol calentaba demasiado. Por eso he abierto los cristales y ha entrado un aire fresco y agradable. Ya está cerca el verano, las hojas basculan y los chopos cabecean; el azul del cielo es nítido, todo el patio resplandece, desde aquí las copas ya espesas impiden la visión de la explanada terrosa. En esta época la tierra se vuelve polvorienta y las pequeñas levantan nubes de polvo al lanzar piedras contra los montones de arena, donde antes han escondido alfileres de colores. Las hojas de los chopos semejan diminutos espejuelos y el árbol rojizo está pleno y rechoncho. La acacia se ha cubierto de brotes menudos y los pájaros trinan en su copa. Es un día propicio a la pereza y al sueño.

Martes. - Es característica la risa de las hermanas legas, cuando en una representación teatral se roza alguna cuestión amorosa; actitud que podría dar lugar a un profundo estudio psicológico. Se miran entre ellas, cuchichean, cubren su risa con la mano, bajan la vista. No es un espectáculo agradable ni tranquilizador. ¿Dónde sitúas la sexualidad? Porque la sexualidad es inseparable de la persona. Cherchez le sexe.

Miércoles. - W. Wordsworth: «Hasta a las piedras sueltas que cubren el camino di una vida moral... ». Él fue el primero que utilizó el mundo de los recuerdos infantiles como materia literaria. Y Keats: «¡Oh, no te preocupe el saber! Ninguno tengo yo, y sin embargo la tarde me escucha... »

***

Leves espiras de humo se elevan, partiendo de las llamas temblorosas de las velas y perfilándose en la sombra. Se abre la puerta de la sacristía y la franquea un viejo sacerdote; lleva en desorden los escasos cabellos blanquísimos, avanza muy despacio, sosteniendo entre las manos un viejo devocionario negro. Se dirige al púlpito y comienza a subir los peldaños deteniéndose en

cada uno; empuja con cuidado la puertecilla de barrotes y aparece en el pequeño espacio circular. Por último cierra la baranda, la asegura con el pasador y lanza una mirada en torno. Saca unos lentes de la faltriquera, se los cala sin prisa, se vuelve de espaldas y en la pared da al interruptor de la luz que suena con un chasquido. Entonces se enciende una tulipa blanca y rizada y lo envuelve un pálido resplandor. En el tornavoz con volutas doradas hay pintada una paloma. Él abre el devocionario sirviéndose de la guía, se asegura las gafas y da comienzo a su lectura con ademán pausado: «Soberana emperatriz de cielos y tierra, calzada de la luna, vestida del sol, coronada de doce estrellas... »

Te infringes mortificaciones sin una idea demasiado clara de su utilidad: en invierno, cuando te desnudas por la noche, mantienes la espalda contra los barrotes helados de la cama, o andando por las calles rozas con los nudillos las paredes ásperas hasta hacerlos sangrar. Pero algo te conturba, y es llegar a rebasar los límites de lo razonable; sabes que ello irá a más y a más sin remedio. Quizá algún confesor te indique que no son prudentes estas cosas, o te diga que la mejor penitencia es la de abrazar con paciencia los trabajos que se te envíen. Vas adquiriendo una gran sobriedad en tus gustos y en tus aficiones, y en cuanto a deseos mundanos no tienes ninguno.

***

HA ENTRADO en la sala a oscuras y la luz de una linterna la precede. Avanza hacia los palcos delanteros y algo la advierte del peligro: a un paso está la barandilla y abajo la sala, una profundidad donde un cuerpo puede estrellarse. No quiere seguir. «Delante no, no podría soportarlo.» Un poco más atrás, donde algunas filas la protejan del salto. Cuchichea: «¿No os parece bien aquí?». «Mejor más adelante.» Cede con las manos sudorosas y de pronto las luces rojas de las plateas emprenden una loca zarabanda. Haciendo un esfuerzo avanza, aunque el miedo la empuja hacia atrás. «¿Cuánto podré aguantar? ¿Vencerá el impulso a la razón?» ¿Tendrá que matarse hoy, mientras un grito sobrecoge a todos y la horrible noticia se extiende por la ciudad? El miedo se convierte en espanto cuando se halla sola junto a la exigua barandilla. Pero no retrocede, avanza rozándola, paso tras paso, y apenas le llega a las rodillas; se queda allí quieta, ve que su terror se desvanece y se deja inundar por la desconocida sensación.

***

Al otro lado de la calle, los distintos matices denotaban la diferente antigüedad de los tejados: los había desiguales y oscuros, y otros recientes y lisos. En algunos las tejas formaban un mosaico de colores desde el del barro claro hasta el negro de humo. Oyó chirriar la puertecilla de la terraza y vio que la mujer se había detenido en el quicio.

-He hecho un poco de bizcocho -sonrió, limpiándose las manos en el delantal-. Ya sé que te gusta.

Su cara estaba roja por el calor de la cocina; Victoria se la quedó mirando y le devolvió la sonrisa.

-Te molestas demasiado por mí -le dijo. Una bandada de pájaros emprendió el vuelo sobre los tejados con un ruidoso batir de alas.

-No me cuesta ningún trabajo -dijo la mujer francamente.

Se sentó a su lado, en el borde de ladrillos, y le palmeó la mejilla.

-¿Quieres que te arregle el cuarto? -ofreció, pero ella desechó la idea.

-Gracias, no -dijo-. Yo lo arreglaré.

-¿Por qué no sales a dar un paseo? Te sentaría bien.

Ella reflexionó un momento.

-Estoy mejor aquí - dijo luego -. No tengo nada que hacer en la calle.

De la cocina llegó el pitido de una olla hirviendo y un agradable olor a guisado de carne.

-Antes entré en tu cuarto. Tenías la cabeza debajo de la almohada y no quise despertarte.

Le dirigió una mirada inquieta, pero Victoria la tranquilizó.

-Anoche me dormí muy tarde -dijo-. Trataba de dormirme, pero no podía.

Se quedó abstraída, mirando las bohardillas vecinas sobre los tejados.

-Tengo arreglados todos los papeles -dijo a media voz-. Todos los documentos están en regia.

La mujer pareció entristecerse, pero Victoria siguió.

-Sólo esperan a que nazca -dijo, bajando la mirada.

La azotea deslumbraba, bañada por el sol; al otro lado había chimeneas con pequeñas caperuzas oscuras, y en algunas ventanas macetas con geranios.

-¿Tú los conoces a ellos? -preguntó la mujer. Victoria negó con un gesto.

-Yo no puedo saber quiénes son -dijo-. No te lo dicen nunca, no te lo pueden decir.

Ella se le acercó y apoyó una mano en su hombro.

-¿Estás segura de que no te equivocas? ¿Lo has pensado bien?

-Lo he pensado muy bien -dijo la chica-. Será lo mejor para todos.

Su cara había recobrado una expresión alegre.

-Me han dicho en el hospital que lo tienen todo preparado -dijo-. Ellos son jóvenes y tienen dinero, ¿no es estupendo? No le faltará nunca de nada.

La mujer la escuchó en silencio. Enfrente había una terraza gemela, con macetas amarillas y enredaderas. Un niño salió por la puerta metálica, esparció en el suelo unos caballitos de juguete y volvió a entrar, dejando la puerta abierta.

-¿Qué vas a hacer después? Debieras seguir estudiando -. La chica se echó a reír.

-¿Estudiando yo? -dijo, como si le divirtiera la idea-. Eso no puede ser.

La mujer la miraba con fijeza; Victoria se inclinó.

-No te preocupes -dijo-. Todo saldrá bien.

-¿Y si luego te arrepientes? - repuso ella -. Luego ya no tendrá remedio.

Tenía la voz grave y la expresión bondadosa; Victoria le contestó sin mirarla.

-No lo veré nunca -pronunció despacio-. No quiero verlo, es lo único que pido.

La mujer se removió en el borde estrecho y volvió la cabeza; la torre de una iglesia dominaba los tejados con su cubierta gris, rematada en una veleta y una cruz.

-Se me va a quemar la comida -dijo, poniéndose de pie. Antes de que se fuera, la chica la llamó.

-Gracias por todo -dijo.

Victoria se apoyó en la baranda; en una vivienda cercana, un aparato de radio había empezado a sonar a pleno gas. Un poco más allá se oyó el chirrido de una polea, sosteniendo la cuerda donde colgaban unas piezas de ropa.

***

ACABO de recibir tu carta y voy a contestarla enseguida.

María: lo que a ti te sucede con algunas compañeras no tiene nada de extraño. Suele ocurrir con frecuencia que un alumno con personalidad, que se ha distinguido por alguna cualidad especial, que no ha seguido la rutina escolar, sino que ha destacado por un rasgo que no es el común entre la masa estudiantil en que se desenvuelve, provoque envidias y admiración que se truecan en odio o en cariño. Es natural, aquel que no transija con ese rasgo personal, o que desee poseerlo y no lo tenga, odiará a esa persona porque sobre ella proyecta su fracaso y no se da cuenta de que se odia a sí misma. Se ha formado demasiado alboroto en torno al «complejo de inferioridad». Tú no tienes nada de eso, en todo caso eres algo tímida. No tienes que hacer ningún esfuerzo para presentarte ante los otros, debe bastarte con la naturalidad. Ni eres mejor ni peor que nadie. Recuerda este refrán inglés: «¡Hay tanto de bueno en el peor de los hombres, y tanto de malo en el mejor!». Tú ves, en tu pesimismo, cuántas personas te quieren mal o te odian o se burlan de ti; pero no ves las que querrían ser como tú, las que te admiran, las que te quieren. Ten presente que si algo vales te odiarán, te difamarán e intentarán por todos los medios destruir tu felicidad. Si fueras una personalidad corriente, «el hombre de la calle», «the man», todos estarían a tu lado sin preocuparse de ti. Por tanto, ¿qué debes hacer? Perdonar a estas personas y procurar rehuirlas. No trates con ellas. Tú las desprecias (no las desprecias, es un lapsus, sino las perdonas; tal vez mi maldad haya descubierto que yo sí las desprecio o las odio), pero nada más. Que se enmienden o que encuentren su redención a través de algún sufrimiento, si es que ya no están sufriendo con su maldad o su envidia.

A nadie le gusta un día frío y lluvioso, pero ello es producto de una cierta estación. ¿Que te odias a

ti misma? ¿Por qué? No lo comprendo. María: si hubieras nacido en un ambiente sórdido, enclenque intelectualmente, con un físico despreciable, quizá tuvieras algún motivo para ello. Pero no ha sido así, y no tienes derecho a desesperarte. Tienes dudas porque sabes, porque calas hondamente la existencia, te preocupas de lo que pasará porque sabes que el futuro es un azar, una incógnita que acecha a todos los mortales. Hay casos en que el hombre ante un fracaso prefiere la huida en la enfermedad, «flucht in die krankheit». Tu caso no es este. ¿De qué has huido en la vida? De nada, al menos hasta ahora. He conocido personas que constantemente han huido de algo, la dirección de cuyos actos no ha tenido nunca un sentido fijo, y a quienes ha devorado la bohemia con el hermoso caudal de su inteligencia, con sus excepcionales dotes: no han hecho nada útil, no han construido nada. Y no es tu caso.

Hay algo importante que debo dejar sentado sin rodeos: tú no estás enferma mentalmente. Tú sufres hace tiempo. ¿Desde cuándo? Desde que tuviste conciencia clara de tu existencia en el mundo, desde que te encaraste con la tragedia. María, es preciso que estés con tu padre. Ello te es tan necesario como el respirar o el comer. Yo lo veo así, honradamente. No te veo como una enferma mental, por más que te estudio, sólo encuentro en ti una muchacha que sufre. Te falta el amor materno, la «irnago» fuerte del padre. ¿No lo crees tú así?

¿Tu caso en un libro? Hace muchos años que terminé la carrera y sólo he visto en toda mi actuación un caso que se ajustara, no a una novela, pero sí a una película, y tampoco con exactitud. Somos tan distintos los seres humanos que incluso en el enfermar o en el sufrir cada uno tiene su estilo, «cada uno enferma a su manera». Déjate llevar por tus pensamientos, nada les opongas, déjalos que galopen, ya se detendrán; el caballo de más pura sangre se fatiga. Estás, y te lo he dicho en más de una ocasión, atravesando una crisis, pero nada más. Te aseguro la felicidad, la paz. Pero siempre serás María, ¿me entiendes?

¿Podríamos exigirle a tu padre que cambiara de mentalidad? ¿Podríamos cambiar el carácter discriminativo, tamizador de la tía Elena? ¿Y el modo de ser infantil de Soledad? ¿Son por ello anormales? No. Sencillamente, son tu padre, la tía Elena y Soledad. Tú eres analizadora. Tú especulas con cosas triviales. Esto que llega a fatigarte mentalmente hablando y que te angustia, se suavizará.

Te ocurrirá lo mismo, pero sin el componente de la angustia, ¿comprendes? Darás el «la» en el plano, pero sin ningún pedal. Tu habilidad no es luchar contra ello, sino desposeerlo del carácter angustioso. ¿Cómo? Pensando que es tan natural ser así, que es tu propio carácter.

Voluntad. ¿Qué es voluntad? No te preocupes por ello.

¿Me crees tan cruel como para abandonarte a tu suerte, sabiendo yo que correrías algún peligro? María: volaría a donde estuvieras por salvarte a ti, o a toda persona a quien yo pudiera ayudar.

Te deseo unas vacaciones muy felices. Que la vida te traiga tanta felicidad como yo te deseo.

Un abrazo.

***

25 de mayo, jueves. -Estabas seca, creías que nunca más podrías volver a escribir; pero he ahí que, tras un esfuerzo poderoso de voluntad, te hallas de nuevo inmersa en el torbellino de tu novela, que te arrastra inexcusablemente mientras giras y giras entre tus criaturas y tus paisajes, sin ya poder desprenderte de su influjo. Es necesario aislarse por completo, es necesario vivir una vida distinta a la del resto de la humanidad. Ser ya como un muerto en vida, o mejor ser como un resucitado en vida.

«Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? Yo os aseguro que cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido, y lo obtendréis.» ¿Qué sería de mí sin el bálsamo de la religión? ¿A qué extremos de dureza y crueldad podría llegar? Avanzo sola, completamente sola; soy un monstruo, una especie de monstruo.

« ... y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad... »

28 de mayo, domingo. - La historia del lego que, al no saber hacer ninguna otra cosa, bailaba ante la Virgen.

Hoy, una tibia mañana de primavera. A primera hora el café humeante con los churros crujientes y

en algún lado una melodía tierna y sensiblera, haciendo rememorar dulces tiempos antiguos. En el parque un borriquillo triscaba junto al seto con un crujir de ramas. Y los hombres pardos, de mirada aguda y escoba en ristre. He cerrado los ojos y he visto frágiles plaquitas exagonales multicolores, prendidas las unas de las otras, pero de colores tenues y suaves, pendientes todas de lo alto formando un tejido. Pero un tejido inconsútil, nacarado y suave.

Él lleva fuera quince días y el no verlo se me hace doloroso; se ha vuelto algo así como una costumbre para mí.

Lunes. - Me espanta engañar a los demás, pero mucho más a mí misma. ¿Cómo alguien puede conocerse a sí mismo, tan bien como aquellos que lo tratan de continuo, todos ellos simultáneamente y alcanzando además aquel fondo que los demás no pueden percibir y que a él le resulta deformado? Sólo un ser todopoderoso sería capaz de conocerlo íntegramente.

30 de mayo. - Es un desastre no apuntar en el acto: una idea sólo sirve cuando «golpea» la mente. La palabra tira de la idea, la engancha y tira de ella; será como ordenar un «puzzle» de un millón de piezas, ¿te imaginas? No puedo imaginármelo.

Me he levantado de la cama atolondrada, sin saber si era el mismo día o si ya estábamos en el día siguiente.

***

De tal forma es penoso tu capricho por la monja que evitas hallarla, por miedo al violento rubor que te invade ante ella. Ocupas un lugar entre tus compañeras en la tribuna del coro; la puerta se abre y ella entra. No sólo su presencia, sino cualquier ruido, unos pasos cualquiera que puedan ser los suyos te ponen el borde del desmayo; estás en un lugar visible en el coro y notas que vuelve el brusco rubor. Temes también las miradas curiosas de las otras y aun así no puedes, por tu emplazamiento, ocultarte a ellas. Sudas a mares y vas a desmayarte; la situación se vuelve de tal forma insufrible que bajas del banco donde estabas de pie. Tus compañeras se han apartado y ella acude a prestarte ayuda, lo que no hace sino empeorar las cosas; pone la mano en tu frente y al hacerlo se humedece con el sudor, que enjuga luego en las faldas del hábito con un encubierto ademán de repugnancia. Después de sonrojarte te has quedado fría; quizá tus compañeras no adviertan el motivo de tu desmayo y ella desde luego no lo ha advertido; pero lo ocurrido no hace más que aumentar tu inseguridad. El malestar empieza a invadir tus oraciones. Ella lo ve, ella lo sabe; ha comenzado a disgustarle tu acoso y no sabe cómo desprenderse de ti. Toma una drástica medida: te cita como en otras ocasiones y te acompaña al pequeño escritorio que tan bien conoces; se sienta como otras veces en la silla alta y te indica un lugar a su lado. Pretende cortar de raíz la serie de emociones que imagina o que ve y tratará de hacerlo sin saber muy bien cómo; por eso te fuerza a hablar y tendrás que confiarle los sentimientos que abrigas por ella. Cree que haciéndolo así podrá liberarse y liberarte; hablarás en distinta forma que otras veces, expondrás hasta el fondo tus sentimientos y mientras la sangre quiere romper la piel de tus mejillas no te asustará decirlo todo, confesar que te oscurece la mente, que su imagen te asalta de continuo. No logras desprenderte del hechizo que te tiene presa; ella hablará también y quizás haya un punto de aspereza en su voz. Pensará entretanto que estás curada, se admirará a sí misma por haber sido fuerte, por haber obrado con inteligencia y haber punzado el absceso sin temor. Acaso cree que las cosas volverán a sus cauces y con ellas la paz; pero cuán equivocada se encuentra.

Te inclinas profunda, reverentemente, largamente te inclinas; el retablo está adornado con ramos de flores blancas y amarillas, entre ellas lucen multitud de velas y todos los candeleros de la iglesia están encendidos. En la gran nave aguardan las familias que miran insistentemente hacia atrás, al otro lado del coro de las monjas por donde harán su aparición las pequeñas comulgantes; un murmullo sofocado se alza, un ruido de bancos, cuando los acordes del órgano rasgan los ámbitos de la capilla hasta los más apartados rincones. La puerta del trascoro se abre y a través de ella entran las primeras alumnas que encabezan dos filas vaporosas y blancas. Avanzando despacio, la cabeza ceñida por coronas de rosas, desfilan ante la expectación de sus padres y hermanos.

Mantienen la mirada baja, los rizos dorados u oscuros bajo los velos de organdí. Ante el altar centelleante el viejo capellán aguarda una vez más su llegada; se van situando en los primeros bancos adornados con guirnaldas, mientras el suave aroma inunda la capilla. Y el olor de las flores en el altar, los oros del retablo y del pequeño Sagrario, los bordados, las blancas guirnaldas entre los bancos, las nubes de incienso y el viejo sacerdote forman un cuadro memorable y deslumbrador.

X

Toda esta gente solitaria, ¿de dónde viene?
Todo el que está solo, ¿a dónde pertenece?
Eleanor Rigby murió en la iglesia
y fue enterrada junto con su nombre.
Nadie acudió.
El padre McKenzie se limpia el barro
de las manos, mientras se aleja de la tumba.
Nadie fue bendecido.
Toda esta gente solitaria, ¿de dónde viene?
Todo el que está solo, ¿a dónde pertenece?

THE BEATLES.

El taxi se detuvo a la puerta del hotel; erguida dentro de su vestido claro Hortensia subió las escaleras hasta el primer piso y entró en la sala de juego. Fue hacia una de las mesas en la rotonda, que estaba ocupada por dos mujeres de aspecto distinguido.

-Vaya, por fin -dijo una-. Fina estaba diciendo que ya no venías.

-Óscar no me ha soltado hasta ahora - dijo ella -¿Habéis empezado?

-Te estábamos esperando -dijo una mujercita menuda -. Ángela ha salido un momento.

Sostenía en las manos un paquete de cartas y fue colocándolas sobre la mesa.

-Hace calor -se lamentó con un suspiro-. ¿Por qué no abren alguna ventana? -la otra se quedó mirando a Hortensia.

-¿Sabes? -dijo en tono mordaz-. Ahora le ha dado por que no fume la gente. ¿Te das cuenta?

-Qué me vas a decir.

Fina sacudió una imaginaria nube de humo.

-No es por el humo, que también me molesta - dijo -. Es por la falta de dominio que supone.

Empezó a poner las cartas boca abajo y siguió hablando a pequeños saltos.

-La gente fuma si tiene problemas y también si está furiosa, o demasiado tranquila -dijo-. Si a esto se suma la dependencia con respecto al sexo y otras dependencias, resulta que el hombre es un cúmulo de incapacidades.

Las dos amigas se miraron; Hortensia alargó un brazo y alcanzó el teléfono.

-¿Qué os pasa hoy? -dijo un tanto molesta-. Qué cosas tan raras decís.

Fina siguió perorando como si no la hubiera oído, acompañándose con ligeros gestos de las manos.

-¿Y si no hay qué fumar? Entonces suben, bajan, revuelven en los bolsillos y en los cajones, y se van a la calle a buscar tabaco, como si fuera cuestión de vida o muerte.

Recogió las cartas y empezó a barajarlas. Hortensia la miró desde el teléfono.

-Ya está bien de sermones, hija mía -le dijo. Eres insoportable.

Descolgó el auricular, marcó un número y después de aguardar un minuto lo colgó de nuevo.

-Ojalá haya tormenta -dijo Fina de mal humor-. Al menos me despejaría la cabeza.

Hortensia se quedó mirando el teléfono con el ceño fruncido.

-Intento localizar a Daniela desde ayer. Sé que ha venido porque me ha llamado, pero no hay forma de dar con ella.

La mujer menuda dejó a un lado la baraja y se movió nerviosamente; acarició el tablero forrado de la mesa, donde se habían desprendido bolitas menudas a causa del uso.

-Es una vida tan rara la de esa familia - insinuó-. Y conste que me son simpáticos. Pero es un verdadero derroche el que hay en esa casa.

Su amiga esbozó un gesto de indiferencia.

-Qué quieres -dijo-. Ellos pueden con todo.

Fina insistió.

-Juegan demasiado fuerte, sobre todo Daniela -pronunció a golpes-. Las juergas del marido son sonadas y ella, por su parte, ha hecho un verdadero culto del cuidado de su persona.

Hortensia sonrió.

-A cierta edad hay que conservar algunas cosas, sobre todo con un marido semejante -dijo-. Política, negocios... No hay forma de seguirle la pista a un hombre así.

Fina se irguió en el asiento.

-A mí me parece un vicioso -dijo.

-No deja de ser muy atractivo -intervino la amiga, y sus brazos fláccidos temblaron bajo las mangas cortas-. Es un gran tipo -añadió muy convencida.

-Es un libertino -insistió la otra. Luego bajó la voz-. ¿No habrá dejado su plan?

-Yo no creo -dijo la amiga-. Simplemente, disimula mejor -se dirigió a Hortensia con una mirada expresiva-. ¿No van a separarse ya?

Ella negó con la cabeza y Fina se inclinó.

-Yo no lo entiendo -dijo.

Hortensia extendió ambas manos con un gesto teatral.

-Así es la vida -dijo-. Es el dueño de ella y lo será siempre. ¿Qué haría Daniela sin él? De esta forma se siente protegida.

La amiga carraspeó y las otras la miraron.

-Él también se siente halagado con una mujer así -dijo en tono de suficiencia-. Está emparentada con la nobleza y con los grandes capitales.

Siguió una pausa que Fina rompió.

-Este sitio me asfixia.

-¿Y por qué vienes? -dijo Hortensia con sorna.

-No tengo otra manera de encontrar a mis amigas -suspiró-. Es una verdadera desdicha.

Ángela apareció en el salón, taconeando; Fina la taladró con la mirada.

-Vamos, ya era hora. ¿Qué estabas haciendo?

Ella estuvo mirando alrededor y escogió un sillón de brazos redondeados.

-¿Sabéis? -dijo-. La mujer de los servicios es una artista del crochet. Me ha enseñado un punto precioso.

Fina cerró los ojos.

-Pues estamos buenas - repuso -. Es mejor que lo dejemos por hoy.

Alguien abrió una ventana y ella pareció animarse en el acto.

-Gracias a Dios -dijo con alivio.

***

3 de junio, sábado. - La vida, al parecer, no es fácil para ninguno de nosotros. Pero hay que tener perseverancia y, sobre todo, confianza en sí mismo. Hay que creer que se está dotado para alguna cosa y esta cosa hay que obtenerla cueste lo que cueste. Acaso todo salga bien en el momento en que menos lo esperamos. (El texto no es mío, sino de María Curie.)

Pronto tendremos los exámenes; los programas están sobrecargados, nos bombardean con fórmulas, problemas y mapas con el trazado de invasiones y batallas. Todo es compacto y aburrido, vagamos en

desorden por los claustros sin guardar un horario fijo. Ello nos distingue de las alumnas de otros cursos, que siguen con la rutina de siempre. Repasamos los libros de cursos anteriores, madrugamos, llegamos tarde al refectorio, pero lo visitamos a menudo para reparar fuerzas. Hay nervios, histeria y mutismo. Tenernos pocos recreos y a distintas horas que las demás; la disciplina está relajada y las profesoras nos tratan de distinta forma que antes. Los ensayos están abandonados y mi libro avanza tan despacio que se puede decir que no avanza.

La luna lucía hoy, pálida e incompleta, como algo palpable en el cielo de la mañana.

Domingo. - «¿Qué probabilidades tiene un escritor novel de salir a flote en el ambiente literario?», le he preguntado, y él me ha dicho: «Quien tenga sobre sí la maldición de tener que escribir que lo haga, por encima de concursos y de todo. No conozco otra respuesta».

Me inquieta su personalidad vacilante; bebe más que lo hacía y empieza a tener una vida un tanto irregular. Siento pena, pero al mismo tiempo alivio al pensar que me voy.

Lunes. - Estoy nerviosa y rendida; ha empezado a pegar el calor y la desazón no me deja vivir. Siento que estoy en falta con algo o con alguien y las ideas turbias me acosan. He tratado de escribir algo, pero tenía la cabeza embotada, así que he renunciado a toda actividad.

La Naturaleza ya no tiene color porque el que tenía se lo he robado yo. Y siento por ella una gratitud que me anega y me deja fuera de mí. Oh milagro, he descubierto que todos los sentimientos, todas las formas y todos los colores tienen su traducción en palabras de nuestro bello idioma.

Martes. - Con alguna rara excepción los hechos que se relatan en mi libro son rigurosamente exactos, pero mi inclinación a la novelería me impidió trazar la clásica biografía y adopté para él la forma de novela.

Jueves. -Hay algo importantísimo: es la luz y la sombra, sus contrastes violentos o suaves, su misterio, su claridad meridiana, su brillo y su deslumbre, el misterio de una pequeña luz al final de un pasillo, el reflejo del sol en el ocaso sobre el borde de un tejado; en fin, el juego de luces y sombras, de planos oscuros o luminosos, de focos hirientes de luz. Tengo que hacer algo en que los puntos de vista no sean los habituales, sino ángulos distorsionados. Los que utilizo ahora son planos, teatrales, como un escenario visto desde el patio de butacas.

Cuanto más me acerque a la sinceridad más cerca estaré de la Belleza. ¡Es tan apasionante la incertidumbre! Es más, creo que la delincuencia misma es debida, en muchos casos, al amor por la inseguridad y la incertidumbre. Intento dominar la imaginación y, ¿cómo hacerlo, si cuando Él padeció en el Huerto fue solamente a causa de su imaginación?

Viernes. -¡Ahora, ahora!, sentí dentro de mi cerebro. ¡Ahora, ahora! Y conocí que había llegado el momento, que aquella criatura había madurado ya, que había adquirido vida independiente y reclamaba su propia existencia. Y sufrí, mi alma se desgarró en mil pedazos cuando el nuevo ser, abandonando la matriz original, salió al mundo causando dolores de muerte. No sé qué parte de mí entrará en el reino de Dios, pues me habré quedado toda a jirones en este mundo. Y cuando llegue a donde quiero habré producido cuatro talentos de los cuatro que me confiaron, y entonces estaré justificada. No renunciaré a ello, porque hay algo que nunca podremos recuperar, y es el tiempo perdido.

11 de junio, domingo. -Estás escribiendo una historia extensa y tienes la impresión de hallarte ante un gran fresco que tienes que terminar; has trazado un bosquejo, pero llega el momento de entrar en detalle y entonces el conjunto se te escapa, todo, excepto aquel fragmento en que trabajas. Entonces te asalta el miedo de que lo que haces no resulte armónico, de modo que el trabajo se convierte en un alarde de confianza ciega y tozudez, con la esperanza de que al final todas las piezas lleguen a encajar, pero temiendo que no encajen nunca y que aquello se convierta en un caos sin sentido o, lo que es aún peor, en un cromo sin relieve, en una obra deslavazada y vulgar. Me veo navegando en un mar inmenso, tratando de alcanzar a nado una orilla muy lejana; pienso que estoy empeñada en un imposible, pero entonces elevo los ojos al cielo y sigo braceando sin desmayo. No es suficiente vivir, es necesario atrapar la vida para que no se vaya, para que no se olvide. ¿Y hay quien pueda atraparla y vivirla al mismo tiempo? Qué formidable medio soy para el cultivo de toda clase de emociones: tristeza, entusiasmo, desesperación.

***

Pasabas ante su puerta y te has detenido un instante; sabes que está allí, lo percibes, y entonces te aproximas despacio sin hacer ruido, tratas de oír en el interior un susurro, un roce o un crujido que te asegure de su presencia; al otro lado está ella, oyes el chasquido y también el murmullo y un sentimiento doloroso te nace. ¿Será una alumna quien esté con ella ahora, una religiosa, se tratará de un extraño, o alguien de su familia? Contienes el aliento y oyes de nuevo un susurro de voces, y nada más. Están las galerías solitarias cuando vuelves, sabes que debieras estar en otro sitio y te apresuras. Allá dentro se ha quedado ella y piensas: ¿con quién?

***

Carolina bostezó con ganas; vio que María se acercaba con una bandeja con tazas y platos y la dejaba en el tablero de mármol.

-No doy una -se quejó-. Prueba tú.

Marcela le cogió el abrelatas y en un momento la cuchilla había taladrado el metal y se deslizaba en redondo.

-Ya lo tienes.

Un aparato de radio estaba dando los resultados de las finales de fútbol y Betty chistó, tratando de oír alguna cosa.

-Vaya semana que llevarnos -dijo, estirándose como un gato-. Estoy molida.

Llevaba las gafas puestas y tenía el pelo rojizo y brillante; Raquel se le acercó, llevando en la mano un vaso de café con leche.

-Esto se termina -suspiró. Paula le dirigió una mirada hosca.

-¿No estabas deseándolo? Cualquiera diría que sientes nostalgia -dijo-. Por mi parte, no creo que nunca me hayan hecho aquí ningún favor.

Carolina cogió el bote recién abierto, lo miró y lo levantó en alto.

-Tengo que acabar estos botes antes de irme -dijo. - ¿Alguien quiere ayudarme?

-Me muero de calor -dijo Betty sin hacerle caso.

Estaban en el refectorio, cerca del claustro bajo. Casi todas las mesas estaban vacías y ellas formaban un pequeño grupo. Carolina se estremeció a ojos vistas.

-¿No echáis a nadie de menos? -dijo con suavidad. Raquel jugueteaba con la cucharilla y se quedó clavada.

-Es verdad -dijo-. Es tremendo.

Hurgó en los bolsillos, miró los platos vacíos, los vasos alineados y las jarras, y pestañeó como si le hiciera daño la luz.

-Pensar que mientras nosotras estamos con nuestras mojigaterías suceden estas cosas -agregó. Pitita apoyó una mano en su hombro.

-¿Te imaginas cómo hubiera caído la historia en cualquier familia? -dijo-. Cuando un hijo de soltera aquí es peor que un negro en los Estados Unidos.

-No quiero ni pensarlo -dijo Raquel.

Las otras parecían haberse quedado mudas. Paula miró el fondo de su vaso.

-Otra vez el mismo tema -dijo con fastidio-. Esas cosas han pasado siempre, y siempre pasarán.

Juliana echó sus trenzas hacia atrás con un gesto característico.

-Hay que ser comprensivo con todo el mundo -dijo.

Raquel había untado una rebanada de pan con manteca y la mordió golosamente.

-¿Os dais cuenta? -dijo-. Un año más, dentro de nada seremos todas viejas.

Paula se había levantado de su asiento; cogió a Betty de un brazo y salieron juntas. Se oyeron sus pasos por la escalera.

-No hay quien aguante a Paula -dijo Pitita -. Cada día está más rara - Raquel mordió un trozo de pan.

-Es porque está aburrida de Femando, y no sabe qué hacer -dijo con la boca llena -. En cambio, esta idiota todavía se muere por él.

Lanzó una mirada a Carolina que agachó la cabeza. Luego carraspeó.

-Estaba pensando en Victoria -dijo-. El curso pasado la vi varias veces con el hermano de Paula. ¿Vosotras no? - Juliana frunció el ceño.

-¿Con Ramón? - preguntó, extrañada.

-Ramón la acompañaba muchas veces, de eso estoy segura. Y hasta parecía que se interesaba por ella.

-¿Ramón enamorado de ella? -saltó Juliana-. Eso sí que no lo creo.

-Bueno, la acompañaba.

Carolina dio un respingo en su asiento, como si acabara de despertarse de un sueño.

-Yo me la encontré una mañana en el parque, no hace mucho -dijo-. Estoy segura de que me vio, pero hizo como que no me había visto y se fue por otro lado sin hablarme.

Una monja robusta se había detenido a la puerta; no parecía de muy buen humor y las abarcó a todas de un vistazo.

-¿Qué pasa aquí? - dijo -. ¿Estas jovencitas van a pasarse todo el día comiendo? Vamos, arriba todo el mundo.

Dio unas cuantas palmadas y las hizo levantarse y salir. Cuando llegaron a la escalera vieron que Diana aguardaba arriba.

-¿Dónde estabais metidas? - preguntó -. Os he buscado por toda la casa.

La monja había agarrado del brazo a Raquel y la obligó a subir los peldaños. Ella se volvió a sus compañeras y puso los ojos en blanco.

-Preferiría estar picando piedra - dijo -, mucho mejor que estar estudiando aquí.

***

Ha encendido la lamparilla de la mesa de noche. Cerca está el libro que empezó a leer y lo coge, relee algunas líneas en la página marcada y recuerda la trama abandonada a medias; trata de concentrarse en lo que ve, pero una gran tristeza la domina impidiéndole toda atención. Repasa el texto una y otra vez hasta que por fin lo deja a un lado y se dispone a salir del cuarto. Atraviesa el pasillo y ve a su padre en el despacho, sentado ante la mesa de trabajo.

Tiene el pelo casi blanco, las facciones enjutas y parece abstraído, pero al oír sus pasos alza la cabeza y le sonríe. «¿Estabas ahí? Acércale, ven. » Ella trata de sonreír también, componiendo la estudiada expresión que da a sus facciones una triste dulzura. «Sí, voy.» Deja vagar el pensamiento, procura no pensar en nada, flota en una especie de bruma sin que el más ligero temor acuda ahora. *El padre la mira atentamente; la cara de la chica está enmarcada por los cabellos negros. Va a sentarse a su lado y ve sobre la mesa los renglones apretados de letra menuda sobre el papel de oficio. También hay libros de consulta y algunos periódicos. Él se quita las gafas con gesto fatigado, las limpia con un pañuelo muy blanco y las deja en la mesa. «¿Estás bien?» - le pregunta -. « Sí, muy bien. » « Quizá te conviniera irte de aquí por algún tiempo. » «¿Irme de aquí? Y, ¿dónde voy a ir?» «Me han hablado de un buen colegio. »* Se encuentra a gusto a solas, en medio del aula solitaria, y el crujir de una puerta o el rodar de un vehículo la enlazan con la realidad. Le gusta la palabra «sublimación»: tomar lo malo, lo negativo que hay en nosotros y de tal barro modelar una imagen magnífica. Ya no huye sus propias sensaciones, no las teme, sino al contrario, las busca para dominarlas. Le gusta estar allí sentada, los ojos cerrados y el pensamiento libre. Oscuras sombras se perfilan en la penumbra de la habitación.

***

Te acuden pensamientos deshonestos; te acosan ideas torpes cuando rezas, tienes miedo de que acuda a tu mente una imagen obscena, de proferir insultos durante los servicios religiosos. Te has sentado como otras veces en uno de los bancos de la iglesia desierta, tienes la mirada baja, la barbilla hundida en el pecho entre los pliegues del uniforme. Las trenzas han resbalado sobre los hombros, respiras acompasadamente y hasta ti sube el tibio perfume de tu propia carne. Recuerdas una a una las mortificaciones que durante tanto tiempo te infligiste y piensas: ¿para qué? Anochece, y en la iglesia se filtra una media luz opaca. Apenas brillan los dorados del altar con un fulgor apagado, las imágenes se vuelven irreales, son oscuras las tribunas sobre la vasta nave y un silencio no roto por nada invade

la capilla. Una puerta gime sobre sus goznes y golpea con estrépito; unos pasos hacen crujir la tarima, un calzado afelpado sofoca el ruido y piensas que puede ser ella; inclinándote te arrodillas, te levantas y por último alcanzas el lado de la epístola hacia la salida, y al mismo tiempo adviertes que una hermana lega se ha situado en uno de los últimos bancos y reza con la cabeza baja. Aprietas el paso, observas sus pálidas manos entrelazadas donde blanquean los nudillos, vuelves al final de la capilla y accionando el viejo picaporte de hierro negro sales al corredor de los roperos, alumbrado apenas por una pobre luz, mientras que una religiosa se desprende de un delantal negro y se cubre con la capa antes de entrar en la iglesia; destraba con ademán muy peculiar el velo que le cubre la cabeza y lo ordena con ambas manos; por fortuna no se trata de ella.

***

Doce de junio, lunes. -Sigue el calor y cada vez lo notamos con más fuerza; estamos desorientadas, desnortadas mejor, andamos con la mirada perdida en cualquier rincón y hay algo turbio que se detecta en el ambiente. Llevamos los uniformes de verano, pero aun así pasamos calor. Hemos estado haciendo fotos al convento: el claustro, la capilla, el refectorio y las aulas. Las llevaré siempre conmigo. He notado una sensación curiosa: mi novela me arrastra físicamente, tirando de mí; ella va por delante. La acometo con la misma intuición con que la hormiga hace su hormiguero, la abeja su panal, el gusano su capullo o la araña su tela. No tengo fiestas, ni domingos, ni vacaciones, y lo terrible es que no sé si todo este esfuerzo será vano. El libro que hacemos es como el negativo de nuestras obsesiones.

Miércoles. - Mis mentiras las dejo para la vida real; en literatura yo no miento nunca. No sé si hago mal, pero no pienso nunca en la vida futura; estoy demasiado ocupada en la actual. Dios es mi amigo, sin necesidad de ningún intermediario, y si me niega muchas cosas es para encaminarme a otras. Las grandes cosas no han tenido nunca la ayuda de nadie. No necesito ningún consuelo ni aliento alguno: me paso sin ellos. No los busco y, si vienen sin pretenderlos, procuro que no me afecten ni me ablanden. No quiero ni puedo tratar de que nadie me comprenda; los altibajos y los desánimos, hasta ahora pasajeros, son como las olas del mar que no alteran más que su epidermis.

Viernes. - He tenido que dejar mi historia para preparar los exámenes, pero la ironía de la inspiración hace que me acuda a raudales ahora que no la necesito. Es como una fuerza física, y como quiera cerrarle las compuertas rebosa por donde puede. A veces tengo la sensación de haber traspasado el tiempo y de hallarme ya al otro lado de la frontera.

Domingo. -Vi un sol pálido, como un disco metálico en el tórrido anochecer. Las hojas de los árboles son ya de un tono oscuro y espeso, el trébol desborda los macizos y tiene floraciones amarillas. He querido tocar una rosa con la punta de los dedos y no he llegado a hacerlo: me pareció vejar a la Naturaleza. Hay una abeja que planea sobre las flores, se detiene un momento sin rozar los pétalos y luego se remonta, muy cerca de ellos. Tanto colorido duele en la sensibilidad, incapaz de abarcar tanta belleza. Trepan las rosas amarillas y enormes, es un cúmulo tal de colores que sobrecoge el ánimo y, como fondo musical, bajo el canto de los pájaros susurra el agua de la fuente.

La niña cayó rodando, los dientes contra la dura y blanca piedra. Los dientes saltaron, quedaron sobre los escalones, y las pequeñas gotas de sangre se extendían en un reguero.

Boca abajo en la cama he alargado el brazo y he rozado el suelo con los dedos; ni siquiera el suelo estaba frío, sino tibio. Había dejado abierto el balcón, pero ni un soplo de aire venía a aliviar la atmósfera sofocante y la cortina permanecía quieta. Arrullada por el canto de los pájaros me he quedado dormida.

Martes. -Cinco horas seguidas de ensayo; tengo la cabeza pesada y se me cierran los ojos. La obra marcha, apenas se interrumpe, va como sobre ruedas, como por milagro. Mi papel va surgiendo sin ningún obstáculo; lo llevaba prendido con alfileres, pero creo que saldrá bien. Necesito unos zapatos de tacón alto con hebillas; no llevaré peluca, me arreglaré el pelo en pequeños rulos y lo empolvaré luego de blanco.

Miércoles. -Inventar, inventar: la realidad es siempre más asombrosa que la imaginación. He tenido una sensación de miedo, de vértigo frente a los personajes que van cobrando relieve, mucho más relieve y color que todos cuantos me rodean en la vida cotidiana; y me he dado cuenta de que hasta mis hijos más bastardos tendrán mi propia cara. Sólo puedo demostrar lo que quiero, de una forma: terminando mi novela.

Y no quiero enseñarla ni hablar de ella, porque no será más que humo mientras no esté terminada. La he disfrutado al proyectarla, la disfrutaré cuando la haya acabado, en tanto deberé sufrirla y nada más. ¿Una gran amistad? Me robaría lo que debo por entero a la Literatura.

Cosas que no olvidaré: las palmadas en la mañana, el jardín de las monjas, el asfalto derretido, la vuelta al colegio los domingos por la tarde.

Jueves. - Han pasado muchos años, han pasado más de veinte años; es una extraña ciudad y estoy sola. Me detengo a curiosear y a indagar lo que queda de un antiguo edificio, pero el gran portón ha sido condenado y no puede verse nada dentro. Rodeo la manzana, pero apenas consigo ver nada. La vieja estructura ha desaparecido, parece haberse esfumado; no hay restos de jardín, de árboles ni de fuente, y del convento no queda piedra sobre piedra. Al fondo se alzan unos espesos muros muy antiguos donde se han cegado los huecos de puertas y ventanas; el resto exhibe los ladrillos desnudos.

Mientras tanto, ha empezado a nevar; caen copos menudos, pero muy espesos, aunque la nieve no llegará a cuajar en los tejados ni en la calzada. Por fin descubro un pasaje estrecho que siempre ha estado ahí, pero que visito por primera vez.

Las casas son muy viejas, roídas sus maderas y las desvencijadas galerías que casi llegan a unirse sobre la calle; me doy cuenta en mi sueño de que llevo paraguas, miro al cielo y veo la multitud de pequeños copos que caen y se cuelan entre las viejas galerías. Avanzo entre soportales y reencuentro la tapia; los agujeros y rendijas de una puertecilla me permiten observar con toda comodidad el interior.

Cogí un lápiz y mi pequeño cuaderno y dejé el paraguas a un lado, cerrado y apoyado en la puerta. Los copos caían sobre el papel mojándolo y el cielo, creo recordar, estaba gris. Todo el convento había sido demolido salvo en su parte central y los escombros retirados, así que los terrenos anejos a la iglesia y al patio se habían convertido en un solar lleno de maleza y cascotes. No logro recordar si las matas estaban secas o verdes y florecidas aunque seguramente sí, se habían poblado de menudas flores amarillas y moradas. En los muros que rodeaban el patio podían advertirse los antiguos vanos, las puertas y las pequeñas ventanas,

Ayudándome de la memoria iba rehaciendo los antiguos lugares: el jardín de infancia, el refectorio, las aulas... De la gran mole del patio central sobresalía un cuerpo más reducido, seguramente el recinto de las antiguas escaleras. La iglesia se mantenía en pie, pero desde mi emplazamiento no alcanzaba a distinguir más que una sección del muro; no así la hermosa portada con la imagen en piedra.

Veía, no obstante, la espadaña y los oscuros tejados, todo entre la infinidad de copos blancos y ligeros que humedecían el papel y dispersaban los trazos del lápiz rojo. Recogí mi paraguas, miré todo aquello por última vez y volví sobre mis pasos, llena de una imprecisa melancolía.

***

El salón de actos, extenso y con piso de tarima, estaba abarrotado de gente. La religiosa miró a la sala por un agujero del telón y vio a la directora en primera fila y a ambos lados a las monjas más antiguas. Volvió al fondo del escenario y empezó a manipular las luces; una novicia se le acercó con aire resuelto.

-¿Dónde está la madre Lorena? -preguntó. Ella se volvió sin soltar la palanca.

-La he visto hace un momento. Estaba terminando unas túnicas.

Un timbre sonó y el salón quedó a oscuras; la monja salió del escenario a la escalera de los dormitorios y chistó desde allí.

-Todas preparadas -dijo.

En la sala resonó el himno del colegio; sonó el timbre por segunda vez y alguien cerró las ventanas. Una chica de uniforme subió al escenario; se oyeron algunas toses y ella empezó a leer unas cuartillas.

Las escaleras de los dormitorios estaban llenas de pequeñas con los disfraces más dispares. Una de las más menudas miró a otra con una mueca desdeñosa.

-Trabajo en los enanos -dijo-. ¿Y tú?

Llevaba calzas coloradas y mucho colorete en las mejillas, y un gorro puntiagudo terminado en cascabel. La otra la miró, fascinada.

-Yo soy el carbonero -dijo; el enano se echó a reír.

-Estás guapísima -dijo, y agitó el cascabel.

Había duendes, y aldeanas con ramos de flores. En el primer piso una de las medianas se había apoyado

en la pared, con un vestido de tarlatana azul y huellas de lágrimas en las mejillas. Una mayor pasaba deprisa, se volvió y se la quedó mirando.

-¿Pero qué te pasa?

-No tengo corona - dijo con expresión de angustia-. He perdido mi corona.

-Vamos a ver que es eso -dijo la mayor, empujándola al dormitorio. Olía a naftalina y las camas estaban llenas de disfraces y uniformes revueltos.

-Pero, ¿dónde has podido perderla? Piénsalo, vamos.

Ella se había tumbado de bruces y sollozaba.

-¿Es que nadie ha visto mi corona? -gimió-. No puedo hacer mi papel sin ella.

La cortinilla se corrió y la novicia apareció ante ellas.

-¿Qué pasa aquí? ¿Qué le pasa a ésta?

-Ha perdido la corona.

-Sois unas desordenadas todas. ¿Dónde has andado con ella?

La niña se tragó las lágrimas y la miró con los ojos colorados, llenos de chafarrinones.

-Por ahí -señaló con vaguedad.

-Vaya por Dios.

***

El dormitorio de mayores del segundo piso era un hervidero de disfraces: calzones de raso, medias blancas y chalecos bordados en sedas de colores, desenterrados de quién sabe dónde. Había una dama con falda de satén y una gran peluca blanca.

-Estoy asada con todos estos trapos -resopló. Cogió un abanico donde faltaban algunas plumas y empezó a agitarlo.

-¿Sabes una cosa? -dijo una gordita con casaca-. Se me ha olvidado completamente el papel.

Agitó unas cuartillas llenas de grasa y movió la cabeza con desesperación. La dama la miró.

-Eso es muy gracioso - dijo, abanicándose. La otra se sentó en la cama más cercana y sus pantalones parecieron a punto de estallar.

Una monja delgada entró en el dormitorio.

-¿Están preparadas? -dijo con acento extranjero-. ¿Dónde está Diana?

-Un momento -contestó una voz-. Ya voy, ya voy.

Se alzó una cortinilla y salió la que había hablado, con unos calzones color mandarina y unos zapatos de tacón.

-¿Ya nos toca? -dijo, cojeando. Se quitó un zapato y respiró-. Demonio, cómo me aprieta el condenado.

Abajo enrollaron el telón, ayudándose de una cuerda y una manivela. El grueso rollo giró con un chirrido y el escenario se trocó de pronto en un trasunto de la realidad. Sonaron en el viejo piano las notas de una alegre melodía y el coro de aldeanas inició una chispeante canción.

***

Sábado. - La obra, todo un éxito: luces, vestidos brillantes, felicitaciones y aplausos, estoy llegando a ser popular. Quizá me dedique a las tablas para el resto de mi vida. Después nos hicimos fotos en el patio de recreo; Germaine resultaba más alta que yo, pese a mis tacones. Leticia, larga como el palo de un navío.

Domingo. - Me alcanzó la lluvia impalpable de la manga de riego; la hierba brillaba, húmeda, y la mañana era fresca, aunque el sol todavía bajo hacía presagiar un día caluroso. Unas moscas gruesas y tornasoladas bajaban a beber en los pequeños charcos entre las hojas.

He salido temprano al parque; vi mi sombra, alargada y nítida sobre la arena, y sentí en los brazos el frescor de la mañana. Luego he vuelto al colegio donde me recibieron en la capilla los cánticos nasales de las monjas y el repicar de las campanas. Los domingos entramos por la calle principal, que no obstante es una calle tortuosa llena de viejos edificios entre algunas casas nuevas. Por la tarde la calle está abarrotada de gente, estudiantes y militares, y chicas que pasean. La circulación es caótica, los peatones ocupan las aceras y la calzada. Se oyen exclamaciones soeces, te empujan y resulta una aventura llegar hasta el colegio,

cargadas con los libros y la ropa.

***

QUERIDA HIJA: Por aquí todo marcha muy bien; mi trabajo, magníficamente. He sabido que en esta temporada has tenido algunas preocupaciones, y aunque no conozco los detalles, son las mismas que se plantean a una parte de la humanidad de cierta cultura. Hay una serie de interrogantes sobre la vida que nadie puede contestar. A cierta edad muchas personas pasan por el trance de interrogaciones por el que tú pasas ahora, y por último se llega a la conclusión de que no se consigue nada con pensar demasiado, sino martirizarse espiritual o psíquicamente. Hay que hacer un esfuerzo para desechar los pensamientos que puedan torturar, y procurar vivir la vida como la generalidad de los humanos: distrayéndose con deportes, paseos, vida familiar, y rezando poco o mucho el que sea religioso, y durmiendo lo mejor posible. Procura pues, con un poco de esfuerzo, eliminar los pensamientos torturantes y podrás ser feliz con las menudas cosas que hacen agradable la vida. Tienes suficientes motivos para estar contenta: eres inteligente, bella, y tienes un padre que te quiere mucho. Por otra parte no tienes que preocuparte del futuro, siempre podremos vivir con mi trabajo y las pequeñas cosas que tenemos. Espero que pronto vuelva la alegría de cuando eras chiquita y no te planteabas los problemas de ahora. Quiero verte pronto muy alegre, y así yo también estaré contento.

He pensado que convendría tener una casa fuera de aquí, ya que ello no entorpecerá mi carrera, sino al contrario. El gasto sería el mismo que tenemos ahora y estaríamos mejor los dos. Soledad está cansada, tiene merecido un retiro, y tía Elena no vivirá ya con nosotros. Yo arreglaría las cosas para trasladamos definitivamente. ¿Qué te parece el proyecto? Si lo apruebas haré las gestiones para llevarlo a cabo.

Bien, mi preciosa hija, no dejes de estar alegre. Y contesta pronto, ya que se aproximan las vacaciones. Tus cartas son la mayor alegría que tengo.

Adiós. Un beso de tu padre. ¿Necesitas algún dinero?

***

Un sol rojo y sangrante se alza sobre las nubes plomizas; jirones horizontales y oscuros se extienden sobre el fuego poderoso del astro rey, dueño del mundo. Tu amor terrible por la monja se ha convertido en un odio sin cuartel; nunca podrás disculpar el que haya emprendido una acción directa; no podrás perdonárselo nunca. Tus emociones forman una trama de admiración y de aversión al mismo tiempo; todavía cuando sientes pasos imaginas que son los suyos, y colocas la postura, la actitud y hasta la expresión de la cara. Las notas del órgano resbalan en tus oídos y llegan al cerebro, haciendo trepidar tus nervios con una inquietante sensación. Miras sin ver las finas cintas de matices suaves sobre las páginas de papel biblia con cantos dorados y letras impresas en rojo y negro, y al mismo tiempo sientes algo turbador en el sexo, como si fuese una ampolla húmeda próxima a estallar. Me hallo afligida, Señor, vengo a Ti. Oh Señor, sustenta este corazón que marcha en ruinas, protégelo a pesar suyo. El lejano tañer de una campana sobre los himnos litúrgicos y el perfume del incienso; y el bordado en el blanco mantel del altar. Evocas la escena de tu pretendida curación y sabes que desde entonces has empezado a odiarla, y también ella a ti. Mientras el órgano ha atacado una vibrante melodia, las alumnas empiezan a salir con un arrastrar de pisadas sobre la tarima.

***

Un penetrante olor a éter flotaba en el ambiente impregnando las ropas de las camas. La madre Isabel vio a la mujer que se acercaba, mirándola con ansiedad.

-Ah, es usted. Me figuré que vendría.

-Quise venir antes, pero, no he podido -declaró la monja en voz muy baja.

-No me atrevía a irme y a dejarla sola -dijo ella, moviendo la cabeza -. Tiene pocas ganas de vivir.

Del fondo del pasillo llegó apagado el sonido de un timbre, y un rumor de voces y pasos.

-Ya lo imagino. Gracias por haberme avisado.

Se despidieron y la mujer salió. La chica estaba echada boca arriba, con los ojos cerrados y una respiración sibilante. La habitación estaba medio a oscuras y se distinguían apenas las siluetas de las enfermas

en sus camas. Rozó su frente con la mano y la chica abrió los ojos.

-Ah, está aquí -dijo con voz enronquecida. La monja le arregló el embozo y se sentó en una silla a su lado.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó sin alzar la voz.

-No estoy bien. Estoy sudando mucho.

La monja sacó un pañuelo doblado y le estuvo enjugando la frente.

-Quisiera cambiarme de ropa -dijo ella-. Me siento incómoda.

Se oyeron unos pasos fuera y apareció una hermana con hábito blanco. Tanteando, encendió una pequeña luz en la cabecera.

-¿Cómo va la jovencita? -dijo-. Veamos esa temperatura.

Levantó la ropa, cogió el termómetro y lo miró, sacudiéndolo luego. La monja hizo intención de levantarse.

-Quiere mudarse de ropa -dijo. Ella denegó vivamente.

-Nada de eso. No hace una hora que la han cambiado de arriba a abajo.

Vio sobre la mesilla el vaso de leche y chasqueó la lengua.

-¿Qué viene a ser esto? ¿Es que no va a comer nada? Vamos, tómese esto.

Ella hizo una mueca de desagrado.

-No tengo ganas.

-Haga un esfuerzo -insistió la hermana, acercándole el vaso. Ella bebió un sorbo y lo dejó nuevamente.

-Ahora no, por favor -suplicó-. No puedo.

La hermana apagó la luz; llamó a la otra con un gesto y ambas fueron hacia la puerta.

-Es un caso penoso - susurró -. De lo más penoso.

La monja asintió en silencio y ella siguió hablando en voz baja.

-No ha tenido visitas -dijo-. Sólo esa mujer que ha estado todo el tiempo con ella.

La madre Isabel se mordió los labios y la hermana salió. Las enfermas parecían dormir en sus camas, aunque de tiempo en tiempo se oía un quejido o una respiración agitada. Se sentó en la silla y la muchacha le tendió la mano.

-Se lo han llevado, ¿sabe? -dijo sencillamente. Ella notó que la sangre abandonaba su cara.

-Ya lo sé -repuso. La muchacha insistía.

-Yo no lo he visto. No he querido verlo.

-La madre Isabel cogió la mano delgada y húmeda y la situó sobre el embozo.

-No ha venido mi hermano -dijo ella-. No viene porque no resiste verme sufrir.

La monja la miró, consternada. Estaba sudando bajo la toca.

-No resiste verme sufrir - dijo la chica tercamente-. ¿Por qué no iba a venir si no? Diga, ¿Por qué no iba a venir?

-Claro que sí, claro. Vamos, procura dormir un rato. Cierra los ojos y duérmete.

La chica se estremeció y retiró la mano. Sonreía de un modo extraño y tenía las facciones crispadas.

-Ya no me queda nada por hacer -dijo de pronto. La monja se inclinó sobre ella.

-Te queda mucho por hacer -subrayó-. No tienes que perder la esperanza.

-La esperanza sin fundamento es tonta y pueril -dijo ella-. Yo no puedo engañarme a mí misma. No puedo hacerlo, aun a riesgo de caer en la desesperación.

Se quedó callada y su cara se ensombreció. Luego su voz se hizo agresiva.

-Me decía: dame un poco de dinero, que yo te lo devolveré. Y yo careciendo de lo más necesario. Se lo jugaba todo, y luego volvía otra vez: ¿No tendrás algo más de dinero?

La monja se había puesto en pie y se mantuvo inmóvil junto a la cama.

-Vamos, niña mía -dijo con dulzura-. No pienses más en eso. Procura descansar ahora.

Le tendió la mano y la chica la asió nerviosamente; permanecieron así hasta que notó que la mano cedía y la abandonó con cuidado. Ella entonces abrió los ojos de nuevo.

-Quiero ver la luz -dijo-. Quiero que enciendan la luz.

-No se puede ahora. Tranquilízate-. La monja se sentó.

-Tengo miedo.

-¿De qué tienes miedo? No tienes nada que temer, yo estoy aquí contigo.

-He estado soñando - dijo ella -. Había un lago muy grande y de pronto me vi dentro de él, y no sabía nadar - añadió, agitándose -. No podía nadar, me hundía y no podía mover los brazos ni los pies.

Se detuvo un momento y siguió hablando más despacio, sin apartar la mirada de las sombras del techo.

-Cuando me ahogaba alguien tiró y me sacó de allí.

La monja había puesto la mano en su frente.

-¿Tú lo ves? - dijo en tono apacible -. No ha pasado nada, no era más que una pesadilla.

La chica pareció reflexionar y habló como para sí misma.

-¿Cómo era aquello? -se esforzó en recordar-. «Ahora dejas ir a tu siervo... »

Miró a la religiosa como aguardando una respuesta y ella afirmó. -«Ahora dejas ir a tu siervo, según tu palabra, en paz. Pues ya vieron mis ojos tu salud, que preparaste a todos los pueblos... »

A medida que la monja recitaba ella empezó a sonreír, recordando alguna escena lejana. Se había quedado tranquila y tenía una expresión infantil.

-Me encuentro tan bien ahora -dijo.

La madre Isabel apretó el rosario entre los dedos; estuvo largo tiempo sin moverse, hasta que el rosario se deslizó de sus manos y cayó al suelo. Ella no se agachó a cogerlo.

Un crujido la despertó de su letargo y vio por la ventana que estaba amaneciendo. Se puso en pie y estiró los miembros entumecidos. Vio que la chica se había vuelto hacia la pared, y al inclinarse sobre ella vio su cara descompuesta. Tenía los labios entreabiertos y la mirada opaca.

Salió corriendo al pasillo y buscó a una enfermera.

-Por favor, venga -dijo muy nerviosa-. Me ha parecido que una enferma está muy mal.

Ella la miró indiferente.

-Yo salgo ahora - dijo -. Se lo diré a mi compañera y ella la atenderá.

-Venga, por favor -dijo la monja con desesperación-. Es urgente.

-Espere un momento - dijo ella -. No tardo nada, vaya hacia allá.

Volvió a la sala y se quedó sin moverse junto a la cama. Una mujer muy gruesa se había incorporado en la suya y trataba de arreglarse la almohada. Ella se apresuró a ayudarla.

-Pobrecita -dijo la mujer gruesa. Ella la miró, desolada.

-La enfermera tiene prisa -dijo.

-Siempre tienen prisa -asintió la mujer con flema.

Llegó la enfermera por fin, tomó el pulso a la muchacha y permaneció quieta, como si dudara qué partido tomar. Luego se apartó.

-Voy a buscar a la hermana -dijo.

Después de unos tensos minutos aparecieron ambas. La enfermera llevaba una bandeja de porcelana con material sanitario; la hermana alzó las sábanas y cambió con ella una mirada expresiva.

-¿Dónde estaba usted? -dijo secamente. Ella bajó la cabeza.

-Ha sido tan rápido -contestó en voz baja.

-Avise enseguida al doctor.

Se volvió al silencioso grupo que formaban la monja y la otra enferma y las miró un momento.

-Salga usted también -dijo-. Y espere fuera.

Luego se dirigió a la mujer con brusquedad.

-Y usted métase bien en la cama y vuélvase de espaldas.

-¿Qué es lo que pasa? -insinuó la monja, y por toda respuesta ella le mostró la salida.

- Por favor, salga.

Siguió su indicación y salió al corredor; por la ventana vio que la luz era ya cálida y rojiza. Un tintineo llegó de lejos, un gallo cantó, mientras que el sol apenas recién nacido hacía presagiar una jornada calurosa.

***

Tienes que hacer algo, es preciso hacer algo que te devuelva el sosiego y has determinado

decírselo: estabas en un error, no quieres seguir una senda que no es la tuya, sabes que el mundo te aguarda. Estáis en el jardín de las monjas, dices todo aquello en un tono pausado con apariencia serena y su respuesta te asombra: Es verdad, estás en lo cierto, dice ahora, esta vida nunca fue ni será para ti. ¿Y por qué no te lo dijo antes, por qué mantuvo aquel fuego, por qué lo alimentó? Riñes un sordo combate, porque la idea de la vocación religiosa te procuraba una felicidad tan sobrehumana que para ti no eran nada las penas de la vida, con tal de conservar tu tesoro. ¿Cómo todo aquello pudo venirse abajo? Estás en la penumbra de la iglesia envuelta en un perfume de ceras y de incienso; el rodar de un vehículo en la calle tiene resonancias extrañas. Te empeñas en recordar, es difícil, pero hay que hacerlo. Últimamente se conduce contigo con más reserva que con otras; por ello no tomas parte en actividades comunes ni mucho menos la persigues como antes, ni pides entrevistas a solas, que en otros tiempos te llenaban de felicidad. Una exhibición ante la amada, esa era tu vida. Y ahora su cercanía constituye una inquietud insoportable, las relaciones entre ambas se hacen tensas con una jovialidad exagerada o una excesiva aspereza. Al parecer te ha visto y no se ha dado por aludida; o, ¿habrá sonreído a otra más que a ti? A veces se muestra amable y otras llega a rehusarte el saludo. Rechazo, malestar, sufrimiento son tus emociones, y un deseo irreprimible de huir, y la evidencia de que con huir no conseguirás escapar de ti misma. Rehuyes su presencia, la detestas, has visto en ella a una enemiga con quien nada te une. Todo el mundo que habías construido en tanto tiempo se ha disipado de pronto; vagas como alma en pena, sin hallar un sitio donde reclinar la cabeza, llamas a las puertas del alma y nadie te responde, sino el desorden y el caos que ahora son los dueños.

***

-¿Y bien? -Interrogó la directora, clavando en ella sus ojos acerados.

-No tengo nada que decir.

-No tiene qué decir, no me sorprende nada -dijo ella -. No me extraña, desde luego, porque su actuación ha sido inaudita. Ha contravenido mis consejos, y no sólo eso -subrayó-. Ha dejado la casa sin permiso, y ha permanecido fuera durante toda la noche.

Extendió los brazos en un amplio gesto y bajó la voz.

-Y nos ha tenido en jaque durante unas horas terribles, sin saber lo que le había sucedido.

La madre Isabel parecía fatigada.

-Ha muerto -dijo brevemente.

La directora pareció asombrarse y no pudo evitar un estremecimiento. Ella prosiguió.

-Ha muerto y estaba sola.

Hubo un silencio pesado y el sol pareció alumbrar el jardín con más fuerza. La voz de la madre Isabel se hizo profunda.

-Estaba muy enferma, y hubiera estado abandonada si no es por una pobre mujer.

-No lo sabía. Lo siento de veras. - Ella la miró.

-¿Qué podía yo hacer? No podía exponerme a que me denegaran el permiso.

Trataba de hablar serenamente sin conseguirlo; tenía las mejillas ardientes y los ojos febriles. Caminaron junto a los macizos floridos, anegados por el agua de riego que se desbordaba en algunos puntos. La directora carraspeó.

-De todos modos, y por muy lamentable que sea lo sucedido, no justifica su actitud. Nada puede justificar la forma en que ha abandonado la casa.

Miró a la monja con un ligero ceño y ella agachó la cabeza.

-¿Habrá muerto en gracia de Dios? -insinuó.

-¿Cómo puede saberse eso? -dijo la monja, perpleja ¿O es que pretendemos saberlo todo?

-Intentaría al menos hablarle -dijo ella-. Para nadie era un secreto su manera de pensar.

-No -dijo la monja brevemente-. Sé que he aliviado su dolor, y eso me basta.

Vio los ojos fríos que la taladraban, pero consiguió dominarse. La otra no ocultó su disgusto.

-Extrañas palabras en una religiosa -dijo.

-No se preocupe ya por ella -dijo la madre Isabel-. Ahora está en paz.

Parecía asombrada de su propia osadía y oyó de nuevo la voz helada.

-De las consecuencias de su acto ya hablaremos despacio. Váyase, ya hablaremos de esto.

Hacía mucho calor. Algunos pétalos, aterciopelados y enormes, se habían desprendido y estaban esparcidos sobre la tierra del jardín.

***

He soñado con ella. Su cadáver se elevaba entre las aguas, levantando con él una manta de algas y de hierbas marinas. El día ha sido horriblemente caluroso, también la noche lo fue. Siento como si una mano caliente se abatiera sobre mí, mojando los vestidos y la piel a través del vestido.

Jueves. - Ha habido reparto de notas; estábamos reunidas en el patio central, donde se habían situado sillas y bancos y una mesa alargada, donde las profesoras distribuían los premios finales. Sobre todo el mundo flotaba el peso de una sombra. No ha sido un día alegre; perso0nalmente no creo que pueda recordarlo así. Cosa extraña, por primera vez Juliana no ha sido la mejor del curso; todo en ella estaba en orden y ahora parece no estarlo.

***

-¿Sabes? -dijo Paula-. Nos han dado las notas ayer.

Fernando escogió un disco, metió una moneda en la ranura de la máquina y se volvió.

-¿Y qué tal?

La chica pareció avergonzada.

-Sobresaliente -dijo.

-Eres insoportable - dijo el muchacho sonriendo -La niña perfecta.

En el bar de la estación el calor era sofocante y el humo se estremecía de tiempo en tiempo, agitado por el ventilador.

-Es un fastidio tenerse que ir ahora -agregó él-. Pero no puedo hacer otra cosa-. Luego dejó unas monedas en el mostrador.

-Esta bien -dijo al camarero.

Fueron hacia la salida mientras el ritmo de la máquina parecía estallar en el ambiente bochornoso. Un remolino de polvo y papeles revoloteó sobre las vías.

-¿Sigues pensado en hacer ese viaje con Betty? -preguntó Fernando. Ella afirmó con la cabeza.

-¿No te quedarías si yo te lo pidiera?

-Ni aunque me lo pidieras de rodillas.

Estaban junto al kiosco de los periódicos y él compró unas revistas.

-¿Sabes lo que estoy pensando? -dijo, meditativo-. Que no te importa en absoluto que yo me vaya.

Ella rió sin ganas y no contestó. Habían regado hacía poco y un vapor abrasante se alzaba del cemento humedecido. El muchacho habló en tono apagado.

-Me pregunto si me has querido alguna vez.

-Qué cosas tienes -repuso la chica, con una risita nerviosa.

Se habían detenido a pleno sol y el resplandor los cegaba; las vías entrelazadas reflejaban la luz, hiriendo la vista.

-Es como si estuvieras muy lejos, o algo parecido -dijo él.

Las pupilas de color violeta quedaron veladas por un momento.

-Vamos a cruzar, ¿quieres?

Cogidos del brazo bajaron la rampa del andén, mientras una ráfaga de viento soplaba levantando de nuevo los papeles. Al llegar al lado opuesto Paula se detuvo.

-Me duele la cabeza - dijo -. Debe ser este calor.

Hubo un silencio prolongado y ambos se miraron sin hablar. Luego Fernando la enlazó de la cintura.

-¿Te gustaría que nos casáramos ahora mismo? -dijo. Ella pareció sorprendida.

-¿Ahora mismo? Qué cosas tienes.

-No te comprendo -dijo él-. Pareces de fuego, y otras veces... creo que nada te importa de verdad.

-Será que no me importa -dijo ella.

-Es una buena confesión para una despedida.

Un grupo de viajeros aguardaba junto a la vía y un timbre empezó a sonar.

-Voy por la maleta -dijo él-. Aguarda un momento.

Volvió con una maleta de cuero; en el mismo instante sonó el pitido del tren. La chica se volvió y lo miró de frente.

-¿Qué harías si te dejara? -preguntó. Él frunció el entrecejo.

-Quizá me matara -repuso-. O quizá no me importara nada. ¿Me vas a dejar?

Paula no contestó. La oscura mole se precipitó en el andén y se detuvo poco a poco. Algunas personas en las ventanillas hacían pantalla con la mano para defenderse de la fuerte luz.

Él soltó su maleta y la abrazó fuertemente; luego la besó en los labios. Cogió el equipaje y saltó al vagón más cercano. La chica se quedó muy quieta. Una ráfaga de aire le alborotó el pelo y ella lo echó hacia atrás con la mano. Siguió con la mirada el paso del tren hasta que se ocultó a su vista y se encaminó con pasos rápidos hacia la salida del andén.

***

Vendrán de las capitales vecinas, otras llegarán de lejos; algunas se harán acompañar de sus hijos como en otras ocasiones. Llegan las primeras antiguas, a través del claustro buscan con la mirada a una religiosa o a alguna vieja compañera. Usan complementos de buen gusto, llevan las manos y el cabello cuidados; muestran elegantes modales, avanzan despacio hacia las mesas. Han distinguido por fin una cara amiga bajo las vaporosas tocas, se acercan solícitas con una cierta cordialidad moderada a la vez que afectuosa. Ella atiende a cada grupo, los puestos van siendo cubiertos, por fin distingue a las antiguas condiscípulas que también celebran con ella las bodas de plata de su promoción; todas están sentadas en torno a una mesa. Con gesto instintivo se arregla la toca y avanza, y ellas no la han visto todavía; las recuerda a todas tal como eran entonces, va a unirse al grupo y se detiene un instante. Tantos años transcurridos y ellas están de nuevo juntas. Años que habrán llevado a algunas vidas hechos deplorables, mientras que otras, como la suya propia, siguen el camino rectilíneo que se trazaron hace tanto tiempo. Unas habrán tenido hijos, otras los habrán envidiado, habrán gozado unas del amor y otras lo habrán eludido, celosas de su independencia. Reencontradas bajo los arcos del monasterio, pisando aquellos suelos que llamaban su atención cuando niñas. Se ha detenido, atiende a su diálogo, observa las manos que accionan, el tintineo de las pulseras de oro, las diminutas medallas pendientes que muestran sin duda el número y el nombre de los hijos. Alguien se ha vuelto y la ha visto, acogiéndola con una exclamación de alegre sorpresa. Todas las miradas se vuelven, todo son exclamaciones y gestos de bienvenida, todas la acogen con cariño y se acercan a besarla. El convento tiene aire de fiesta; recorre con la mirada las largas mesas sobre el viejo pavimento de piedrecillas y de huesos menudos; manteles de ceremonia y floreros adornan las mesas, y los platos de siempre se servirán, como en otras ocasiones. Bajo el oscuro artesonado se alzan las plegarias tradicionales que despiertan antiguas añoranzas. Se suceden los platos, coincidiendo curiosamente con los que se sirvieron el año anterior y el precedente; entre charlas y recuerdos han llegado los postres, y los claveles que adornaban las mesas están ahora en las solapas y en los descotes. Hay quien juega inadvertidamente con uno de ellos, dándole vueltas entre los dedos. Revivirán en el gran locutorio fragancias de ceras añejas y de pétalos de rosa; contemplarán los cuadros oscuros, admirarán las lunas espesas, los asientos exquisitos de brocado de China, recordarán el dibujo del papel en la pared que ya habían olvidado y que continúa siendo el mismo. Detrás de las ventanas entornadas, protegidas por gruesos cortinones, podrán ver el jardín interior y a un extremo el pequeño pilar de riego con la llave que rezuma, gota a gota, todavía. En los balcones de los dormitorios, ya vacíos, las contraventanas estarán cerradas; los rosales se habrán llenado de rosas blancas y soberbias rosas de té. Después, en el escenario harán su aparición algunos grupos de los cursos inferiores, niñas disfrazadas de pastoras con flores y cintas en el pelo que bailarán en el espacio bañado de luz. Los árboles pintados en el lienzo sobre tarlatana darán cobijo al Príncipe Feliz; entre bastidores ella arreglará un ramillete o sujetará en el último momento una lazada desprendida. A los acordes del viejo piano los diminutos personajes

harán retumbar el tablado con sus piruetas; duques y princesas con jubones de encaje esbozarán graciosas reverencias. Bajará el telón y volverá a subir, y así una y otra vez, accionado trabajosamente desde dentro. Y cuando haya bajado por última vez, la chiquillería oteará la sala entre los resquicios que deja el telón, buscando una fisonomía conocida. El piano tocará una marcha, las baterías se manejarán desde dentro inundando aquel mundo fantástico con luces rojas o azules de tormenta. El acompañamiento imitará el fragor del trueno y la gentil princesa huirá despavorida por el bosque. Luego, la escena se poblará de enanos barbudos, de gnomos escarlata y duendes saltarines; los menudos personajes pugnarán por mostrarse en primera fila y habrá quien tropiece o dé de bruces en el suelo. Arriba, en los dormitorios, las cortinillas estarán descorridas, y recogidas las camas que durante los meses de verano no serán utilizadas; a través de las rendijas en los balcones se verán los rosales y sus flores blancas, purpúreas o amarillas. Los graciosos personajes remontarán las escaleras taconeando peligrosamente, agitarán los vestidos y correrán a quitarse los disfraces, y a lavarse las caras maquilladas. Atravesarán los dormitorios buscando las ropas de verano y caerán los tafetanes y moarés formando montones en el suelo. Se desharán las guirnaldas, las chinelas de plata serán abandonadas y quedarán en los rostros restos de maquillaje, colorete en los labios y mejillas y menudos lunares pintados con carbón. Ella ayudará a las más pequeñas disfrutando una especie de ubicuidad, atusará o trenzará cabellos o consolará a un gnomo que llora. Bajo los hábitos sufrirá el calor de la tarde, ahuecará los velos y jadeará, agotada. Alcanzará finalmente la escalera, bajará fuego al jardín interior y cruzándolo caminará ante los locutorios, saliendo al viejo patio. Habrán sido retiradas las mesas, lucirán brillantes las grandes lunas entre los arcos del claustro. Comprobará que todo está en orden y se encaminará hacia las amplias escaleras, cuyos zócalos brillan con cerámicas antiguas. Es una bella sinfonía de azules y amarillos que contrastan con el artesonado oscuro; hay una salida al patio de recreo y desde allí observa que los tableros han sido ya dispuestos a lo largo de la acera para servir el tradicional refresco. Un grupo de mayores se encarga de ensamblar los maderos y cubrirlos con los manteles; la tarde fuera es deslumbrante, una calina ardiente se abate sobre los patios y por encima de los viejos tejados que cobijan el antiguo convento y su trazado intrincado y complejo. Un sol de justicia fustiga las rosas y las apretadas cimas de los árboles en el jardín.

***

Diana tocó una jarra y vio que no estaba lo suficientemente fría.

-No están frías -dijo-. ¿Qué hacemos?

-Habrá que traer más hielo -dijo Leticia.

El calor de la tarde achicharraba el patio; de las ventanas bajas de la cocina surgían voces y risas. Algunas chicas cortaban rebanadas de pan, las untaban de mantequilla y las adornaban con mil cosas apetitosas. Otras llevaban bandejas con emparedados y canapés, y las cubrían con servilletas húmedas para que el pan no se abarquillara.

-Esta sonando la campana - dijo una -. Hay que darse prisa.

-Ya la oigo. Hay que quitar las servilletas.

Una ventana del primer piso se abrió y se cerró luego de un portazo; los pájaros que estaban en el alero emprendieron un revoloteo agitado y se refugiaron en los árboles vecinos.

-¿Habéis traído el hielo? Vamos a echarlo en las jarras.

-Vamos, deprisa.

El líquido dorado burbujeaba y en el fondo de las jarras se agitaban los trozos de frutas. Las primeras antiguas habían aparecido en el patio y empezaban a bajar los peldaños. Sobre las mesas largas, además de bandejas y jarras había muchos vasos y botellines, y platos con pastelillos y dulces.

-Vamos -dijo Leticia, como quien espanta a un enjambre de moscas-. Llevaos las servilletas de aquí.

El gran árbol proyectaba una sombra donde se habían colocado mesas y sillas; una calma bochornosa se aplastaba sobre los edificios y el recinto tapiado del jardín.

-El número de antiguas ha superado este año todas las previsiones -dice la monja de ojos claros. Ve un rostro ajado y unas facciones que le son familiares: son las de una mujer alta, con el pelo canoso que ha

sido oscuro.

-¡Eres tú! - dice, recordando -. Claro que eres tú.

Ella parece encontrarse fuera de lugar y muestra una expresión cansada, casi aburrida. Mira la figura menuda de la monja, sus ojos achinados.

-Estoy tan estropeada -se disculpa-. Tú en cambio estás igual.

-No me digas eso -formula la monja, denegando. Los años no pasan en balde.

Parece recordar algo y sonríe.

-¿Qué hiciste de tus trenzas? -pregunta luego. La mujer se lleva la mano al cabello, pero no dice nada

-Pero si estás muy bien - le dice la monja -. Muy bien.

-¿Os dais cuenta? -interviene una voz aguda-. Aquí pasamos tantas y tantas horas...

-Las alumnas del último curso se han volcado hoy -dice la monja, complacida-. Se han esforzado para que todo salga bien.

Con un gesto señala las mesas, junto a las que chicas de uniforme aguardan de pie.

-Han estado abriendo latas, han colocado los canapés en las bandejas y han preparado las bebidas - dice, sonriendo.

-Recuerdo otra fiesta en este mismo sitio, las mismas mesas con manteles blancos, unas jarras parecidas a estas - dice una dama rellenita -. Recuerdo haber comido hasta hartarme las frutas del fondo de las jarras, y luego un mareo espantoso.

-Hoy es un día importante - dice la monja -. Por última vez nos reunimos todas aquí.

Mira el patio con ojos entristecidos; hay niñeras vestidas con primor, llevando en brazos o de la mano a unos lindos bebés.

-Muchas vienen de fuera -explica ella-. Han venido de lejos, acompañadas algunas de sus maridos y de sus hijos.

La dama rellenita asiente, sonriendo.

-También recuerdo a otros niños guiados por niñeras que no eran las mismas -dice. Luego se queda silenciosa y mira alrededor. Nuevos grupos entran, charlando y riendo, y a su lado una monja de edad está explicando algo.

-Todas las alumnas han pasado ya sus exámenes -dice-. Los resultados han sido magníficos.

Las chicas de uniforme ofrecen las bandejas con platos y bebidas; otras llevan jarras o botellas, que a causa del calor se han recubierto de gotas esféricas.

-Sigue teniendo el mismo pelo rojo, y los hoyuelos en las mejillas -se oye decir-. Pero su piel ya no es la misma de entonces.

Sobre los manteles ya no tan blancos quedaban vasos vacíos, y jarras con trozos de frutas maceradas.

-Se me había quitado el hambre de la emoción, pero aun así me he comido un montón de canapés y me han sabido buenísimos -dijo Leticia, riendo.

Un ruido de cristales rotos la hizo volverse y vio que una botella se había hecho añicos contra el cemento de la acera. El líquido burbujeaba, se colaba por las ranuras y seguía cuesta abajo, en zig-zag. Diana se agachó a coger los trozos.

-Ten cuidado -dijo alguien -. Vas a cortarte.

La directora se había acercado y las recorrió una a una con la mirada. Luego les dedicó una estirada sonrisa.

-¿Se divierten? -interrogó.

-Oh, muchísimo.

Se acercó a Diana y le quitó del pelo una ramilla que se le había quedado adherida.

-¿Va a publicar su libro? -preguntó en tono burlón. Ella contestó de mala gana.

-No creo que encuentre editor-. Leticia mordisqueó un nuevo canapé.

-¡Ánimo, Diana! -dijo con un guiño-. ¿Quién dijo miedo?

La directora abrió los brazos como si fuera a decir algo importante.

-Espero que en la vida sepa distinguir lo que es real de lo que no lo es.

-¿Quién sabe? -dijo ella-. A lo mejor mis personajes son reales y la ficticia soy yo.

Leticia intervino con aire de suficiencia.

-Hay un dato escondido en la novela, pero es que toda la novela es un dato escondido -dijo. Diana arrugó el ceño.

-¿De manera que has leído mis cuadernos? -dijo un tanto molesta.

-¿Cómo no voy a leerlos? Los dejas en cualquier sitio.

Una hermana lega se acercó y se las quedó mirando; sostenía en las manos una jarra y la remecía continuamente.

-Ya se nos van -dijo, moviendo la cabeza-, Vamos a echarlas de menos.

Diana miró al otro lado del jardín.

-Yo también -repuso, con una sombra de melancolía -. A medida que se consumen los minutos se evocan los ratos pasados aquí.

-La vida no es una novela, mona -dijo Juliana adustamente.

-Toda la Historia es un gran juego eterno - observó Diana, pensativa.

Con la punta de los dedos arrastró unas guindas hacia el borde del vaso y las engulló todas de un golpe.

-Te vas a marear con tantas frutas -rió Leticia.

Ella se encogió de hombros y no le contestó; el sol de plena tarde amenazaba con derretir las piedras.

-Ay, pobre padrino mío -susurró-. Estás tan muerto como yo.

***

1 de julio, sábado. -Entre las hojas de un libro que le presté a María he encontrado un papel. Cuando he querido devolvérselo ya se había ido. Lo he leído con un cierto remordimiento de conciencia y dice así:

«He vuelto a experimentar las sensaciones de mi primera edad, de aquella etapa amable, deseada y olvidada. Me he sentido la misma niña de entonces, la que conversaba con el sol y derramaba lágrimas cuando se iba. Ignoro si desde entonces me había vuelto a sentir aquélla, pero no quiero que lo de hoy desaparezca. Quiero que mi mirada se transforme en una brisa clara y brillante; que mi mundo sea el de los niños, ese mnundo inconsciente, o quizá muy consciente, que no admite ningún peligro ni amargura. Quiero considerar a los otros como mis hermanos, amables y sin maldad. No puedo volver a la niñez, pero quiero que mi vida, a partir de hoy, pueda transcurrir con alegría. Quiero llorar de alegría y no consentiré que nadie me arrebate mi vida, porque mi vida me hace falta.»

***

Al salir del puente el automóvil patinó sobre las piedras menudas. A lo lejos se esfumaban los contornos bajo un cielo intensamente luminoso.

-Espero llegar a buena hora - dijo Ricardo -. Quiero estar antes de que se haga de noche.

Había sido una mañana calurosa, pero según avanzaba el día la atmósfera se hacía irrespirable.

-Mañana tengo que madrugar -dijo Paula-. El avión sale temprano.

Daniela parecía ausente, sentada junto a su marido. Llevaba un pañuelo de seda a la cabeza, ocultando casi por completo el cabello.

-¿Tienes preparado el equipaje? -interrogó sin volverse.

-Tengo todo, no te preocupes.

Los campos estaban punteados de amapolas y a lo lejos los cerros formaban una muralla ondulada.

-Ya sabréis lo de Victoria -dijo luego, incorporándose. Hubo un silencio sostenido que Ricardo rompió.

-¿Otra vez esa chica?

A la izquierda de Paula, Mónica descansaba en el asiento y parecía dormida.

-Ha muerto -dijo ella.

Daniela trató de alcanzar un paquete de cigarrillos, pero su mano tembló y el paquete cayó bajo el asiento.

-Qué dices -murmuró, como si no hubiera oído bien-. ¿Cómo ha sido? ¿Lo sabe Ramón?

-No creo que lo sepa -dijo Paula, evasiva.

El auto paso frente a un grupo de árboles; más allá un pueblo diminuto se destacaba apenas sobre el terreno ocre.

-¿El... niño ha muerto también? -preguntó Ricardo. Paula se puso seria.

-El niño ha nacido bien.

El hombre pisó el acelerador y el coche dio una sacudida.

-¿Qué han hecho con él?

-Lo había cedido en adopción -dijo la chica; Daniela suspiró.

-Vaya, pobrecilla.

Durante un rato no se oyó más que el zumbar apagado del motor; Daniela había sacado del bolso un frasco de perfume y un aroma delicado se extendió en un momento.

-¿Quién tiene el niño? -preguntó en tono ligero.

-Una familia, no se sabe quién. No lo dicen nunca, no pueden decirlo.

-Es una pena -comentó Ricardo. Daniela bajó la cabeza.

-En medio de todo, puede que haya sido lo mejor.

Paula no pudo contener una exclamación.

-No seas brutal -dijo. Ella pareció desconcertada.

-Me refería...

-Sé a qué te referías.

-Habrá que decírselo a Ramón -sugirió Ricardo. Paula lo miró con ojos apagados.

-No os preocupéis, yo se lo diré. Va a sentirse liberado, no me cabe la menor duda.

Mónica abrió los ojos y se incorporó en el asiento. Luego estiró hacia adelante los brazos.

-¿No se acordará nunca de ella? -dijo, bostezando -. Tiene que recordarla, aunque sólo sea por lo que le hizo.

Daniela le dirigió una mirada de asombro.

-No me gusta que hables de eso -dijo.

-Ya sé que no os gusta. Por eso hablo.

Cerró los ojos y se quedó quieta, como si nada hubiera dicho. Un moscardón vino a estrellarse contra el parabrisas, dejando en el cristal un reguero sangriento. La tierra despedía un olor sofocante y de pronto se dejó sentir un intenso aroma a miel.

-Huele como en la Cerca, igual que en la Cerca -dijo Daniela en voz muy baja.

***

Se han retirado las bandejas, los vasos que habían quedado abandonados en cualquier parte. El cielo ostenta un tono oscuro, casi negro, y algunas ventanas lucen iluminadas en los edificios vecinos; ella camina deprisa, recoge alguna silla, el patio está en silencio y varios focos proyectan en el muro una media luz espectral. Tú la acechas, mirando desde arriba, mientras que una hermana menuda y ágil ha salido mirando hacia los lados, recoge unos papeles que han quedado en el suelo y los deposita en la papelera; con sus pasos menudos se dirige a la escalerilla y ambas la veis marchar, esfumarse en las sombras, mientras el patio de recreo vuelve a quedar solitario ante ella. Se dirige a su vez hacia el jardín de las monjas donde hay varias sillas dispersas aún bajo las arcadas de rosas; junto a un macizo distingues algo blanco semejante a un pañuelo y ella también lo ha visto; lo guarda en el hábito, carga dos sillas de tijera y las deja junto a las otras. Al otro lado de las tapias se oye el rumor de la ciudad y el rodar de los vehículos en la calle. Dirige una mirada a lo largo y ancho del patio de recreo, se acerca el invernadero cuya puertecilla estaba abierta y la cierra con cuidado, mientras los brazos del gran árbol proyectan sobre la tapia una silueta inmóvil. El seto ante el jardín de las monjas refleja un blanco resplandor, se apaga una de las luces en el segundo piso. Hacia lo alto, en el cielo oscuro, asoman ya los puntos brillantes de las estrellas. Va hacia la amplia acera del patio y, sin advertir que la ves, entra en el edificio; con un ademán tantas veces repetido accionará el interruptor y cuando el patio esté a oscuras continuará por el vestíbulo, donde una débil luz esclarece el busto de la Virgen, y saldrá nuevamente al claustro. Acaso alguna monja anciana pase como una sombra hacia la entrada de la capilla; sólo algún punto luminoso alumbrará apenas la gran nave y ella avanzará sin prisa hacia el altar, junto al que luce una lamparilla roja. En el primer banco se hincará de rodillas, apoyará la

cabeza en las manos y empezará a orar. Algún sonido llegará desde la calle, pero ella no llegará a advertirlo; afuera el mundo seguirá su carrera, y acá adentro su espíritu habrá creído hallar definitivamente la paz.

EPÍLOGO.

Bien, aquí está la caja que querías; he puesto en ella casi todo lo que yo tenía; y aún no está llena. Hay en ella dolor, sentimientos buenos y malos, buenos pensamientos y malos pensamientos... el placer del constructor, un poco de desesperación y el gozo indescriptible de la creación.

JOHN STEINBECK

La despedida fue corta y forzadamente expresiva. ¿Cuándo volveré a verlo? Sé que él ha dejado en mí un influjo del que no creo poder liberarme en mucho tiempo. Él ha moldeado en cierto modo mi vida.

He terminado mi novela; era algo que me urgía sobre todo, y ahora que he llegado al final me encuentro con que un mundo, tan necesario para mí, acaba de desaparecer para no volver más. Mañana dejaré estos lugares.

Sería apasionante que todo este mundo fuera verdad; pero estoy ante las hojas de mi diario, sola, y con la amorfa compañía de unos personajes reales sin historia: es lo posible contra lo real, lo que podría haber sucedido en unas circunstancias concretas.

La ficción en sí misma es más viva que la propia realidad. No obstante, hoy la he visto: tenía el pelo liso y cuidado, los ojos de color violeta y se apoyaba con indolencia en la portezuela del automóvil; su expresión era indiferente y de desprecio por todo. ¿Qué importa lo que es real y lo que no es? La poesía no tiene límites.

En este momento me doy cuenta de que mis obsesiones de siempre han sido vencidas por la literatura. Ellas fueron mi acicate durante mucho tiempo y por darles forma trabajé sin descanso; ahora las obsesiones han quedado atrás en el camino y mi obra avanza sola. Mis frases ya no son mías, pertenecen a todos. Yo no he sido más que un vehículo de ellas.

Soy consciente de que esto que llevo es muerte, de que voy despidiéndome del sol y de las noches de luna, más cerca del final cada vez, de que mis días son algo así como la despedida en un colegio con funciones de teatro y limonada, viendo caras que te acompañaron durante años y que no volverás a ver, cuyo próximo encuentro disfrutarás en la eternidad, si es que lo tienes.

El auto cruzaba los arrabales solitarios, atravesaba las vías y, tomando luego la avenida iluminada, se dirigía a las afueras de la ciudad; atrás quedaban las doradas tapias.

A mis queridos amigos, cuyo aliento contribuyó en gran parte a que esta historia viera la luz.

***

Caía la tarde y sobre el cielo de un azul desvaído las ramas del castaño se destacaban, nítidas. Algo en el ambiente denunciaba la inminencia del otoño. Un aire fresco susurraba entre las hojas y hacía bascular las copas de los árboles. Sobre la mesa del jardín había un vaso y dentro nadaban unos trozos de hielo.

Victoria dejó vagar la mirada sobre la baja y extensa construcción, al fondo del césped. Por encima del tejado se balanceaban algunas ramas y una columna de humo se alzaba sobre la chimenea, desvaneciéndose en el aire. Del lado de los cobertizos se oían voces y risas y en los dormitorios abuhardillados los visillos trazaban rasgos blanquecinos tras los cristales.

Estaba sola en la plazoleta y por primera vez en el día se sentía relajada y tranquila. Sintió un escalofrío y se puso de pie; empezó a caminar hacia la piscina mientras las hojas desprendidas formaban remolinos verdes y tostados.

El lugar estaba solitario, bajo el agua transparente ondeaba un fondo de gresite verdoso y los árboles

se miraban en la superficie rizada. Vio en un escalón la toalla de Paula y junto a ella un libro que recordaba haber visto en manos de Ramón. Lo cogió para hojearlo y de entre sus páginas cayó un paquete de cigarrillos que se apresuró a poner en su sitio.

Fue luego hacia la pista de tenis; no esperaba encontrar a nadie allí y casi tropezó con él. Estaba de pie frente a la cancha, tenía los brazos en alto apoyados en una rama horizontal y vestía pantalones de montar, con una camisa desabrochada. Él no advirtió su presencia y siguió abstraído. Sólo cuando la chica carraspeó él giró sobre sus pies.

- Vaya, eres tú - le dijo -. Qué agradable sorpresa. ¿Dónde has dejado a mi hermana?

Estaba curtido por el sol y el pelo liso le caía sobre la frente. Ella hizo una inspiración antes de hablar.

-Subió a su habitación a escribir unas cartas.

-¿Y Carlos? -dijo él.

-Ha ido al pueblo con Fermín -contestó la chica sin moverse. Miró la pista cubierta de un polvillo rojizo y mientras tanto él se le acercó.

-¿Sabes jugar?

-No muy bien -dijo ella, vacilando. Él la miró fijamente.

-Mañana jugaremos un rato.

El sol cercano al ocaso teñía el cielo con una luz rosada y en un momento se hicieron perceptibles los ruidos del campo. Victoria alzó la cabeza y la claridad arrancó destellos dorados de su pelo.

-¿Quieres ver el río de cerca? -sugirió él-. Te enseñaré la puesta de sol. ¿Sabes? Hoy está en su equinoccio.

Trató de enlazarla y ella lo rechazó.

-Como quieras -dijo en voz muy baja.

Juntos caminaron hacia el río; la vereda zigzagueaba entre la maleza reseca y a medida que avanzaba ella notaba su roce áspero en las piernas. Tomaron un sendero estrecho donde el pisar repetido había tallado escalones profundos. La tierra estaba seca y los pies levantaban nubes de polvo en la pendiente.

-¿Lo pasas bien? -preguntó el muchacho. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

-Muy bien -dijo sinceramente.

-Me alegro de que estés aquí, y de haberte encontrado.

El sendero se hizo más suave al llegar cerca del río; en la corriente se oía de cuando en cuando un ligero chapoteo.

-Yo también me alegro -dijo ella.

Luego guardó silencio; el agua era de un color verde espeso y los claros en la vegetación de la orilla dejaban ver las márgenes arenosas.

-Tienes aspecto de pájaro herido -dijo él. Ella se volvió sorprendida y se encontró con su mirada.

-Qué cosas dices.

-Esto es mucho más bonito desde que tú estás.

La abrazó por los hombros y avanzaron juntos sin hablar; los insectos zumbaban en la maleza y la corriente transcurría mansa y bruñida. Algunos hilos de araña se tendían rutilantes de unas ramas a otras mientras que innumerables puntos movedizos sobrenadaban las ondas agitadamente. El caserío se iba quedando atrás.

-Se hace tarde -dijo ella-. Paula nos echará de menos.

Habían llegado a una pequeña playa de arena dorada, donde el agua trazaba pequeños remolinos al tropezar con ramas y raíces. Estaban tan cerca uno del otro que sus piernas se tocaban.

-Vamos a bajar -indicó él, y Victoria se puso rígida.

La tomó de las manos y la ayudó a saltar hasta la estrecha franja de arena. Luego anduvieron un trecho a favor del río.

-¿Tienes novio? -preguntó él junto a su oído.

La inesperada pregunta la hizo sonrojarse.

-No, no lo tengo.

Los dedos del muchacho acariciaron su brazo.

-Es raro -dijo. Ella lo miró con extrañeza.

-¿Por qué dices eso?

-Cualquiera se sentiría feliz de serlo.

Ella se mordió los labios; había desgajado una fina rama de álamo y la retorció entre los dedos, lanzándola después al centro del río. Él la ayudó a sentarse en la arena y se acomodó a su lado.

-Te encontrarás... sola -dijo sin dejar de observarla. Ella parecía absorta, ajena a todo cuanto no fuera la contemplación del sol que se ponía.

-A veces.

Él sostuvo entre las suyas su mano delgada.

-Sabes que el curso pasado... -vaciló-. Bueno, la verdad es que me impresionaste desde que te conocí. Eres tan distinta de todas las chicas que conozco.

Ella asió una nueva rama y comenzó a dividirla en pequeños trozos, que saltaban con ligeros chasquidos. Estaban tan cerca del agua que casi los alcanzaba; la muchacha cerró los ojos y él insistió.

-Yo me he acordado muchas veces de ti.

Victoria se estremeció a ojos vistas.

-Quiero que nos vayamos -dijo, y él notó que temblaba. Había soltado la rama, dispuesta a levantarse, pero él se lo impedía.

-Me gustas mucho - musitó Ramón, sujetándola. Como ella trataba de desasirse él se mostró enojado.

-¿Qué te pasa? -profirió bruscamente-. ¿Es que me tienes miedo? Ella negó con viveza.

-Me quiero ir -subrayó, mirando el camino. Pudo soltarse y se puso en pie, y echó a correr cuesta arriba. Pero él la siguió y no tardó en alcanzarla.

-Vamos, no seas niña -dijo, estorbándole el paso. Ella se quedó inmóvil y lo miró asustada. Poco a poco la fue conduciendo hacia la espesura, y cuando estuvieron a cubierto la atrajo hacia sí y la miró a los ojos.

-Me vuelves loco -murmuró.

Ella bajó la mirada, considerándose impotente para resistir; sentía al mismo tiempo el latir de la tierra y el canto de los pájaros y cuando trató de mirar tras él vio que se borraban las luces y los contornos se hacían difusos.

-Déjame -suplicó.

La tarde se hundió entonces; una claridad sangrienta la deslumbró por un momento, huyendo enseguida tras la línea rojiza del horizonte.

FIN

<< Anterior